



***NOMBRES CLAROS
de EXTREMADURA:***

Estudio y edición



RAMÓN TENA FERNÁNDEZ



Esta obra está publicada bajo una licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 3.0, que le permite copiar y comunicar públicamente la obra y crear obras derivadas siempre y cuando reconozca el crédito del autor, no haga uso comercial de la obra y divulgue cualquier obra derivada bajo los términos de una licencia idéntica a esta.

Dispone del texto legal completo en la siguiente dirección:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>



Autoría-Atribución: Deberá respetarse la autoría del texto y de su traducción. El nombre del autor/a y del traductor/a deberá aparecer reflejado en todo caso. No Derivados: No se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto.

Monográfico nº 11. *Nombres Claros de Extremadura. Estudio y Edición*

Grupo de investigación **SEJ036** Lij de la Universidad de Extremadura, 2018

Grupo de investigación “Literatura infantil y juvenil desde la Didáctica de las Ciencias Sociales y las Literaturas” (SEJ036), de la Universidad de Extremadura

Texto, Ramón Tena Fernández

Cáceres. 2018

Editores y Coordinadores: José Soto Vázquez y Ramón Pérez Parejo

CDU: 821.134.2:37.02

166 páginas

ISSN: 1988-8430

URL: <https://mascvuex.unex.es/revistas/index.php/tejuelo/about>

Imagen de portada y contraportada creada por Ángela Jurado Herrera

Editores / Editors

Dr. D. José Soto Vázquez, Universidad de Extremadura
 Dr. D. Ramón Pérez Parejo, Universidad de Extremadura

Consejo de Redacción / Editorial Board

Dra. Tania Rosing, Universidad de Passo Fundo, Brazil
 Dr. Enrique Barcia Mendo, Universidad de Extremadura, Spain
 Dr. Antonio Ricardo Mira, Universidad de Évora, Portugal
 Dra. Natividade Pires, Universidad de Castelo Branco, Portugal
 Dra. Loretta Frattale, Università di Roma Tor Vergata, Italy
 Dr. Carlos Lomas, CPR Gijón, Spain
 Dra. Silvia Valero, Universidad de Cartagena, Colombia
 Dr. Alberto Bustos, Universidad de Extremadura, Spain
 Dr. Joaquín Villalba Alvarez, Universidad de Extremadura, Spain
 Dr. José Roso Díaz, Universidad de Extremadura, Spain
 Dra. Rosa Luengo, Universidad de Extremadura, Spain
 Dr. Francisco Javier Grande Quejigo, Universidad de Extremadura, Spain
 Dr. José Moreno Losada, Universidad de Extremadura, Spain
 Dr. Jesús Cañas Murillo, Universidad de Extremadura, Spain
 Dra. Dimitrinka G. Nikleva, Universidad de Granada, Spain
 Dra. Hanna Martens, Universidad de Extremadura, Spain

Consejo de Revisión / Review Board

Dr. Manuel Francisco Romero Oliva, Universidad de Cádiz, Spain
 Dra. Magda Zavala, Universidad de Costa Rica, Costa Rica
 Dra. Sophie Von Werder, Universidad de Antioquia, Colombia
 Dra. Ana María Ramos García, Universidad de Granada, Spain
 Dra. Carmen Guillén Díaz, Universidad de Valladolid, Spain
 Dra. Christiane Nevelling, Universidad de Leipzig, Germany
 Dr. Winston Alfredo Morales chavarro, Universidad de Cartagena, Colombia
 Dra. María Dolores Castrillo de Larreta-Azelain, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Spain
 Dra. Lourdes Sánchez Vera, Universidad de Cádiz, Spain
 Dr. Ana María Machado, Universidad de Coimbra, Portugal
 Dra. Ester Trigo Ibáñez, Universidad de Cádiz, Spain
 Dra. Eva Iñesta Mena, Universidad de Oviedo, Spain
 Dra. Beatriz Sánchez Hita, Universidad de Cádiz, Spain
 Dra. María Carreño López, Universidad de Almería, Spain
 Dra. Olga Vallejo Murcia, Universidad de Medellín, Colombia
 Dr. Iván Alexis Candía, Universidad de Playa Ancha, Chile
 Dra. María José García Folgado, Universidad de Valencia, Spain
 Dr. Raúl Cremades García, Universidad de Málaga, Spain
 Dr. António Apolinário Lourenço, Universidad de Coimbra, Portugal
 Dra. Raquel Gutiérrez Sebastián, Universidad de Cantabria, Spain
 Dr. Giuseppe Trovato, Università di Catania, Italy
 Dr. Jorge Daniel Mendoza Puertas, Universidad de Ulsan, Korea, Republic Of
 D^a. Julie Wilhelm, Iowa State University, United States
 Dr. Agustín Reyes Torres, Universidad de Valencia, Spain
 Dr. José Antonio Leal Canales, IES "Luis de Morales", Arroyo de la Luz, Spain
 Dr. Marco Antonio Pérez Durán, Universidad Autónoma San Luis de Potosí, Mexico
 Dr. Xavier Escudero, Université du Littoral-Côte d'Opale (Boulogne-sur-Mer), France
 Dra. Esperanza Morales López, Universidad de A Coruña, Spain
 Dra. Irene Sánchez Carrón, IES "Norba Caesarina", Cáceres, Spain
 Dr. Moisés Selfa Sastre, Universidad de Lleida, Spain
 Dra. Olga Moreno Fernández, Universidad Pablo de Olavide, Sevilla, Spain
 Dr. Fermín Ezpeleta Aguilar, Universidad de Zaragoza, Spain
 Dra. Claudia Gatzemeier, Universidad de Leipzig, Germany
 Dra. Annegret Thiem, Universidad de Paderborn, Germany
 Dr. Paulo Lampreia Costa, Universidad de Évora, Portugal
 Dra. Verónica Ríos, Universidad de Costa Rica, Costa Rica
 Dra. Lidia Uso Vicedo, Universidad de Barcelona, Spain
 Dr. Santiago Pérez Aldeguer, Universidad de Zaragoza, Spain
 Dra. Alana Gómez Gray, Universidad de Guadalajara, Mexico
 Dra. Angela Balça, Universidad de Évora, Portugal
 Dr. José Luis Losada, Universidad de Wroclaw, Poland
 Dra. Mariona Casas Deseuras, Universidad de Vic, Spain
 Dr. Juan José Lanz, Universidad del País Vasco, Spain
 D^a. Inmaculada Sánchez Leandro, IES "Torrente Ballester", Miajadas, Spain
 Dr. Dorde Cuvardic García, Universidad de Costa Rica, Costa Rica
 Dr. Antonio Sáez Delgado, Universidad de Évora, Portugal
 D. Luis Gomes, Universidad de Castelo Branco, Portugal
 Dra. Montserrat Pons Tovar, Universidad de Málaga, Spain
 Dra. Coronada Carrillo Romero, IES "Al-Qazeres", Cáceres, Spain

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	6
1- PANORÁMICA DE LA LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL REGIONAL	8
2- NECESIDAD DEL RESCATE DE <i>NOMBRES CLAROS DE EXTREMADURA</i> ...	12
3.- FASES DE LA INVESTIGACIÓN	13
4.- APUNTES SOBRE MORÁN MÁRQUEZ Y ESTUDIO DE LA OBRA.....	18
4.1.- La autora	19
4.1.1.- Reseña biográfica de Morán Márquez	19
4.1.2.- Intencionalidades de la autora y características principales de su obra literaria	20
4.1.3.- Fuentes de referencia creativa.....	21
4.1.4.- Repercusiones y reconocimientos regionales.....	22
4.1.5.- Contexto histórico literario favorecedor al éxito educativo de <i>NCE</i>	24
4.2.- Coherencia y cohesión de la estructura lingüística y literaria	26
4.3.- Rasgos frecuentes en la redacción biográfica	29
4.3.1.- Clasificación del texto según la forma de elocución.....	29
4.3.2.- Clasificación del texto acorde a sus contenidos	31
4.3.3.- Clasificación del texto según la finalidad comunicativa.....	34
4.3.4.- Ejemplificación y análisis de las características comunes del entramado biográfico - descriptivo	34
4.5.- Relación de <i>NCE</i> con otras obras de LIJ enraizadas en la Extremadura de los siglos XIX-XX.....	40
4.5.1.- Autoría y vinculación extremeña	42
4.5.2.- Comparativa de <i>NCE</i> con <i>El Plutarco extremeño</i> y <i>El Plutarco de los niños</i>	44
4.5.3.- Ejemplificación de las diferencias reseñadas	47
4.6.- Incentivadores y condicionantes del predominio de personajes masculinos.....	49
4.7.- Análisis de las profesiones	52
4.8.- Desglose de personajes por siglos.....	55
4.9.- Priorización de personajes pacenses sobre los cacereños	58
5.-CONCLUSIONES	62
6- EDICIÓN DE <i>NOMBRES CLAROS DE EXTREMADURA</i>	65
7- ANEXOS.....	138
8- BIBLIOGRAFÍA.....	158

El presente estudio de investigación intenta acercar al lector contemporáneo el libro de Ángeles Morán Márquez, *Nombres Claros de Extremadura*, editado en 1914 y premiado por el Ateneo de Badajoz con motivo de los juegos florales de ese año. Su recuperación y difusión puede ser decisiva para ayudar a asentar las bases de la literatura infantil y juvenil extremeña, tema del que casi nada se ha escrito y se desconocen sus raíces antológicas. Además, en su centenario el texto presenta como elementos distintivos una inusual autoría femenina, la incorporación de numerosas fotografías y una innovadora metodología didáctica sin precedentes hasta el momento de su creación.

Sin embargo, para conocer las claves de su repercusión en el contexto de su creación se estima necesario establecer un análisis comparativo con otras obras de características similares como *El Plutarco Extremeño* y *El Plutarco de los niños*, enraizadas en el mismo tramo temporal y escritos también por autores pacenses. De todo ello, así como del estudio biográfico de sus personajes, queremos dar cuenta en este trabajo con el propósito de aportar luz al patrimonio histórico-literario regional.

INTRODUCCIÓN

La literatura infantil y juvenil¹ ha puesto alas al mundo de la fantasía y la imaginación desde tiempos inmemorables, valiéndose del susurro de las palabras y la singularidad de sus ilustraciones ha conseguido desde sus orígenes cautivar con su embrujo las mentes más potentes y delicadas; mentes para las que no existen sucesos imposibles ni personajes inaccesibles. Sus aventuras y argumentos son precisamente los que comienzan a marcar desde la niñez nuestra personalidad, valores y aspiraciones; dado que todos en mayor o menor medida hemos terminado aprendiendo a interpretar la realidad oculta en cada personaje, aplicando sus desenlaces a nuestros propios sucesos (García, 1990, 2003, 2004; Cervera, 1986, 1992).

La LIJ ha repercutido tanto en el desarrollo de la personalidad de cada niño, como en el sentir de toda una sociedad, debido a su componente moral y didáctico que ha definido en cierta medida comportamientos, actitudes y sentimientos comunes a toda una región como la extremeña. Puesto que se veía obligada a compartir y rotar entre compañeros los mismos títulos durante años, perduraba de esta forma la transmisión e inculcación de los mismos contenidos y valores a distintas generaciones de alumnos (Bettelheim, 2006).

Por tanto, para comprender mejor nuestro presente primeramente debemos conocer nuestro pasado más significativo, aquel que se encargó de marcar y dibujar las intenciones y objetivos de toda una sociedad. No obstante, para ello debemos remontarnos a los orígenes de la LIJ, porque a fin de cuentas nosotros solo somos el reflejo de nuestra infancia y educación, en función de ellas se conforman muchas de nuestras acciones y aptitudes.

Sin embargo, el aspecto paradójico de esta situación radica en que a pesar de la importancia y repercusión de este tipo de literatura, apenas conservamos testimonios escritos que nos describan los inicios y progresos de las primeras obras extremeñas centradas en los niños como lectores prioritarios. Aquí radica uno de los principales objetivos de nuestra investigación, acceder a alguno de los escasos títulos regionales de LIJ fechados en el periodo de transición del XIX al XX y que a día de hoy se encuentran descatalogados. En concreto, nos centraremos en *Nombres Claros de Extremadura*, por su calidad literaria para el público infantil, prestigiosa trayectoria y metodología renovadora, características singulares a las que habría que sumarle dos hechos sin precedentes como son la autoría femenina y el uso pionero de fotografías en su edición.

La idoneidad de análisis de este manual se encuentra justificada no solo por ser un ejemplo representativo de los inicios de la LIJ, sino también por ser un título reseñado en la historia cultural extremeña, al ser premiado por el Ateneo de Badajoz en 1914, por su correcta combinación entre calidad y originalidad descriptiva. Por consiguiente, por su cuidada selección de biografías y contraste de datos, consideramos que su uso puede continuar siendo útil en las aulas contemporáneas como instrumento de ayuda y consulta.

¹ En lo sucesivo, debido a su frecuencia nos referiremos a la Literatura Infantil y Juvenil como LIJ, con la intencionalidad de aportar un mayor dinamismo al texto.

En este sentido, el proyecto que desvelamos en páginas sucesivas puede considerarse como innovador y pertinente, porque además de aportar luz a este tema, también es una forma insólita de conocer el sistema educativo de comienzos del siglo XX. Dado que partimos de una fuente primaria, testigo directo de su situación escolar y todo un ejemplo del uso pedagógico de la literatura infantil, aprovecharemos la validez y el potencial de *Nombres Claros de Extremadura* para dar a conocer aquellos ámbitos históricos que a día de hoy continúan sin recibir la atención merecida.

Precisamente, bajo la premisa de suplir algunas de estas lagunas y obtener las respuestas necesarias profundizaremos en las dieciocho biografías, para conocer los oficios más recurrentes, los valores promulgados en cada uno de ellos y los contenidos conceptuales más frecuentes. Por tanto, será la lectura de estas conclusiones junto con la interpretación de los gráficos generados las que nos ayuden a abordar cuestiones más delicadas como las posibles intenciones de la autora y la elección de sus personajes².

Una vez establecido el análisis argumentativo, literario y estructural tendremos la capacidad y las herramientas necesarias para establecer una comparativa correlacional con otras obras semejantes del mismo tramo temporal, tanto nacionales como regionales. De esta forma podremos entender y descifrar el calibre de su repercusión en la sociedad de entre siglos, así como los factores que potenciaron su divulgación y aceptación masiva.

Para ello, también será necesario dilucidar a qué tipo de lectores se dirigía la obra y quienes finalmente fueron los que tuvieron acceso a ella. Por este motivo debemos conocer los objetivos marcados por la autora y las características que emplea para adecuarse a sus lectores. Es decir, claridad de contenidos, valores a inculcar, defensa de ideas y finalidad comunicativa.

Es conveniente mencionar que los resultados de este estudio no buscan exclusivamente despejar la visión de la evolución histórica de la LIJ, sino que además pretende reconocer su afán de superación y crecimiento, ya que se alude a los contextos adversos a los que tuvo que hacer frente en su evolución diacrónica. Sin olvidar, por otra parte, que gracias al respetuoso trato que reciben los protagonistas en la obra seleccionada, paralelamente a nuestra investigación se argumenta y reseña la rica diversidad histórica que converge armoniosamente en la tierra extremeña y que tan sabiamente se ha plasmado a modo de argumento en este tipo de obras. Por consiguiente, *Nombres Claros de Extremadura* no deja de ser un homenaje a dieciochos protagonistas que por sus hechos, por sus obras o por el lugar que ocupan en esta tierra merecen ser immortalizados en las mentes de las generaciones venideras.

En definitiva, esperamos que este estudio no solo sea útil para ayudar a establecer etapas cronológicas que definan la evolución de este género literario, sino que también sirva como serena reflexión para esgrimir el anhelo y el entusiasmo por defender la identidad de nuestra tierra, difundiendo sus mejores valores, así como los libros que algún día escribieron autores hoy casi olvidados. Por tanto, conocer la historia del libro escolar es desentrañar y entender parte de lo que ha dado sentido a nuestras vidas y celebrar una vez más, la incomparable seducción de la cultura impresa.

² Véase anexo 1, pág. 138

1- PANORÁMICA DE LA LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL REGIONAL: Características propias del libro escolar decimonónico representadas en *Nombres Claros de Extremadura*:

En lo que respecta al ámbito educativo, los últimos años del siglo XIX en Extremadura se caracterizaron por la persistencia de formas culturales tradicionales, propias de un sistema educativo inmovilista y ajeno a la capacidad de innovación del mundo editorial. A este panorama educativo desolador había que añadir la situación rudimentaria y escasamente desarrollada de los materiales didácticos necesarios en el contexto escolar, como los libros de texto, cartillas o silabarios (Carretero, 1988: 46-62).

No obstante, a comienzos de siglo XX empiezan a publicarse nuevos manuscritos escolares, que aunque continúan presentando gran parte de los patrones didácticos de los textos primitivos, introducen algunas innovaciones de interés que se asocian a las mejoras tanto tecnológicas como educativas que se estaban desarrollando en este nuevo siglo. Sin duda, el hecho más fácil de apreciar en lo que a estas renovaciones se refiere, es la incorporación de un mayor número de grabados ilustrativos de los contenidos desarrollados en cada uno de estos capítulos. Con estos grabados se pretendía incentivar la curiosidad del aprendiz, mostrando aspectos de ciencia amable que difuminaran la rigidez de los estrictos contenidos escolares (Escolar, 1996; Escolano, 1997a: 345 - 360).

Por tanto, observamos que a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX empieza a nacer un movimiento estético literario, al que no le interesa únicamente los contenidos o argumentos que presente la obra en cuestión, sino también una presencia estética cuidada y unas explicaciones adaptadas al público al que se dirigía (Escolar, 1996c: 371-375).

De hecho, Pablo Montesino, elaborador del reglamento de las escuelas públicas de instrucción primaria elemental de 1838, reconoce la escasez de libros destinados al objeto de la escuela que se propone mejorar. Considerando imprescindible para tal fin la presencia de libros escolares de calidad, que sean concebidos teniendo en cuenta en todo momento las características cognitivas y actitudinales del alumno de primera enseñanza. Con este objetivo intenta prevenir contra la existencia de libros poco recomendables que hayan sido condicionados por razones religiosas, morales o políticas. Se pretende desechar la intencionalidad de adoctrinar al alumno, pues ahora se busca potenciar la calidad y la motivación (Hernández, 1997: 123- 147).

Por esta razón, en la literatura que nos ocupa, la infantil y juvenil destinada en esta ocasión al uso escolar y didáctico, comienzan a introducirse de forma discreta ilustraciones de iconos, símbolos o pequeñas imágenes conmemorativas de elementos emblemáticos³, de tal forma que configuran las señas de identidad de cada autor, editorial y género. Características fácilmente extrapolables a *Nombres claros de Extremadura*, donde es sencillo localizar todos los elementos expuestos, incluso antes de abrir el libro, ya que en la portada encontramos ilustraciones identificativas del ayuntamiento de Badajoz y el duque de T'Serclaes. Además, si nos adentramos en sus

³ Véase anexo 2, pág. 139.

páginas comprobaremos como a la narración de las aventuras de sus personajes acompañan⁴ siempre retratos a modo de ejemplos de las características descritas:

ILUSTRACIONES: Nº y Pág.	CONTENIDO	BIOGRAFÍA	TIPO DE IMAGEN
Nº 1/ Pág.: 3	Imagen de la autora	Prólogo	Fotografía
Nº 2 /Pág.: 11	Ayto. de Badajoz	Presentación	Fotografía
Nº 3 /Pág.: 19	Palacio del D. de Ferias	Torres Naharro	Fotografía
Nº 4 /Pág.: 24	Puente de Calamón	San Pedro de Alcántara	Fotografía
Nº 5 /Pág.: 27	Puente de San Gabriel	San Pedro de Alcántara	Fotografía
Nº 6 /Pág.: 31	El Polvorín	San Pedro de Alcántara	Fotografía
Nº 7 /Pág.: 40-41	Calle de Morales	El Divino Morales	Fotografía
Nº 9 /Pág.: 50-51	Capilla virgen de los Pajaritos	El Divino Morales	Fotografía
Nº 10 /Pág.: 62-63	El Seminario	Rodrigo Dosmas	Fotografía
Nº 11/Pág.: 72-73	Retrato del Brocense	El Brocense	Grabado
Nº 12 /Pág.: 80-81	Retrato de Arias Montano	Arias Montano	Grabado
Nº 13 /Pág.: 92-93	Retrato de Hernán Cortés	Hernán Cortés	Grabado
Nº 14 /Pág.: 102-103	Retrato de Núñez de Balboa	Vasco Núñez de Balboa	Grabado
Nº 15 /Pág.: 116-117	Retrato de Francisco Pizarro	Francisco Pizarro	Grabado
Nº 16 /Pág.: 138-139	Retrato de Meléndez Valdés	Meléndez Valdés	Grabado
Nº 17 /Pág.: 150-151	Retrato de Muñoz Torrero	Muñoz Torrero	Grabado
Nº 18 /Pág.: 156-157	Retrato de Juan Bravo Murillo	Juan Bravo Murillo	Grabado
Nº 19 /Pág.: 174-175	Retrato de Carolina Coronado	Carolina Coronado	Grabado
Nº 20 /Pág.: 181-182	Retrato de López de Ayala	López de Ayala	Grabado
Nº 21 /Pág.: 188-189	Retrato de Moreno Nieto	Moreno Nieto	Grabado
Nº 22 /Pág.: 190-191	Estatua de Moreno Nieto	Moreno Nieto	Fotografía
Nº 23 /Pág.: 196-197	Retrato de Cristóbal Oudrid	Cristóbal Oudrid	Grabado

9

Reseña de imágenes de *Nombres Claros de Extremadura*

Fuente: Elaboración propia.

Sin embargo, a pesar de la recurrencia a las ilustraciones⁵ en nuestra obra, no nos encontramos ante un hecho cotidiano, aunque sí enormemente significativo, porque la introducción de imágenes en los libros escolares fue escasa y lenta, era la prueba fehaciente de que el entramado didáctico-literario estaba empezando a cambiar positivamente. Por primera vez se recurría a temas que aludían a la infancia, a las letras, a las ciencias, al triunfo de la sabiduría y no a la mera lectura de cualquier obra que se utilizara indistintamente para cualquier público o aprendizaje. Sin duda, nos encontramos ante la acción regeneradora de la escuela, que demandaría obras creadas y centradas específicamente en los escolares que trabajarían a diario con ella (Vélez, 1996: 197-230).

Por consiguiente, tal y como Escolano Benito reseña en su pasaje *La primera generación de manuales escolares* conviene precisar que el movimiento higienista y estético que comenzaba a gestarse, afectaba a la totalidad de las cuestiones psicológicas y didácticas. Puesto que empiezan a proliferar una serie de condiciones y caracteres que debería agrupar el libro escolar para que fuese idóneo y aconsejable en su vertiente académica y pedagógica. En lo que respecta a estas pesquisas se antoja necesario aludir a aquellas propuestas sugeridas por los maestros de la época y aceptadas por los editores y académicos más afamados, premisas que si comparamos y analizamos, apreciaremos que conforman una perfecta definición de las características estructurales de la obra de Morán Márquez. He aquí algunos de estos rasgos identificativos:

⁴ Véase anexo 1, pág. 138

⁵ Véase anexo 2, pág. 139.

“Los higienistas estimaron necesario que el papel utilizado para la impresión de los manuales debía tener cierto cuerpo, para que no se transparentara ni calara, y ser de color “amarillo o agarbanzado”, en vez de enteramente blanco por producir este color refracción de la luz y daños a la visión. Aconsejaron también que las letras no fueran pequeñas ni estrechas, que los caracteres utilizados no estuvieran gastados y no se emplearan en una misma página distintos tamaños y clases y que la impresión fuera una imagen clara y limpia y con márgenes anchos. Todo ello para facilitar la legibilidad. A lo anterior se añadía que los grabados fueran claros, limpios y de buen gusto artístico” (Escolano, 1997b: 28).

Al margen del tipo de diseño estilístico de las hojas de los manuales escolares, existe una preocupación lógica por facilitar el entendimiento y la comprensión de los estudiantes, en cada una de las materias impartidas en los colegios de comienzos del siglo XX. Por esta razón se apuesta firmemente por la integración de imágenes que acompañen las explicaciones y narraciones teóricas de los libros de texto, y la incorporación de grabados descriptivos a modo de ejemplos (Sureda, 1997: 69- 90).

A pesar de esta encomiable intención apreciable en la obra que nos ocupa, debemos precisar que el tipo de imagen más repetida en estos manuales de primera enseñanza corresponde a la primera generación de ilustraciones y por tanto lo usual es la técnica del grabado en un solo color, el negro⁶.

La incorporación del color en las ediciones escolares no se producirá hasta bien adentrado los años veinte, en los que se hará uso continuado de al menos diversas escalas de grises o la llamativa cuatricromía, sin olvidar el auténtico boom y revolución que supondría el tardío pero esperado uso de la fotografía. Estas dos innovaciones, el color y las reproducciones fotográficas, ya eran frecuentes en otros tipos de herramientas educativas como carteles o silabarios, sin embargo su uso en los manuales era prácticamente inexistente a principios de siglo, debido a su elevado coste de fabricación y por ende de la venta al público (Sureda, 1997: 69-100).

Todo ello, en una Extremadura que a pesar de los progresos nacionales seguía anquilosada en la división de clases y en una ruralización severa, marcada por la pobreza y la escasez, pues el movimiento obrero ya iniciado en la Extremadura decimonónica no logró los fines esperados. Sin embargo, fue a partir de la Restauración cuando la lucha obrera comenzó a convertirse en una verdadera realidad; hasta este momento los estratos sociales más bajos se hallaban marginados en un sistema escolar que solamente amparaba a las clases medias y altas. Ahora los grupos más progresistas de tendencia internacionalista planteaban la inminente necesidad de crear fórmulas educativas que subsanasen años de pérdidas culturales y desigualdades académicas, buscando erradicar las diferencias instructivas basadas únicamente en el origen familiar de los alumnos (Sánchez P, 1998: 107-116; García, 1997: 117-131; Sureda, 1997:80- 100; Sánchez M, 2003).

Por otra parte, si relacionamos este recorrido teórico con el objeto en sí de nuestro estudio, comenzamos a vislumbrar aspectos que definen el estado de la temática investigativa que nos preocupa. De esta forma advertimos en primer lugar como en los últimos años las Ciencias Sociales no solo se han preocupado por conocer los componentes estéticos y estructurales de la LIJ, sino también por analizar y estudiar la evolución de sus contenidos a lo largo de la historia. Pese a ello, observamos que a medida que nos alejamos en el espacio temporal, el grueso bibliográfico destinado al trato de esta información se ve reducido considerablemente, de modo que predominan

⁶ Véase anexo 2, pág. 139.

estudios muy generalistas basados en describir características comunes en función de un único criterio, ya sean movimientos literarios, países o siglos (Hernández de Soto, 1886; Rodríguez, 1999).

Sin embargo, tal y como refleja el manual extremeño *Glosario de Literatura Infantil y Juvenil* esta situación se agrava considerablemente en Extremadura, dónde a pesar de mostrar un patrimonio literario heterogéneo, rico en matices y generoso en la creación de este tipo de literatura, su investigación y análisis son de reciente interés, hecho que implica escasez de referentes regionales centrados en esta tipología de estudios. No obstante, esta situación de aparente vacío analítico contrasta con la aptitud activa de recopiladores literarios como Álvarez Durán, Curiel Merchán, Hernández de Soto o Rodríguez Pastor, quienes por medio de obras como *Cuentos Populares de Extremadura* o *Cuentos extremeños* se encargan de preservar del olvido parte de nuestro legado cultural (López, 1986; Curiel, 1987; Cortina, 1995).

Sin embargo, si a esta intención de defensa y protección de las señas de identidad extremeñas, le sumamos la vinculación escolar y el ámbito analítico, nos encontramos con obras como *Cuentos populares extremeños y andaluces* de Juan Rodríguez Pastor y *Los cuentos populares extremeños en la escuela* a cargo de Pedro Montero Montero. Son estos autores regionalistas los primeros que apuestan por un proyecto de investigación no basado exclusivamente en la recopilación de cuentos, dado que paralelamente analizan aspectos pedagógicos, recursos didácticos y consideraciones metodológicas. Por tanto, podríamos sugerir que por medio de estas dos obras quizás comience a emplearse el método científico dentro del campo de la LIJ extremeña, puesto que en ambos estudios se destinan varias páginas a explicar la tipología de investigación, datos revisados, metodología empleada e incluso los cuestionarios utilizados (Mendoza, 1984; Rodríguez, 1999).

Con todo ello, descubrimos que pese al manifiesto interés por la LIJ y la diversidad de campos trabajados en torno a su temática resulta francamente complejo encontrar algún estudio que se base exclusivamente en un análisis exhaustivo de una obra histórica concreta. Más aún si es de pretensiones regionalistas y de autoría femenina, ejemplo de ello es la situación en la que nos encontramos, pues a pesar de incesantes búsquedas en catálogos bibliográficos no encontramos nada publicado sobre la figura de Morán Márquez, salvo contadas menciones en listas de docentes o autores extremeños.

Además, también es inusual encontrar estudios que transgredan la “comodidad” de la descripción de obras y busquen los porqués de sus características, analicen intencionalidades, idoneidad de contenidos, elementos estéticos, contenidos literarios y rasgos lingüísticos. Es precisamente todo ello, lo que pretendemos trabajar a lo largo de este estudio, pero siempre sin alejarnos de la importancia de luchar contra el olvido, motivo por el cual presentamos la transcripción⁷ facsimilar de *Nombres Claros de Extremadura*.

⁷ Véase transcripción, pág. 95.

2- NECESIDAD DEL RESCATE DE NOMBRES CLAROS DE EXTREMADURA

El estudio de investigación que se desarrolla en páginas sucesivas presenta como firme propósito indagar en los desconocidos orígenes de la LIJ extremeña, en concreto en la etapa de inicios del XX, dado que es a finales del siglo anterior cuando empieza a existir una preocupación por la adecuación del texto al lector infantil. Por ello, pretendemos profundizar en los manuales escolares destinados a la enseñanza primaria, para conocer las tendencias didácticas, selección de contenidos y metodología de aprendizaje usadas en las escuelas novecentistas, para vislumbrar el alcance que tenía este tipo de literatura y la aceptación de sus receptores.

Estas cuestiones partirán de los datos extraídos de *Nombres Claros de Extremadura*, obra mediante la cual ejemplificaremos de forma real muchas de nuestras premisas. Por este motivo, indagaremos en sus contenidos, analizando sus biografías, estableciendo conclusiones y realizando comparaciones que nos ayuden a calcular la relevancia de nuestras averiguaciones. Con la interpretación de estos análisis nos planteamos calcular la magnitud y repercusión de la obra que nos ocupa en las escuelas de comienzos del XX, pero para llegar a esta idea tendremos previamente que satisfacer y resolver otros objetivos iniciales que atañen al presente estudio como:

Conocer la obra y establecer un nexo de unión entre esta y las escuelas, puesto que en función de sus pretensiones e intencionalidades como docente y escritora esperamos otorgar un mayor significado a los datos obtenidos en cada uno de los epígrafes de este trabajo. Por ello, profundizaremos en sus pretensiones culturales, sus posibles intencionalidades didácticas y los objetivos depositados en la construcción y difusión de su obra.

Asimismo, es importante dedicar algunas líneas de esta investigación a la obligada tarea de descubrir y describir los contenidos temáticos que cada una de las secciones de este manual alberga en sus dieciocho capítulos. De esta forma quizás podamos establecer relaciones con la historia cultural extremeña, ayudándonos a conocer las exigencias de sus escolares, situaciones académicas y necesidades imperantes. No olvidemos que para construir un prometedor futuro, primeramente hemos de identificar a la perfección nuestros errores del pasado.

Seguidamente del objetivo anterior, nos planteamos la necesidad imperiosa de investigar comparativamente las dos provincias⁸ extremeñas y dilucidar a cuál de ellas se le destinaba un mayor número de descripciones biográficas. Quizás por medio de este análisis podamos descubrir el desarrollo social y cultural de Cáceres y Badajoz. No obstante, para la obtención de estos datos primeramente hemos de realizar un recuento minucioso, crear tablas y organizar la información de sus personajes⁹ agrupándolos por localidades, oficios y méritos. De esa forma, mediante la comparativa visual que nos arrojen los gráficos obtenidos podremos establecer conclusiones acerca de la posible educación diferenciada en las dos comunidades.

Otro factor importante al que destinar algunas páginas de nuestra investigación es la evaluación de la importancia concedida a las funciones laborales de la mujer fuera del ámbito doméstico en los inicios del siglo XX. Al tratarse esta obra de un conjunto biográfico extremeño, conoceremos sus oficios más recurrentes, limitaciones sociales y

⁸ Véase Anexo 3, pág. 147.

⁹ Véase Anexo 3, pág. 147.

reconocimientos nacionales, consecuencias directas de la educación escolar recibida, tema que nos preocupa y tratamos de valorar. Dado que en función de los protagonistas que se mostrasen como personajes a imitar por los alumnos estableceremos las similitudes y diferencias entre la educación proporcionada a los niños y las niñas.

Además, la convergencia temporal de otras dos obras extremeñas hermanadas en multitud de aspectos con la nuestra, justifica un nuevo propósito de gran valor aclaratorio y explicativo de los puntos trabajados anteriormente. De poco valdría un análisis aislado de una obra histórica como la nuestra, si las conclusiones extraídas no son comparadas con sus homónimas de la misma temática y origen. Por ello acudiremos a Nicolás Díaz y Pérez¹⁰ y Modesto Infante, para poder establecer relaciones y conclusiones de nuestra obra por medio del contraste con *El Plutarco extremeño* y *El Plutarco de los niños*, que al ser uno nacional y otro regional, nos ayudarán a construir una visión más amplia de la relevancia de *Nombres Claros de Extremadura*.

Sin embargo, para poder entender y comprender las causas que favorecieron su reedición y difusión gratuita por algunos centros educativos, es necesario ahondar en la idoneidad de su modelo didáctico, su presentación visual y metodología. Así como también es imprescindible destinar tiempo y dedicación a la clasificación de la narración empleada según su forma de elocución, contenidos y finalidades comunicativas, pues la visión conjunta de todos estos parámetros serán los que nos describan aquellas características que le otorgaron el codiciado primer premio del Ateneo de Badajoz.

La resolución de todos los objetivos y propuestas de investigación descritas anteriormente, así como los que irán surgiendo en cada uno de los epígrafes que componen este trabajo harán posible una última meta y fin común. Nos referimos a estudiar la repercusión de la obra en el momento de su creación y valorar si es viable y útil una posible continuación del uso de *Nombres Claros de Extremadura* en el sistema educativo contemporáneo. Pero ahora, como herramienta didáctica para defender nuestras señas de identidad y conocer aquellos personajes¹¹ que aún dan nombre a las calles extremeñas, y que sin embargo son grandes desconocidos para las nuevas generaciones de jóvenes.

3.- FASES DE LA INVESTIGACIÓN

Tras el anterior desarrollo analítico de la evolución de la LIJ hemos podido delimitar aún más los límites temporales, espaciales y temáticos de nuestra investigación, gracias a los cuales ha sido posible intuir la idoneidad, originalidad y viabilidad de nuestro estudio. Pero, a pesar de ser factible necesitamos una metodología específica de nuestro campo de acción que sea sólida y eficaz, de tal forma que nos ayude a organizar el trabajo a la par que posibilite la consecución de las expectativas propuestas, surgidas en torno a una obra y unos hechos históricos que no merecen conformarse con menos.

Por ello, con la firme intencionalidad de escoger las herramientas precisas para nuestra investigación y optar por los métodos más acordes con cada uno de los epígrafes que componen nuestro estudio, hemos tomado como modelo aquellos patrones e indicaciones que los investigadores expertos en estudios históricos aconsejan en sus

¹⁰ En lo sucesivo debido al gran número de citas de estas autores, los abreviaremos como: *NDP* para Nicolás Díaz y Pérez; *MI* para referirnos al autor Modesto Infante o Barrantes Moreno.

¹¹ Véase anexo 1, pág. 138

manuales metodológicos de análisis y estudios literarios. De todos ellos daremos cuenta en cada uno de los subtítulos de esta investigación deductiva, que parte de temas más generales como la literatura novecentista, hasta concretarla en la infantil y juvenil; adentrándonos progresivamente en Extremadura, para culminar finalmente con *Nombres Claros de Extremadura*, donde confluyen en perfecta armonía todos los conceptos anteriores.

Una vez mencionado el enfoque deductivo que orienta y ordena nuestros temas, comenzaremos por reseñar la metodología empleada en la fase posterior a la lectura comprensiva y crítica de cada una de las biografías, nos referimos a la etapa de transcripción¹² facsimilar. Etapa en la que prestamos una doble atención a los referentes en este campo como Alberto Blecua Perdices con su *Manual de Crítica Textual* y el grupo de investigación “Pattern Recognition and Human Language Technology” por medio de artículos específicos como *Procesado y transcripción de textos manuscritos*. Ambos autores destinan las páginas de sus obras a describir las directrices que todo transcriptor que se precie ha de atender para aportar estudios respetables a la comunidad científica.

Por consiguiente, cumpliendo con los dictámenes promulgados en los manuales tomados como referencia, hemos optado por mantener una edición facsimilar en la que se han respetado en todo momento las reglas ortográficas imperantes en los inicios del siglo XX, que con gran maestría empleaba Morán Márquez¹³. Sin embargo, dejándonos llevar por las últimas publicaciones del grupo de investigación, se ha procedido a modernizar la grafía, a ajustar los márgenes, cambiar el color de las páginas, desarrollar las abreviaturas y mantener las mayúsculas de pretensiones estéticas y exclamativas.

No obstante, si dejamos de lado por un momento nuestra preocupación por rescatar del olvido a *Nombres Claros de Extremadura* y nos centramos exclusivamente en la intencionalidad investigativa y analítica de todas sus características, nos sentimos obligados a reconocer que la construcción de este estudio literario se ha edificado siguiendo las advertencias de Jauralde Pou en su *Manual de investigación Literaria*, donde se realiza un amplio recorrido por bibliografías y manuales metodológicos que han de tenerse en cuenta para el desarrollo óptimo de estudios literarios con repercusión histórica.

Tampoco podemos olvidar al que ha ejercido de arquitecto en el diseño del presente estudio, pues a través de su obra hemos construido el plano sobre el que edificar cada uno de los epígrafes que componen nuestra investigación, nos referimos a Carlos Reis y su manual *Fundamentos y Técnicas del Análisis Literario*. Sus premisas y sugerencias sobre la investigación literaria se han tenido muy en cuenta en la elaboración de cada uno de nuestros subtítulos, puesto que hemos seguido fielmente sus teorías, métodos y técnicas de análisis con los que enfrentarnos de forma eficaz a fases indispensables en esta tipología de estudios como son las etapas de lectura crítica, interpretación conceptual y valoración literaria.

En consecuencia, obedeciendo las directrices de la investigación literaria, nos hemos preocupado por indagar en los aspectos tanto formales como no formales que componen *Nombres Claros de Extremadura*. A partir de la información obtenida de

¹² Véase transcripción, pág. 95.

¹³ En lo sucesivo debido al gran número de citas, abreviaremos *Nombres Claros de Extremadura* en *NCE* para dotar de un mayor dinamismo al texto

este análisis a dos bandas disponemos de la fundamentación teórica necesaria para ampliar y organizar nuestros conocimientos en los niveles que dictamina su proceso metodológico de investigación.

No obstante, antes de adentrarnos en el objeto en sí de nuestro estudio y haciendo caso una vez más a Carlos Reis, es preciso matizar que se ha destinado un tiempo prudencial en recabar la información necesaria sobre los aspectos que han favorecido la existencia de la obra que pretendemos analizar. Nos referimos a la tarea previa e indispensable de contextualizarla en todos los campos posibles, empezando por el pretextual, conociendo los factores biográficos de Morán Márquez y los condicionantes históricos literarios que impulsaron la creación y difusión de su obra, y acabar con la vertiente subtextual, destinando nuestros esfuerzos a estudiar los factores motivacionales, sociológicos y psicoanalíticos que pudieron haberse tenido en cuenta en su creación y que a día de hoy quedan patentes en la narrativa de sus hojas.

Estas dos fases, la pretextual y la subtextual nos aportan las pistas necesarias para hacer frente a un análisis de mayor envergadura como es el destinado al texto literario, empleado en la construcción de cada una de las dieciocho biografías que componen *Nombres Claros de Extremadura*. Sin embargo, para trabajar correcta y eficazmente, sin olvidar ningún resquicio del que extraer información hemos establecido tres focos temáticos de atención como son: el estilístico, el estructural y el semiótico a través de los cuales es posible establecer tanto el análisis literario como el textual.

Precisamente, este análisis textual al que se le dedica todo un epígrafe de nuestra investigación ha sido elaborado teniendo en cuenta el plan de acción de Echenique Elizondo, que en su manual *El análisis textual* nos presenta desde los fundamentos científicos más rigurosos, los cinco pasos a seguir para su correcta ejecución, consistente en la elaboración de cinco micro análisis: el filológico, el literario, el lingüístico, el sociolingüístico y el crítico que compondrán en su conjunto el auténtico análisis textual.

Esta tercera fase ha sido completada utilizando como fuente a Navarro Durán, quien a través de *La mirada al texto. Comentarios de textos literarios* nos enseña que el lector tiene que acercarse al texto con un utillaje cultural que le permita una correcta comprensión de la obra y le genere diversidad de emociones, fruto de la interpretación libre, producida por los sentimientos que le provoca su lectura. Objetivo presente y explícito desde la primera página de *Nombres Claros de Extremadura*, donde ya Morán Márquez aprovecha el prólogo para mencionar la necesidad de hacer partícipes a los lectores, mediante la cercanía y la identificación con las calles y paisajes descritos, donde acontecen los hechos narrados.

Una vez concluido el análisis textual y cumpliendo con la cuarta etapa sugerida por el manual de referencia, optamos por realizar un análisis interpretativo, tanto de la posible repercusión de la obra en el momento de su creación, como de la idoneidad de los hechos narrados para el prototipo de lector que fue creada. Para la consecución de este objetivo se requieren conocimientos previos de uno de los niveles temáticos más específicos e importantes de nuestra investigación, como es el campo de la literatura infantil y juvenil, del que casi nada se ha escrito y se desconoce con exactitud sus orígenes.

Fruto de este vacío informativo ha sido necesario recurrir a estudios más generales centrados en otras comunidades autónomas de mayor florecimiento de la LIJ, como Barcelona o Valencia consideradas como la cuna de este tipo de literatura. Posteriormente, se ha procedido a estrechar paulatinamente el círculo de información, mediante comparaciones rigurosas a través de las que obtener nuestras propias conclusiones (Escolar, 1996d; Escolano, 1997c). Todo ello al amparo del contraste argumental e informativo de los contados manuales ya publicados sobre esta literatura en la región extremeña, como es el *Glosario de la literatura infantil y juvenil, Aportaciones desde Extremadura*, gracias al cual hemos podido extraer algunas orientaciones valiéndonos de sus fuentes bibliográficas y dónde se realiza, aún más si cabe, la necesidad e idoneidad de nuestro estudio, dado que cumple con los requisitos necesarios para conocer y recuperar nuestro patrimonio regional a nivel histórico y cultural.

Por último, se nos presenta una fase que no necesita justificación alguna, la necesidad de estudiar la historia de la educación extremeña, desde sus autores, sus escuelas, sus libros escolares e instituciones educativas; solo así podremos conocer la relevancia de *Nombres Claros de Extremadura* y si supuso o no un referente para el resto de libros escolares que le sucedieron. Para adquirir estos conocimientos qué mejor manera que a través de los manuales de dos autoras enraizadas en la región extremeña y dedicadas durante años a la docencia universitaria y a la investigación de la historia de la educación. Nos referimos indudablemente a Emilia Domínguez Rodríguez con su obra *Génesis del sistema de enseñanza primaria en Cáceres*, así como su aportación al libro *Situación actual de la investigación* bajo el subtítulo “*Teoría e Historia de la Educación*” en *Formación de Profesores*; y a Felicidad Sánchez Pascua por medio de *Capítulos de historia de la educación en Extremadura*. Ambas, a través de cuantiosas publicaciones y estudios históricos educativos, a los que hacemos referencia en páginas sucesivas, nos abren las puertas hacia un paraíso de información de numerosos detalles de la educación extremeña en los inicios del siglo XX, que ejercerán de engranaje para poder interpretar nuestros propios datos y averiguaciones.

Tras haber concluido las menciones a todas las fases más importantes de nuestro trabajo y que siguen el orden recomendado por Carlos Reis en su obra *Fundamentos y Técnicas de Análisis Literario*, destinamos unas líneas de este epígrafe a especificar otras dos grandes etapas que se encuentran de forma inherente en todo el estudio. Estamos haciendo referencia por un lado al uso y dominio de una fuente bibliográfica especializada y orientada a las características escolares de los inicios del siglo XX, no solo en Extremadura sino también a nivel nacional; para establecer relaciones y comparaciones entre diversas comunidades autónomas, sus libros de texto más populares y el desarrollo de editoriales específicas dedicadas a la LIJ. Ya que la confluencia de todos estos factores serán los que justifiquen la realidad educativa de los años que nos ocupan, desvelándonos las causas que posibilitaron la existencia de *Nombres Claros de Extremadura* y ejerciendo de base sólida para la edificación y contraste de nuestras hipótesis.

La segunda gran etapa de estudio continuado, que ha estado presente en todo momento ha sido el estudio pormenorizado del hito que supuso el uso de ilustraciones¹⁴ y fotografías, en un libro escolar de autoría extremeña y contextualizado en un periodo temporal en el que la escasez imperaba en todos los ámbitos de cualquier hogar humilde, y que, sin embargo, no solo consiguió su creación sino que además alcanzó

¹⁴ Véase anexo 2, pág. 139.

una generosa difusión.

Por este motivo es necesario estudiar no solamente en qué medida influyeron las ilustraciones en el alcance de su éxito, sino también a qué obedece la combinación frecuente de dos recursos artísticos como son los grabados y las fotografías, o qué objetivos se pretendían alcanzar mostrando la apariencia física de los personajes biografiados. No debemos olvidar en ningún momento que una de las características claves de esta obra son las numerosas imágenes que presenta, ya que supone un rasgo totalmente diferenciador de sus antecesoras y como tal debemos actuar, pues existen multitud de factores y características singulares que han de ser estudiados al condicionar la cuidada armonía y motivación de cada una de las biografías.

Para realizar estas investigaciones y satisfacer nuestra sed de respuesta hemos buscado cobijo en una de las fundaciones más sólidas a nivel nacional que lleva años dedicándose a esta tipología de estudios, como es la Fundación Germán Sánchez Ruipérez, que con manuales como *Historia Ilustrada del libro español, siglos XIX y XX* o *Historia del libro escolar en España: del Antiguo Régimen a la Segunda República*, no solo obtenemos el puente necesario para acceder a la información que perseguimos, sino que además alcanzamos las orientaciones necesarias para su correcto análisis.

Para concluir la mención a todas las fases de nuestro trabajo y a los métodos empleados en cada una de ellas, interesa nombrar también los diferentes materiales y medios utilizados en su elaboración, ya que han posibilitado una investigación favorecedora a esclarecer dudas y establecer conclusiones. Entre estas fuentes de investigación cabe reseñar el uso y dominio de portales literarios específicos como el Catálogo Colectivo de Patrimonio Bibliográfico Español. Útil para analizar y ahondar en la relevancia y variedad de publicaciones de Morán Márquez y tener conocimiento de la amplitud temática de la autora, sus intereses culturales y sus líneas de investigación.

Otras de las fuentes consultadas, han sido diversos y numerosos portales literario-científicos, nos referimos a Dialnet, Redined, ISBN y REBIUM. Estos repositorios bibliográficos y sus bases de datos han facilitado un conocimiento más plural y actualizado de todos nuestros materiales, dado que en ellos encontramos artículos, libros, documentales y congresos.

Además de los portales telemáticos especializados, nos hemos nutrido de importantes fondos antiguos de la red de bibliotecas extremeñas, no por cercanía sino por la mayor cantidad de información estrechamente relacionada con nuestros intereses y las vinculaciones directas con el libro en cuestión. Entre ellas debemos resaltar la cacereña Rodríguez Moñino donde hemos tenido acceso a la fuente primordial de nuestro estudio, como es uno de los originales *Nombres Claros de Extremadura* o la *Gran Enciclopedia Extremeña*, donde hemos podido contrastar aspectos de los biografiados por Morán Márquez e incluso de ella misma.

También ha sido útil el acceso a BIEEX, la biblioteca de Extremadura, donde entre sus fondos antiguos se albergan otras obras como *Conferencias de labores o Tercer curso: corte de vestidos y labores artísticas* que presentan la misma autoría que *Nombres Claros de Extremadura*, y por tanto, también es de nuestro interés porque a través de ellos podemos conocer aún más el perfil personal y formativo de Morán Márquez y así realizar un análisis más preciso de sus obras.

Además, otros fondos bibliográficos y de documentación han sido grandes reveladores de minuciosos detalles y precisas aclaraciones, altamente valiosas y muy difíciles de conocer de no haber sido por el afán recopilatorio de numerosos archivos históricos a los que hemos tenido acceso, como el perteneciente al Ateneo de Badajoz, la Biblioteca histórica de la Real Sociedad Económica Extremeña de Amigos del País, o los centros de documentación y repositorio bibliográficos de las Diputaciones provinciales de Badajoz y Cáceres.

Sin embargo, si tuviésemos que destacar alguna de estas fuentes, sin duda esas son las pertenecientes al Archivo Municipal de Badajoz, el Histórico Provincial y la hemeroteca de la Real Academia de la Historia, porque a través de sus documentos y fondos privados hemos tenido acceso a información centenaria creada específicamente para detallar aspectos concretos de la obra de Morán Márquez. Entre ellos hemos conseguido las actas que versan sobre las características del concurso literario, el oficio del presidente del Ateneo sobre el premio concedido a nuestra autora y el *Boletín de la Real Academia de la Historia* dedicado a ensalzar las características de su obra¹⁵.

Antes de finalizar este apartado advertimos que gracias a esta ordenada búsqueda hemos comprobado que *Nombres Claros de Extremadura*, gracias a su interés temático ha traspasado fronteras internacionales, adentrándose en bibliotecas universitarias como la de Massachusetts o Michigan, hecho que podemos comprobar fácilmente si nos inmiscuimos en catálogos específicos de su entramado universitario como Mirlyn.

4.- APUNTES SOBRE MORÁN MÁRQUEZ Y ESTUDIO DE LA OBRA.

18

Las siguientes secciones analíticas que pretendemos abordar en este desarrollo argumentativo, pese a sus diferentes contenidos, pueden ser agrupados en cuatro grandes bloques temáticos estrechamente interrelacionados, con los que buscamos construir un estudio lo más realista posible desde diferentes focos de interés que nos ayuden a conocer y comprender esta centenaria obra.

El primer apartado se destina a Morán Márquez con la intencionalidad de poder delinear algunos trazos biográficos que nos ayuden a completar la escasa información que sobre ella hay publicada y con la que quizás podamos comprender sus pretensiones como autora. Seguidamente, en un segundo epígrafe nos adentraremos en la obra, interesándonos por sus características lingüísticas y literarias analizando la tipología de los textos según la forma de elocución, contenidos y finalidad comunicativa para tratar el nivel de coherencia y cohesión de los argumentos empleados en cada una de sus descripciones.

Sin embargo, el penúltimo bloque temático se reserva a estudiar las vinculaciones de *Nombres Claros de Extremadura* con otras obras regionalistas pertenecientes al ámbito de la LIJ de años anteriores que posibilitan su comparación. Finalmente intercalando las conclusiones extraídas de los epígrafes anteriores tendremos las herramientas y conocimientos necesarios para aproximarnos a la idoneidad de los contenidos didácticos abordados en las dieciocho biografías, a la par que cuestionaremos el porqué de su elección y los motivos que pudieron mitigar la omisión de algunos aspectos de sus protagonistas.

¹⁵ Véanse anexos 4 y 5, págs. 176-177.

4.1.- La autora

4.1.1.- Reseña biográfica de Morán Márquez

Ángeles Morán Márquez fue una de las mujeres extremeñas más destacadas de la cultura pacense, directora de la Escuela Normal de Maestras, profesora y escritora. Oficios desde los que luchó y defendió el importante papel de una educación desarrollada y ajustada a las necesidades reales que demandaban sus alumnos (Mayans, 1989). Luchadora incansable, supo oponerse con maestría y carácter a las limitaciones de una sociedad patriarcal como la Extremadura decimonónica, que ralentizaba severamente el progreso de aquellas mujeres que como ella se negaban a conformarse con las labores consideradas como “propias de su género” (Araya, 2007: 245).

Esta actitud personal de lucha y defensa por aquello que consideraba como justo y necesario queda demostrada en su valiente labor como directora de la Escuela Normal de Maestras de Badajoz, durante la etapa de la Guerra Civil española. Duros momentos en que otras entidades como la de maestros de la misma localidad se vio obligada a cerrar temporalmente durante unos años, hecho que no ocurrió con la femenina que estaba bajo su gestión desde 1901 (Mateos, 2010:34).

Por otra parte, en su ámbito más personal observamos que siempre estuvo rodeada de contextos puramente culturales tanto en sus relaciones familiares como laborales. Pues, por un lado era hermana de Carmen Morán Márquez, profesora de la Escuela Normal y por otro compartía oficio con su cuñado Rafael Morales Barrera, director más longevo de la Escuela Normal de Maestros. Relaciones y parentescos que lejos de perjudicarle le posibilitaron multiplicar los apoyos en la obtención de los recursos necesarios que demandaba constantemente para mejorar la calidad de la enseñanza en la que se encontraba envuelta.

Sin embargo, el aspecto por el que es popularmente recordada es por su vertiente como escritora educativa, involucrándose tanto en la creación de manuales para niños, *Nombres Claros de Extremadura*, como para futuras docentes: *Conferencias de labores: (costura, bordados, encajes, flores, corte y confección e historia del traje)* y *Tercer curso: corte de vestidos y labores artísticas*. Todos ellos bajo un mismo denominador común, la motivación y la originalidad, con la que se intenta priorizar la calidad y no la búsqueda de cuantiosos contenidos.

“La experiencia me ha enseñado que solamente puede defenderse la dificultad, publicando un libro en que se contenga todas las referidas materias, en la extensión y cuantía que debe y puede exigirse en el aprendizaje, dentro de lo legislado” (Morán, 1921:6).

Precisamente en los prólogos de estas obras se deja entrever su admiración hacia la labor educativa a la que etiqueta en reiteradas ocasiones como *notable profesión vocacional* y a la que se entregó con gran dedicación durante años, impartiendo asignaturas de literatura, costura y bordados en la ya mencionada escuela pacense (Morán, 1921: 4-7). Pero no solo su profesionalidad y entrega a la enseñanza aluden a su carácter personal, también la define su actitud reformista y de denuncia social, factores que quedan reflejados en los discursos introductorios de sus creaciones literarias, donde siempre con ligera discreción y gran educación muestra las carencias y deficiencias a las que tienen que hacer frente aquellos que se encuentran inmersos en el sistema educativo.

Es en esta difícil situación escolar donde la autora encuentra la justificación para dedicarse al arte de la literatura escrita, llegando a expresar que espera suplir las deficiencias de su labor haciendo obras más perfectas, que llenen por completo el vacío que se siente en la lucha por impulsar el desarrollo educativo. Por último, y no menos importante se debe destacar de ella el enorme afecto que sentía hacia su sobrina Margarita Morales Márquez, a quien quería como una hija y a quien le dedicó el galardón del Ateneo pacense. Ello queda reflejado en la dedicatoria del libro con el que se proclamó ganadora:

[...] “quiero ceñir con el lauro que por él obtuve la frente pura de una niña que por ser hija de mi hermana tiene mi sangre y por ser mi hija espiritual tiene mi alma y mi nombre; y ella me da en sus caricias los más santos consuelos que la piedad divina ha puesto en la desolada aspereza de las amarguras que hicieron siempre tan árido y solitario el camino de mi vida” (Morán, 1914:4)

Sin embargo, pese a todas estas hazañas, victorias y reconocimientos que tuvo nuestra protagonista a lo largo de su vida, no hemos logrado dar con ninguna publicación dedicada a analizar o estudiar su figura como autora, directora, profesora o simplemente como mujer revolucionaria. Todas las menciones que hemos descubierto se encuentran de forma indirecta, en listas de docentes pacenses como la que realiza Cruz Cancho en *Campo Abierto*, obras agrupadoras de manuales regionales como *Extremadura, tierra de libros* o estudios dirigidos a su cuñado, Rafael Morales Barrera (Mateos Carrera, 2010:34). El único párrafo dedicado en exclusividad a Morán Márquez, lo encontramos en la *Gran Enciclopedia Extremeña*, pese a ello incluso se desconocen datos tan básicos como su fecha de nacimiento y muerte.

4.1.2.- Intencionalidades de la autora y características principales de su obra literaria

20

Para conocer los objetivos de Morán Márquez depositados en *Nombres Claros de Extremadura* es conveniente realizar no solo un análisis pormenorizado de cada uno de los epígrafes que componen la obra, sino también acceder a hemerotecas y archivos históricos, en los que indagar sobre la repercusión de su libro y las intencionalidades de su creadora. Precisamente en el archivo municipal de Badajoz encontramos el porqué de la existencia de esta obra y la justificación de la temática elegida. Morán Márquez que era una de las participantes del concurso literario del Ateneo de Badajoz de 1914, se encontraba obligada a acatar la temática de *Resúmenes biográficos de extremeños ilustres* si quería optar al alcance de las doscientas cincuenta pesetas que se presentaban como premio (Ayto. de Badajoz, Libro de actas, 1914: 88)¹⁶.

Además, en esas mismas bases, se advertía la preferencia por aquellas “biografías cuyos nombres honrasen las calles de la ciudad pacense”, hecho que nuestra autora cumplió fielmente con casi un noventa por ciento de personajes nacidos en la localidad. Sin embargo, su intencionalidad permanente por mejorar el sistema educativo de la época, la condujo a la segunda pretensión que debemos tener en cuenta, la de multiplicar la utilidad de la obra, al tratar de convertir unas “simples” biografías en todo un manual didáctico - pedagógico destinado al público más delicado y crítico, el infantil. Por ello, “la brillante sencillez con la que ha sabido contar lo glorioso de nuestra patria chica” y con la que ha pretendido adecuarse no solo a las exigencias de un tribunal sino también a las necesidades comprensivas de los escolares extremeños (Ayto. de Badajoz, Libro de actas, 1914: 14).

¹⁶ Véase anexo 4, pág. 148.

El tercer aspecto que puede definir la pretensión de Morán Márquez con su obra, es cumplir con uno de los requisitos indispensable que todo docente debía satisfacer si pretendía “normalizar” legalmente su manual didáctico dentro del contexto escolar. Según Real Decreto (26 de febrero de 1875) debían someterse a calificación del Consejo de Instrucción Pública antes de su publicación, en caso de que sus autores pretendiesen demandar a sus alumnos la compra obligatoria de estos libros. Este trámite estaría superado en caso de resultar agraciado en el concurso ya mencionado, pues el jurado estaba compuesto por algunos representantes del temido Consejo de Instrucción Pública (Sánchez P, 1998: 111-112).

Por tanto, una vez conocidas algunas de las pretensiones de Morán Márquez dilucidamos alguno de los objetivos que pretendía alcanzar con la redacción de este libro: optar a un ambicioso premio regional, contribuir a la mejora cultural de su localidad y conseguir el beneplácito de una institución que le posibilitase la aprobación e introducción de *Nombres Claros de Extremadura* en el ámbito académico. Para su difusión se exigía por ley que cada manual presentase en primera página el dictamen de aprobación del Consejo de Instrucción Pública.

4.1.3.- Fuentes de referencia creativa

Respecto a las fuentes de referencia que pudo considerar Morán Márquez en la creación de su obra magna, debemos mencionar que tanto las características que definen la obra como la calidad palpable en la correcta representación biográfica de cada personaje hacen revivir el espíritu literario del ilustre Plutarco de Queronea que en *Vidas Paralelas* aportó útiles modelos de este género de historiografía. Modelo que han adoptado otros escritores como Quintana, Barrantes o Nicolás Díaz y Pérez que con su obra *El Plutarco Extremeño* siguió las huellas del autor griego, logrando en el siglo XIX crear un formato biográfico pionero en Extremadura que ponía al servicio de la enseñanza escolar cuidadas descripciones y autorretratos literarios de personajes nacidos en la región (T´Serclaes, 1915: 34 - 36).

Sin embargo, no será hasta comienzos del siglo XX cuando este testigo sea retomado y mejorado, consiguiendo volver a revivir y a actualizar aquellas biografías ya descritas por los autores mencionados. Pero, en esta ocasión redactadas por primera vez por una mujer, Morán Márquez, que conocedora de las necesidades académicas de la época incorporará una metodología distinta y un formato innovador.

Si ahondamos más en las fuentes de referencia e inspiración que pudieron condicionar la labor creativa de nuestra autora, hemos de referenciar que tal vez se viese influenciada por dos movimientos literarios paralelos en el tiempo, como son las tendencias europeístas propia del novecentismo y la corriente regionalista imperante en su Extremadura natal. De tal forma, que de la corriente europeísta adoptó el gusto por la correcta expresión, el dominio de vocabulario específico a cada temática, la amplitud de información y la minuciosidad en el contraste de los contenidos expuestos (T´Serclaes, 1915:36; Escolano, 1996).

Mientras que por otra parte, la exquisitez estructural contrasta armoniosamente con sus pretensiones regionalistas, por medio de un entramado argumentativo y explicativo que pretende ensimismar a los lectores, ya que busca que se sientan identificados con los orígenes de cada personaje, conociendo sus misterios más apasionantes, aventuras, anécdotas vividas y sobre todo la intensa relación que mantenían con la ciudad y la región en la que ellos mismos vivían (Morán, 1914: 6-10).

Además, otro factor de referencia que pudo cautivar a nuestra autora fue el enorme auge del que gozaba la fotografía, hecho que aprovechó para hacer más atractiva y ligera la lectura y demostrar de forma visual los argumentos descritos. Muestra a toda página diversas calles y monumentos que inmortalizan a estos héroes, asimismo se presentan ilustraciones¹⁷ de los biografiados con las que poner cara a las vivencias narradas (Vélez, 1996: 195 – 239; Muro, 2009).

De esta forma tan particular y a modo de guía histórica-artística, esta firme defensora de las señas de identidad y valores extremeños logra que el alumno se comporte al mismo tiempo como viajero y descubridor de su propia localidad, pues quizás por primera vez comprenda muchos de los porqués que albergaban en su cabeza y que siempre se planteaba cuando transitaba por las calles de su ciudad.

Sin embargo, tras las lecturas de estas notas biográficas no solo será extremeño por haber nacido en estas tierras sino también por haber aprendido a apreciarlas y a conocer todos los grandes logros y hazañas que alcanzaron tiempo atrás aquellos que vivieron en ellas y que contribuyeron enormemente al desarrollo nacional e internacional.

4.1.4.- Repercusiones y reconocimientos regionales

El reconocimiento de mayor impacto, al que se debe el eco y difusión de esta obra, es el ya mencionado premio del Ateneo pacense, gracias al cual el Ayuntamiento de la localidad se comprometió a financiar una edición de quinientos ejemplares que repartió gratuitamente entre las escuelas de la ciudad. Sin embargo, la acogida de este manual fue superior a las expectativas previstas y los centros educativos que salpicaban la geografía extremeña aclamaban también su copia.

Esta situación condujo a una reedición patrocinada por el marqués de T´Serclaes, ilustre personaje que avala la obra mediante la ilustración de su escudo representativo, convirtiéndose esta imagen en la única de la portada. Por tanto, descrito este aprecio y complicidad entre ambos, no es de extrañar que se refiriese a Morán Márquez con los siguientes halagos:

“No es frecuente el encontrar escritoras como doña Ángeles Morán, que sin perder los encantos de su espíritu femenino, se consagren á las arduas tareas de la síntesis histórica; en ellas ha puesto la directora de la Escuela Normal de Badajoz todos los entusiasmos de su voluntad, siendo sus producciones los sazonados frutos de una selecta inteligencia y de un gran corazón, al servicio del amor á la enseñanza” (T´Serclaes, 1915:36).

Pero el marqués de T´Serclaes y el sistema educativo extremeño no fueron los únicos interesados en la obra, pues al poco tiempo de su publicación fue Miguel Primo de Rivera, cuando aún ocupaba el cargo de presidente del Consejo de Ministros, quien solicitó expresamente a nuestra escritora una de las copias de su obra con dedicatoria a su persona¹⁸. Este hecho pone de manifiesto como el reconocimiento social al trabajo desarrollado por Morán Márquez y la repercusión de *Nombres claros de Extremadura* traspasaron la frontera extremeña. Prueba de ello es la siguiente dedicatoria de 1927, donde se ejemplifica de forma real, la situación anteriormente expuesta:

“Al Excmo. Sr. D. Miguel Primo de Rivera, Presidente del Consejo, honra de España y orgullo de Jerez; su mas ferviente admiradora y paisana; respetuosamente. Ángeles Morán” (Véase anexo 4, pág. 148).

¹⁷ Véase anexo 2, pág.139.

¹⁸ Véase anexo 6, pág. 150.

El éxito de la obra no solo era palpable ante la numerosa demanda de la población, sino también ante la repercusión que tuvo en la prensa escrita, boletines y actas. Dado que las cuidadas características que definen *Nombres Claros de Extremadura* no tardaron en mencionarse en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* donde se enaltecía la “visión exacta del pasado con la que se reproducen imparcialmente los sucesos de antaño y que rememoran la existencia de las figuras cumbres de la historia” fruto de un trabajo exquisito por parte de Morán Márquez, propio de personas altamente cualificadas y comprometidas con la educación regional (T´Serclaes, 1915: 35).

Al hilo de esta imparcialidad tan venerada por los biógrafos es conveniente resaltar el reconocimiento regional que se le atribuía tanto a la autora como a la obra por ponderar con criterio ecuánime tanto las virtudes como los defectos de todos los personajes descritos, haciendo de *Nombres Claros de Extremadura* una obra exenta de pretensiones eruditas, patriotismo o apologías. Sin embargo, se detecta en cada una de sus páginas el enorme deseo de Morán Márquez de incorporar a la enseñanza de los escolares los memorables ejemplos de heroísmo, virtud, cultura y sabiduría, de forma clara, concisa y sintética pero sobre todo ajustada a la realidad histórica y social del periodo que acoge a cada personaje (Ayto. de Badajoz, Libro de actas, 1914: 88; T´Serclaes, 1915: 35).

Este compromiso de la autora por aportar su esfuerzo a la mejora del enriquecimiento cultural de su entorno es reconocido incluso a día de hoy, dado que en manuales temáticos regionales como *Extremadura, tierra de libros* se defienden sus dotes como biógrafa, profesora y escritora, configurando en una misma persona una luchadora nata, defensora de los valores y señas de identidad extremeña. Memorables intenciones que le condujeron a la creación de su premiada obra, definida en la actualidad como un “conjunto de biografías, no críticas sino laudatorias, de hombres y mujeres ilustres de Extremadura, redactadas con una finalidad claramente pedagógica” (Araya, 2007: 62).

El hecho de tener tan presente las necesidades educativas de los escolares y las características didácticas y pedagógicas que debía presentar esta obra dirigida a la enseñanza se debe a su contacto directo con los niños. Pues, la que fuese directora de la Escuela Normal de Maestras de Badajoz destinó con plena vocación y entrega gran parte de su vida a la formación cultural de los más jóvenes, ya fuese impartiendo ella misma las clases, enseñando a futuros docentes o redactando obras didácticas.

Por consiguiente, esta delicadeza y cuidado en las narraciones y contenidos solo puede ser fruto de alguien que vive por y para la enseñanza, y que conoce con certeza y experiencia el público al que se dirige; ello queda evidenciado desde la primera página de la obra, donde dedica con especial cariño el galardón a una niña que siente como una hija, su sobrina. Además, esta plena dedicación a la enseñanza escolar queda recogida en el acta del Ayuntamiento pacense, donde en el oficio creado por el presidente del Ateneo, se muestra el orgullo de que el premio “haya recaído en ella que tan relevantes dotes de cultura y de amor a la infancia tiene acreditada con las instituciones que en favor de esta ha creado” (Ayto. de Badajoz, Libro de actas, 1914: 14)¹⁹.

¹⁹ Véase anexo 5, pág. 149.

4.1.5.- Contexto histórico literario favorecedor al éxito educativo de *NCE*

Al amparo de lo descrito anteriormente, Morán Márquez como buena concedora de la ley educativa, que seguramente dominaba y comprendía a la perfección debido a su labor como directora de la Escuela Oficial de Maestras de Badajoz, pudo inspirarse en sus intenciones, fines y objetivos con los que reducir las posibles trabas por parte de alguna institución cultural que pudiese rechazar o desprestigiar su creación.

Pero, tal vez su éxito no se deba exclusivamente al dominio del “currículum escolar” de aquel momento, sino también a su relación personal constante con la dos clases sociales imperantes a finales del siglo XIX, la clase obrera y humilde a la que educaba y destinaba sus esfuerzos laborales y la burguesa con la que se relacionaba en congresos, concursos, y actos culturales superiores.

Esta doble relación le pudo ayudar a comprender las necesidades educativas reales del pueblo extremeño, a la par que allanaba el terreno para alcanzar la financiación y medios necesarios con los que mejorar la difusión de su libro. De esta forma el prestigio y la utilidad cultural de la obra iban de la mano (Ayto. de Badajoz, Libro de actas, 1914: 14; Mateos, 2010:33- 40).

Sin embargo, no podemos ni debemos plantear el éxito de este manual como fruto de la pericia y astucia de nuestra autora, sino más bien como el resultado de una vida de entrega plena a la mejora cultural de su región, tal y como se deduce de sus logros laborales y obras literarias. A ello habría que sumarle otra serie de factores que vinieron dados por las circunstancias del momento y que impulsaron aún más la relevancia y conveniencia de *Nombres Claros de Extremadura* como fue que el Ayuntamiento de Badajoz se hiciese cargo de su primera edición y distribución por los colegios de la ciudad (Araya, 2007: 245).

Tal vez esta memorable acción pudo encontrarse motivada por la situación crítica que nuestro sistema educativo nacional atravesaba en este siglo en el que se pretendía una organización educativa firme y que por tanto obligaba a realizar ciertas acciones como las descritas por Escolano:

“La escasez de materiales de instrucción, y en particular de libros, llevó al legislador a recomendar a los ayuntamientos y comisiones locales la adquisición de series de lecciones impresas y de ediciones completas, hasta que hubiese abundancia de cuadernos litografiados en las escuelas españolas” (Escolano, 1997a: 41).

Pero, la compra de libros por parte de las entidades administrativas no fue el único factor positivo que gozó Morán Márquez, también hemos de reseñar, la coincidencia de la creación del Ministerio de Instrucción Pública, con el periodo de diseño de su obra, pues apenas unos años después se produjo su publicación. La creación de este Ministerio vino a realzar aún más si cabe los valores y objetivos que nuestra autora planteaba en su libro y que se encontraban a su vez respaldados por la Ley Moyano, conformando así el clima óptimo para su presentación e introducción en el sistema educativo de comienzos del siglo XX (García, 1994).

Tampoco debemos olvidar el surgimiento en estos años del fenómeno denominado “La escuela moderna” de la mano de Ferrer Guardia, que aunque tuvo origen en Barcelona, sus renovados objetivos educativos y nuevos preceptos de enseñanza se difundieron tanto a nivel nacional como internacional. Esta nueva forma

de educar precisó de la creación de nuevos manuscritos que traspasaran los rígidos límites de la instrucción lectora y conciliara la educación lingüística con la formación cultural (Monés, 1977).

Con esta nueva premisa los modernos manuales como el de Morán Márquez, incluían ejercicios de lecturas biográficas versadas sobre las figuras más relevantes de la historia patria, a la par que se incorporaban cuentos e historietas orientadas tanto a la educación moral y sentimental de la infancia como a la mejora cultural de su país, todo ello mientras se narraban las vidas y milagros de los personajes descritos (Araya, 2007: 245).

De este modo, los manuscritos modernos no se conformaban con el único fin de ejercitar las reglas lingüísticas más elementales, ahora se buscaban otras metas más trascendentales, que los entendidos de la época como Dalmau Carles, maestro de enseñanza básica y propietario de editoriales de libros escolares, calificó como lógicas y necesarias por cubrir tanto los aspectos instructivos y educativos como aquellos destinados a la lectoescritura (Escolano, 1997b: 350:360).

Por tanto, la pedagogía de la restauración con la que se creó *NCE* siente la necesidad ferviente de plasmar de contenidos morales y de instrucciones útiles las obras impresas destinadas a la enseñanza de los niños y jóvenes. Recordemos que la ardua tarea de la motivación escolar no bastaba en un siglo en el que la tasa de absentismo académico superaba el sesenta por ciento en la etapa obligatoria, puesto que si los padres no dilucidaban la parte más práctica, necesaria y útil de la escuela no permitían la asistencia de sus hijos a clase por más que estos quisiesen (Puelles, 2009).

Pues, desgraciadamente los progenitores continuaban utilizando a sus hijos como mano de obra y ayuda en las tareas familiares, por tanto no iban a afrontar un esfuerzo extra en el ámbito laboral ante la ausencia de sus hijos y un gasto elevado en libros, si estos no eran polivalentes para todos los conocimientos que debían adquirir y estrictamente obligatorios o necesarios. Esta situación se agravaba aún más en Extremadura donde la tónica tradicional era que todos los miembros de la familias cooperasen de forma conjunta en tareas de recolección y ganadería en zonas aisladas de los núcleos urbanos donde se albergaba el contexto escolar (García, 1997; Sánchez P, 1998).

Pese a ello, y quizás debido a las renovaciones pedagógicas y didácticas, la demanda de obras como *Nombres claros de Extremadura* se incrementó notablemente a nivel nacional, al aumentar el número de escuelas y de alumnos en nuestra región. Las diversas disposiciones legales educativas favorecieron la proliferación de los libros de texto didácticos, que cada vez eran más frecuentes en las ciudades de mayor desarrollo económico y educativo. De hecho Sureda García, en su estudio de *La producción y difusión de los manuales escolares* advierte que:

“El elevado número de títulos incluidos en las relaciones de obras aprobadas hace pensar que a partir de mediados del siglo XIX la elaboración y publicación de textos escolares era ya un negocio muy rentable económicamente. Por otra parte, la selección de los libros que debían utilizarse en las escuelas hacía recaer en los maestros y profesores buena parte de la responsabilidad de la elección. Por esta causa los docentes o inspectores adquirían un control importante del mercado al ser ellos los que en la práctica decidían si un libro determinado se vendería o no” (Sureda, 1997:75).

Por este motivo se crearon leyes específicas como la de Instrucción Primaria de 1868, donde se destinaban disposiciones específicas que pretendían evitar que los responsables y dirigentes de los temas de instrucción pública pudiesen tener ventajas

económicas, motivadas por su cargo, que condicionaban e influían a maestros para que estos escogiesen obras de las que ellos fuesen autores, editores o traductores (Sureda, 1997: 75).

A modo de resumen podemos concluir que *Nombres Claros de Extremadura*, fue una obra pionera en multitud de sentidos, aparte de adelantada a su tiempo en estructura y presentación consiguió adaptarse a las convulsiones de un sistema educativo continuamente cambiante y con necesidades muy profundas. Pese a los numerosos obstáculos que en el camino se fueron presentando logró una difusión y calidad literaria memorable que le abrieron las puertas de la codiciada motivación escolar.

Supo partir del entorno más cercano y real del alumno para apelar a su curiosidad más insaciable y hacerle partícipe conocedor de las vivencias de aquellos personajes y héroes que a día de hoy siguen dando nombre a nuestras calles. Ante este entramado descriptivo de biografías, la autora logra adentrar al alumno en un apasionante viaje retrospectivo en el que disfrutar, recreándose en las hazañas y entresijos más insólitos de los personajes que algún día fueron vecinos de su propia localidad.

4.2- Coherencia y cohesión de la estructura lingüística y literaria

Si nos hacemos eco de las críticas que obtuvo *Nombres Claros de Extremadura* tanto a nivel regional como nacional, no nos puede sorprender su aceptación y defensa en los colegios de comienzos del siglo XX, porque los contenidos abordados, según hemos tenido constancia eran acertados a la par que necesarios. Sin embargo, sabemos que eso no es sinónimo de calidad en una obra, dado que hace falta una serie de características sumamente cuidadas y unos rasgos literarios y lingüísticos que rompan con el lenguaje común empleado en cualquier texto. Por ello, se nos antoja necesario conocer más de cerca aquellos aspectos que definen los textos de Morán Márquez, así como su tipología en función de la forma de elocución, los contenidos y la finalidad comunicativa (T'Serclaes, 1915: 34 – 36; Araya, 2007: 62).

Si comenzamos por las características generales de cada biografía, debemos dirigir nuestro estudio al análisis de dos grandes rasgos identificativos, la coherencia y la cohesión, que engloban a su vez a otros numerosos elementos fácilmente asociables a esta obra. El calificativo de coherencia es cuanto menos representativo, si tenemos en cuenta que los elementos que componen cada descripción literaria se relacionan entre sí, carecen de contradicciones y contribuyen a crear un mensaje de significado superior que engloba a todos.

Para ello recurre a la unidad de sentido, con la integración de todos los enunciados alrededor de una misma idea central, en torno a la cual edifica y articula las demás premisas. La idea principal, normalmente expresada al comienzo de cada descripción, menciona la esencia biográfica, mientras que las secundarias son utilizadas como apoyo de la central para ampliarla, desarrollarla y justificarla, de modo que se va configurando un perfecto entramado biográfico. Esta simbiosis entre aspectos de la descripción principales y secundarios permite que cada biografía sea percibida con una unidad de sentido completamente homogénea, a la par que le dota de dinamismo y ligereza con las progresivas informaciones nuevas que se van acomodando a las ideas previas.

Además, con la intencionalidad de que cada biografía transmita un mensaje completo con un sentido unitario, la autora busca una organización correcta de los elementos que la integran, es decir, cuida delicadamente tanto la unidad formal como la unidad de sentido. Por tanto, la estructura externa del texto permite distinguir a simple vista cada una de las partes que componen la descripción, ya que en función de dónde se encuentre cada párrafo dentro de la biografía, sabremos qué temática abordará; nacimiento, hazañas o muerte. Distinguiéndose de esta forma tres tipologías diferentes de párrafos; los de inicio en los que presenta el contenido a tratar; los de desarrollo donde se muestra la información principal, y los de finalización donde se mencionan las conclusiones. Este formato es fácilmente distinguible tanto por su extensión como por la terminología, el léxico y su coincidencia con el desarrollo biográfico de cada personaje.

“En aquel paraje árido y solitario, vivía como un águila en su eminente nido, poco después de mediar el siglo XVI, un hombre pequeño, de aspecto noble, ojos penetrantes y pensadores y faz serena, que se pasaba los días inclinado sobre grandes infolios, escribiendo, anotando con actividad incansable” (Morán, biografía de Arias Montano, 1914: 79).

“La sociedad noble y linajuda de Trujillo, esa aristocrática población que por el número de familias de alto abolengo que en ella habitaban se ha llamado archivo de la nobleza extremeña, se agitaba, allá por el otoño de 1529, con un desusado alborozo, instigado por la aparición de un personaje singular entre sus vecinos. En efecto; se había presentado allí un capitán que se decía descender de una de las más nobles familias que a ella pertenecían. Era un hombre ya de edad muy madura, recio como un atleta, curtido por los años y por los duros azares de su larga vida aventurera, y nimbado con la aureola de una fama gloriosa de altos hechos realizados, y propósitos y esperanzas de realizar muchos más” (Morán, biografía de Francisco Pizarro, 1914:115).

Entre las propiedades características de los textos de Morán Márquez no solo es común la coherencia argumentativa y la organización correcta de las estructuras biográficas, también son reiterados los recursos de cohesión del texto. Nos referimos a aquellos elementos lingüísticos y literarios con los que enlaza enunciados, párrafos, apartados y capítulos. Estos recursos gramaticales de cohesión que tanto gustan a nuestra autora son la sustitución, los marcadores textuales y la reiteración, así como el uso frecuente de elipsis:

“Uno de ellos, el más grande, que tiene trazos de viejo castillo del siglo XV, la época en que las familias linajudas construían sus palacios en las poblaciones con reminiscencias de los viejos castillos roqueros solitarios de la plena edad media, perteneció á la noble casa de los Figueroas, luego condes y más tarde duques de Feria” (Morán, biografía de Torres Naharro, 1914:13).

De esta última, hace un abundante uso mediante la repetición de valoraciones propias o alusiones a hazañas de héroes, con las que pretende mostrar aún más la evidencia de su magnitud o repercusión. Estas repeticiones son construidas por medio de reiteraciones fónicas, léxicas, semánticas y morfosintácticas con significados connotativos y la recurrencia a los mismos esquemas y modalidades enunciativas en la gran mayoría de los párrafos. (Todos estos recursos de cohesión serán evidenciados con ejemplos reales de la obra, en el análisis lingüístico y literario de la biografía de Hernán Cortés en el epígrafe siguiente).

Una vez llegados a estas conclusiones lo que nos resta, por ahora, es conocer las características definitorias de esta obra como texto literario; es decir, aquellos rasgos que la conforman y que la hacen digna merecedora de este noble rango. Recordemos que la lectura de este tipo de textos presenta un acto de comunicación con características muy específicas y especiales que la diferencia del resto. La autora actúa bajo un estímulo artístico que la lleva a elaborar con cuidado y minuciosidad un texto que ha

trascendido durante siglos hasta nuestros días, textos que actúan a modo de mensajes y que el receptor, en este caso los escolares, han de interpretarlos y recrearse con las aventuras y hazañas que en ellos se narran.

No menos importante es otro gran rasgo diferenciador, el uso del lenguaje literario que con gran dominio emplea Morán Márquez, quien pretende tornar el lenguaje usual en un lenguaje diferente, creativo e innovador, caracterizado por su finalidad estética y expresiva (Heinrich, 1990: 227-229).

Como características generales de todo texto literario y que acontecen en esta obra podemos referenciar el uso de lenguaje connotativo y la gran riqueza léxica, que buscan despertar en el lector ciertas sensaciones y emociones relacionadas con la admiración e imitación hacia sus personajes históricos más relevantes. Además, la presencia de la connotación induce al valor polisémico de sus mensajes que en función de la personalidad y el bagaje cultural de cada alumno proporcionará significados diferentes.

“Era Cortés tan noble en su conducta, tan atrayente en su trato, tan ameno en su conversación, siempre graciosa, siempre franca y sincera y nunca mortificante para nadie y menos para los ausentes, que arrastraba tras de sí las voluntades con un imperio irresistible. La quietud, ya pacífica de aquella isla, no satisfacía los anhelos de aventura gloriosa que bullían en el corazón de aquel joven extraordinario...” [...] (Morán, biografía de Hernán Cortés, 1914: 92).

También debemos apreciar como rasgo literario identificativo en esta obra, el predominio de la función poética y expresiva, porque la autora intenta explotar al máximo los recursos del lenguaje para causar en el lector asombro o extrañeza, mediante la intensificación de procedimientos expresivos de la lengua y recursos tipográficos (Heinrich, 1990: 86-87):

“El ascua de amor divino, que abrasaba el santo pecho de Pedro de Alcántara y de sus compañeros, difundía por primera vez su incendio a las almas de cuantos habitaban en la ciudad” (Morán, biografía del Divino Morales, 1914: 42).

[...] “Y así ocurrió pocos días después, el anciano sintió renacer su primitiva inspiración, sus ojos recobraron la vista y con febril entusiasmo se puso a pintar una tabla maravillosa, en que trazó una imagen de la virgen María, en torno a la cual revoloteaban alegres unos pajarillos que parecían cantar las alabanzas en alborotados trinos, y apenas terminó su obra, el gran maestro exhaló su postrer suspiro mirándole embelesado” (Morán, biografía del Divino Morales, 1914: 49).

Para la consecución de estas funciones del lenguaje, Morán Márquez opta asiduamente por el uso de figuras literarias y recursos retóricos con los que embellecerlo. Estos elementos poéticos los encontramos de carácter fónico, morfosintáctico (epíteto, polisíndeton, hipérbaton) y semántico por medio de enumeraciones, hipérbolos, comparaciones, personificaciones, metáforas y metonimias, tal y como atestiguan los siguientes ejemplos (Heinrich, 1990: 88-89):

Hipérbolos y epítetos:

“No puede discutirse que la huella más honda, la intervención más importante que ha tenido España en la historia del mundo, es la obra que realizó en América; pero tampoco se puede negar que el episodio más interesante y de más atrayente grandeza en esa epopeya nacional, a parte la bizarría y el descubrimiento, fue la conquista de Méjico, y le cupo a Extremadura la gloria del dar el héroe que había de realizarla” (Morán, biografía de Hernán Cortés, 1914: 89).

Personificaciones:

“También Medellín, la noble villa de romano abolengo, dormida con indolente señorío sobre las riberas del Guadiana, orgullosa de su vieja estirpe y de los nobles linajes que albergaba, estaba bien lejos de sospechar que aquel apuesto mozo, que por los últimos años del siglo XV se criaba en la hidalga y que triscaba y retozaba alegre por las dilatadas llanuras de sus ejidos...” (Morán, biografía de Hernán Cortés, 1914: 91-92).

Símil:

“Mirando, río abajo, se divisa desde allí, como una cinta blanca que corta el verde de una ladera, la carretera de Sevilla... En estos nombres y en estos parajes hay huellas venerables de un varón insigne por su santidad, que, hace cerca de cuatro siglos, edificó a los hijos de Badajoz, durante varios años con el ejemplo de sus virtudes” (Morán, biografía de San Pedro de Alcántara, 1914: 26).

Descripciones incuestionables:

“Por eso puede Torres Naharro ser considerado sin lisonja, uno de los más eximios patriarcas de nuestro teatro español, y en esto consiste su mayor gloria. Por ellos sabemos que fue un espíritu sentimental y soñador, hombre de austeros y rectos principios sinceramente cristianos, aunque no llegaba en sus emociones religiosas, a los arrebatos místicos” (Morán, biografía de Torres Naharro, 1914: 17-18).

Por tanto, a modo de conclusión percibimos que Morán Márquez se preocupa concienzudamente de aportar veracidad al texto por medio de argumentos a los que sustenta con coherencia y cohesión de ideas, rehuendo en todo momento de oraciones contradictorias que hagan al alumno dudar o replantearse las afirmaciones que en las biografías se muestran. Además, esta unidad formal y de sentido es acompañada constantemente por la función poética y expresiva de sus oraciones con las que pretende encandilar al alumno por medio de una generosa riqueza léxica.

29

4.3.- Rasgos frecuentes en la redacción biográfica

Una vez conocidas las características más generales que representan cada biografía y antes de analizar pormenorizadamente ciertos temas específicos de esta obra de Morán Márquez, es necesario estudiar prioritariamente aquellos elementos textuales que la conforman. Esta es la única manera de obtener las pistas necesarias con las que valorar correctamente toda la información, ideas y conclusiones que nos transmite por medio de sus personajes.

Por consiguiente, debemos comparar el conjunto biográfico bajo tres visones diferentes, pero íntimamente interrelacionadas; es decir, según la forma de elocución, según los contenidos del texto y según la finalidad comunicativa. De esta manera nuestro conocimiento sobre *Nombres Claros de Extremadura* será completo, fruto de una lectura más comprensiva y un visionado analítico desde diferentes ópticas.

4.3.1.- Clasificación del texto según la forma de elocución

En lo que respecta a la forma de elocución observamos que estamos ante un texto narrativo, en el que se narran sucesos que acontecen a sus dieciocho personajes en un momento determinado de nuestra historia nacional. Por tanto, mantiene una serie de rasgos imprescindibles en este tipo de obras, como el uso de un narrador omnisciente, variados personajes, precisión exacta espaciotemporal y acción narrativa por parte de la autora.

No es de extrañar que las descripciones estén plagadas de verbos en pretérito perfecto simple, salvo en contadas ocasiones en las que se opta por el presente de indicativo con un valor actualizador de hechos pasados. Además, estos verbos prioritariamente de movimiento o acción, dotan al texto del dinamismo necesario para la descripción de acontecimientos y tienden a encontrarse en tercera persona, fruto de un narrador omnisciente que controla hasta el último detalle de las vidas descritas:

“La sociedad noble y linajuda de Trujillo, esa aristocrática población que por el número de familias de alto abolengo que en ella habitaban se ha llamado archivo de la nobleza extremeña, se agitaba, allá por el otoño de 1529, con un desusado alborozo, instigado por la aparición de un personaje singular entre sus vecinos. En efecto; se había presentado allí un capitán que se decía descender de una de las más nobles familias que a ella pertenecían” (Morán, biografía de Francisco Pizarro, 1914:115).

“Era un hombre ya de edad muy madura, recio como un atleta, curtido por los años y por los duros azares de su larga vida aventurera, y nimbado con la aureola de una fama gloriosa de altos hechos realizados, y propósitos y esperanzas de realizar muchos más” (Morán, biografía de Francisco Pizarro, 1914:115).

Tampoco podemos dejar de lado otros elementos característicos de esta obra que justifican su ubicación dentro de los textos narrativos, es el caso de la abundancia de oraciones predicativas frente a las copulativas, acompañadas normalmente por numerosos complementos circunstanciales con los que expresa el tiempo y el espacio de cada una de las hazañas de nuestros héroes.

“Y no se sabe si es más admirable este valor, esta actividad, esta previsión maravillosa, para acudir a todos los obstáculos que se le oponen, siempre con el remedio, la decisión y la oportunidad que demandan las circunstancias, o aquella habilidad, aquel tacto exquisito e insuperable para usar en cada caso de la violencia y la audacia, o de la generosidad y la cordura para atraerse la voluntad, la sumisión o la simpatía de aquellas gentes, haciéndose dueño hasta del albedrío del poderoso e inteligente Moctezuma, cuya voluntad quedó sometida a la fuerza fascinadora de nuestro héroe, casi desde el primer momento que compareció ante su presencia” (Morán, biografía de Hernán Cortés, 1914: 96).

Sin embargo, aunque la mayoría de los elementos que conformen sus biografías parecen apuntar que es un texto narrativo, debemos especificar que presenta ciertos resabios propios de textos descriptivos. Dado que tampoco hemos de olvidar la gran cantidad de sustantivos con los que se refiere a las realidades descritas y los innumerables adjetivos calificativos con los que representa a todos sus personajes²⁰. Así como la búsqueda de cohesión por medio de cuidadas definiciones, enumeraciones y continuadas comparaciones con las que explicar y ejemplificar cada uno de las actitudes y virtudes que caracterizan a sus protagonistas.

“Uno de los poetas que en aquel cenáculo era objeto de más entusiasmada admiración, se llamaba Bartolomé de Torres Naharro; a la sazón, por los años 1527 al 1530, era ya hombre entrado en años y se le veneraba como una gran figura de nuestras letras patrias” (Morán, biografía de Torres Naharro, 1914: 14).

“Hay en Badajoz una calle muy luminosa, muy alegre, de suave pendiente hasta el río y cuyas casas bajitas, muy modestas y blancas, habitadas por gentes humildes y laboriosas, dan la sensación de una añoranza, una reminiscencia de cómo sería Badajoz en tiempos pasados” (Morán, biografía del Divino Morales, 1914: 39).

Por otra parte, aunque con menor frecuencia, también comparte rasgos argumentativos, dado que en muchas ocasiones no expresa afirmaciones sobre sus héroes, sino que pretende que sea el lector el que llegue a ellas por medio de la

²⁰ Véanse anexos 1, pág. 138 y 3, pág.147.

recepción continuada de conceptos, ideas y opiniones, con los que intentar convencerlo de ciertos aspectos que construyen la figura de un ser heroico y admirable:

“Llegó al cabo la noticia de sus proezas, de su heroísmo, de sus triunfos, de aquella lealtad a su rey, a su patria, a su fe, que había puesto por corona de todas sus victorias el estandarte de estos tres grandes amores de su alma” (Morán, biografía de Vasco Núñez de Balboa, 1914:101-111).

Con esta intención, la de convencer por medio de la coherencia, utiliza recursos de repetición léxicos y semánticos; simultáneamente recurre al empleo de marcadores textuales que ordenen y orienten el pensamiento del escolar, para que este sea finalmente capaz de establecer relaciones lógicas entre diversos enunciados que indican relaciones de causa-efecto:

“El vigor sentimental de su alma parece que pretendía vencer los umbrales insuperables de la muerte; por eso proseguía su culto amoroso a aquellas cenizas que yacían heladas en el sepulcro, y por eso quiso que, aun después de su propia muerte» como en un viaje de nupcias funerales, los dos cadáveres amantes vinieran a la patria de sus amores a reposar eternamente unidos” (Morán, biografía de Carolina Coronado, 1914: 171-176).

Por tanto, aunque tal y como mencionamos en párrafos anteriores, existe la preferencia de la prosa narrativa para el texto escolar, es cierto que Morán Márquez sabe escoger los recursos más acertados de cada tipo de elocución, para conformar una serie de biografías atractivas tanto para la lectura como para la comprensión de sus argumentos.

4.3.2.- Clasificación del texto acorde a sus contenidos

Una vez analizada la tipología del texto en función de su elocución, abordamos el estudio atendiendo a su contenido, que tal y como reflejan los rasgos descritos revelan la idea de que estamos ante un texto humanístico. Para confirmar o refutar esta observación realizaremos un estudio sobre sus características generales, rasgos lingüísticos, modalidad textual y tipos de argumentación.

Entre las características más generales de *Nombres Claros de Extremadura* propias de textos humanísticos tenemos por una parte, el alto grado de abstracción fruto de procesos de reflexión y razonamientos conceptuales y, por otra parte, la amplitud de contenidos. Ya que aunque todos los pasajes de este libro son destinados a biografías, lo cierto es que los temas abordados son muy variados, pues tenemos diferentes personalidades desde conquistadores (Francisco Pizarro: 115; Hernán Cortés: 89; Vasco Núñez de Balboa: 101), o pintores (Divino Morales: 39; Zurbarán: 129) hasta religiosos (Muñoz Torrero: 145; San Pedro de Alcántara: 25), escritores y poetas (Torres Naharro: 13; El Brocense: 67; Carolina Coronado: 171).

También son reseñables como características humanísticas el empleo de la exposición y la argumentación que acompañan en todo momento a la elocución narrativa ya mencionada anteriormente. No obstante, si somos más precisos, determinamos que la recurrencia a la exposición se utiliza cuando la intención es informar o explicar algunas hazañas, mientras que la argumentación es empleada para reflexiones sobre temas que se prestan a interpretación y valoración personal, como el pago que la vida ofrece a cada personaje en sus últimos días, donde la autora muestra sutilmente sus apreciaciones, tal y como se manifiesta en la biografía del Divino Morales:

“Parece ser que, al verle el rey tan acabado, le dijo; «Muy viejo estáis Morales.»— Y muy pobre. Señor— respondió con desconsuelo el anciano; y el Monarca, ante aquella manifestación, conmovido, ordenó que se le señalase una pensión de 300 ducados mientras viviese con lo que, al

menos, se librara de la miseria los últimos años de aquella vida gloriosa” (Morán, biografía del Divino Morales, 1914: 48).

En cambio, si dejamos de lado las características generales humanísticas y abarcamos los rasgos lingüísticos, podemos apreciar *a grosso modo* que el tipo de lenguaje puede ser doctrinal, por su carácter instructivo, bajo enunciados formulados ocasionalmente a modo normativo, ya que hay ciertas premisas que aunque debidamente explicadas y argumentadas se presentan como incuestionables ante los alumnos:

“Pero en tan diversas esferas se movía cada uno de estos ilustres personajes, que seguramente pasaron desapercibidos unos para otros; y la propia ciudad, absorta en aquellos esplendores cortesanos, no advirtió que pocas veces, en el curso de su historia, ha reunido en su seno mayor número de grandes hombres, cuya gloria había de ilustrar el nombre de Extremadura para los siglos venideros” (Morán, biografía del Brocense, 1914: 70).

Además, si ahondamos en estos rasgos lingüísticos debemos ocuparnos tanto de los rasgos léxicos como los morfosintácticos. De este primer grupo destacan la frecuencia de tecnicismos y vocabulario específico de cada disciplina abordada en función de los oficios de los personajes, logrando designar con pulcra exactitud la realidad descrita en cada biografía²¹.

Por este motivo proliferan gran cantidad de sinónimos referidos a un mismo concepto, fruto de un trasvase de términos que se producen de la lengua común a una disciplina concreta propia de cada temática abordada específicamente en cada descripción literaria. Dentro de este grupo de rasgos léxicos, también tienen merecida cabida la adjetivación especificativa y valorativa que acompañan incesantemente en todo momento a cada secuencia vivida por estos héroes:

“Había almacenado aquel gran poeta tal copia de experiencia y desengaño en la azarosa vida de sus aventuras militares y en sus amarguras de clérigo obscuro y mendicante, que no es raro ver cómo rebosa en sus poesías la hiél de estas desdichas y desesperanzas en ásperas ironías, y en los despiadados cuadros que en sus obras teatrales trata de las miserias del mundo en aquellos tiempos” (Morán, biografía de Torres Naharro, 1914: 16).

Sin embargo, si nos ocupamos de los rasgos morfosintácticos es el momento de destacar los amplios periodos sintácticos, donde predominan construcciones analíticas con mayor presencia de oraciones subordinadas que coordinadas. No obstante, en ocasiones son abundantes los elementos oracionales que especifican conceptos o contenidos, especialmente complementos del nombre o largas aposiciones que conforman varias oraciones yuxtapuestas que alcanzan la extensión de un párrafo entero.

“Este héroe fue Hernán Cortés, aquel hombre extraordinario que pudo ofrecer a la Corona de Castilla una nueva España, conquistada por la fuerza de su brazo, el valor de su alma y la genial inspiración de su inteligencia” (Morán, biografía de Hernán Cortés, 1914: 42).

Por otra parte, en lo concerniente a los verbos se observa un uso muy variado, ya que Morán Márquez emplea con gran destreza tres tiempos diferentes en función de sus propios intereses. Desde el presente atemporal usado en la exposición de hechos, hasta el subjuntivo propio de hipótesis, deseos o dudas, pero sobre todos ellos predomina la recurrencia del pretérito perfecto simple, empleado normalmente para el relato de acontecimientos históricos.

²¹ Véase anexo 5, pág. 149.

En lo que respecta a la modalidad textual, los contenidos expuestos propios de un discurso humanístico obedecen a los de una estructura típica del ensayo, en concreto la de un ensayo formal. Puesto que es una modalidad más rigurosa, cercana a la erudición típica del novecentismo, donde se siguen los pasos de una metodología científica, es decir, se parte de una hipótesis inicial, que se va argumentando continuamente con las exposiciones de hechos y hazañas hasta llegar al ocaso de la vida del personaje, donde el alumno validará o refutará con conocimiento de causa la premisa inicial.

Por consiguiente, siguiendo las características principales de esta modalidad textual, se apuesta por la intencionalidad estética, la diversidad de tonos (profundo, didáctico, poético, moralizante) y la amplitud temática, que desarrolla ideas de todo tipo: filosóficas, literarias, morales, instructivas, estéticas y conceptuales.

Ejemplo de intencionalidad estética, tono profundo:

“Resignado y tenaz, se había avenido a luchar bizarramente con la obscuridad de su condición, para esclarecerla con el fulgor glorioso de sus abnegaciones, de su heroísmo, para desafiar los peligros y vencer los obstáculos, sin que doblegaran su ánimo esforzado ni las pavorosas dificultades de la empresa, ni las continuas vecindades de la muerte, cuya helada caricia sintió siempre tan cerca, en su dolorosa odisea de exploraciones por los inhospitalarios y desconocidos países que atravesó su constancia, sin un leve desmayo ni desaliento” (Morán, biografía de Francisco Pizarro, 1914: 115-126).

Ejemplo de Ideas morales, instructivas:

“Había almacenado aquel gran poeta tal copia de experiencia y desengaño en la azarosa vida de sus aventuras militares y en sus amarguras de clérigo oscuro y mendicante, que no es raro ver cómo rebosa en sus poesías la hiél de estas desdichas y desesperanzas en ásperas ironías, y en los despiadados cuadros que en sus obras teatrales traza de las miserias del mundo en aquellos tiempos” (Morán, biografía de Torres Naharro, 1914: 13-24).

Tras haber tratado las características humanísticas generales, los rasgos lingüísticos y la modalidad textual, es el momento de conocer y valorar la argumentación utilizada en el grueso biográfico. De esta forma habremos realizado un análisis completo de los cuatro campos más representativos de los textos humanísticos. Sin embargo, a pesar de ser la estructura argumentativa la que nos queda por estudiar, dentro de esta tipología de textos, es la que se nos presenta de forma más evidente, pues ya desde la primera oración de cada biografía se explican y defienden hechos o ideas para convencer de que lo expuesto es completamente verídico.

“Hace pocos, muy pocos años, no pasa mucho de tres, el vecindario de Badajoz se vio sorprendido por un espectáculo extraño y lúgubre, cuyo sentido se escapaba a la penetración de las gentes atónitas que lo observaban. Era un cortejo fúnebre. Veíanse dos lujosas carrozas, llevando cada una un ataúd, a las que seguían solemnes y enlutados los hombres de mayor relieve intelectual y social de la población” (Morán, biografía de Carolina Coronado, 1914: 171-178).

Por tanto, los párrafos sucesivos al inicio, aunque describan acontecimientos variados, aportan diferentes razones que demuestran la certeza de la primera afirmación expuesta. Además, como buen ejemplo de texto argumentativo *Nombres claros de Extremadura* incluye tanto declaración de opiniones como exposiciones amplias de hechos y acontecimientos históricos, que en ocasiones hacen difícil su diferenciación.

Las principales clases de argumentos de los que se vale Morán Márquez para la defensa de sus ideas son: la oposición de conceptos (entre lo que es beneficioso o

perjudicial, moral o inmoral, lealtad o traición), argumentos de autoridad, (citando obras y autores de prestigio), valoraciones generalizadas, ideas estereotipadas y multitud de ejemplos y semejanzas. Con todos estos elementos no solo se muestra al escolar la importancia de los acontecimientos descritos, sino que también se facilita su entendimiento.

4.3.3.- Clasificación del texto según la finalidad comunicativa

Tras la enumeración de aquellos rasgos humanísticos que presenta *NCE* finalizamos el segundo apartado objeto de nuestro análisis, es decir, el conocimiento de la obra por medio de la estructura que presentan sus contenidos. Por consiguiente, tras haber abordado ya tanto la forma de elocución, como la estructura argumentativa, llega el momento de adentrarnos en la tercera y última fase, la finalidad comunicativa. No obstante, para ello debemos conocer primeramente ante qué tipo de texto nos encontramos, pues aunque sabemos que es una obra literaria de carácter instructivo podemos dilucidar tres funciones diferentes dentro del mismo conjunto biográfico, nos referimos al carácter informativo, persuasivo y retórico.

De esta forma, se definen tres finalidades diferentes. Por tanto, debemos valorar que al ser un texto informativo tiene como intención transmitir sucesos, acontecimientos, logros históricos y fechas claves, pero si nos centramos en su vertiente persuasiva nos encontramos con la finalidad de convencer y persuadir al joven lector de que aquello que se narra es de gran interés y relevancia para su formación. Sin embargo, por su carácter retórico apreciamos otra intención clara, la de cuidar la estética de la obra, ya que por medio de la belleza, las imágenes y el ingenio argumentativo se capta la atención del receptor.

Con el análisis realizado hasta ahora podemos establecer que *Nombres Claros de Extremadura* es una obra caracterizada tanto por su coherencia, fruto de la unidad de sentido, expresión y estructura ordenada; como por su cohesión explicativa, ante el empleo de elipsis, recurrencias, argumentos y marcadores textuales.

Por otra parte, según el modo de elocución es de carácter narrativo, aunque tornado en ocasiones a descriptivo y argumentativo; mientras que si nos centramos en el contenido del texto se nos muestra de tipología humanística por sus características lingüísticas y formales. Sin embargo, esto no se encuentra reñido con las tres finalidades que presenta su argumentación y presentación, que nos dan a entender que estamos ante una serie de biografías informativas, persuasivas y retóricas que siguen los esquemas clásicos del mundo literario (Heinrich, 1990: 92-93).

4.3.4.- Ejemplificación y análisis de las características comunes del entramado biográfico - descriptivo

Nombres claros de Extremadura presenta una totalidad de dieciocho biografías que muestran unas características literarias y lingüísticas similares entre sí. Por este motivo, para desgranar con ejemplos reales el patrón descriptivo utilizado en cada una de ellas, escogeremos la de Hernán Cortés (págs. 89-98). De esta forma no solo podremos conocer los entresijos de la obra, sino que también será posible su comparación con otras comunes en temática y objetivos. Nos referimos a *El Plutarco extremeño* de Nicolás Díaz y Pérez centrado en Extremadura y a *El Plutarco de los niños de Modesto Infante*, donde las biografías son escogidas del ámbito nacional.

Con el visionado de estas tres obras, prácticamente idénticas en multitud de factores, pero repletas de matices diferenciadores, quizás obtengamos un conocimiento más preciso de la perspectiva global de la situación inicial de la literatura infantil y juvenil extremeña y del género biográfico. Para conseguir algunos de los objetivos de este ambicioso proyecto, ya marcados anteriormente, y ser fieles a nuestra palabra comenzaremos con el análisis de las características biográficas redactadas por Morán Márquez sobre Hernán Cortés.

La narración sobre la vida de este personaje, al igual que el resto de descripciones de esta obra, presenta la misma técnica para crear expectación en el lector, incluso antes de leerla. Nos referimos al hecho de escribir completamente en mayúscula la primera palabra de cada entrada del libro. Con esta técnica tan recurrente pretende resaltar aún más la relevancia y veracidad de la afirmación inicial con la que parte en todas las introducciones de la vida del personaje abordado. Esta afirmación dará pie a una exaltación exacerbada de su figura, no solo con innumerables halagos de todo tipo, sino también en la alusión a aspectos como la epopeya nacional con la que enlaza y asocia los logros históricos de su personaje con otros de indiscutible valor y reputación.

Otro aspecto característico en la técnica narrativa de Morán Márquez es el uso continuado del oxímoron por medio de oraciones negativas con las que pretende presentar narraciones de hechos aparentemente indiscutibles, pero que no expone de forma directa. Es decir, por medio de la referencia a aquellos ámbitos ya cerrados en conclusiones históricas, se le presenta al lector un único camino en la que su propia valoración del personaje sea coincidente con la visión que la autora pretende que aprecien sus alumnos. Pues, fragmentos como: “*No puede discutirse que...*” o “*tampoco puede negarse que...*” evidencian claramente la intención adoctrinadora de la autora con ciertos temas en los que intenta que el alumno sea el que capte la idea clave del homenajeado.

Respecto a este objetivo culturalizador y moralizante, también debemos puntualizar cómo la astucia de esta escritora va más allá de mencionar y describir con todo lujo de detalles las victorias de sus protagonistas. Pues, se inculcan ciertas ideas de forma más solapada y discreta que pasan prácticamente desapercibidas, pero que, sin embargo, son usuales en las dieciocho biografías. Un buen ejemplo es su manera de introducir la idea de que el destino viene dado a todas las personas y por tanto no lo podemos decidir por nosotros mismos, pero sí afrontarlo con la maestría propia de nuestro rango y acorde a unos principios éticos y morales memorables.

Ejemplos de esta creencia los encontramos en oraciones como: “Las influencias previsoras del destino obligaron a Cortés a” [...] (pág. 91) “Los azares de la vida repercutieron en” [...] con estas maquilladas reflexiones en diversos párrafos del cuerpo de texto, poco a poco se va forjando en nosotros la idea de que nuestros actos y decisiones se encuentran motivados no por nuestra voluntad sino por el condicionamiento del ambiente que nos rodea en cada momento.

Además, debemos recalcar otro recurso típico en la estructura de todas las descripciones y que, como cabía esperar, la de Hernán Cortés no era la excepción; nos referimos al modo de presentación de cada personaje. Ya que tiende a destinar el primer párrafo de cada biografía íntegramente a la enumeración de los logros y hazañas más distinguibles de cada héroe, para posteriormente tras haber hecho uso de una cuidada *captatio benevolentiae*, revelar el nombre del ejecutor de “tan grandiosas acciones”.

“NO puede discutirse que la huella más honda, la intervención más importante que ha tenido España en la historia del mundo, es la obra que realizó en América; pero tampoco se puede negar que el episodio más interesante y de más atrayente grandeza en esa epopeya nacional, a parte la bazarria y el descubrimiento, fue la conquista de Méjico, y le cupo a Extremadura la gloria de dar el héroe que había de realizarla” (Morán, biografía de Hernán Cortés, 1914:89).

“Este héroe fué Hernán Cortés, aquel hombre extraordinario que, a los diecinueve años, salía de España para iniciarse en el ejercicio de la milicia, y a los treinta y cuatro pudo ya ofrecer a la Corona de Castilla una nueva España, conquistada en poco más de un año por la fuerza de su brazo, el valor de su alma y la genial inspiración de su inteligencia” (Morán, biografía de Hernán Cortés, 1914:89).

Una vez expresado los méritos y distinciones honoríficas que lo hacen merecedor de ser incluido en esta recopilación de biografías regionales, se procede a justificar la grandeza de su clase. Aunque ahora nos ocupe nuestro ilustre conquistador, siempre subyace un mismo denominador común, como es la idea de que la reputación y el prestigio de cada personaje es el fruto de una aptitud madura y sacrificada ante las oportunidades y desavenencias que la vida le ha ido brindando, sin dejar corromperse por los posibles vicios que pudiesen rodearle o situaciones de vida acomodada, como es el caso de Hernán Cortés.

“Cuando su padre, el oscuro capitán Martín Cortés, solo ilustre por los timbres de su abolengo, que arrancaba de los condes de Molina y se encontraba en Extremadura con la noble estirpe de los Monroy, se tiró a hacer vida burguesa en el noble solar de su casa, uniendo el lustre de su apellido al de los Pizarro y Altamirano, de Trujillo, de quienes descendía su mujer D^a. Catalina, estaba muy ajeno de creer que, lejos de dar con tales linajes lustre y nobleza al nombre de su hijo, iban ellos a recibir de aquel joven tan altos timbres que los viejos de su ascendencia iban a parecer pálidos y obscuro” (Morán, biografía de Hernán Cortés, 1914:90).

De esta forma, la dignidad y honorabilidad de nuestro protagonista se eleva aún más, con la visión de hijo modélico que supera en abolengo al padre y rechaza a una vida fácil para luchar por sus propias metas e inquietudes, disfrutando exclusivamente de aquellos placeres de los que fuese digno merecedor por sus actos y no por su clase social. En este sentido, valoramos la cuidada habilidad empleada por Morán Márquez para mostrarnos la figura de Hernán Cortés como un héroe insólito, a pesar de seguir al pie de la letra todos los preceptos del género épico más tradicional con los que se define a aquellos héroes de alcurnia similar. De todas estas características y de ejemplos que atestigüen estas ideas iremos dando ordenada cuenta en los siguientes párrafos.

En lo que respecta a la estructura de la sintaxis de la oración y los rasgos lingüísticos utilizados, nos damos cuenta de la recurrencia a aposiciones extensas con oraciones de participio yuxtapuestas. Ello se debe a las innumerables descripciones de calles, paisajes y ciudades colmadas de adjetivos y detalles minuciosos con los que se pretende que el alumno construya una visión lo más real posible de todos los aspectos descritos, casi de manera cinematográfica.

“También Medellín, la noble villa de romano abolengo, dormida con indolente señorío sobre las riberas del Guadiana, orgullosa de su vieja estirpe y de los nobles linajes que albergaba, estaba bien lejos de sospechar que aquel apuesto mozo que, por los últimos años del siglo XV se criaba en la hidalga casona que el capitán habitaba en la calle de la Feria y que triscaba y retozaba alegre por las dilatadas llanuras de sus ejidos, había de hacer que su nombre se escuchara, en adelante, con asombro en todo el mundo” (Morán, biografía de Hernán Cortés, 1914 : 90).

Muchas de estas aposiciones o descripciones, como ya analizaremos en párrafos sucesivos, están marcados por el predominio de elipsis, e hipérbatos, aunque lo más usual es el empleo de varios símiles, con los que facilitar el entendimiento y comprensión de los hechos narrados, simplificando de esta forma la tarea imaginativa

para representar mentalmente acciones o pasajes contextuales: “El imperio ruge en masa contra los invasores y se levanta como un torbellino enfurecido” [...] o “Como una tormenta desencadenada caen los indios desbocados” [...] (Morán, biografía de Hernán Cortés, 1914: 96).

Aunque la simpatía y admiración de Morán Márquez por todos sus personajes es evidente y la exaltación de sus virtudes llega quizás a ser abrumadora en contadas ocasiones, es cierto que sus halagos y estilos persuasivos empiezan a suavizarse cuando se adentra en la narración diacrónica de las hazañas de los personajes. Además, llegado este momento, queda patente que no se descuida el interés pedagógico, porque también descienden el número de oraciones yuxtapuestas y se suceden oraciones más cortas e inteligibles, ordenando las ideas bajo enumeraciones verbales: “Dos motivos que parecen..., fue uno de ellos..., sin embargo el segundo hecho” (Morán, biografía de Hernán Cortés, 1914: 91).

El cuidado didáctico-pedagógico está presente en cada estructura compositiva del texto, con la intencionalidad de secuenciar la información de forma coherente y fácilmente localizable, los diversos temas que atañen a Hernán Cortés se encuentran dosificados y agrupados en párrafos independientes. Ello facilita el trabajo diario en clase y la selección rápida de la información demandada: características físicas o personales, hazañas, enemigos, familia, derrotas, etcétera.

Además, quizás de forma consciente, ciertos pasajes de la descripción recuerdan a otros héroes y obras míticas fácilmente reconocibles por la cultura popular. No obstante, esto puede ser una técnica usada para favorecer el trabajo en el aula de otras obras o tal vez para que el lector asocie el rango de Hernán Cortés al de otros grandes héroes como el Cid. Pues justo cuando la autora da a entender que nuestro protagonista empieza su carrera como héroe, es decir cuando advierte “que el genio de las grandes empresas había desplegado ya sus alas poderosas” (pág. 94) se nos narra una vivencia que por sus rasgos expositivos traen a la mente las hazañas del Cid Campeador.

“Pedro Barba, entre las conminaciones de Velásquez para que detuvieran a Cortés en su rumbo y el poder sugestivo de ese hombre extraordinario, que parecía llevar luciendo en su frente los fulgores del porvenir, fué subyugado por éste, y de aquel puerto salió glorioso aclamado por los suyos, los 508 esforzados infantes y 16 caballos que, con ser tan pocos, apenas cabían en las diez naves que transportaron a las tierras desconocidas tanta bizarría, tanto heroísmo y tan extraordinario genio” (Morán, biografía de Hernán Cortés, 1914: 94).

Esta situación de tener que hacer frente a las envidias insanas de terceros, que lejos de reconocer las victorias y virtudes personificadas en estos héroes, les imponen sucesivos obstáculos con los que entorpecer y ralentizar el camino hacia la meta final, recuerdan a las numerosas pruebas que tuvo que sortear el Cid Campeador fruto de la tiranía de su rey. Pero si hay un aspecto que asemeja aún más ambas vidas y nos manifiesta el patente símil con los modelos clásicos son las demostraciones de afecto y apoyo de su pueblo, a pesar de las prohibiciones impuestas por los demás. Por tanto, la descripción de estos hechos que aporta la cita anterior sobre Hernán Cortés, vendría a coincidir con la salida del Cid de Burgos:

“A su paso por Burgos, las gentes llorosas se agolpan a las ventanas. Se pinta el amor y la angustia en todos los rostros, pero nadie se atreve a invitarlo por miedo a la cólera del rey” (Vicente Huidobro 1977: 241).

Los hechos narrados nos descubren cómo también Morán Márquez utiliza reiteradamente los valores promulgados por la ley Moyano, que advertía la necesidad de activar el espíritu emprendedor de sus alumnos por medio de la adquisición escolar de

cultura y moralidad. En esta biografía lo hace por medio de dos valores, el honor y la honra, otorgados por la superación y afrontamiento victorioso de los numerosos inconvenientes que la vida nos depara. Además, recurre a la medida, distinguiendo la honra militar otorgada por una actitud humanizada ante los enemigos, y una honra familiar lograda solo por el respeto hacia sus componentes y con el disfrute de una vida en la que los placeres obtenidos hayan sido ganados y no impuestos por nacimiento:

“El año 1485 nacía Hernán Cortés en Medellín tan ajeno estaba su padre D. Martín de los altos destinos que al mundo traía este noble vástago de su estirpe” (Morán, biografía de Hernán Cortés, 1914: 87-98).

“Tenía aquel joven esa misteriosa fuerza sugestionadora de los genios que ata las voluntades de cuantos les rodean, para servir de instrumento a los altos destinos que ellos vienen a realizar en la tierra. Era Cortés tan noble en su conducta, tan atrayente en su trato, tan ameno en su conversación, siempre graciosa, siempre franca y sincera y nunca mortificante” (Morán, biografía de Hernán Cortés, 1914: 87-98).

Si retomamos el tema iniciado anteriormente, sobre el análisis de las características lingüísticas, es relevante el dominio del hipérbaton. Normalmente empleado para destacar cierta información de la oración, hace el lenguaje aún más culto e incluso imita la sintaxis del latín que se empleaba en algunos colegios y que acostumbraba a situar el verbo principal justo al final de la oración. Tal es esta ruptura armónica, que en algunas de las descripciones en las que se pretende sustituir el nombre del personaje llegan a ocupar extensiones de uno o dos párrafos.

“No tenía fama el prestigioso Maestre de ser muy asequible y afable para acoger protegidos ni prodigar solicitudes a los allegadizos, y sin embargo, cuando se vió ante la presencia sugestiva de este mozo, pariente suyo, de mirar dulce y melancólico, color cetrino, apostura elegante, robustez vigorosa y una frente despejada y serena, donde se dibujaba la plena confianza en el porvenir, no pudo sustraerse a un movimiento de poderosa simpatía, y desde el primer momento lo acogió en su gracia y lo hizo objeto de sus predilecciones” (Morán, biografía de Hernán Cortés, 1914: 92).

La utilización de estas oraciones interminables que conforman por sí mismas un único párrafo, choca con la capacidad de síntesis en determinadas ocasiones, en las que la autora pretende quedar claro y sin rodeos una realidad determinada. Estas situaciones se dan a modo de frases conclusivas como la expresada en el duodécimo párrafo de nuestra transcripción²²: “Era ya tarde” (pág. 93). Con estas tres palabras engloba un hecho importante como es el cierre y fin de todos los obstáculos generados por Pizarro para entorpecer la labor de Hernán Cortés.

A colación de la estructura de las oraciones podemos también abordar el contenido de las mismas. Es frecuente la combinación de la subjetividad y la objetividad en un mismo párrafo, intercalando la una o la otra en las oraciones según convenga. Un ejemplo real de la intención objetiva son las frecuentes referencias a las cantidades, que lejos de aportar información orientativa con la que evitar errores, ofrece valores numéricos para cuantificar cualquier cantidad relacionada con el mundo bélico: “508 esforzados infantes..., 16 caballos..., 40000 indios...” (pág. 94), etc. Lo mismo sucede con las fechas de matrimonios, nacimientos, hazañas y conquistas, esta precisión en las cifras puede encontrarse motivada bajo la intencionalidad de manifestar la veracidad y realidad de los acontecimientos descritos, pues al ser tan minuciosa en las cifras muestra una seguridad superior que si define vagamente algunas ideas. Sin embargo, tal y como hemos mencionado, esta aparente objetividad se torna a veces ante la subjetividad con la que se pretende potenciar la intensidad del relato y ensimismar aún más al alumno con la narración de las

²² Véase transcripción, pág. 95.

aventuras. De esta forma se le mantiene concentrado y alerta ante los hechos que mayor interés merecen y que son presentados como entramados disparatados y desconcertantes:

“Parece esto una aventura loca, que sólo podía terminar con el fracaso más tremendo y doloroso, y sin embargo, un año después era un hecho la gloriosa realización de esta obra, cuyas desmedidas proporciones la presentaban al buen sentido como descabellada y absurda” (Morán, biografía de Hernán Cortés, 1914: 94).

Esta capacidad para crear intriga e incertidumbre en el lector va *in crescendo* hasta la búsqueda del clímax, producido instantes antes de desvelarlos el resultado final del protagonista ante las innumerables trabas proporcionadas por un destino no siempre justo. Una acertada oración en la biografía de Hernán Cortés, con la que se ejemplifica el gusto por elevar la intensidad del relato hasta límites insospechados sería cuando expresa que, “si se penetra en los detalles íntimos y minuciosos, el ánimo se pasma aún más y se suspende asombrado ante las dificultades que es capaz de vencer la voluntad poderosa de un hombre, si las llamas del genio alumbran su camino” (Morán, biografía de Hernán Cortés, 1914: 94).

La exaltación de los hechos desempeñados por nuestro héroe no solo se consigue por medio de un vocabulario francamente adulador sino también resaltando la magnitud de las dificultades. Si hacemos un repaso por diversas obras biográficas, todas ellas coinciden en que el conquistador de Medellín tuvo que hacer frente a multitud de indígenas que superaban con creces al número de soldados. Sin embargo, la cifra proporcionada por Morán Márquez es la que más ventaja concede al bando enemigo. Este hecho curioso no es algo disparatado, sino más bien tendencioso, puesto que a medida que estas obras descriptivas se han ido desarrollando a lo largo de los años, las cifras agrandaban al número de indios y reducían el de militares españoles.

Esta situación recuerda a otra obra francesa datada en el siglo XII con nexos en común con *Nombres Claros de Extremadura*, nos referimos a *La chanson de Roland*, también de carácter épico y heroico, donde se deforman ligeramente los hechos acontecidos en la batalla de Roncesvalles. Pues al igual que nuestro libro este poema épico se escribe transcurridos siglos más tarde, hecho que deriva en que un simple marqués que formaba parte de la batalla francesa, pasase con el trascurrir del tiempo a convertirse en el sobrino del emperador Carlomagno que venció prácticamente él solo a más de cuatrocientos mil árabes. Esta misma situación es lo que sucede en biografías como la de Hernán Cortés, donde a pesar de los esfuerzos de una escritora documentada y centrada en el ámbito académico, se hace eco de cifras registradas en otras fuentes literarias, que a lo mejor el paso del tiempo ha cambiado a su antojo y beneficio (Segre 1989; Kerr, 1989; Dufournet, 1993).

Pero la intención de Morán Márquez de calar en sus lectores la sensación de veracidad en lo descrito y favorecer la interiorización y captación directa de los elementos altamente relevantes, hace que la armonía del cuerpo de texto se rompa exclusivamente con el uso de letra cursiva. La cual emplea únicamente para mencionar acontecimientos históricos con nombres propios, como es el caso de la *noche triste* en la biografía del conquistador que nos ocupa en este momento (Morán, biografía de Hernán Cortés, 1914: 96).

Aunque a la luz de todos los aspectos descritos la obra en cuestión es de elocución narrativa y argumentativa, hay un cierto aire de persuasión si tenemos en cuenta la doble vara de medir empleada para calificar un mismo hecho, en función de quien lo haya ejecutado. Por consiguiente, ante el punto más álgido del conflicto bélico

entre los indígenas y los españoles, movidos ambos por la misma sed de venganza, Morán Márquez alude a los hombres de Hernán Cortés como “puñado de valientes”, mientras que para referirse a los indios usa “torbellino enfurecido” (pág. 96).

Es en estos momentos cuando la actitud literaria propia del novecentismo de la época queda relegada ante la actitud regionalista propia de la autora y de la situación real de Extremadura, que necesitaba levantar el ánimo y orgullo de su población y el regocijo de las hazañas de sus antepasados, le permitía hacerlo.

Finalmente, centrándonos en la parte más histórica y descriptiva de esta biografía, nos quedamos con la idea mencionada en los inicios de este apartado, donde aludíamos a la capacidad de la autora para mostrarnos cómo nuestro conquistador medellinense hace honor al calificativo de héroe. Para inculcar esta imagen en los alumnos se les presenta esta gran figura siguiendo el patrón de aquellos héroes pertenecientes al género épico y que son reconocidos por la cultura popular. De esta forma, los alumnos comprenderán que la etiqueta otorgada a este “gran hombre” es cuanto menos justa, al compartir características similares con aquellos héroes históricos que ya conocían incluso antes de adentrarse en el sistema escolar.

Por tanto, como cabía esperar la descripción biográfica no culmina con el punto más álgido y sobresaliente de su carrera rodeada de éxitos y victorias innumerables, sino con el desengaño, sufrimiento, soledad y pena ante la ingratitud de un rey ambicioso y poco generoso a quien tantas satisfacciones y glorias le otorgó. Con la narración de este triste desenlace Morán Márquez ensalza el último rasgo que le quedaba para definir la figura de su héroe, la injusticia que humaniza a un personaje que parecía ser de hierro.

A modo de conclusión, tras efectuar este recorrido diacrónico por los elementos y recursos descriptivos, frecuentes en las dieciocho biografías de Morán Márquez, podemos establecer que aunque ninguna de ellas sigue un mismo patrón, sí es cierto que hay una serie de temas y estructuras que rara vez olvida en la presentación de sus protagonistas. Pues, por una parte, en lo que a contenidos se refiere es evidente la exaltación exacerbada de hazañas y valores, con la intencionalidad de que los alumnos aprendan de ellas y las tomen como ejemplo de imitación, ya que en ningún momento llega a olvidar su objetivo moralizante y cultural. Sin embargo, por otra parte si prestamos atención a la estructura biográfica nos damos cuenta que todas ellas se sustentan sobre los diferentes modelos clásicos y las continuas relaciones con la épica, de este modo se conforma un modelo descriptivo basado en la *captatio benevolentiae*, la medida y el gusto por la precisión minuciosa de los elementos biografiados.

4.5.- Relación de NCE con otras obras de LIJ enraizadas en la Extremadura de los siglos XIX-XX

Los inicios de la literatura infantil y juvenil española se presentan difusos y abstractos no solo por la falta de unanimidad, aún a día de hoy, en los rasgos que han de reunir estas obras, sino también por los escasos recursos literarios fechados siglos atrás y que han perdurado en el tiempo hasta llegar a nuestras manos. Esta delicada situación cultural paidológica se agrava considerablemente en Extremadura, donde como ya hemos analizado en secciones anteriores, el panorama educativo fue crítico hasta el siglo XX, dado que las tasas de analfabetismo eran altas y las condiciones económicas precarias, síntomas que condicionaban severamente el progreso literario de esta región (Sánchez P, 1998).

Sin embargo, se suele indicar que el siglo XIX es el momento del inicio de esta literatura²³, ya que por primera vez rompiendo con el estancamiento sufrido años atrás comienzan a existir algunas obras centradas en las necesidades culturales, intereses y gustos de los niños y jóvenes. Aunque este débil surgimiento fue escaso en sus inicios y con numerosas limitaciones de todo tipo, este pequeño emprendimiento supuso un auténtico hito en el desarrollo del mundo literario, pues sería la llave que abriese la puerta a un nuevo y aclamado universo con el niño como único protagonista (Sureda, 1997: 72-80; Escolano, 1997c: 24- 43; Puelles, 1997: 47-69).

Entre estas creaciones de cultura y fantasía podemos mencionar a *Alicia en el país de las maravillas* o *El mago de oz* y a autores como Díaz y Pérez, Morán Márquez y Modesto Infante que supieron buscar un merecido hueco literario infantil en medio de un mundo cultural creado por y para adultos. Pues, estos tres autores no solo pretendían el enriquecimiento instructivo de sus jóvenes lectores sino que además, se deleitaran, disfrutaran y fantasearan con las hazañas narradas por sus personajes biografiados²⁴.

Para ellos, ya no es suficiente ni conveniente el uso didáctico de cualquier obra de un reputado escritor que jamás ha pensado en los niños mientras esgrimía su pluma en la creación de obras con las que buscar la aprobación de adultos. Ahora es necesario un entramado específico y unas características determinadas que se ajusten al público más difícil y exigente, el infantil. Precisamente, en la creación de este nuevo mundo literario interesado por aunar fantasía y pedagogía resalta la figura de la decimonónica editorial Calleja que consiguió acercar todo tipo de obras a millones de niños de los lugares más recónditos de España, a la par que dio a conocer los cuentos de hadas de los hermanos Grimm o Christian Andersen.

Sin embargo, si volvemos a centrarnos en los tres autores extremeños ya mencionados anteriormente precisamos que su involucración y dedicación hacia los niños está presente incluso antes de adentrarnos en las aventuras y hazañas que en sus libros describen, dado que tanto los prólogos como las dedicatorias de estas obras están siempre dirigidos a ellos. De hecho Morán Márquez en *Nombres claros de Extremadura* expresa claramente, antes de dar lugar a las descripciones biográficas, sus deseos e intenciones con el público infantil, al que dedica y dirige esta obra:

“Escribí este libro con el deseo de incorporar a los dulces ensueños de la infancia los altos ejemplos de virtud, heroísmo y sabiduría que engendra en los corazones el amor espiritual al bien y a la patria; por eso quiero ceñir con el lauro que por él obtuve la frente pura de una niña que por ser hija de mi hermana tiene mi sangre y por ser mi hija espiritual tiene mi alma y mi nombre; y ella me da en sus caricias los mas santos consuelos que la piedad divina ha puesto en la desolada aspereza de las amarguras que hicieron siempre tan árido y solitario el camino de mi vida” (Morán, 1914:1).

[...] “Para realizarla creí interpretar la intención del Municipio ofreciendo, no un catálogo numeroso de nombres, datos y fechas que abrumarían las inteligencias de los niños infructuosamente, sino una colección menos copiosa, pero cuidadosamente elegida de biografías y semblanzas, delineadas con aquellos relieves más acentuados y más á propósito, para dejar grabadas en las tiernas imaginaciones de los pequeños escolares, las figuras de aquellos grandes hombres que honraron la historia de Extremadura, y cuyos nombres decoran hoy las calles de esta capital” (Morán, 1914:8).

²³ La fundamentación teórica que apoya el inicio de la LIJ en el XIX, se encuentra defendida en obras como: Bravo-Villasante, Carmen. (1985). *Historia de la literatura infantil española*. Madrid: Escuela Española. Perera Santana, Ángeles. (2007). *Manual de Literatura infantil*. Canarias: UPLGC. Barcia Mendo y Soto Vázquez. (2010). *Glosario de literatura infantil y juvenil, Algunas aportaciones desde Extremadura*. Mérida: Junta de Extremadura.

²⁴ Véanse anexos 1, pág. 138 y 3, pág. 147.

Esta misma intención de acercar el libro a los niños de edad escolar y que estos se deleiten con las aventuras de sus héroes locales también queda impregnada en *El Plutarco extremeño* de Nicolás Díaz y Pérez que advierte en su prólogo que:

“No pretendemos nosotros imitar al famoso griego; que muy alto está su nombre para que el nuestro llegue hasta él. Más modestos nuestros deseos, nos conformamos con escribir, al alcance de los niños, las biografías de los cien genios más salientes que registra Extremadura, dedicando este libro á la lectura en las Escuelas Superiores de ambas provincias extremeñas, sin otra aspiración por nuestra parte que la de ser útil al pueblo que nos vió nacer y en el que Dios mediante, habremos de morir, pagando con ello la deuda que contragimos al abrir los ojos por primera vez en este lugar de tránsito” (Díaz y Pérez, 1890: 3).

Algo parecido, sucede con anterioridad en el prólogo de Modesto Infante, pseudónimo de Barrantes Moreno, que aunque también destina su obra al uso escolar, lo hace por medio de una dedicatoria muy personalizada y cargada de sentimiento hacia un niño concreto, Manolito:

“Quisiera yo, gracioso amigo mio, que estuviesen todos los niños adornados de las peregrinas dotes de ingenio y de inteligencia que tú tienes, pues ahorrárame así de explicarles ciertas cosas; que tú con tus cinco años comprendes ya á maravilla; pero no á todos reparte el cielo sus dones con tan generosa mano, y he creído conveniente decirlas á ti en esta dedicatoria, para que con argentina voz y cándida elocuencia se las repitas é inculques á tus compañeros de escuela” (Barrantes, 1869:3).

No conforme con la declaración de intenciones y objetivos iniciales, dedica una página entera, al finalizar su obra para mostrar los avales culturales con los que cuenta, los reconocimientos públicos y las recomendaciones que le atañen por parte de gobernadores e inspectores educativos, de tal forma que su conveniencia y relevancia en el contexto académico del siglo XIX, se encuentra sobradamente justificada:

“Este libro fue aprobado por el Consejo de Instrucción pública para servir de TESTO en las escuelas... [...]. Se halla adoptado con extraordinaria aceptación en casi todas las escuelas del Reino, incluso las normales, y muchas provincias incluyen en sus presupuesto respetables cantidades para adquirir Plutarcos con destino á las escuelas municipales. Además ha sido recomendado á porfía, en vista de su utilidad y mérito, por la mayor parte de los Gobernadores civiles é inspectores de primera enseñanza, que lo creen digni de figurar al lado del Caton y el Fleuri; así como también ha merecido entusiastas elogios á las publicaciones y los periódicos dedicados á la enseñanza” (Barrantes, 1869:174).

Sin embargo, la construcción temática, la recepción del lector infantil y el carácter pedagógico no son los únicos elementos que unen a estas tres obras. Pues, a pesar de pertenecer a movimientos literarios diferentes (naturalismo, realismo y novecentismo) en ellas predomina la minuciosidad descriptiva, el narrador omnisciente, el respeto por un vocabulario correcto y la facilidad de agrupar a los personajes con etiquetas de buenos o malos. Todos estos caracteres comunes nos conducen a la idea de que estamos ante un conjunto de obras más instructivas que recreativas, puesto que sus autores buscan que sus creaciones sean consideradas como libros escolares, ello justifica el trato especial a los contenidos históricos y la omisión de los valores y hazañas poco éticas de algunos de sus protagonistas.

4.5.1.- Autoría y vinculación extremeña

Una vez reflejada textualmente la novedosa intencionalidad literaria de estos tres autores enraizados en la región extremeña conviene conocer aquellas características que moldearon sus vidas en el transcurrir del tiempo, así como los reconocimientos culturales cosechados. De esta forma desciframos los avales de prestigio y confianza que presentaban estas tres obras que consiguieron ser aptas en colegios e inmortales en el tiempo.

Siguiendo un orden cronológico en las tres publicaciones comenzaremos por Modesto Infante, pseudónimo de Barrantes Moreno, escritor, académico, bibliófilo y cronista oficial de Extremadura; que consiguió que *El Plutarco de los niños* fuese declarado por el Consejo de Instrucción Pública, a los pocos días de su publicación, como texto oficial para las lecturas de los escolares. Este hecho que impulsó su incorporación inmediata al sistema educativo de forma directa, no solo benefició a su autor sino también al pueblo extremeño, dado que sus personajes más relevantes fueron conocidos con mayor popularidad y detalle fuera de las fronteras regionales (Barrantes, 1875; 1999)

Además, el sumo cuidado, perfección y delicadeza empleada en cada una de las biografías extremeñas ha logrado que Pecellín Lancharro, se refiera a él del siguiente modo: “Vicente Barrantes ocupará siempre un puesto clave en la relación de personas que se han esforzado por confeccionar la historia de la cultura extremeña”. Esta sensación de respeto y admiración es comparable a la sentida por Rodríguez Moñino, definiéndolo con las siguientes palabras: “Es uno de los pocos que han trabajado seria y honradamente en los temas de Extremadura” (Rodríguez, 1873; Pecellín, 1981).

Sin embargo, estos halagos y méritos pueden ser extrapolados fácilmente a otra de las figuras literarias más importantes de nuestra tierra, como es Nicolás Díaz y Pérez. Que en su ferviente lucha por propiciar una educación de calidad a la clase obrera creó *El Plutarco Extremeño*, obra destinada íntegramente al reconocimiento y descripción de cien personajes honoríficos de esta región, con los que los jóvenes escolares a la par que se nutrieran de sabiduría se sintiesen orgullosos de sus antepasados que tantas glorias produjeron a todo un país²⁵.

Además, Díaz y Pérez cumpliendo con la intencionalidad clara de favorecer una educación libre, gratuita y obligatoria, trabajó desinteresadamente como maestro, fundó escuelas y creó obras específicas para la instrucción escolar. Aquí cabe reseñar el *Diccionario histórico, biográfico, crítico y bibliográfico de autores, artistas y extremeños ilustres*, obra que junto con el ya mencionado *Plutarco extremeño*, le hicieron inmortal en la memoria literaria de la tierra que lo vio nacer (Rey, 1986; Mayans, 1989).

En último lugar, debido a su cercanía temporal respecto a otros manuales, tenemos a Morán Márquez y su obra *Nombres Claros de Extremadura* que aunque comparte similitudes casi idénticas con *El Plutarco extremeño*, presenta un volumen infinitamente menor de personajes y una mayor predominancia de pacenses que de cacereños. Pero el carácter que la hace ser diferente al resto es la búsqueda original de la motivación por medio de la minuciosa descripción de aquellas calles extremeñas en las que nacieron sus protagonistas, de tal forma que el alumno se estimule en su estudio ante la proximidad de héroes nacidos quizás en la misma calle en la que ahora ellos viven.

A este acertado punto de originalidad por parte de la que fue directora de la Escuela Normal de Maestras, debemos añadir el carácter novedoso de la inclusión de ilustraciones²⁶ y fotografías continuadas. Por tanto, estas potentes características son las que convirtieron a la obra de Morán Márquez en todo un referente para aquéllas de temática similar en años posteriores (Mayans, 1989: 321).

²⁵ Véase anexo 3, pág. 147.

²⁶ Véase anexo 2, pág. 139.

4.5.2.- Comparativa de NCE con *El Plutarco extremeño* y *El Plutarco de los niños*.

Tras conocer las dificultades de la difusión de este tipo de literatura, la intencionalidad de sus autores, sus victorias culturales más relevantes y las características más reseñables de sus obras, disponemos de un mayor número de herramientas e indicios con las que analizar las semejanzas y diferencias destacables entre tres obras aparentemente hermanadas en temática y objetivos, como son, *El Plutarco de los niños* (1869), *El Plutarco extremeño* (1890) y *Nombres claros de Extremadura* (1914)

Fruto del conocimiento de estos rasgos diferenciadores y la información ya recabada al respecto, podremos determinar la continuada evolución de la LIJ extremeña en la etapa de entre siglos. Por ello, con la intencionalidad de conocer no únicamente sus características individuales sino también las identificativas propias de la etapa en el que fueron creadas, procederemos a un análisis cronológico por orden de publicación.

Por tanto, si comenzamos por las dos obras de autoría masculina, la primera diferencia más acusada nada más abrir el libro y como ya referenciamos anteriormente, son sus dedicatorias, que pese a dirigirse los niños, lo hacen de forma muy diferente. Sin ir más lejos, Barrantes Moreno comienza su obra con una dedicatoria destinada a un alumno concreto, un amigo suyo, que se muestra como el escolar ideal que todo colegio debería confeccionar, pues presenta en su persona conocimiento pleno de todos los contenidos y valores que en su obra se relatan. Mientras que por otra parte, Díaz y Pérez opta por una dedicatoria generalizada “Al que leyere” en la que muestra su modestia como escritor y las intenciones didácticas de su libro.

Otra de las diferencias claves es que *El Plutarco de los niños* resalta el orgullo de ser español por medio de la instrucción escolar y el conocimiento de los personajes más célebres a nivel nacional. Dividiendo la historia de España en cuatro grandes épocas: Edad Antigua, Edad Media, Renacimiento y Edad Moderna, exponiendo en cada una de ellas diferentes biografías de los personajes más ilustres de cada época. Este hecho difiere de *El Plutarco Extremeño*, que centra sus cien biografías en personajes puramente extremeños, dado que aboga y defiende fervientemente las características regionales más identificativas de su Extremadura natal²⁷.

A pesar de ello, como muestra del reconocimiento nacional que muchos de los personajes extremeños obtuvieron en diferentes obras, con independencia de que estas estuviesen o no centradas en Extremadura, no es de extrañar que un 10% de las celebridades descritas en ambos libros sean comunes: Hernán Cortes (NDP, pág. 37; MI, pág. 75), Vasco Núñez de Balboa (NDP, pág. 160; MI, pág. 78), Espronceda (NDP, pág. 53; MI, pág. 153), Viriato (NDP, pág. 230; MI, pág. 7), Arias Montano (NDP, pág. 13; MI, pág. 105), Zurbarán (NDP, pág. 234; MI, pág. 117), Donoso Cortés (NDP, pág. 48; MI, pág. 158), Meléndez Valdés (NDP, pág. 136; MI, pág. 149), García de Paredes (NDP, pág. 80; MI, pág. 56) y Torres Naharro (NDP, pág. 211; MI, pág. 52).

Además, existen otra característica diferenciadora como son los índices, pues la obra de Barrantes Moreno cuida más la ordenación de sus contenidos y facilita el trabajo de clase, ya no solo por agrupar las biografías en cuatro grande épocas históricas, sino también porque en su índice final aparecen los datos correspondientes a las páginas, nombres, pueblos, año, profesión y fecha de muerte de cada uno de sus

²⁷ Véase anexo 1, pág. 138.

personajes²⁸. De esta forma se agiliza la búsqueda de información específica y se facilitan múltiples comparativas entre los diversos personajes, atendiendo únicamente a la característica que nos interese. Sin embargo, el índice de *El Plutarco extremeño* solo muestra el paginado de cada uno de los héroes retratados.

Pero la organización de contenidos no es la única ventaja que muestra la obra de Barrantes Moreno con respecto a la de Díaz y Pérez, pues la del primero abarca una mayor variedad de oficios que la obra extremeña, ya que según su moralidad todos los trabajos son igualmente dignos y valiosos, ya sea por sus diferentes cualidades o por sus valores, desde político, rey, conquistador, ministro, diplomático, pintor, guerrero, navegante, escritor; hasta platero, zapatero o soldado. Lo único importante es inculcar a los niños valores morales y éticos y enseñarles que en todas las carreras se puede ser “grande hombre, digno hijo de Dios y de la patria” (Barrantes, 1869:5).

Ante este par de aspectos de singular acierto didáctico, como son la amplitud de diferentes oficios y la construcción de un índice cuidado hasta el milímetro, Díaz y Pérez se crece y crea una obra que toma ventaja respecto a su predecesor, en multitud de variables de gran aceptación. Nos referimos a la profundización considerable de cada uno de sus personajes, situación que conlleva a una media de seis páginas destinada a cada uno, esta extensión choca con la de su homónimo, que destina en ocasiones un reducido párrafo a varias biografías. Sin embargo, este hecho carecería de relevancia, de no ser porque a pesar de su significativa extensión, la claridad de los contenidos y la sencillez con la que se relatan escenas complejas es francamente incomparable. De esta forma, textos históricos y poco atrayentes para niños se convierten en lecturas ligeras, dinámicas e inteligibles²⁹.

Además, no podemos dejar atrás dos innovaciones sin precedentes hasta el momento en este tipo de obras, la primera es el elevado porcentaje de descripciones destinadas a mujeres, reivindicando así una educación más igualitaria y reconociendo por tanto aquellos logros frecuentemente olvidados. Sin duda, un acto valiente si tenemos en cuenta que tanto el sistema educativo como el social estaban marcados por conductas patriarcales. Y la segunda hazaña más destacable es la inclusión de ilustraciones por primera vez a nivel regional en este tipo de obras, situación que agradecerían enormemente los niños de la época, pues de esta forma se rompía con la seriedad de textos poco atrayentes y se personificaba de forma más real las victorias de esos personajes que tanto trabajaban en clase.

En último lugar, constatamos que aunque ambas tienen como objetivo dar a conocer los valores y cualidades de tan ilustres personalidades para que los niños aprendan y tomen ejemplo de sus hazañas e inquietudes, lo hacen de forma diferente. Mientras que Barrantes Moreno elabora descripciones inestables en estilo, profundidad y temas Díaz y Pérez sigue un delicado patrón de forma fiel en todas sus biografías, de tal manera que el acabado final de la obra es semejante al de una serie de cuentos breves que hacen soñar a los alumnos con las historias en él narradas.

Tras haber comparado las dos obras pertenecientes al siglo XIX, llega el momento de conocer las diferencias y similitudes que comparten con *Nombres Claros de Extremadura*, fechada en esta ocasión en el siglo XX y con características propias del novecentismo, movimiento literario que aportará un nuevo soplo de aire fresco a los recursos literarios empleados en las escuelas extremeñas. La pertenencia de esta obra al

²⁸ Véase anexo 3, pág. 147.

²⁹ Véase anexo 1, pág. 138.

grupo de los novecentistas trae de la mano la primera diferencia clave con respecto a las dos anteriores, pues Morán Márquez como persona culturalmente preparada y dejándose llevar por el afán europeísta de la época, intenta constantemente conectar sus biografías con otros personajes u obras de países diferentes o menciona la repercusión de sus héroes a nivel internacional.

“Biblia Regia, que la Europa, asombrada calificó de milagro y así los siguen considerando los sabios del mundo” (Morán, biografía de Arias Montano, 1914: 84).

“Este hombre grande que en su corta vida hizo que Europa entera volviese con admiración entusiasta sus ojos a los vigorosos destellos del pensamiento español” (Morán, biografía de Juan Donoso Cortés, 1914: 167).

“Comenzaba por entonces á dar los primeros pasos en su vida el teatro español, y en Europa se emancipaba este género literario de los moldes antiguos” (Morán, biografía de Torres Naharro, 1914: 16).

Esta concepción europeísta choca con los preceptos de *El Plutarco de los niños* donde el mismo Barrantes Moreno manifiesta de forma explícita su ferviente deseo de que los alumnos receptores de su obra se centren en los personajes y valores españoles y rehúyan de aquellos propiciados por el resto de países:

“Mas en esta época adelantada en que vivimos, la razón debe ser la guía de todas nuestras acciones, y para estar orgullosos de nuestra patria, debemos conocer perfectamente los timbres que la adornan. El mejor, el mas puro, el mas brillante, son los grandes hombres en ella nacidos; y esto lo habrás oído, Manolito, decir muy a menudo, y hasta habrás oído á ciertos mentecatos envidiar á la Francia, que tantos grandes hombres produce. No has de imitarlos tú desde hoy en adelante, ¿me lo prometes? No has de envidiar á la Francia ni á país alguno, pues con mi libro en la mano conocerás que, si bien hay otros pueblos que tengan á sus hombres grandes en mas estima, no hay ninguno que en número mayor que España los produzca” (Barrantes, 1869: 4).

Además de la conexión europeísta, ahora se nos presenta como elemento completamente innovador el uso de fotografías de carácter didáctico, para cumplir con el objetivo motivador propuesto por Morán Márquez que pretendía que sus alumnos comprobasen como los héroes que ella personalmente describía, compartieron tiempo atrás, los mismos orígenes y calles en los que ahora ellos vivían. De esta forma *Nombres Claros de Extremadura* se diferencia de la obra de Modesto Infante, que carecía de todo tipo de recursos visuales, así como también se distingue de *El Plutarco extremeño*, que a pesar de revolucionario solo usaba grabados para sus personajes biografiados.

En lo que respecta a los contenidos de sus personajes también existen diferencias que merecen ser explicadas, pues ahora tan solo se ocupa de dieciocho retratos literarios, con los que debido a su cercanía geográfica dispone de mayor facilidad para adquirir la información necesaria³². Pues Morán Márquez era pacense al igual que el noventa por ciento de sus personajes, ello se evidencia en la gran cantidad de datos que plasma de forma abrumadora en sus extensas páginas, que supera con creces en extensión e información al resto de obras. También sus contenidos se distinguen por la recurrencia sutil a la subjetividad, con la que pretende mantener expectante al lector y un vocabulario que aunque altamente cuidado presenta gran cantidad de localismos, arcaísmos y un copioso léxico valorativo:

“Fueron tan insignes sus virtudes y su piadoso celo, que la gloriosa Santa Teresa acudía a él como su más firme amparo espiritual en todas sus tribulaciones, ya que nuestro Santo podía ser maestro consumado en el arte de combatirlos, por la firme constancia con que venció cuantas se opusieron a la obra reformadora que realizó en la Orden Descalza; y acabada victoriosamente

aquella misión que hizo de la Orden un nuevo plantel de Santos, rindió su alma con asombrosa y edificante resignación en su convento de Arenas, a los 63 años de su edad” (Morán, biografía de San Pedro de Alcántara, 1914: 35).

4.5.3.- Ejemplificación de las diferencias reseñadas

Una vez analizadas las características más identificativas de estas tres obras, se nos antoja necesario facilitar la comprensión y el entendimiento de aquellos puntos de no convergencia mencionados anteriormente. Por ello, a continuación desarrollaremos una comparativa de una de las biografías comunes a los tres manuales, con el firme propósito de ejemplificar de forma real los rasgos mencionados anteriormente y detectar otras variables que por un motivo u otro sean objeto de debate. El personaje escogido para tal fin es Hernán Cortés, ya que es uno de los más relevantes en la tierra extremeña y por tanto fuertemente defendido por los tres autores, hecho que simboliza una mayor involucración descriptiva y derroche de todo tipo de técnicas y herramientas literarias propias de cada uno de ellos.

En cuanto a los elementos paratextuales, el primer aspecto perceptivo visualmente, incluso antes de leer las biografías, son los recursos empleados en las grafías de las palabras que guardan un significado especial o merecen una atención mayor por parte del alumnado. Barrantes Moreno recurre a las mayúsculas para mencionar obras relevantes de otros autores como *BALADAS ESPAÑOLAS* (pág. 77) o para expresar diálogos o citas literales producidas por sus héroes en conversaciones con otros personajes históricos. Esta situación también es visible en la biografía dedicada a nuestro héroe, donde expone las palabras mantenidas entre el conquistador extremeño y el rey Carlos V en un encuentro fortuito, tras años de abandono y soledad por parte del monarca hacia su vasallo:

“-¿QUIÉN ERES? Le preguntó el César con enojo.- SOY, SEÑOR, respondió con modesta arrogancia Cortés, UN HOMBRE QUE HA DADO Á V.M. MÁS PROVINCIAS QUE CIUDADES LE HAN DEJADO SUS ABUELOS” (Morán, biografía de Hernán Cortés, 1914:77).

Morán Márquez y Díaz y Pérez optan por el uso de palabras en cursiva para hacer referencia a aquellos acontecimientos importantes en la historia de España que han sido acuñados con un nombre popularmente conocido a nivel mundial, un buen ejemplo es *la noche triste* (NDP, pág. 8; M.M, pág. 37) de nuestro protagonista.

Otro factor que también es perceptible a simple vista es la extensión variable dedicada a esta biografía en función del personaje, pues nos damos cuenta que a medida que nos alejamos más en el tiempo, desciende el número de páginas destinadas a este personaje. Prueba de ello es que *El Plutarco de los niños* de 1869 le dedica tres páginas (75-77) a Hernán Cortés, aproximándose a las cuatro que alberga *El Plutarco Extremeño* (37-40) de 1890, mientras que *Nombres claros de Extremadura* de 1914 se proclama como la experta por antonomasia con una extensión de nueve páginas (89-98) y una amplia ilustración del retrato de su biografiado.

Dejando al margen los aspectos estéticos y centrándonos más en los contenidos, subyacen dos formas diferentes en la visión del mundo. Pues tanto *El Plutarco de los niños* como *El Plutarco extremeño* muestran a Hernán Cortés, al igual que el resto de personajes como el forjador de su propio destino, es él, con sus acciones y actitudes el que logra sus hazañas. Prueba de ello es que la mayoría de todos los verbos utilizados en la biografía, se encuentran conjugados en tercera persona del pretérito perfecto simple del singular; “consiguió, alcanzó, decidió”...etc.

Pero para Morán Márquez, Hernán Cortés vendría a ser un títere del destino que afrontó con valentía una difícil y honorable misión: V.gr: “Tenía aquel joven esa misteriosa fuerza sugestionadora de los genios que ata las voluntades de cuantos le rodean, para servir de instrumentos a los altos destinos que ellos vienen a realizar en la tierra” (Morán, biografía de Hernán Cortés, 1914: 91).

A pesar de ello, es la propia Morán Márquez junto con Díaz y Pérez, los que más claramente mencionan algunas hazañas poco honorables por parte de nuestro conquistador. Mientras que en *El Plutarco de los niños* se velan los posibles oscuros pasajes que su personaje pudiese haber cometido, advirtiendo que: “Su historia brilla como la de los más grandes capitanes, y si la oscurecen manchas de las que no está limpia la de ningún conquistador, también le asienta entre aquellos que con más humanidad y que con más honradez, han procedido” (Barrantes, 1869:76).

Esta justificación, directa y sin ningún tipo de preámbulos, es cuanto menos curiosa si tenemos en cuenta que su autor es el único no nacido en Extremadura, quizás por esta razón sienta la necesidad de comparar a este personaje con otros héroes importantes de la historia española, con los que poder justificar su inclusión en la obra, algunos ejemplos referidos a Hernán Cortés, podrían ser: “Merece en verdad una entusiasta calificación, el que fue el brazo derecho de Cristóbal Colón” [...] (pág. 75) o “á sus propios compañeros quemó las naves que allí habían conducido, rasgo digno de Julio Cesar” (Pág. 76).

También, la intención de buscar avales a la información planteada es clara en *El Plutarco Extremeño*, aunque en esta ocasión su autor busca la solidez, por medio de párrafos parafraseados de otras obras o la aprobación de personal educativo altamente cualificado: “después de diez meses de campaña, y realizando proezas de gran valor, dando lugar con ellas á la leyenda del incendio de las naves, que brillantemente ha refutado el académico Fernández Duro” (Pág. 38).

A pesar de las pequeñas diferencias planteadas, entre estos tres autores, de formación académica diferente e ideologías políticas fuertemente encontradas, asombra la complementariedad que existe entre ambos, pues la mayoría de las cifras que utilizan para describir equipamientos de soldados, armas y grupos de enemigos suele coincidir o estar francamente aproximadas. Donde sí existen contradicciones es en los variados matrimonios que contrajo Hernán Cortés, ya no únicamente en el orden sino también en los nombres que para nada son coincidentes.

Pues, Díaz y Pérez menciona que su personaje “casó dos veces, la primera en la Isla de Cuba con doña Catalina Suarez y Pacheco, doncella noble; y la segunda en España, con doña Juana de Arellano” (Pág. 39), mientras que Morán Márquez informa de un único “matrimonio con la gentil y noble D^a Beatriz Parejo, primera mujer de nuestro héroe” (pág. 90).

Otro aspecto diferenciador de los contenidos generales de cada biografía, es que cada uno de sus autores destina su atención a describir diferentes temas. Aunque los tres describen al mismo conquistador lo hacen de forma diferente, Barrantes Moreno centra todas sus palabras en ensalzar su carrera militar, rehuyendo en todo momento de matrimonios, hijos y actitudes personales, por otra lado Morán Márquez realza la personalidad y belleza de su héroe por medio de constantes menciones a los deslumbrantes rasgos físicos y psicológicos y en último lugar Díaz y Pérez realiza un compendio de los dos, sirviendo de término medio entre los dos extremos.

A pesar de todos los rasgos diferenciadores mencionados en el transcurrir de este trabajo que puedan hacer destacar alguna obra por encima de otra en determinados momentos, resulta francamente asombroso el cuidado lenguaje utilizado siempre, independientemente del acontecimiento que se describa.

4.6.- Incentivadores y condicionantes del predominio de personajes masculinos

Una vez realizado el estudio de los caracteres estructurales y formales de la obra, llega el momento de detenernos en sus personajes y definiciones, de esta forma conoceremos otros rasgos, intenciones y perspectivas no abordadas hasta ahora y que sin embargo pueden modificar la concepción inicial que tenemos de *Nombres Claros de Extremadura* y de su creadora³⁰.

Con esta intención hemos estimado oportuno realizar un segundo análisis, pero ahora bajo una perspectiva diferente: el género de los personajes biografiados. Esta necesidad surge debido a un hecho sorprendente y paradójico como es el aspecto peculiar de que solo se incluya una descripción literaria de un personaje femenino, siendo su autora una mujer y trabajando en la Escuela Normal de Maestras durante años.

Este matiz cobra mayor relevancia si tenemos en cuenta como su antecesor regional, Nicolás Díaz y Pérez, siendo hombre y no dedicándose a la instrucción femenina otorgó un gran reconocimiento a la labor profesional de las mujeres extremeñas fuera del ámbito doméstico. La prueba de esta situación la encontramos en *El Plutarco extremeño*, por medio de personajes como Carolina Coronado (pág. 35- 36), Augusta Serena (pág. 16-17), María Luisa Carvajal (pág. 31-32), García de Miranda (pág.77-79) o Rodríguez Monroy (pág. 178-181). Además, tampoco hemos de olvidar que la publicación de esta obra se produjo en el XIX y las circunstancias patriarcales y discriminatorias hacia las mujeres eran aún más acentuadas que en el contexto temporal del XX en el que se originó *NCE* (Díaz y Pérez, 1890).

Sin embargo, la justificación de este reducido número de personajes en la premiada obra de Morán Márquez³¹, pudo verse motivada por la moral de la época, de la que ella misma pudo ser víctima, y que según atestiguan estudios específicos, se desvalorizaba y se infravaloraba las hazañas y logros de las mujeres de la época. Esta mentalidad influye en ella misma como escritora a priorizar los personajes masculinos sobre los femeninos, creyendo que las hazañas de los héroes extremeños eran más relevantes que las de las de su mismo género (Benso, 2003: 12-18).

Otro aspecto que no podemos descuidar es que *Nombres Claros de Extremadura* debía pasar varios filtros de tribunales y jurados que estaban compuestos en su totalidad por hombres. Desde el Consejo de Instrucción Pública que tendría que avalar su recomendado uso escolar, hasta los miembros pertenecientes del concurso, como el ex ministro González Besada, presidente del acto, o los señores de Saavedra y Clavel creadores de las bases y condiciones del concurso (Ayto. de Badajoz, libro de actas, 1914: 88; Sánchez P, 1998: 97-116).

³⁰ Véanse anexos 3, pág.175 y 7, pág.179.

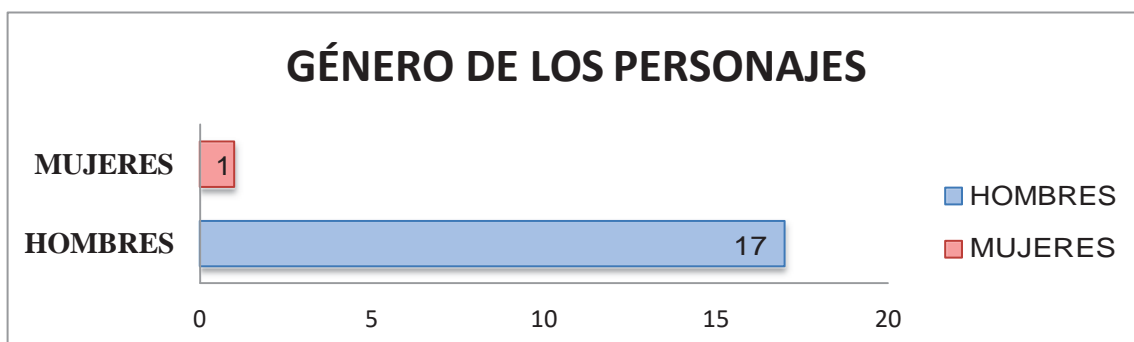
³¹ Véase anexo 5, pág. 149.

Por tanto, ante estos grupos de poder tan masculinizados y posiblemente impregnados de la concepción patriarcal imperante en los inicios del XX consideramos que la lógica sería que valoraran positivamente el predominio de personajes masculinos, a los que se les atribuyese de forma taxativa la etiqueta de “Extremeños ilustres”, etiqueta que daba nombre al concurso que pretendía ganar nuestra autora. De hecho, si se hubiese decantado por una recopilación biográfica femenina más numerosa, lejos de ser reconocido como un acto valiente e innovador, hubiese sido un hecho temerario que le habría conducido al fracaso (Ayto. de Badajoz, libro de actas, 1914: 14).

Otro factor que justifica la crecida de protagonistas masculinos en detrimento de los femeninos, es la pretensión de la autora de adentrar su creación en el contexto educativo. Ámbito que aunque en Extremadura empezaba a despegar lo cierto es que casi el setenta por ciento de las escuelas pertenecientes a la zona de Badajoz eran de niños, mientras que el treinta por ciento estaba destinado a las niñas (Sánchez P, 1998: 77).

Precisamente a estos niños que acudían a las escuelas les resultarían más motivadoras y atrayentes las aventuras y hazañas de conquistadores y colonizadores como Hernán Cortés (pág. 89-98), Núñez de Balboa (pág. 101-111) o Francisco Pizarro (115-126), héroes a los que idolatraban y admiraban, antes que las aportaciones de poetisas o religiosas, únicos oficios a los que podían acceder las mujeres de los siglos anteriores al XIX, como Santa Eulalia, Augusta Serena o García de Miranda, ya biografiadas en otras obras escolares como *El Plutarco de los niños* o *El Plutarco extremeño* (Barrantes, 1869; Díaz y Pérez, 1890; Morán, 1914; Sánchez P, 1998).

Además, para comprender mejor qué circunstancias llevaron a Morán Márquez a rehuir de biografías femeninas, debemos adentrarnos en la historia extremeña de finales del XIX y principios del XX. De esta forma nos damos cuenta que aunque se carecía de documentación con la que biografar a las mujeres, ya sea por desconocimiento, por desvalorización o por falta de variedad de oficios, aquellas que sí conseguían resaltar y tener algo de reconocimiento, nunca llegaban a considerarse como profesionales pues sus labores fuera del ámbito doméstico eran consideradas como actividades de ocio o entretenimiento. Por tanto, se alejaban del perfil de personajes que se pretendían recopilar bajo la temática del concurso (Benso, 2003: 10-18).



Clasificación de los personajes según género.
Fuente: Elaboración propia.

Asimismo, hay que tener en cuenta que en 1900 se registraba una de las tasas de analfabetismo femenino más graves de España. Ello se debe a que en zonas agrícolas ganaderas como Extremadura, la mujer desde edades muy temprana prestaba servicios a estas labores familiares, tanto en el ámbito doméstico, con tareas del hogar

como en el campo, mediante actividades de recolección de frutos y cuidado de animales. Esto repercutía en que la mayoría no supiese leer ni escribir, pues ni tan siquiera tenían tiempo o “necesidad” para asistir a la escuela, por tanto este sector de la población no era el prioritario para Morán Márquez, sencillamente porque ni tan siquiera tendrían acceso a su obra. Todo lo contrario sucedía con los varones de la familia, que además de disponer de un mayor número de escuelas, eran prácticamente obligados por los padres a asistir, hasta aprender como mínimo los contenidos básicos para llevar adelante el negocio o la economía familiar (Ortega, 1997).

Por otra parte, si atendemos al currículum escolar de la época también encontramos factores que justifican que solo se haya destinado una biografía a una extremeña. Debido a la existencia de un currículum diferenciado, las materias destinadas exclusivamente a los niños eran Geografía, Historia de España, Geometría, Cálculo y Agricultura, mientras que las asignaturas exigidas a las niñas en el boletín provincial pacense de 1855, eran doctrina cristiana, historia sagrada, costura, labores de adorno y lectura (Sánchez P, 1998: 99-110).

Por consiguiente, es evidente que el tema del concurso del Ateneo estaba directamente relacionado con las asignaturas a impartir en los centros educativos de varones, en todos esos campos existía al menos un referente histórico que inmortalizar. Sin embargo, no sucedía lo mismo con las materias inculcadas a las niñas, donde solo se podía recurrir a biografías a alguna escritora, pues se desconocían modistas o costureras extremeñas de relevancia nacional (Ayto. de Badajoz, libro de actas, 1914: 14; Sánchez P, 1998: 74 -100).

No obstante, aunque se pretendía que este libro llegara a todos los sectores de la población pacense, motivo por el cual el Ayuntamiento de la zona lo editó y redistribuyó completamente gratis por los colegios, su acceso al sector femenino era francamente difícil, pues además de luchar contra todos los obstáculos ya mencionados anteriormente, estaba en manos de su docente, la decisión de aceptar o no el uso del libro en sus aulas (T'Serclaes, 1915: 34-36; Escolar, 1996b).

Además, ante un currículum escolar diferenciado lo normal era que existieran obras dedicadas exclusivamente a las alumnas con los temas que deberían estudiar “para ejercer de buena madre, buena hija y buena esposa reproduciendo así el modelo ideal de mujer adecuada: sumisa, ordenada, trabajadora y resignada”. Esta situación se justifica con total clarividencia en *El libro de oro de las niñas* de Pirala, donde ya el autor menciona que (Benso, 2003: 15):

“Lejos de mi queda la idea de dar a la mujer la educación escolástica que al hombre; todo lo contrario, deberá enseñársele a ser mujer; previsora como la hormiga, laboriosa como la abeja” (Pirala, 1860:47).

En conclusión, Morán Márquez como buena conocedora de toda esta situación, fruto de su trabajo como directora de la Escuela Normal de Maestras de Badajoz, supo escoger las biografías adecuadas, para conseguir las expectativas esperadas, viéndose por tanto, tal vez obligada pese a su voluntad como mujer, a escoger mayoritariamente personajes masculinos, con el único fin de agradar a un tribunal que era el fiel reflejo de la sociedad en la que ella misma vivía.

A pesar de ello, parece ser que aunque no pudo describir todas las biografías femeninas que hubiese deseado, se conformó al menos con reseñar una lista de nombres para que el lector curioso supiese que a pesar de no tener cabida en el libro, la existencia

de todas ellas fue relevante para el desarrollo cultural. De este modo se otorgaba la pista inicial para que aquellos alumnos de carácter autodidáctico pudiesen ahondar por su cuenta en las características de estas autoras (Araya, 2007:245).

“Fue aquella, para Badajoz, una época gloriosa en que florecieron en su recinto entendimientos de gran valer. Los periódicos de aquellos tiempos ostentan firmas tan esclarecidas como las de Gabino Tejado, Valaguer, Pirala, Eulogio Florentino Sanz y al lado de éstas, la de Carolina Coronado, como reina de una dulce corte de amor, en que figuraban Angela Grassi, Tomasa González, María Cabezudo, Joaquina Ruiz, Robustiana Armiño y algunas otras de menor renombre” (Morán, biografía de Carolina Coronado, 1914:172).

Esta situación hace que apreciemos y valoremos la biografía destinada a Carolina Coronado (págs. 171-176), único personaje femenino en todo el libro, como un acto de valentía y de lucha por defender el papel de la mujer y su contribución al patrimonio histórico literario extremeño. Premisa fácil de contemplar mediante la lectura de la descripción literaria dedicada a este personaje, donde la autora se deshace en halagos y en demostrar con hechos reales el reconocimiento que esta escritora tuvo tanto en Extremadura como en España.

No hace falta defender el papel de la mujer en la historia ni realizar una crítica a la difícil situación cultural que atravesaba, el simple hecho de escogerla como personaje implicaba ambas acciones. Dado que bastaba con interesarse por algunos de sus poemas como el que llevaba por título *A las extremeñas* para apreciar su denuncia social hacia el desaprovechamiento de la inteligencia femenina (Torres, 2011:65-109).

Esta inconformidad de Carolina Coronado ante la situación que le había tocado vivir ha sido demostrada con el tiempo mediante la lectura de algunas de sus cartas confidenciales, como la dirigida a Hartzenbusch, su mentor cultural. Compañero al que le dedica las siguientes palabras que resumen todo lo expuesto hasta el momento:

“Siempre me había resistido a emplear mi tiempo en tareas que me parecían extrañas a mi sexo, sacrificando mi decida inclinación por la literatura. Hace poco más de un año que, atropellando todos los inconvenientes, hice mis primeros ensayos, exponiéndome a las críticas de mis conocidos en esta población tan vergonzosamente atrasada, fue un acontecimiento extraordinario el que una mujer hiciese versos, y el que los versos se pudiesen hacer sin maestro, los hombres los han graduado de copias y las mujeres, sin comprenderlos siquiera, me han consagrado por ellos todo el resentimiento de su envidia” (Pérez, 1992:269)

4.7.- Análisis de las profesiones

La recopilación biográfica que realiza Morán Márquez en *Nombres Claros de Extremadura* no busca exclusivamente detallar las aventuras y hazañas de cada uno de sus protagonistas, sino mostrar también una lista de oficios³² acordes con las características de cada uno de sus lectores. Es decir las dieciocho descripciones literarias pretenden entre sus variados objetivos inculcar una vocación profesional definida, ello lo hace mostrando al máximo representante de cada uno de los oficios más reputados de Extremadura.

Sin embargo, a pesar del diverso abanico de profesiones al que se hace alusión en el transcurso de la obra, todas parten de un mismo denominador común, los orígenes humildes de los que procedía cada protagonista. Esta característica compartida en todas las biografías nunca se presentaba como un obstáculo que mine las aspiraciones de sus héroes, sino como una virtud que logra alejarles de las tentaciones y los vicios que

³² Véase anexo 3, pág. 147.

tienden a rodear a aquellos que lo tienen todo asegurado por abolengo familiar. Ejemplos de orígenes humildes:

“Hombre de natural despejo, pero de tan humilde y obscuro origen y absoluta falta de cultura, pues ni aun sabía leer, comprendía la dificultad de abrirse camino más amplio en tales circunstancias, y se conformaba con aquellos puestos secundarios que la fortuna y el esfuerzo de su brazo le deparaban” (Morán, biografía de Francisco Pizarro, 1914:117)

“Y sin embargo, allí donde su caridad hacía falta no había sacrificio, ni solicitud, ni abnegación que no prodigara con una humildad y una ternura inefables. No era raro ver a este joven pálido, de facciones distinguidas, continente noble, en que la modestia de la voluntad no había logrado desterrar las huellas del linaje, haciendo los más humildes oficios del convento” (Morán, biografía de San Pedro de Alcántara, 1914:25)

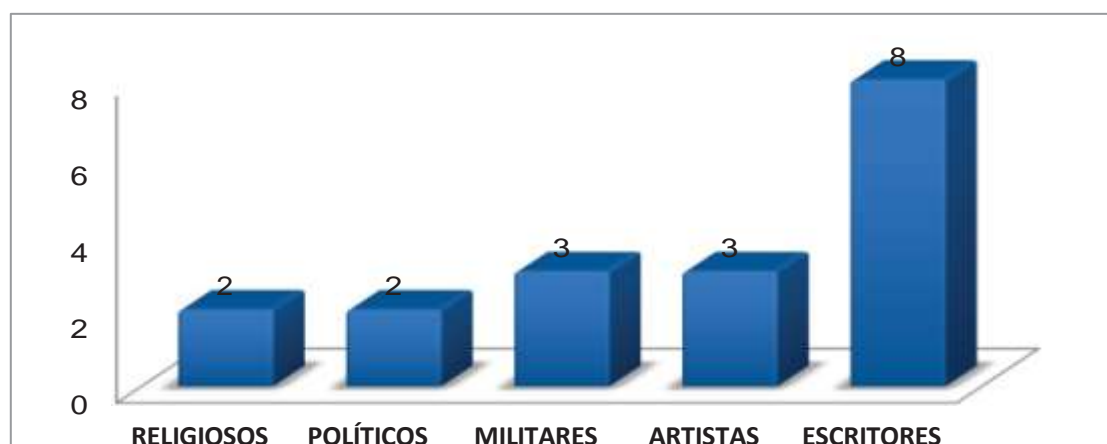
“En una de aquellas casitas modestas y blancas, y por los ámbitos de esa calle amplia, luminosa y alegre, discurrieron en efecto los años infantiles y mozos del gran pintor; sus padres eran unos labradores medianamente acomodados, de no muy grandes caudales ni alta nobleza” (Morán, biografía de El Divino Morales, 1914:40).

Precisamente, la aparente pobreza de cada personaje sumado al contexto geográfico de cada uno de ellos eran los dos factores que repercutían en que los jóvenes lectores se viesan reflejados e identificados con sus héroes. Era justo ese sentimiento de empatía el que pretendía despertar Morán Márquez para tratar de mostrarles cómo antepasados suyos con características similares a las que ellos presentaban lograron alcanzar con esfuerzo y afán de superación las metas que cada uno se planteó.

Por tanto, para conocer aquellos oficios que honraron a Extremadura con logros y victorias durante varios siglos, se hace necesario realizar un análisis de las ocupaciones laborales que se mencionan en las dieciocho biografías. Pues de esta manera, no solo conoceremos las aspiraciones profesionales que se pretendía inculcar a los alumnos de comienzos del XX, sino que también sabremos los oficios más recurrentes y admirados de su sociedad.

Sin embargo, debemos matizar que a pesar de ser pocos los protagonistas biografiados, la tarea que proponemos realizar en este epígrafe es cuanto menos compleja si tenemos en cuenta que cada uno de ellos estaba inmerso en varios oficios simultáneamente y que la temática profesional de algunas labores ha cambiado con el transcurrir del tiempo. Por este motivo hemos establecido la agrupación de oficios siguiendo la clasificación realizada por Nicolás Díaz y Pérez, en el índice de su *Diccionario Histórico-Biográfico de extremeños ilustres*, donde además de unificar todas las profesiones en grandes bloques generalizadores, se presenta una lista con cientos de protagonistas regionales y la ocupación que mejor les identifica a cada uno de ellos.

A pesar de la utilidad de este diccionario fechado en el mismo siglo que *Nombres Claros de Extremadura*, también hemos contrastado y comparado datos con otros manuales temáticos como *Literatura en Extremadura, S. XVI-XVII y XVIII*, de Pecellín Lancharro o la *Gran Enciclopedia Extremeña*. Con esta comparativa a tres bandas se ha generado el siguiente gráfico de resultados:



Ocupación principal de los biografiados
Fuente: Elaboración propia.

Como bien atestigua el gráfico anterior es notable como el grueso biográfico de personajes se concentra en los escritores, con un total de ocho descripciones literarias dedicadas a aquellos que se desenvuelven en el campo de las letras. Esta fuerte crecida encuentra justificación en la enorme amplitud de oficios que se recogen en este sector, desde autores generadores de obras literarias hasta teólogos, cronistas y filósofos. Además, debemos tener en cuenta como dentro de la literatura Morán Márquez no desprecia a ninguno de sus géneros, puesto que se ocupa tanto de poetas como Meléndez Valdés (pág. 137), literatos como el Brocense (pág.67) y dramaturgos como López de Ayala (pág. 179).

También es importante tener en cuenta que estamos ante el único grupo de ocupaciones en el que se repiten oficios. Ello se debe a dos hechos fundamentales, por una parte, estamos ante el único sector a excepción de la iglesia donde la mujer podía intervenir profesionalmente, muestra de ello es la biografía dedicada a Carolina Coronado, única mujer en toda la obra. Sin embargo, por otra parte, es importante apreciar que el ámbito de la literatura ha ido desarrollando varios movimientos culturales desde el siglo XV hasta el XIX, por tanto se hace necesario mencionar al menos a aquellos autores que mejor los representan.

En segunda posición nos encontramos con dos grupos igualados en número de protagonistas, los artistas y los militares que con una recopilación de tres biografías, se encuentran en una idéntica posición. En el caso de los militares la cifra obedece a los generales, conquistadores y capitanes que intervinieron en uno de los hechos históricos más importantes de nuestro país, como es la conquista de América que llevaba a la cabeza personajes extremeños como Hernán Cortés o Núñez de Balboa. Protagonistas con los que además de cubrir hechos históricos importantes que los alumnos debían conocer, se establecía un guiño mediante la figura de Pizarro a las aportaciones cacereñas, prácticamente obviadas en la obra.

Si dejamos de lado a los militares y nos adentramos en los artistas la justificación de su cuantía numérica se encuentra motivada por la importancia de sus personajes ya no solo a nivel regional sino nacional, no pudiéndose olvidar ninguno de ellos en una obra de estas características³³. Pues, por un lado tenemos a Zurbarán, pintor representativo del siglo de oro y la contrarreforma, cuya amistad con Velázquez aumentó su popularidad y reconocimiento. Mientras que por otra parte Divino Morales

³³ Véase anexo 3, pág.147

justifica su inclusión por medio de su fuerte arraigo y defensa de la tierra extremeña, alcanzando fama nacional sin necesidad de moverse de ella. Pero no podemos concluir el repaso de los artistas sin mencionar al músico Cristóbal Oudrid, considerado como uno de los creadores de la zarzuela española y con el que Morán Márquez da por finalizada su selección de artistas destacables (Cano-Cortés, 1983; Lorenzana de la Puente, 1998; Juez, 2001).

Para finalizar nuestro análisis nos ocuparemos de los dos grupos de menor grueso biográfico, los políticos y los religiosos; situación cuanto menos curiosa si tenemos en cuenta que generalmente suelen ser los colectivos que se encuentran entre las primeras posiciones por su facilidad para recabar información. En el caso de los religiosos³⁴ por ser de los primeros en interesarse por la literatura escrita y generar fuentes documentales, mientras que en el caso de los políticos la facilidad de datos obedecía a que ellos mismos se encargaban de preservarse del olvido encargando sus propias biografías con las que aumentar su popularidad.

Quizás, precisamente la interesada facilidad informativa de estos colectivos ha podido jugar en su contra, repercutiendo en la decisión de Morán Márquez por escoger únicamente a aquellos personajes más representativos de todo su gremio, evitando así crear un manual de copiosas biografías. Por ello, tal vez eligiera del grupo de políticos a Bravo Murillo, presidente del Consejo de ministros y a Donoso Cortés, Ministro de gracia y justicia, que con sus cargos profesionales lograron una relevancia transfronteriza, alejada de su región (Suárez, 1997).

Pero en el caso de los religiosos sus dos personajes justifican su biografía por motivos muy diferentes, pues la elección de San Pedro de Alcántara se debe a su catalogación como Santo, etiqueta que lo sitúa en un plano superior al resto de religiosos extremeños; hasta tal punto que la prioridad de la autora por describir personajes pacenses queda relegada a un segundo plano. Sin embargo, nada tienen que ver estos argumentos con los de su homónimo Muñoz Torrero que a pesar de pertenecer a su mismo colectivo sus aportaciones en las Cortes de Cádiz de 1812 le hacen ser considerado como uno de sus principales ideólogos, diferenciándose de esta manera del resto de sus compañeros (González 1969; García, 1989; Ruiz, 1999).

Por tanto, a través de este variado recorrido profesional nos damos cuenta como Morán Márquez cumple fielmente su palabra manifiesta en el prólogo del libro, donde expresa que su intención no es ofrecer un “catálogo numeroso de nombres, datos y fechas que abrumarían las inteligencias de los niños infructuosamente, sino una colección menos copiosa, pero cuidadosamente elegida de biografías”. De esta forma se muestran exclusivamente a aquellos protagonistas que mejor representan en su figura a todo un movimiento cultural o gremio y que pueden ser considerados como ejemplo de imitación (Morán, 1914: 8).

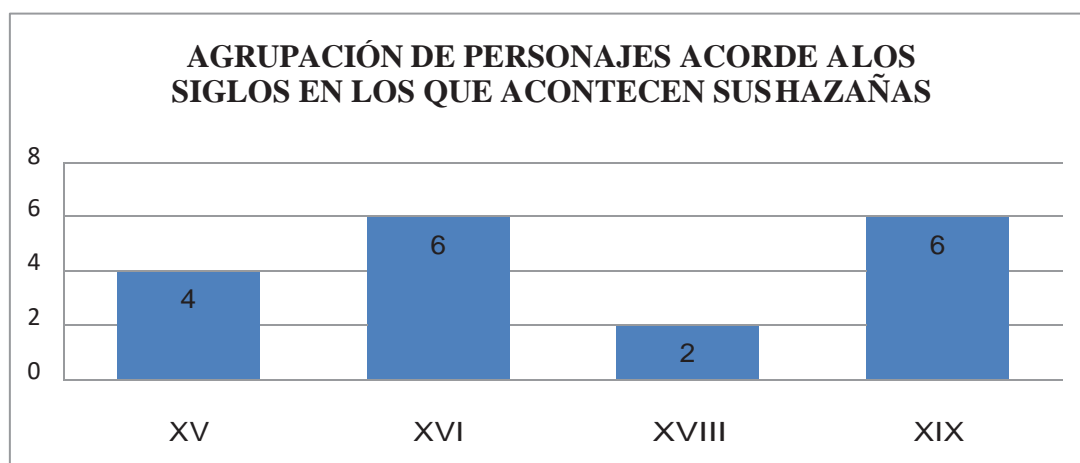
4.8.- Desglose de personajes por siglos

Nombres Claros de Extremadura aborda y describe tramos históricos desde el siglo XV hasta el XIX, igualándose el número de biografiados de este último siglo con aquellos pertenecientes a la etapa del XVI. Este grueso biográfico responde a una serie

³⁴ Alonso Maraño, Pedro Manuel. (1996). *La Iglesia docente en el siglo XIX: Escuelas Pías en España y en América: formación del profesorado y expansión educativa*. Alcalá de Henares: Servicio de Publicaciones de la Universidad.

de factores extremeños de variada índole y repercusión que resultaron atractivos tanto para la autora como para los futuros lectores de sus notas biográficas.

Por ello, si queremos comprender con mayor exactitud a qué se debe la elección de estos protagonistas, debemos indagar en la memoria histórica extremeña para conocer qué contextos y ambientes eran los más propensos al nacimiento de personajes reseñables en este tipo de obras descriptivas. Pues, con el conocimiento de estos hechos históricos protagonizados en cada siglo hallaremos el porqué de las crecidas y bajadas de biografiados en cada etapa descrita.



Concurrencia de personajes entre los siglos XVI y XIX
Fuente: Elaboración propia.

La elección de personajes pertenecientes al siglo XV viene determinada por el hecho de mayor consideración de la Edad Moderna en Extremadura, nos referimos sin duda a la importante involucración y participación de protagonistas extremeños en la lucha por la colonización del Nuevo Mundo. En esta expedición alcanzaron gran relevancia nacional tres de los cuatros biografiados en este siglo, como son Francisco Pizarro (págs. 115-126), Hernán Cortés (págs. 89-98) y Núñez de Balboa (págs. 101-111), que llegaron a convertirse en conquistadores de fama mundial, no solo por sus actos sino también por sus aportaciones, descubrimientos y generosas contribuciones a las arcas españolas (Martínez, 2008).

Sin embargo, a pesar de la importancia atribuida a este hecho histórico, el número de personajes descritos se queda pequeño en comparación con los del siglo XVI. Esta situación puede responder a dos factores, uno de ellos, la actitud de Morán Márquez por crear un conjunto biográfico que abarcara exclusivamente los personajes esenciales que todo alumno debía conocer, idea evidenciada en el prólogo del libro y con la que pretende evitar la inclusión de otros protagonistas, que aunque importantes, resultan secundarios al lado de los escogidos. Por ello, prioriza a conquistadores, capitanes y colonos en detrimento de soldados y militares³⁵.

En segundo lugar, en el XVI el ámbito cultural extremeño comienza un periodo de desarrollo exacerbado, muestra de ello son las edificaciones de las catedrales de Plasencia y Coria en las que prestaron su mano de obra los artistas más destacados de la época. Pero, no solo será el esplendor de la arquitectura religiosa y

³⁵ Véanse anexos 1, pág. 138 y 3, pág. 147

civil extremeña uno los aspectos que más sobresalga de su ámbito cultural, sino las figuras de Luis de Morales (págs. 39-50) y Zurbarán (págs. 129-133) que consiguieron cautivar las exigencias de un público riguroso. Al igual que lo hicieron Arias Montano (págs. 79-85) y Sánchez de Brozas (págs. 67-76), dos de los máximos exponentes del humanismo renacentista en Extremadura. Sin embargo, no será hasta transcurridos dos siglos después cuando dentro de este mismo contexto cultural resalten personajes semejantes como Meléndez Valdés (págs. 137-144), también incluido en el libro (Pizarro, 1990).

Por tanto, la crecida de personajes biografiados dentro del XVI, no solo es acusada al desarrollo cultural extremeño, sino también a la variedad del mismo, dado que contamos con figuras importantes en todas sus vertientes³⁶. Empezando por la pintura con Zurbarán (págs. 129-133) y Morales (págs.39-50), continuando por el humanismo de Brozas (págs. 67-76) y Arias Montano (págs. 79-85) y terminar por los escritores como Torres Naharro (págs. 13-22) y Rodrigo Dosma (págs. 53-63).

En cambio, esta situación se torna drásticamente con la llegada del XVIII, donde a Morán Márquez le bastan dos biografías para abarcar los dos acontecimientos más destacados de este tramo temporal. Por un lado, el movimiento cultural de la Ilustración cuyo principio fundamental es la razón, el ensalzamiento de la política y la literatura, ámbitos en los que destaca el extremeño Meléndez Valdés (págs. 137-144), al converger en una misma persona el dominio de las leyes y la poesía, llegando a ser considerado como el mejor poeta nacional de todo el siglo.

Por otro lado, si abandonamos momentáneamente la corriente de la Ilustración, nos encontramos con otro de los hechos históricos que merecen nuestra atención: la celebración de las Cortes de Cádiz en 1812. Pues, aunque este suceso pertenece al XIX, el protagonista escogido, Muñoz Torrero (págs.147-152) es nacido a finales del XVIII y su figura representa a esos doce extremeños que participaron en este importante acontecimiento. Además, la prevalencia de este personaje sobre aquéllos otros que también se vieron envueltos en este acto como Calatrava o Fernández Golfín, pudiera estar motivada por el resto de ocupaciones que desempeñaba como rector y como catedrático de filosofía, convirtiendo su figura en todo un prototipo de la Ilustración (García, 1989; Fernández, 2009).

Por último, nos ocuparemos del siglo XIX, etapa donde se concentra uno de los mayores gruesos biográficos de toda la obra. Esta aglutinación de personajes responde a la participación activa de los extremeños tanto en el ámbito político como en el cultural, pues por un lado tenemos la creación del Estado liberal y por otro, la existencia de dos movimientos literarios: el Realismo y el Romanticismo. De todos estos campos, Morán Márquez escogerá a aquellos personajes que mejor representan en su figura y en sus obras la definición más completa posible de estos movimientos culturales y políticos.

En lo que respecta a la instauración y consolidación del Estado liberal la presencia de extremeños estuvo muy patente en todos los ámbitos, desde las Cortes de Cádiz hasta el Sexenio Revolucionario, acontecimientos que produjeron gran proliferación de importantes protagonistas dignos de biografiar. Aunque de todos ellos, nuestra autora escogió a Donoso Cortés (págs. 163-167), Ministro de Justicia, y a Bravo Murillo (págs. 155-159), Presidente del Consejo de Ministros, fueron junto con García Carrasco los extremeños de mayor repercusión en la política nacional del momento.

³⁶ Véase anexo 1, pág. 138.

Por otra parte, como ya vaticinamos anteriormente, otro de los factores que motivó la crecida de personajes fue la convergencia del Realismo y el Romanticismo, dos movimientos literarios completamente diferentes dentro de un mismo siglo. Esta situación dio lugar al nacimiento de varios artistas y escritores en todos los géneros literarios y vertientes culturales.

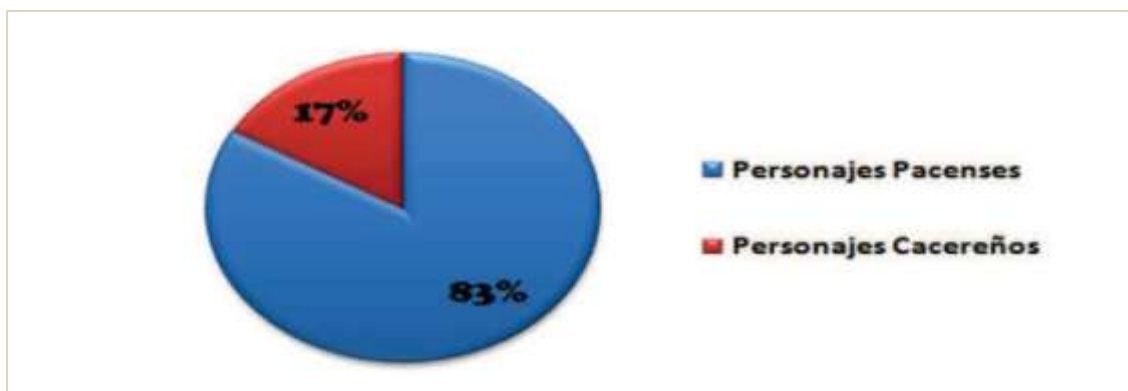
Ante esta situación nos encontramos como representante del Romanticismo poético a Carolina Coronado (págs. 171-176), que al ser mujer refleja en su figura literaria la democratización de la cultura, puesto que hasta el momento el noble arte de las letras era propio de hombres, más aún si se pretendía su publicación. Sin embargo, la figura de la que fuese considerada la máxima exponente del Romanticismo extremeño contrasta severamente con los gustos artísticos del dramaturgo realista López de Ayala (págs. 179-183), que junto con la descripción literaria de Cristóbal Oudrid (págs. 195-197), conforman una visión decimonónica extremeña ampliamente variada en profesiones y éxitos culturales (Manso, 1992; Pérez, 1999).

También es importante destacar que al ser Morán Márquez una autora nacida a finales del XIX, su cercanía con los personajes propios de este siglo facilita su tarea como biógrafa, puesto que no solo era conocedora en primera persona de la relevancia de cada protagonista y de sus características específicas, sino que también le resultaba más sencillo contrastar y acceder a la información necesaria. Por tanto, a modo de conclusión podemos determinar que las crecidas y bajadas de personajes en cada uno de los siglos de los que se ocupa la obra, se encuentran motivadas por tres grandes factores temáticos de los que surgen el resto de condicionantes. En este sentido debemos referenciar los propios intereses de la autora, las exigencias del concurso y los sucesos históricos acontecidos del siglo XV al XIX.

4.9.- Priorización de personajes pacenses sobre los cacereños

Establecer agrupaciones de personajes en función de su origen natal sirve de ayuda para conocer mediante ejemplos reales las señas culturales, sociales y económicas de cada provincia extremeña. Puesto que de esta forma se pueden estudiar los matices diferenciadores entre dos provincias regionales aparentemente idénticas entre sí, pero con sus propias características que las definen e identifican. Con todo ello conseguiremos comprender como las etapas de gloria junto con los periodos sombríos de Cáceres y Badajoz han ido conformando un legado histórico desigual en número de protagonistas afamados.

Esta desigualdad queda manifiesta mediante la lectura de aquellos párrafos iniciales destinados siempre a contextualizar los orígenes de cada personaje. No obstante, con el recuento de todas las localidades mencionadas nos damos cuenta de la marcada distancia numérica de estos entre las dos provincias extremeñas; dado que los protagonistas pacenses representados con un ochenta y tres por ciento de biografías, se superponen al modesto diecisiete por ciento de héroes cacereños.



Clasificación de personajes por provincias.
Fuente: Elaboración propia.

Los argumentos y factores que justifican esta diferencia tan abismal, son de los más variopintos. Debemos tener en cuenta los intereses propios de la autora, los requisitos impuestos por el tribunal y la repercusión de los contextos históricos y sociales. Sin duda, el condicionante más evidente y directo son las exigencias del concurso al que optaba este libro, pues como ya mencionamos anteriormente obligaba a sus postulantes a escoger personajes presentes en el patrimonio urbano de la ciudad pacense, es decir nombres inmortalizados en calles, monumentos o representaciones conmemorativas.

Basta con ojear el callejero³⁷ de esta ciudad³⁸ en 1900 para comprobar que la mayoría de todas sus calles recibían los nombres de sus habitantes más célebres, por ello la elección masiva de Morán Márquez de personajes pacenses, así además de cumplir fielmente los dictámenes del concurso, conseguiría agradar al tribunal evaluador. Debemos tener en cuenta que su autora también era pacense y ello implica no solo mayor interés por defender sus propias raíces sino también mayor facilidad para acceder a la información que necesitaba. Todo ello en un siglo con deficiencias graves en la red de transportes, caminos inexistentes, y un sistema ferroviario precario, que dificultaba aún más la posibilidad de recopilación biográfica alejada de su ciudad.

Sin embargo, se hace necesario buscar otros aspectos que justifiquen el escueto número de héroes cacerreños. Si realizamos una comparativa con otras obras de características similares que carezcan de la presión por priorizar a los pacenses, nos damos cuenta que la tendencia es siempre la misma. Prueba de ello son *El Plutarco extremeño* y *El Plutarco de los niños*, que pese a ser esta última de carácter nacional en ambas gana por antonomasia la provincia de Badajoz. Por ello, se considera oportuno hurgar en el desarrollo diferenciado de las dos provincias de esta región, porque de esta forma conseguiremos comprender mejor a qué otros aspectos obedecen la minoría de biografías cacerreñas.

Ante esta búsqueda de respuesta la primera justificación que nos encontramos es de tipo geográfico, pues tal y como recogen algunos historiadores extremeños, la marcada despoblación y la gran distancia entre las comarcas y localidades de la provincia cacerreña repercutía en que las hazañas y logros que en ella acontecían

³⁷ Benigno López, R. (1963). *Callejero y Guía Histórica de Badajoz*. Badajoz: La Minerva extremeña. Cabezas, Justo. (1987). *Callejero de Badajoz*. Badajoz: Diputación de Badajoz. Cabezas, Justo. (1993). *109 calles de Badajoz: una experiencia didáctica*. Badajoz: Diputación Provincial de Badajoz.

³⁸ Véase anexo 8, pág. 153. Mapas, Callejeros y lista de calles de la ciudad pacense en 1900.

tardaban en conocerse y alcanzar el protagonismo que merecían. Todo lo contrario que en Badajoz donde la red de municipios estaba mejor definida y sus localidades más próximas unas a otras, hecho que facilitaba notablemente la comunicación y difusión de los acontecimientos que sucedían en su entorno.

Por otra parte, si ahondamos en nuestro pasado y nos adentramos en los inicios del siglo XV, primer tramo temporal estudiado en *Nombres Claros de Extremadura* nos damos cuenta como desde los inicios históricos la producción de personajes heroicos en Badajoz ha sido superior a la de Cáceres. Lo anecdótico de esta situación es que se produce un efecto encadenado de atracción, en el que la labor de unos posibilita o enaltece la de otros; los éxitos de cada uno de ellos generan un clima de desarrollo y esplendor que favorece la existencia de otros personajes³⁹.

Dentro de este siglo encontramos un buen ejemplo en los conquistadores extremeños, que al ser en su mayoría de Badajoz, las remesas y capitales que estos conseguían quedaban en esta ciudad. Este hecho implicaba una mejora económica de la ciudad pacense y una tendencia a la imitación por parte de sus convecinos, que deseosos de obtener el mismo buen resultado, se apresuraban ciegamente en este tipo de aventuras. Lo mismo sucede siglos más tardes con los políticos, escritores y abogados descritos en torno al XVIII y XIX, pues al convivir en la misma ciudad y en los mismos años, es frecuente encontrar documentos en los que se invitaban entre sí a participar en los actos que ellos mismos convocaban. Por ello, podemos señalar que el éxito de unos contagiaba y multiplicaba la popularidad de otros, mientras que en Cáceres al ser menos y en peores circunstancias su reconocimiento era lento e insuficiente (García, 1997).

Otro aspecto importante a considerar es el ambiente cultural que se respiraba en ambas zonas, pues mientras que en Badajoz en pleno siglo XIX se palpaba una tradición humanista y liberal, la zona cacereña era más conservadora y religiosa. Prueba de ello es que esta última había acaparado prácticamente todo el esplendor religioso de Extremadura, albergaba el mayor número de conventos, santuarios e iglesias de toda la región, sin olvidar por supuesto las dos joyas de la corona como son las catedrales de Coria y Plasencia. Esta situación repercute directamente en una escasez de variedad de personajes, aunque no todos, la mayoría de protagonistas cacereños presentan algún vínculo directo con la religión. Quizás la evidencia de estos argumentos la encontremos en que el único personaje religioso biografiado por Morán Márquez sea San Pedro de Alcántara, perteneciente a Cáceres.

Todo lo contrario sucede en las localidades pacenses, donde gracias a los romanos empezaron a asentarse en torno a Mérida y sus alrededores todo el centro político y administrativo. Pues precisamente en la zona de Badajoz es donde se han ido ubicando a lo largo de la historia todas las Presidencias, Consejos y Asambleas, como la Junta Suprema de Extremadura o la Intendencia General (1720). Esta situación repercutió en un mayor dinamismo y diversidad de movimientos culturales, sociales y políticos, traduciéndose a su vez en una proliferación amplia de ocupaciones y oficios, que oferta a los biógrafos un amplio abanico donde escoger personajes⁴⁰.

Otro factor a referenciar es la emigración del campo a la ciudad, producida en el siglo XIX con motivo de las desamortizaciones y la crisis agraria de 1876, que derivaron en una emigración del campesinado hacia las zonas urbanas. En este sentido

³⁹ Véase anexo 3, pág. 147.

⁴⁰ Véase anexo 1, pág.138.

se produjo un crecimiento desigual, Badajoz prácticamente duplicó su población y con ella las escuelas. Mientras que en la ciudad de Cáceres la escolarización continuaba siendo escasa y lenta, pues a pesar de presentar un nivel económico más delicado, albergaba menor población, dado que los cacereños lejos de abandonar el campo en los momentos de crisis, apostaron por su especialización agrícola y ganadera (Sandín, 1981).

Ante este crecimiento educativo y demográfico la mayoría de los autores escolares del XIX se preocupaban más de motivar y contentar a los alumnos pacenses que a los cacereños, porque eran conscientes que la introducción de su obra sería más sencilla y rápida en esta zona. Puesto que fruto de un sistema cultural más sólido y fuerte los organismos públicos como el Ayuntamiento y las entidades culturales destinaban fondos públicos para sufragar gastos de maquetación y edición.

En este sentido *Nombres Claros de Extremadura*, es un buen ejemplo de esta situación. Su autora supo elegir a los personajes más motivadores para los escolares, es decir aquellos nacidos en sus mismas localidades. Por tanto, en la zona de Cáceres quizás se limitó a mencionar exclusivamente a protagonistas que pese a no pertenecer a la zona geográfica interesada, sus aportaciones y logros eran tan grandiosos en la sociedad extremeña que no podían ser obviados en un libro de estas características.

Si rescatamos la idea anterior de una educación primaria deficiente más acusada en Cáceres que en Badajoz, podemos relacionarla también con la situación de la educación superior, es decir aquella destinada a la formación de titulados profesionales. Aunque las dos zonas presentaban una universidad de provincia la de Cáceres contempló serias limitaciones económicas. Sin ir más lejos y pese a las enormes expectativas y pretensiones depositadas tanto en la Universidad Literaria como en la Universidad Libre de Cáceres (1869) ambas se vieron obligadas a cerrar al año de ser inauguradas, como consecuencia de la falta de rigor y planificación (Domínguez, 1986).

Este contexto desolador inhibe de cierta manera la capacidad de creación de personajes cacereños importantes, dignos de ser inmortalizados en este tipo de obras, que con independencia de los conquistadores y militares tienden a nutrirse en su mayoría por hombres de letras como rectores, catedráticos y humanistas. Ocupaciones que indudablemente exigen un arraigo cultural fuerte y que Cáceres en esos momentos no podía ofrecer, mermada en protagonistas dedicados a este sector cultural.

No podemos concluir el listado de factores históricos que justifican el grueso biográfico a favor de los pacenses, sin mencionar la labor desempeñada por la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Badajoz, fundada en 1816 con el objetivo de exaltar y promover el progreso cultural de esta ciudad. Precisamente gracias a la labor de esta fundación se dio eco al patrimonio cultural de la zona y se potenció su valoración social, a la par que se fomentaba la existencia de nuevos personajes célebres (R.S.E.E.A.P, 2005).

Gracias a la colaboración de esta Sociedad se creó la Escuela Normal de Maestros, la primera Biblioteca Pública de Extremadura, la Universidad de Provincia y el Ateneo donde se realizaban exposiciones y congresos de autores extremeños. Por tanto el regionalismo pacense era defendido ya no solo por la memoria colectiva sino también por entidades potentes creadas para inmortalizar las hazañas del pasado y promover las del presente. Mientras, que Cáceres tuvo que esperar paciente la amplitud de esta sociedad más de cien años hasta que se aprobará el acuerdo de luchar por la

región extremeña y no exclusivamente por Badajoz (Rodríguez, 1985; García, 1997; Martín, 1998).

Sin duda, a lo largo de este recorrido por los posibles condicionantes históricos y culturales de los aledaños extremeños, ha servido para darnos cuenta de que no solo las motivaciones de una escritora regionalista derivan en una mayor recopilación biográfica de pacenses, sino que también influyen otros elementos que no siempre son valorados. En este sentido son reseñables la red de transporte, aspectos geográficos, bagaje cultural de las ciudades y dificultades sociales, como elementos generadores de un panorama cacereño poco favorecedor en la generación y popularidad de protagonistas ilustres.

5.-CONCLUSIONES

El estudio realizado sobre *Nombres Claros de Extremadura* se debe a la necesidad de recuperar parte de nuestras señas de identidad, aprender a valorar nuestro legado cultural y conocer aquellos elementos que han participado en la construcción histórica de nuestro entramado educativo. Sin embargo, en el transcurso de esta investigación parece haber quedado justificada la idoneidad de escoger la obra de Morán Márquez para adentrarnos en estos campos temáticos, dado que ejerce de nexo común entre todos estos ámbitos y los interrelaciona armoniosamente. Puesto que es una centenaria herramienta educativa que recoge y valora las hazañas históricas más relevantes de Extremadura, a la par que manifiesta objetivos, necesidades e intereses de la escuela novecentista.

También, debemos mencionar que la pertinencia de este estudio ha quedado demostrada, además de por el desconocimiento de su objeto de análisis, por los factores de calidad y reconocimientos públicos que hemos ido desvelando. Tal y como se ha descubierto no estamos ante cualquier obra histórica, sino ante un manual didáctico premiado por su calidad literaria en el Ateneo de Badajoz y avalado por la Real Academia de la Historia, debido a la acertada selección de personajes que se describen desde una inusual imparcialidad ideológica. Motivos por los cuales su primera edición fue financiada y distribuida en los colegios, por parte del Ayuntamiento pacense que se comprometió a sufragar los gastos para acercar la cultura a sus términos municipales.

A colación de la ya reseñada imparcialidad, podemos mencionar otros caracteres propios de Morán Márquez que han sido nombrados en diversas secciones de este trabajo, y que tal vez ayuden a completar los escasos datos que sobre ella se registran. Pues, hasta el momento es evidente que, tal y como atestiguan las últimas publicaciones, solo ha suscitado interés por su labor como profesora y directora de la Escuela Normal de Maestras de Badajoz. No obstante, pese al premio recibido, pocos conocen su faceta como escritora, dado que el efecto erosivo del tiempo ha contribuido a su olvido. Sin embargo, con este estudio hemos descubierto sus pretensiones literarias, objetivos culturales, fuentes de referencia, repercusiones y reconocimientos públicos. Gracias a estos aspectos no solo se puede establecer una idea aproximada de la autora, sino que además el lector interpretará con mayor acierto los temas y argumentos que se describen en cada biografía.

Además, con la intencionalidad de rescatar y preservar del olvido toda la riqueza cultural que recopila y protege esta centenaria obra, se ha procedido a una cuidada transcripción facsimilar respetuosa con la original. De esta forma se pueden comprobar los aspectos que se reseñan a lo largo del estudio, a la par que se favorece su acceso a

nuevos lectores, solo que ahora bajo un formato más actualizado acorde a las necesidades y demandas del siglo XXI.

Por otra parte, aunque ahora nos ocupemos del lector contemporáneo no hemos olvidado que al tratarse de una obra escolar, sus receptores principales eran los alumnos de los centros de primera enseñanza, por ello ha sido indispensable estudiar su adecuación para el público infantil y juvenil. En este sentido, mediante la ubicación de *Nombres Claros de Extremadura* en el espacio, contexto y tiempo en el que tuvo lugar hemos podido determinar que las claves de su reedición se pueden resumir en dos factores que justifican su óptima aceptación. En primer lugar es que a diferencia de sus homónimas no era un manual “aprovechable” para la escuela, sino una obra creada específicamente para los niños y sus necesidades académicas. Además, es escrita por una autora comprometida con la enseñanza, tanto de la educación de los niños, como de la formación de los docentes. En consecuencia, la preocupación por su valor didáctico está presente en todo el libro, diferenciándose así de la mayoría de manuales académicos.

No obstante, si hay un hecho inusual que se le atribuye a nuestra obra es la capacidad de lograr la aprobación de tres colectivos, que aunque íntimamente interrelacionados, eran francamente difíciles de agradar por igual. Nos referimos al Consejo de Instrucción Pública, al que logró convencer por medio del concurso literario del Ateneo, los padres de los alumnos, que agradecieron la unificación de varias materias en una misma obra y los alumnos de enseñanza básica, que aceptaron con entusiasmo los innovadores atractivos estéticos y metodológicos que se incorporaban a los contenidos temáticos.

Precisamente describir y descubrir estos contenidos ha sido una de las fases de nuestra investigación, no solo para comprender cuáles eran los conocimientos que se pretendía que adquirieran los alumnos de la región, sino también para conocer el volumen de personajes y hechos más reseñables en cada provincia extremeña. En este aspecto nuestro análisis nos conduce a la conclusión de que los contenidos abarcados tienen cabida entre los siglos XV y XIX y las disciplinas tratadas son literatura, historia, pintura, religión, música y política, todas ellas representadas por los protagonistas que mejor simbolizan cada oficio. Estos personajes en su mayoría pacenses, se muestran como modelos de imitación y superación personal, a la par que sirven de pretexto para introducir acontecimientos históricos como la Conquista de América, etapas culturales como la Ilustración y movimientos literarios como el Realismo o el Romanticismo.

El estudio de las biografías, aparte de mostrar cómo Morán Márquez atribuye una serie de valores comunes a cada sector laboral, ha ayudado a diferenciar la priorización de personajes pacenses, sobre los cacereños, que quedan relegados a solo tres descripciones biográficas. Sin embargo, este dato no nos causa extrañeza alguna, si tenemos en cuenta las pretensiones de la autora, exigencias del concurso o las diferentes características históricas de Cáceres y Badajoz. No obstante, el punto que sí llama la atención es el número total de biografías dedicadas a cada disciplina, pues aunque se tratan hasta cinco ámbitos totalmente diferentes, no todos se hacen en la misma medida, dado que aquellos oficios que requieren dominio de las letras y una dedicación cultural fuerte, copan el grueso biográfico. De esta forma, las profesiones más repetidas son las de los escritores, literatos, poetas, dramaturgos, cronistas, teólogos, humanistas y filósofos. Por tanto, por medio de la repetición discreta se trabaja con diferente intensidad la inculcación de ciertos oficios y por ende los valores que se le asocian.

Respecto a la inculcación de estos contenidos éticos y morales hay que advertir que pese a la polivalencia del libro tanto para alumnos como alumnas, se reconoce la valentía de la autora en añadir una biografía destinada a la labor de la mujer, fuera del ámbito doméstico y la iglesia, en un siglo en el que sus contribuciones al desarrollo social se desvaloraban casi por completo. Morán Márquez aunque temerosa quizás por la reacción del jurado masculino del Ateneo, no se atrevió a aumentar este tipo de biografías, sí supo escoger al personaje más idóneo, Carolina Coronado. Puesto que esta poetisa encarna en sí misma y en sus composiciones la defensa del papel de la mujer en la historia y la crítica situación cultural de inferioridad a la que se encontraban sometidas.

Pese a todos estos elementos positivos e innovadores que presenta *Nombres Claros de Extremadura*, debemos ser honestos e indicar que el análisis efectuado de sus argumentos y descripciones muestra con total claridad que son francamente laudatorias. Ya que la tendencia usual de Morán Márquez es omitir la información negativa o bien justificarla de forma forzada y evidente, como si sus biografiados no hubiesen tenido opción, ni capacidad de escoger otro camino mejor. Lo cierto es que esta conveniente selección de contenidos, hechos y datos se puede justificar fácilmente si nos quedamos con uno de los objetivos primordiales de la obra: mostrar unos modelos profesionales dignos de imitación y carentes de tentaciones y vicios.

Gracias a este visionado comparativo de las dieciocho biografías hemos podido establecer una serie de relaciones comunes a todos los aspectos formales, lingüísticos y literarios con los que se construye el conjunto de descripciones y con los que elaborar una definición más rica de la obra de Morán Márquez. Ello nos ha ayudado a apreciar que en todas las biografías, con independencia de la temática o el personaje abordado, se sigue fielmente la estructura típica del ensayo, valiéndose de argumentadas ideas o defensa de conclusiones, que trata de documentar por medio de datos y ejemplificaciones.

En esta misma línea, debemos señalar que la tipología de texto que logra edificar nuestra autora es de carácter narrativo-descriptivo, debido a su forma de elocución, mientras que si nos fijamos en los contenidos son de naturaleza humanística. Por otra parte, ha quedado demostrado que según las finalidades por las que apuesta en la presentación de los protagonistas estamos ante una serie de biografías informativas, persuasivas y retóricas que siguen indudablemente los esquemas clásicos del mundo literario.

Por último, no debemos finalizar este epígrafe dedicado a las conclusiones, sin aludir antes a los resultados de la relación y comparación de *Nombres Claros de Extremadura* con sus antecesores *El Plutarco extremeño* y *El Plutarco de los niños*, pues gracias a esta vinculación hemos conocido la relevancia cultural de nuestra obra y los caracteres novedosos y originales que presentaba. Entre todas estas conclusiones es destacable el interés de las tres por recuperar y defender las hazañas de los protagonistas históricos regionales y nacionales.

Mientras que el aspecto que difiere en la obra de Morán Márquez es la rompedora metodología didáctica con la que intenta que los alumnos por medio de un viaje retrospectivo, descrito casi de forma cinematográfica, comprendan el porqué de los nombres de las calles en las que ellos viven y pasean. Además, el original sistema metodológico no es el único que sobresale, pues sin duda la incorporación de fotografías al cuerpo de texto supuso un auténtico hito en la creación de esta tipología de manuales. Puesto que, como ya se ha comprobado en el siglo XIX la tendencia era

que las escasas imágenes siempre fuesen grabados a un solo color y dedicados casi exclusivamente a retratos de personajes.

A modo de conclusión general y valiéndonos del contraste y aceptación de nuestras hipótesis, observamos finalmente que *Nombres Claros de Extremadura* sí es un referente pedagógico del siglo XX extremeño, que además, puede ser considerado como el inicio regional de la LIJ de autoría femenina. Asimismo, la atenta lectura de cada una de las biografías muestra claramente la tipología de contenidos y valores objeto de estudio de la escuela novecentista, de la que obtenemos datos suficientes para conocer las diferencias educativas vividas en Extremadura en función de la provincia o el género de los alumnos.

Sin embargo, como investigadores literarios, a pesar de haber cumplido parte de nuestras expectativas depositadas en este estudio y haber realizado por tanto, su consecuente transcripción facsimilar, debemos ser cautos antes de proceder a su difusión académica. Porque aunque consideramos que su inclusión en las aulas y bibliotecas del siglo XXI, puede ser útil y necesaria deberíamos antes descifrar si el libro en cuestión es un manual escolar o una obra literaria. Ya que, si bien en el momento de su creación ambas etiquetas eran válidas, como así lo demuestra la misma autora, lo cierto es que a día de hoy existe un gran debate al respecto, diferenciando notoriamente ambos conceptos.

Pese a esta controversia, a lo que podremos dar respuesta en futuras investigaciones, esperamos que este estudio haya servido al menos para conocer mejor nuestra historia, cultura y educación, estableciendo vínculos con el pasado y comprendiendo desde el conocimiento el esfuerzo, la valentía y la inteligencia, de aquellos personajes que se encargaron de labrarnos un alentador presente, y a los cuales les agradecemos por medio de este estudio su contribución al desarrollo de la LIJ regional.

EDICIÓN DE:

NOMBRES CLAROS DE EXTREMADURA
NOTAS BIOGRÁFICAS

65

DATOS BIBLIOGRÁFICOS	Autora: Ángeles Morán Márquez Fecha de edición: 1914 Editorial: Hermanos Uceda
-----------------------------	--

NOMBRES CLAROS DE EXTREMADURA

66

NOTAS BIOGRÁFICAS

Escribí este libro con el deseo de incorporar a los dulces ensueños de la infancia los altos ejemplos de virtud, heroísmo y sabiduría que engendra en los corazones el amor espiritual al bien y a la patria; por eso quiero ceñir con el lauro que por él obtuve la frente pura de una niña que por ser hija de mi hermana tiene mi sangre y por ser mi hija espiritual tiene mi alma y mi nombre; y ella me da en sus caricias los más santos consuelos que la piedad divina ha puesto en la desolada aspereza de las amarguras que hicieron siempre tan árido y solitario el camino de mi vida.

PRÓLOGO

El Excmo. Ayuntamiento de Badajoz, dando una de las más altas pruebas de su cultura y de un acendrado patriotismo, quiso aprovechar la ocasión de cooperar á la celebración de los juegos florales que organizó el Ateneo de esta capital en 1914, dotando á las escuelas de Badajoz de un libro de lectura donde se pusieran, con vigorosos contornos, ante la imaginación de los niños, las figuras de los grandes hombres que han llenado de días gloriosos el transcurso de la historia regional.

A esto debe su existencia el presente libro que, llena de entusiasmo por la trascendental belleza de su finalidad, me apliqué á escribir, confiando en que acaso el poderoso estímulo de mi simpatía por la idea, supliera las condiciones que á la modestia de mis dotes faltaran para obtener el éxito con que el Jurado tuvo la bondad de honrar mi labor.

Para realizarla creí interpretar la intención del Municipio ofreciendo, no un catálogo numeroso de nombres, datos y fechas que abrumarían las inteligencias de los niños infructuosamente, sino una colección menos copiosa, pero cuidadosamente elegida de biografías y semblanzas, delineadas con aquellos relieves más acentuados y más á propósito, para dejar grabadas en las tiernas imaginaciones de los pequeños escolares, las figuras de aquellos grandes hombres que honraron la historia de Extremadura, y cuyos nombres decoran hoy las calles de esta capital.

La pretensión de incluir en este trabajo todos los hombres de Extremadura, ni siquiera todos los que honran las calles de la capital, sería, á mi entender, de todo punto absurda en este caso, puesto que tal enumeración, ni sería enteramente completada, ni caería dentro de los límites de un libro de lectura para las escuelas de primera enseñanza, ni está exigida en la letra ni en el espíritu del tema que dio el Excmo. Ayuntamiento de Badajoz.

Esta consideración me indujo á elegir las figuras más culminantes, exponiendo sus biografías brevemente, pero de modo que cada personalidad se destacara dentro del ambiente en que vivió, dando siempre que ha sido posible, mayor intensidad en los respectivos relatos, á aquellas noticias y circunstancias íntimamente relacionadas con la región y con la capital.

He pretendido, mediante este procedimiento, que los niños, al conocer las biografías de estos grandes hombres, se formen idea del momento histórico en que vivieron, adquiriendo noticia clara en cada uno de esos momentos, y ampliando, por este medio, el número de los biografiados, al poner de manifiesto las relaciones de cada uno con sus contemporáneos.

El Jurado del Ateneo me hizo el honor de declarar que había acertado en la elección del procedimiento honrado con el premio este modesto trabajo, y yo aprovecho complacida esta ocasión para expresarle mi profundo reconocimiento.

Ángeles Morán.

TORRES NAHARRO

El alto recinto de la colina sobre la cual aparece recostada la ciudad de Badajoz y que todavía hoy está circundado por una vieja muralla árabe, fué en otro tiempo núcleo principal y el más compacto de esta población.

Si no tuviéramos fehacientes y numerosísimos testimonios de ello, bastarían para comprobarlo los restos de antiguas edificaciones que aún quedan diseminadas en aquel paraje.

Uno de ellos, el más grande, que tiene trazas de viejo castillo del siglo XV, la época en que las familias linajudas construían sus palacios en las poblaciones con reminiscencias de los viejos castillos roqueros solitarios de la plena edad media, perteneció á la noble casa de los Figueroas, luego condes y más tarde duques de Feria.

Todavía están en pie los muros de aquel palacio y en su interior se adivina la suntuosidad de aquellos amplios salones que en principios del siglo XVI habitaban aún los condes, haciendo de ellos el centro del movimiento político y literario de aquella época.

Era D. Pedro Suárez de Figueroa hombre de gran significación en la política de España, en la que intervino muy activamente en los tiempos tumultuosos de los comuneros; pero también era gran aficionado a aquellos dulces esparcimientos que convertían a los palacios de los grandes, a menudo, en improvisadas cortes de amor con damas y trovadores, donde los más egregios poetas recitaban sus *decires* y la más distinguida sociedad escuchaba con su romántico deleite.

Uno de los poetas que en aquel cenáculo era objeto de más entusiasmada admiración, se llamaba Bartolomé de Torres Naharro; a la sazón, por los años 1527 al 1530, era ya hombre entrado en años y se le veneraba como una gran figura de nuestras letras patrias.

Había nacido en Torre de Miguel Sesmero, y su vida había sido muy aventurera y accidentada. Fue primero soldado cayó cautivo de moros en Africa y rescatado, había visto en Roma largos años, donde se había hecho clérigo.

Durante su juventud primera había vivido en Badajoz en aquel tiempo de principios del siglo XVI en que el obispo Manrique de Lara promovió, con gran ahínco, la cultura de su clero, enviando a muchos para que se instruyeran a los más renombrados centros del saber.

Hombre, Torres Naharro, de escasos medios de fortuna y sin gran vocación religiosa, al menos en aquella edad, eligió el otro de los dos caminos que entonces ofrecía la vida social a los que necesitaban conquistarse una posición que no les había proporcionado su nacimiento.

Se alistó en las banderas del rey y es casi seguro que peleó en huestes del duque de Nájera en la frontera de Granada, según el ardimiento con que canta las proezas de este insigne caudillo. Pero la fortaleza le fue adversa. Cautivo de moros, como he dicho, apenas logró su rescate, partió para Italia, huyendo de su mala estrella y buscando días más felices.

Brillaba entonces en Roma, como astro de primera magnitud, el celeberrimo cardenal extremeño don Bernardino Carvajal, el revoltoso competidor de Julio II, alma del conciliábulo de Pisa, que, muerto este Papa, y vuelto á la gracia pontificia con el gran León X, figuraba entre sus más íntimos y allegados en la corte romana.

Por los años 1490 a 1492 había sido obispo en Badajoz este ilustre cardenal, hijo de una de las más distinguidas familias de Plasencia. Los motivos de paisanaje, quizá las relaciones de cuando ocupó la sede pacense aquel cardenal, o acaso las recomendaciones del obispo Manrique de Lara, a quien seguramente conoció en Badajoz en su juventud Torres Naharro, le indujeron a acercarse a él buscando su protección y, gracias a ella, se hizo una de las personas más afectas y queridas de aquella corte esplendorosa de León X, tan insigne por el favor que dispensaba a los artistas.

Nuestro poeta, fracasado en su intento de buscar fortuna por el camino de la milicia, se había hecho clérigo al venir a pedirle protección a su egregio paisano, y así figuró mucho tiempo entre los pajes y capellanes de su servidumbre. Pero su vocación principal eran las letras, y, siendo así, no podía pasar desapercibido entre la muchedumbre de clérigos vulgares adscritos a las casas de los grandes y opulentos cardenales de aquel siglo.

Y así fué. Pronto sus poesías se abrieron camino en aquella corte de artistas, y sus comedias tuvieron el honor de ser representadas á veces en el palacio del cardenal y ante la Santidad de aquel gran Pontífice. Pero no pasaron las prosperidades que logró el poeta, del terreno de las estimaciones y de las alabanzas entusiastas, sin que jamás se tradujeran en recompensas lucrativas. Así se ve la amargura de este desengaño vibrando siempre en el despecho que palpita en todas sus composiciones, tanto escénicas como líricas.

Había almacenado en aquel gran poeta tal copia de experiencia y desengaño en la azarosa vida de sus aventuras militares y en sus amarguras de clérigo obscuro y mendicante, que no es raro ver como rebosa en sus poesías la hiel de estas desdichas y desesperanzas en ásperas ironías, y en los despiadados cuadros que en sus obras teatrales traza de las miserias del mundo en aquellos tiempos.

Comenzaba por entonces á dar los primeros pasos en su vida el teatro español, y en Europa se emancipaba este género literario de los moldes antiguos. El genio de nuestro poeta vió en esta orientación nueva de la literatura, el más ancho campo para dar expansión á sus dolorosas sensaciones de la vida, dejando esculpidos los rasgos de aquella sociedad que tan inclemente había sido para él, y fué de los que más adelantaron en el camino de llevar al teatro la vida real de la sociedad en que vivía, haciendo dar a este arte un avance que tardó muchos años en ser superado.

Por eso puede Torres Naharro ser considerado, sin lisonja, uno de los más eximios patriarcas de nuestro teatro español, y en esto consiste su mayor gloria. Su obra principal, *la Propaladia*, conjunto de composiciones escénicas precedidas de un proemio, que es la primera obra de preceptiva de literatura dramática que se ha escrito

en castellano, puede considerarse como el más acentuado progreso que tuvo nuestro teatro en aquellos tiempos en que comenzaba incierta y vacilante su vida.

La admiración y estima que en Italia disfrutó nuestro poeta, no se vé solo en el afectuoso cariño con que están escritas las letras apostólicas en que el Papa autoriza la publicación de la *Propaladia*, y que figuran a la cabeza de su primera edición hecha en 1517, sino en haber sido el encargado de componer la loa que había de representarse en las fiestas la corte pontificia organizó en honor del glorioso rey portugués Don Manuel I, cuando fue a Roma su embajada para ofrecer al Papa los primeros presentes de sus conquistas en la India.

Como se muestra también en la indulgente benevolencia con que el opulento Cardenal y aquel Pontífice sabio y artista toleraban, y aún se regocijaban con las crudezas de la comedia *Tinelaria*, en la que tan a lo vivo retrataba el despilfarro y desbarajuste de las opulentas casas de la corte romana.

Sin embargo, servían tan poco estos halagos de la admiración y el afecto para mejorar su fortuna, que súbitamente salió de Roma, perdida sin duda la esperanza de prosperar, y pasó a Nápoles; desde allí, al cabo, se retiró a España, donde terminó sus días sin que sepamos de cierto dónde y en qué año, pero pudiendo asegurar que en los próximos al 1530 vivió en Badajoz, donde asistía asiduamente a la casa del conde de Feria, y en Sevilla donde concurrió, poco antes de la mencionada fecha, a las justas poéticas que organizaba el obispo Scala, y que se celebraban bajo la presidencia del cardenal Manrique, aquel obispo de Badajoz que probablemente conoció aquí a Torres Naharro, antes de que éste partiera á sus aventuras.

No son, como se vé, muy copiosas ni muy concretas las noticias que se tienen respecto a los detalles de la vida de este gran escritor; pero en cambio sus escritos nos dan luminosos indicios para conocer íntimamente todas las modalidades del carácter de este hombre singular. Por ellos sabemos que fue un espíritu sentimental y soñador, hombre de austeros y rectos principios sinceramente cristianos, aunque no llegaba, en sus emociones religiosas, a los arrebatos místicos.

Quizá lo llevaron a la profesión del sacerdocio, no solamente los reveses de la fortuna y su desprecio para las miserias del mundo, sino contrariedades y desencantos amorosos en alguna honda pasión que amargó su vida. Si no estuvieran tan de moda en aquella época estas románticas lamentaciones de amores desgraciados ¿Cómo podría dudarse que este gran poeta encontró en esos infortunios las más bella nota de melancolía que se advierte en todo su lirismo?

“Mis ruegos si no son vanos
y mandares
cuando mi fuesa topare,
hecha de tristes agüeros,
si por encima pasares
y de mi te recordares
haz tus pies algo ligeros”

Dice enternecido en su *lamentación* tercera. Y la intensidad de su amor se manifiesta con más bella sinceridad que nunca en aquellas canciones que tan bien debieron sonar en las románticas veladas del duque de Feria, para las que parecen estar escritas estas dulces y cortesanías estrofas:

¿Quién os vió que hombre se llame
que no os loe si ha manera
de sentirs?
Quién os loa que no as ame?
Quién os ama que no muera
por serviros?

Pero si en esto pudo haber el refinamiento cortesano de aquellos sentimentalismos afectados, tan de moda por entonces, tiene en cambio una canción donde precisamente, dando culto tan sólo en la forma externa, á las habilidades y discretos sutiles de la época, deja escapar por dentro el torrente de su dolor, vertiendo en ella la más patente comprobación de aquel infortunio amoroso que tan duramente atenazó siempre su alma. Véase una muestra de estas candentes estrofas:

Tristeza me sobra, publico alegría
Y en medio al reposo fatigo y afano.
Deseo mi mal, mas no lo quería
Y sudo en invierno y tiemblo en verano.
Yo voy por lo alto y estoy en lo llano...
Yo sé que me pierdo, yo sé que me gano,
Yo sé que soy libre, también soy captivo.

No salgo del cielo y estoy en la tierra.
No hay valle más hondo ni más alta sierra.
Las nubes excede mi gran pensamiento,
Con llave de amor se abre y se cierra
La cárcel do vivo quejoso y contento.

El cuerpo se duele que vive en tortura
Y el alma se alegra de todo su mal:
Pues dama y señora princesa real,
En estas congojas estoy por amaros;
Y en fin determino de seros leal.
Y siempre serviros y nunca olvidaros
No se más decir ni más que obligaros,
Pues no soy de mí por serlo de vos;
Con lo que a vos toca no puedo faltaros,
El alma que es suya recíbala Dios.

No cabe duda que, bajo el empeño liviano de la limitación petrerquista; bullen aquí dolores sentidos por el poeta; como vibran las amarguras de sus despechos, por la hostilidad de la fortuna y sus desprecios por las miserias y corrupciones de aquella aparatosa corte romana que tan esquiva se le mostraba en sus favores positivos, en su famosa invectiva donde se queja de su fortuna con sinceridades como esta:

No pongo las manos en cosa que acierte,
Ni puedo acertar en cosa que quiera;
Tan mal trino traigo y en tanta manera,
Que no sé llevar la mano a la boca.

Y en la misma composición es donde desata la válvula de sus despechos, por las pretericiones que sufría, en estas palabras crueles:

Ceviles traidores prevalen en corte,
Falsarios veréis robar beneficios,
Ladrones a furias comprar los oficios
Y a costa de Dios andan en solacio
Con ropas prestadas entrar en palacio;
Groseros haber muy grandes partidos,
Discretos y doctos hallarse perdidos...
D'aquestos no curan los grandes señores
D'aquestos se pueblan los más hospitales.

Claramente se ve la queja por las pretericiones de que era objeto; aunque no se crea por esto que se tenía por impecable. En la misma composición lamenta sus propias debilidades con encantadora sinceridad:

Que yo y otros muchos vivimos a oscuras
Huyendo virtudes, siguiendo locuras.
Loando lo malo, tachando lo bueno,
Lisonja en la lengua, maldad en el seno,
Las cosas más feas traemos en palmas,
Triunfan los cuerpos, mas ¡guay de las almas!

Fué, pues, aquel poeta, un espíritu alto, recto y severo, y un hombre de gran corazón, de grandes pasiones, que vió y penetró como pocos el profundo sentido de la vida, y que vivió amargado por los reveses de la fortuna y las adversidades amorosas, dejando en el arte una luminosa estela, porque supo dar acentos a las quejas de sus dolores, dibujar con mano maestra el cuadro de aquella vida de sus tiempos y dar al arte escénico un impulso soberano que adelantó su desenvolvimiento en mucho tiempo.

Pedro de Alcántara.

Poco antes de verter en Rivilla sus escasas aguas el arroyuelo Calamón, pasa por una hondonada fresca y pintoresca; allí lo atraviesa un puente estrecho, desvencijado y musgoso. Los viejos de la ciudad suelen denominar a este puente el Puente de los Frailes. En las dos eminencias del terreno, que forman la hondonada del río, se ven grandes hoyos, como de haber sacado tierra o piedra para edificaciones; y aquellas hoquedades se conocen aún por el nombre de Hoyos de los Mártires. Pasado el puente y dirigiéndonos río arriba, encontramos pronto unos paredones, no muy altos ya, pero largos y gruesos, sin traza de cerca rural, sino con señales evidentes de haber sido base de una edificación mayor. Dicen que ahí estuvo el convento de los frailes que hicieron el puente-, me dijo en una ocasión, al ver mi perplejidad ante aquellos restos de muro, un anciano campesino que a la sazón pasaba por aquel sitio.

Mirando, río abajo, se divisa desde allí, como una cinta blanca que corta el verde de una ladera, la carretera de Sevilla, que a poco más de dos kilómetros, atraviesa otro arroyuelo –también afluente del Rivilla-, mediante un corto puente que todos conocemos con el nombre de San Gabriel, tomado del riachuelo que discurre por su ojo único entre verdes cañaverales y altos álamos. En estos nombres y en estos parajes hay huellas venerables de un varón insigne por su santidad, que, hace cerca de cuatro siglos, edificó a los hijos de Badajoz, durante varios años con el ejemplo de sus virtudes.

En efecto, en aquel paraje, donde todavía persisten los paredones mencionados, no ha habido nunca un convento, sino la llamada ermita de los Mártires, con algunas habitaciones, escasas y no muy amplias, destinadas a santeros o ermitaños; pero allá por el año 1519 esas habitaciones se encontraban habitadas por un corto número de frailes descalzos que habían hecho, desde aquel retiro angosto, llegar a todos los ámbitos de la ciudad el aroma de sus virtudes.

Entre todos ellos se distinguía un joven como de veinte años, cuya probada santidad había hecho que los superiores de la Orden lo designaran como guardián, a pesar de su juventud y de no haber recibido aún las órdenes sagradas. Veamos cuál era la causa de que se encontraran allí estos religiosos.

Vivía por entonces en Badajoz un noble caballero llamado D. Gome Hernández Solís, casado con una dama de no menos esclarecido linaje, llamada D^a. Catalina de Silva. Ambos cónyuges, poseedores de gran fortuna y llenos sus corazones de piedad y celo religioso, quisieron consagrar al bien de las almas gran parte de su caudal, fundando, en las cercanías de Badajoz, un monasterio de Franciscanos.

Cabalmente por aquellos días, el dos de julio de aquel año, se había constituido la Orden en la Provincia de Extremadura y elegídose como primer Provincial al virtuoso Fr. Angel de Valladolid, el cual, conocidos los deseos del piadoso matrimonio de Badajoz, se apresuró a escoger algunos de los más ejemplares, entre sus religiosos, para que se encargaran de la fundación.

Ente ellos, y a su frente, venía el piadoso joven a que antes nos referimos. Había nacido de la noble familia de los Garabitos y Sanabrias, de Alcántara, en el mismo año en que el apostólico varón Fr. Juan de Guadalupe, había logrado, tras de rudas campañas, la aprobación de su rigurosa reforma de la Orden Descalza, constituyendo en Extremadura la Custodia del Evangelio, cuna gloriosa de aquella reforma que fué semillero de Santos y que, pocos años después, recibía en su seno a este dechado de heroicas y excelsas virtudes. Su nombre era Pedro; había estudiado leyes en Salamanca y su vocación ardiente le llevó, á los 15 años, a tomar el hábito de la orden en el Eremitorio de Majarrete, a una legua de su pueblo natal. Cinco años llevaba en religión, veinte contaba de edad, y ya el fuego divino de su fervor despedía fulgores que indujeron a su prelado a confiarle misión tan delicada como la fundación que en Badajoz solicitaba la piedad de D. Gome Solís, cabiéndole a esta ciudad la gloria de tener la primera fundación del Santo de Alcántara.

El convento nuevo se edificó en la meseta no muy amplia, que hay a la falda de una colina, situada a unos dos kilómetros del mencionado puente, arroyo arriba y en su margen izquierda. Todavía subsiste la edificación, reformada ya, y convertida en depósito de pólvora de la guarnición; y al lado del edificio, bajando la colina, está la huerta, donde el Santo se retiraba a orar junto a una capilla que allí se levantó bajo la advocación de San Juan Evangelista.

Las ruinosas paredes de aquellas tapias de la huerta, los revocados muros de aquella edificación, hoy destinados a usos profanos, tienen en sí gotas de sudor de aquel santo singular, cuya humildad y celo religioso le llevaban a trabajar en la obra todos los días, como uno de tantos obreros, siendo además el mentor y director de todos.

Dos años duró la fábrica; durante ellos aquel santo joven y sus compañeros residieron en la ermita de los Mártires, desde donde a diario iba a la obra del convento atravesando aquellos campos, muchas veces llevando en sus hombros pesados materiales necesarios para la edificación. La fama de sus virtudes se extendió de tal modo en Badajoz, que no solo los devotos patronos de la nueva fundación, sino todos los vecinos de la ciudad, acudían a la ermita a diario con objeto de contemplar los raptos de aquella piedad sublime y pedir al joven religioso el consuelo de sus consejos y enseñanzas en todas las tribulaciones de la vida.

Y no es que el santo religioso buscara popularidad y comunicación con las gentes; todo lo contrario: era tan retraído que huía obstinadamente del trato con los seglares, como no fuera en los casos en que se lo imponía la caridad¹; a tal punto llegaba en esto, que ni aún con el piadoso Patrono se comunicaba, como no fuera enteramente indispensable, siendo muchísimos los días en que don Gome, que ya no quería pasarse uno solo sin verlo, tenía que volver a casa sin haberle hablado, y fue tanta la caridad y desinterés del Santo, que él era siempre quién ponía límite a la munificencia del Patrono, negándose en absoluto a autorizarle gastos para el convento, que no fueran absolutamente indispensables.

¹ Fr. Juan de San Bernardo, crónica de la vida admirable, etc. De San Pedro de Alcántara –Nápoles-1667.

Y sin embargo, allí donde su caridad hacía falta no había sacrificio, ni solicitud, ni abnegación que no prodigara con una humildad y una ternura inefables. No es raro ver a este joven pálido, de facciones distinguidas, continente noble, en que la modestia de la voluntad no había logrado desterrar las huellas próceres del linaje, haciendo los más humildes oficios del convento, cuya suprema autoridad le estaba confiada; ó en medio de aquellos campos, en los días más rigurosos, socorriendo a algún desvalido, mediante el auxilio de sus piadosos brazos para llevarlo al convento, donde le prodigaba todo género de consuelo, y aquellas manos hidalgas lavaban humildes y solícitas, los pies rudos de los pobres caminantes, mientras aquel rostro dulce y atrayente curtido por la inclemencia de la intemperie, descarnado por las maceraciones y penitencias, se iluminaba de santa alegría consoladora que vertía bálsamos de ternuras en el alma de los desvalidos².

He aquí por qué decíamos arriba que todos esos parajes estaban llenos de huellas y los recuerdos de aquel santo bendito; porque desde la ermita de los Mártires hasta el Polvorín, fueron durante aquellos años, todos los contornos regados con los ejemplos de piedad y abnegación heroica, de caridad fervorosa que fluían a raudales del corazón de este insigne hijo de Extremadura, y los tiempos que han oscurecido los recuerdos y han arruinado o modificado las edificaciones, no han borrado esos nombres que sirven como de hitos, para desterrar la historia de los sucesos. El nombre de los Mártires, desaparecida la ermita, queda vagando por aquellos contornos y se refugia en los hoyos de donde acaso se sacó el material para la edificación.

La huella de aquellos frailes benditos, tan grabada quedó en aquellos sitios, que todavía se conserva el nombre que los viejos dan al puente, y el nombre titular del convento que el Santo fundó, “San Gabriel”, queda aún flotando sobre las hondas del arroyuelo que fecunda aquellos campos, lamiendo la colina donde el convento se levantaba y regando su huerta.

Apenas estuvo terminada la iglesia del convento y algunas celdas, el joven guardián dispuso la instalación en ellas de la escasa comunidad, para entregarse con más ordenada tranquilidad a las espirituales perfecciones que ansiaba suscitar en sí mismo, en sus religiosos y en el pueblo. Al lado del convento se plantó, como hemos dicho, la huerta, y en ella se levantó por devoción especial del Santo, la capilla a San Juan Evangelista, rodeada de altos pinos, y allí se retiraba el joven guardián para entregarse, en solitaria libertad, a sus duras penitencias y a sus dulces arrebatos de ardiente oración, cuyo ejemplo propagaba en los corazones de sus religiosos el incendio amoroso de su piedad, distinguiéndose entre ellos por el intenso contagio de aquellas virtudes, aquel santo y heroico varón que se llamó Fr. Juan del Aguila que fué mandado a América para secundar, en el orden espiritual, la conquista que hacía Hernán Cortés para España y para la civilización.

Un año más permaneció el convento nuestro Santo, hasta que en 1522 determinaron sus superiores llamarle para conferirle las órdenes sagradas, que su humildad no se atrevía a pedir, ordenándose aquel mismo año de subdiácono, de diácono al siguiente, y en el de 1524, a los 25 de su edad, cantó su primera misa, siendo destinado inmediatamente a regir el convento de Nuestra Señora de los Ángeles,

² Ob.cit.

devoción preferente suya, durante su vida entera, donde prosiguió edificando a las gentes con el ejemplo de su santidad.

A primero de febrero de 1531 la provincia Franciscana de San Gabriel celebró capítulo en Badajoz y resultó ser elegido provincial un hijo insigne de esta población, varón de extraordinarias prendas de virtud y saber, perteneciente a una de las familias más nobles entre las muchas de esclarecido linaje que entonces había en Badajoz; era uno de los contaminados del ardiente celo reformador de Fr. Juan de Guadalupe, cuya humilde piedad le llevó al punto de que más adelante, por los años 1540, cuando ya contaba 60 de edad y se veía falto de fuerzas para conseguir su rota labor apostólica, se retiró a ser ermitaño en las tantas veces nombrada ermita de los *Mártires*, donde murió en opinión de Santo.

Al capítulo que eligió provincial a este santo varón, asistió el insigne hijo de Alcántara, siendo esta la primera vez que volvía a Badajoz, desde su primera estancia en la ciudad. Apenas se apercibió la población de la llegada del Santo, se apresuró a pedir al nuevo provincial, con todo género de instancias, que le dejase de nuevo en el convento aquel dechado de virtudes. No eran necesarios muchos esfuerzos.

Hijo cariñoso de Badajoz, el venerable provincial, no se resistió gran cosa a dejar en su patria tan esclarecido ornamento, y lo volvió a decorar con la guardanía del convento de San Gabriel que él fundó y aun ayudó con sus manos a construir. Había además para esto otra causa que inclinaba en este sentido la voluntad del provincial. Vivía en Badajoz toda su noble familia, y entre los más cercanos parientes del P. Chaves figuraban dos sobrinos, hermanos y jóvenes, que vivían en solitaria orfandad. Eran éstos D. Juan y D^a Isabel de Alvarado.

La dama era muy joven y de esclarecidas dotes de virtud; pero su hermano, no mucho mayor, noble y de gran fortuna; sin freno que contuviera los ímpetus de su edad, llevaba una vida de disipación que inquietaba la tranquilidad de P. Chaves, al verse obligado a ausentarse por las obligaciones de su cargo. Esto le indujo a dejar al Santo especial recomendación de sus parientes, muy en particular de aquella noble joven, a quien tanto dejaba en abandono la disipación de su hermano. El Santo cumplió admirablemente el encargo de su prelado logrando hacer dos dechados de piedad de aquellos nobles jóvenes.

No fué grande su trabajo, para lograr tal victoria, respecto de D^a Isabel, la cual, inclinada desde niña a la práctica de la más austera devoción, bastaron los ejemplos y consejos del Santo, para hacerla un manantial de santas perfecciones, consagrando a Dios su virginidad, y haciendo una vida de mortificaciones y oraciones que edificaba a cuantos la conocían. No ocurriría así con D. Juan, que, engolfado en sus diversiones tomaba, a manía risible las austeridades de su hermana, y en todo pensaba menos en escuchar sus consejos de que frecuentase su trato con el venerable guardián de San Gabriel.

Entre tanto las virtudes y abnegaciones de éste habían renovado el entusiasmo y admiración que toda la ciudad le profesó siempre. Llegó la cuaresma y Pedro, incansable, prodigó en los púlpitos de la ciudad la sagrada elocuencia de su palabra enardecida, y no había templo capaz de contener las multitudes ansiosas de escucharle.

La curiosidad, más bien que la devoción, llevó un día a D. Juan atraído por la espectación general, al templo donde Pedro predicaba, y como era imposible oírle sin sentirse atraído del irresistible encanto que había en aquella palabra, tan caldeada por el fuego del amor divino, D. Juan sintió vehementes deseos de hablar más de cerca y comunicarse más íntimamente con aquel hombre que de tal modo sabía hacer sentir a los demás el santo tesoro de amores celestiales que había en su alma.

No fué necesario más; a poco de tratar al Santo, tan radical fue el cambio de su vida y costumbres, que hasta se resolvió a entregar en religión; pero aquel no se lo permitió, induciéndole a tener en cuenta que no debía dejar abandonada en el siglo a su joven hermana; por lo que se hizo sacerdote secular, vendiendo, al tomar el nuevo estado, todas las alhajas y lujosos trenes y boatos que ostentó en el mundo, dando su importe á los pobres y haciendo, en unión de su hermana, desde allí en adelante, vida tan penitente y devota, tan humillante y caritativa, que ambos murieron en opinión de Santos por el año 1569³.

Al año siguiente abandonó nuestro Santo la ciudad, porque la obediencia le obligó a marchar al pueblo cercano de La Lapa, donde fundó el convento de San Onofre, cuyas cuatro ermitas fueron teatro de nuevos raptos de piedad y heroísmo de virtud; y estando allí parece que fué inducido por el noble caballero de Plasencia D. Rodrigo de Chaves, a escribir el famoso libro de “Oración y meditación”, que tan bellos frutos espirituales llegó producir, aquel dulce y hermoso libro que tan decisiva influencia obró en el ánimo real de Cristina de Suecia para consumir su conversión y donde tantos consuelos cuenta haber disfrutado el alma piadosa de Santa Teresa de Jesús⁴.

El aroma de santas virtudes que atesoraba el glorioso Descalzo se extendió de sus humildes retiros á todos los ámbitos de España fué luego elevado, a pesar de la resistencia de su humildad, a las más altas dignidades de la orden; teniendo que alejarse de aquí, si bien repetidamente volvió, largas temporadas, a fundar nuevos conventos en villas y lugares cercanos a Badajoz, donde lo conoció y reverenció con gran entusiasmo el insigne obispo Juan de Rivera y el P. Granada, que por sus consejos escribió también el libro de “Oración y meditación”, que lleva su nombre y que algunos han confundido con el del Santo.

Fueron tan insignes sus virtudes y su piadoso celo, que la gloriosa Santa Teresa acudía a él como su más firme amparo espiritual en todas sus tribulaciones, ya que nuestro santo podía ser un maestro consumado en el arte de combatirlas, por la firme constancia con que venció cuantas se opusieron a la obra reformadora que realizó en la Orden Descalza; y acababa victoriosamente aquella misión que hizo de la orden un nuevo plantel de Santos, rindió su alma con asombrosa y edificante resignación en su convento de Arenas, a los 63 años de su edad.

³ El P. Fr. Juan de San Bernardo en la Ob cit pone 1529, pero debe ser una errata porque dice , a los 88 años de su conversión y esta, por el tiempo que estuvo San Pedro e n Badajoz en esta ocasion , fue en 1531, con lo que sale justa la cuenta de 1569, cambiando el 2 por 6.

⁴ Son tan múltiples y repetidos los pasajes de la Santa en las Moradas, en su Vid, en sus Fundacione y en sus Cartas donde hace referencia a esto, que considero inútil su enumeración.

EL DIVINO MORALES

Hay en Badajoz una calle muy luminosa, muy alegre, de suave pendiente hacia el río y cuyas casas bajitas, modestas y blancas, habitadas por gentes humildes y laboriosas, dan la sensación de una añoranza, una reminiscencia de cómo sería Badajoz en tiempos pasados. En sus esquinas se lee este nombre: “Morales”, y en la parte de muralla que da frente a la desembocadura de la calle, se levanta una edificación pequeña y fuerte, de techumbre piramidal, cuyo destino actual no fue sin duda el móvil que inspiró su edificación. Las gentes antiguas llaman todavía a aquel edificio “Pajarito” y este nombre se emplea aún para designar todas aquellas cercanías.

Vamos a dar explicación sucinta de estos singulares detalles, que suelen ser objeto de interés para las personas curiosas que visitan la población y lo tienen en efecto muy grande, porque se relaciona con la vida de los hombres más insignes de cuantos han nacido y vivido en Badajoz: el Divino Morales; al cual se debe el nombre que tiene la calle⁵ por haber nacido y vivido él en ella; y la construcción de ese edificio, porque se levantó por su causa, como luego veremos.

En una de aquellas casitas modestas y blancas, y por los ámbitos de esa calle amplia, luminosa y alegre, discurrieron en efecto los años infantiles y mozos del gran pintor; sus padres eran unos labradores medianamente acomodados, de no muy grandes caudales ni alta nobleza, puesto que desde muy joven, vive Morales del producto de sus cuadros, sin otros cargos ni honores,⁶ pero tampoco desprovisto en absoluto de algunas heredades en el campo⁷ que le producían lo necesario para vivir decorosamente dentro de esa modesta y no mal acomodada clase de labradores, que desde algunos siglos atrás, hasta mediados del anterior, vivió siempre en esa calle, dando lugar, con tal persistencia, a que se conserve tan puro en ella ese aspecto antiguo y aldeano que hoy ofrece. Sin embargo, el movimiento, ya entonces iniciado y rápidamente proseguido después por la población hacia el Sur, despoblándose por completo el espacio comprendido dentro de las murallas del Castillo, ha hecho que, ya desde algunos centenares de años acá, esa calle resulte muy apartada del centro más animado y de mayor vida de la población.

No ocurría así, por cierto, en los tiempos de Morales. Todavía, por entonces había mucha población en el Castillo y no toda de inferior condición, puesto que allí estaban, habitados aún por sus nobles dueños, palacios tan suntuosos como el de los condes de Feria, cuyas ruinas perduran. Pero ya se había iniciado, como digo, la tendencia, aun entre la misma nobleza, que entonces era muy numerosa en Badajoz, a edificar sus viviendas en los amplios terrenos, todavía entonces poco habitados, que cercaban las nuevas murallas, no terminadas por completo en aquellos tiempos.

⁵ Sean Bermudez. T III

⁶ En cuenta de los libros de la Catedral y recibos de lagunas iglesias figuran cantidades pagadas por sjs obras a Luis Morales, pintor, sin otro título ni tratamiento.

⁷ En libro 3º de Acuerdos del Cabildo de los que se conservan en esta Capital de Badajoz, se habla en una acta de 1575 de la sesión de una reseña hecha por Luis Morales, pintor, y en el Archivo notarial tenemos noticias de que hay escrituras.

Así se encuentra en aquella época, frente a la actual ermita de la Soledad, el amplio palacio de los marqueses de la Lapilla, donde se hospedó Felipe II, el año ochenta de aquel siglo, y paralela a la calle Morales, la entonces aristocrática calle que formaban las viviendas de los Chapines, Solís, Chaves, Moscoso y otros notables de abolengo.

Era por tanto entonces la calle a que nos referimos, como el punto en que se dividían las dos poblaciones y por donde se comunicaba la mayoría de la población del Castillo, de la plaza y de todos los barrios orientales, con el río, por la puerta, recién abierta entonces, en la nueva muralla, que por eso se llamó Nueva, y así sigue llamándose hoy, a pesar de ser la más vieja de todas las abiertas en la muralla moderna. Quizás por esta razón, se llamaba entonces calle del Agua, según dice la tradición, la que luego se llamó de Morales, en memoria del insigne artista.

Allí nació nuestro pintor, hacia la primera o segunda decena del siglo XVI y no hay noticia de que viviese en otra parte en toda su larga vida, que transcurrió en Badajoz, con intervalos cortos de no muy numerosas ausencias. En esta calle tan amplia, tan pasajera y animada por entonces, y en la no muy lejana Plaza Alta contemplaron sus ojos atónitos de niño los conmovedores y lujosos pasos de la pasión, que se hacía en aquel tiempo con gran pompa y piedad por las cofradías de la Iglesia de Santiago del Castillo, que o salía por la llamada Puerta de Cerros, o se recogía por allí, para aprovechar las anchuras de la calle en los encuentros y demás ceremonias de esos días, poniendo ante su vista aquellos conmovedores episodios que, andando el tiempo, había de trasladar con tan viva emoción a las tablas que pintara. Era aquella una época de encendido fervor religioso en Badajoz, lo demuestra la manera extraordinaria de multiplicarse en la ciudad y sus contornos el número de santuarios, ermitas, conventos y beaterios. Había en efecto razones para que la piedad de este pueblo se sintiera animada de inusitados entusiasmos.

Por los primeros años de aquel siglo, el apostólico reformador de la Orden Franciscana, Fr. Juan de Guadalupe, había hecho sentir la influencia de su ardiente celo, por la ciudad y pueblos de la diócesis y poco después, durante la niñez de Morales, fue cuando el ascua de amor divino, que abrasaba el santo pecho de Pedro de Alcántara y de sus compañeros, difundía por primera vez su incendio a las almas de cuantos habitaban en la ciudad. Precisamente en la calle de Morales está la casa de los Solís⁸, aquel piadoso matrimonio que fué patrono del convento de San Gabriel, que San Pedro vino a instalar, como en otro lugar referimos.

No satisfecha con esto la piedad de aquel acaudalado matrimonio, resolvió fundar luego un convento de Dominicos, y a dirigir la fundación vino el insigne Fr. Luis de Granada, difundiendo durante algún tiempo en la ciudad de las luces de su unguida elocuencia, en el nuevo convento de su Orden, cuyo hermoso templo perdura aún abierto al culto. Poco después de mediar el siglo, las virtudes y fervores santos del B. Juan de Ribera florecieron durante ocho años en la sede episcopal, y sabido es que, después del año 31, en que volvió a residir San Pedro de Alcántara en su convento de San Gabriel, durante varios años, obrando en el espíritu religioso de la población los prodigios de que en otro lugar hablamos, este Santo no dejó durante mucho tiempo, de frecuentar la ciudad, con motivo de las fundaciones que realizó en los pueblos cercanos, en uno de los cuales escribió su maravilloso libro que fué en Badajoz una prolongación del efecto de su palabra.

⁸ Todavía tiene un sol en la puerta; hoy es del Municipio

En el, como en su elocuencia, se contagiaban los espíritus de aquella ardiente piedad que el Santo excitaba, poniendo ante los ojos los raudales de amor que Dios deja sentir a los hombres en las amarguras de la pasión, la más ardiente de las devociones de este Santo, la que con más intensidad difundía en las almas, atrayéndolas a la penitencia y a la contemplación de las divinas abnegaciones que también se manifiesta en los sagrados martirios. Estas circunstancias hicieron de Badajoz una población llena de entusiasmos piadosos y contemplativos, donde bebió aquellos raudales de arrebatadora unción que vertía á torrentes en sus cuadros nuestro artista.

Y no era este solo el aspecto en que, por aquellos tiempos, florecía Badajoz. Había también un gran entusiasmo por el cultivo de las artes y de las letras; no tenemos noticias ciertas de que, concretamente, en el cultivo de la pintura, se tuvieran entusiasmos, durante la niñez de Morales, iniciándolo en los rudimentos de su arte y despertando su asombroso genio; pero indudablemente debió hacerlo, abundando tanto en los conventos donde tan frecuente era encontrar religiosos, que, sin llegar á grandes maestros tenían gran afición y a veces necesidad de pintar tablas, para los múltiples conventos y santuarios de todas clases categoría que se erigían a diario. Y no sólo entre los religiosos, sino entre los seglares debió haber cultivadores de este arte, porque era época de entusiasmos artísticos, tan intensos, si cabe, como el religioso, y no es fácil que ese arte fuera una excepción. La literatura, la música y el arte escénico, es evidente que tenía entusiastas y notables cultivadores en Badajoz, durante todo el transcurso de la vida de Morales.

Al palacio de los condes de Feria concurrían los poetas y los músicos más notables de entonces; allí recitaba sus decires amorosos Torres Naharro, allí contaba todas sus melancolías Garci-Sánchez de Badajoz, aquel loco singular, músico y poeta, que tanto admiró a sus contemporáneos con su inspiración y sus rarezas y allí fue donde el inspirado poeta Gregorio Silvestre⁹, paje de los condes, desde la edad de catorce años, sintió nacer sus aficiones á la música y la poesía, las dos artes que han hecho pasar su nombre á la posteridad. En este palacio también, aunque en tiempos algo posteriores a esos, y estando Morales en la plenitud de su vida se representaron algunas farsas de Diego Sánchez de Badajoz, poeta fecundo, gran amigo de estos magnates y autor de multitud de obras escénicas alusivas a asuntos religiosos que se representaron en la Catedral de Badajoz, los días de Navidad y otras fiestas, o en los tablados que junto a los muros de dicho templo o en las demás plazas públicas se levantaban el día de Corpus¹⁰.

Basta leer los numerosos *introitos* y composiciones líricas de este poeta¹¹ alusivos a la vida de la localidad entonces, para formarse idea del ambiente de hondo entusiasmo artístico y religioso que dominaba a todos los espíritus en este breve recinto; no es pues extraño en manera alguna, la vocación genial de nuestro gran pintor.

Quizá por no tener cuenta sus biógrafos esto, no se explican bien los singularísimos rasgos de la inspiración de Morales y se esfuerzan por buscar relaciones de sus cuadros con los de los grandes pintores de su tiempo, a fin de averiguar cuáles fueron sus maestros, pero por este camino no los encuentran, porque, si bien en algunos cuadros de su primera época se notan semejanzas con los maestros italianos, sobre todo

⁹ Pedro de Cáceres Espinosa. Prola id de la obra Gregorio Silvestre 1599

¹⁰ López Prudencia –Extremadura y España. Pág. 154.

¹¹ Barrantes- Libro de Antaño- XII P. de Diego Santa II

Miguel Ángel¹², luego, en la plenitud de su desarrollo artístico, no vuelve a advertirse tal semejanza, que seguramente, cuando la hubo, no nació de aprendizaje directo, sino de admiración lejana en copias y modelos, porque son tan multiplicados y seguidos en fechas los datos de la permanencia de este artista en Badajoz, que no se puede, con fundamento alguno, asegurar que estuviese en Italia; lo más que se puede suponer es que estuviese en Toledo y Valladolid, en sus primeros años de aprendizaje.

Pero después aparece firmando siempre sus cuadros en Badajoz. Y no es raro que, en medio de aquella sociedad tan fervorosamente piadosa, un espíritu tan hermoso como el de Morales, se desbordara en torrentes de inspiración encendida por los ardientes amores que brotan ante las torturas divinas de nuestra redención.

Así ocurrió que nadie ha podido superarle en sinceridad y fuerza, para trasladar a los cuadros todas las angustias, todos los dolores que los pecados de los hombres pusieron en los horribles martirios de Cristo y las desgarradoras penas de su santa Madre, en todos los momentos de la sagrada Pasión. Morales no necesita pintar sobre el pecho de sus dolorosas la figura simbólica del corazón traspasado por siete espadas, para que en el velo de inmensa tristeza que cubre sus rostros melancólicos, en el fulgor de aquellas lágrimas brillantes, que parecen estar abrasando la fina seda de aquellas mejillas pálidas y lucientes, en la crispación que parece temblorosa de aquellas manos cruzadas, se adivinen todas las espadas y puñales posibles de los pecados del mundo, haciendo pedazos aquel corazón hendido; así como le basta el sobrio busto de sus Ece Homos para dibujar en aquella expresión ardiente y resignada, en aquellas gotas de sangre rutilantes, en aquel cabello oprimido por la corona de espinas y apelmazado por la sangre de las heridas, y aquella mirada piadosa de perdón, para hacer sentir toda la inmensidad amorosa del hijo de Dios y toda la crueldad refinada e ingrata de los hombres.

Tan excelsas dotes, manifestadas en multitud de obras inmortales, no tardaron en llevar la fama de su nombre, ya glorioso, a todos los ámbitos de España apellidándosele el *Divino*, por lo que el rey Felipe II lo llamó a Madrid con objeto de que hiciese cuadros para el templo del Escorial, que por entonces se construía; y allá fue Morales con ese propósito, pero, a lo que parece, no tuvo la fortuna de agrandar al rey, según algunos, a causa del boato y lujo con que se presentó en la Corte;¹³ lo cierto es, que no se sabe que pintara nada para el Escorial, sino solo una tabla de la calle de la Amargura, la cual, por disposición del rey, se colocó en la iglesia de San Gerónimo y no en el famoso Monasterio.

Después de este suceso, cuyos detalles y circunstancias son tan oscuros y dudosos, no se tiene noticias de que volviese a salir de Badajoz, donde proseguía pintando cuadros admirables¹⁴ pero los días fríos de la vejez se acercaban y al gran maestro comenzaba a faltarle la vista y el pulso, tan indispensable para su sistema minucioso y exacto de detallar las figuras, lo cual ya no le permitía producir obras con aquella abundancia antigua, que tan pingües ganancias le había rendido en otro tiempo; y aunque tuvo un hijo, llamado Cristóbal, también dedicado a la pintura, su pincel no pudo jamás compararse con el del padre, y por tanto no pudo suplir, con sus productos, la deficiencia que la imposibilidad física de trabajar mucho, trajo a la fortuna del gran maestro.

¹² Mariett. Abecedario.

¹³ Cean Bermúdez. - Gib Cid Palomio. - Práctica de la pintura.

¹⁴ Cean Bermúdez. Ob. Cit.

Su situación en la vejez debió llegar a ser muy apurada, según lo demuestra el episodio que la tradición refiere haber ocurrido entre él y Felipe II, cuando por el año 80 de aquel siglo, con motivo de la conquista de Portugal, estuvo tanto tiempo en Badajoz este monarca.

Parece ser, que, al verle el rey tan acabado, le dijo: “Muy viejo estais Morales”- Y muy pobre, Señor –respondió con desconsuelo el anciano; y el Monarca, ante aquella manifestación, conmovido, ordenó que se le señalase una pensión de 300 ducados mientras viviese¹⁵ con lo que, al menos, se librara de la miseria los últimos años de aquella vida gloriosa.

Poco duró ya Morales. Esto ocurría por el año 80, y el 86 terminaban sus días en la misma ciudad y en la misma calle que le vió nacer; pero, poco antes de su muerte, la tradición cuenta un suceso curioso que tiene relación con esa casita pequeña, de corte prismático y techumbre piramidal, situada en la desembocadura de la calle, y que mencionábamos en las primeras líneas de este capítulo. Parece ser que, estando ya casi ciego, encontré un día con el obispo, el cual le habló con cariñosa solicitud y quiso consolar al gran artista en su abatimiento, exhortándole a que tuviese confianza en Dios.

Yo la tengo- respondió Morales- y creo que me devolverá la vista para que haga el último cuadro que pienso dedicar a su Santa Madre.

Y así ocurrió; pocos días después, el anciano sintió renacer su primitiva inspiración, sus ojos recobraron la vista y con febril entusiasmo se puso a pintar una tabla maravillosa, en que trazó una imagen de la Virgen María, en torno de la cual revoloteaban alegres unos pajarillos que parecían cantar sus alabanzas en alborotados trinos, y apenas terminó su obra, el gran maestro exhaló su postrer suspiro mirándole embelesado.

Dícese, que admirados todos del prodigio y absortos ante la perfección de aquella postrera creación del maestro, acordó el Concejo de la ciudad construir una capilla para el cuadro, en las cercanías de la casa donde se obró el suceso, para que perpetuamente lo recordaran los hijos de esta Ciudad; y en esta capilla se veneró efectivamente la Virgen de los Pajaritos, como le llamó siempre el pueblo, hasta que los ingleses en 1811 se llevaron éste como la mayor parte de las numerosísimas tablas de Morales que existían en la ciudad.

Desde entonces las referidas capillas y sus cercanías se siguen llamando “Pajarito” denominación que durante mucho tiempo se ha dado a todo aquel barrio. La pintura de Morales murió con él definitivamente; tuvo muchos discípulos que pretendieron imitarle, pero ninguno logró acercarse, ni con mucho, al maestro. A sus discípulos e imitadores pertenecen sin duda esos numerosos “Ecce Homos” que abundan en nuestras iglesias, sanguinolentos y terroríficos, donde aspirando a expresar las sublimes emociones del martirio divino, que tan maravillosamente interpretó el maestro, sólo han logrado hacer horribidas caricaturas sombrías que más bien infunden áspera impresión de desagrado físico que emoción alguna, ni artística ni religiosa.

¹⁵ Lo comprueban las fechas de los que se conservan.

Solamente su hijo produjo algunas obras, que sin llegar a ser notables, recuerdan vagamente la inspiración de su padre y algunos, poco expertos, han llegado a creerlas de aquel.

Una de ellas me parece que está en la parroquia de San Andrés, donde también hay un retablo compuesto de nueve tablas que los inteligentes han atribuido a Morales, así como algunas otras tablas que existen en la Catedral y que recientemente han sido coleccionadas en la sala capitular de dicha iglesia por el culto Lectoral de la misma, D. Tirso Lozano Rubio. Solo un discípulo de Morales logró aprender del maestro la exquisita delicadeza del color, pero reconociéndose incapaz de emplearlo para expresar los afectos espirituales que con tan íntima verdad y emoción traducía el maestro, lo empleó para pintar la naturaleza nuestra, haciendo bellísimos cuadros de flores y frutas. Este discípulo, que acompañó a Morales en sus últimos años, se llamó Juan Labrador, del que hay algunos cuadros en Badajoz.

RODRIGO DOSMA

HACIA las dos últimas decenas del siglo XVI, aquel intenso fervor piadoso y ascético que vimos florecer en Badajoz en los tiempos de las predicaciones de Pedro de Alcántara, del P. Granada y del ardiente celo del obispo Juan de Rivera, se iban calmando en sus ímpetus, oreándose los espíritus con ese vaho de profanidad mundana que llevan siempre consigo, y dejan tras de sí, las cortes de los reyes, aunque éstas sean tan austeras como lo fué la de Felipe II.

Casi todo el año ochenta de aquel siglo, y parte del ochenta y uno, estuvo en Badajoz este poderoso rey con su familia y su séquito cortesano, y poco tiempo antes había también estado aquel soñador rey D. Sebastián de Portugal, cuando se preparaba a la loca aventura que le costó la vida.

Por aquella época, frente a la puerta de San Blas de la Catedral, había dos amplios caserones, recientemente, por entonces, reformados, para ser morada de un hombre singular, de exquisito y noble gusto y gran fama de cultura y talento. Este hombre era un canónigo; pero un canónigo de aquel tiempo; hombre docto, elegante y lujoso, aficionado a todas las esplendideces que su rango noble, su jerarquía y su gran fortuna le permitían ostentar.

No faltaban en su casa los detalles que el buen gusto de la época demandaba; pero además había en ella gran abundancia de libros y, sobre todo, un verdadero museo de joyas arqueológicas, algunas de extraordinario valor artístico y material¹⁶. No era, pues, nuestro canónigo, hombre de relajadas costumbres, ni mucho menos, pero en su vida amena y confortable, se advertía bien aquel ambiente de esplendores que había llevado, en los principales centros de Europa, hasta a las esferas más altas de la iglesia, el refinamiento de los gustos renacientes.

Y era así en efecto. D. Rodrigo Dosma, que así se llamaba el canónigo, a que aludimos, había nacido en Badajoz el año 33 de aquel siglo, precisamente en la época dorada de encendidos fervores religiosos y entusiasmos artísticos de Badajoz, en que comenzó a lucir el genio de Morales; pero apenas llegó a la juventud, partió de la capital para hacer sus estudios universitarios y después recorrió los principales centros de cultura de Europa.

No era, pues, aquel boato y amenidad de su vida, efecto de la ufanía que experimentara por el cargo, ni por sus pingües rentas; él había nacido y se había criado sin escaseces, y además, antes de venir a ser canónigo de Badajoz, había desempeñado una cátedra en la Universidad de Salamanca y se había dado a conocer, como hombre de gran valía, entre los más renombrados de entonces, recibiendo de ellos grandes muestras de consideración y estima.

¹⁶ Véase testamento donde enumera los enseres y mobiliarios de su casa. Ed. Comisión de Monumentos pag. L.L

¹⁷ Lo asegura en su Memoria Histórica D. Santiago Madrazo y existen los datos en el archivo de Salamanca, según su testamento.

Fue la primera el ascendido amor que siempre manifestó a su pueblo. En el largo periodo de sus ausencias, nunca dejó de pasar sus temporadas en Badajoz para satisfacer sus aficiones a la tierra que le vio nacer¹⁸ y la prueba más concluyente de esto, a parte de sus disposiciones testamentarias, es aquel ardor con que se entregó siempre a desenterrar la abandonada historia de esta ciudad.

Un hombre como el Dr. Dosma, que había llegado a adquirir tan extraordinaria e intensa profusión de conocimientos, sobre todo teológicos y escriturarios, por su maravilloso dominio de las lenguas clásicas y orientales, y que no tenía nada de modesto¹⁹, revela un extraordinario amor al terruño, consagrándole vigiliias y esfuerzos que, invertidos en otras materias de su erudición, podían dar mucha más universalidad al respeto y consideración de su fama.

Y no es que descuidase hacer obras sobre aquellas otras materias, sino que parece haber puesto en éstas, en sus hallazgos arqueológicos y en la publicación de sus investigaciones sobre su patria chica, más esmerado empeño y prisa para que salieran a la luz pública. Y el otro móvil que impulsó a Dosma a retirarse definitivamente a Badajoz, quizás fuese cierto amargo cansancio, cierto desengaño hastío, que le produjeron las grandezas de las altas y famosas reputaciones vistas de cerca.

Al menos se advierte en sus escritos, y hasta en la lectura de sus testamentos, una displicencia de carácter que no le acreditan e hombre muy asequible y tratable. Hay para considerarle así una circunstancia muy significativa. Había, como antes dije, por entonces en Badajoz, un ambiente de culta profanidad muy en armonía, por cierto, con las aficiones regaladas que se manifiestan claramente en la vida que hacía nuestro canónigo, entregado a las nobles delectaciones de sus estudios, en su comfortable vivienda de Badajoz y en sus amenas casas de campo. Nada tan propicio como aquel ambiente, para que hombre de tales condiciones resultara muy visible y estimado entre sus convecinos, por la frecuencia de su comunicación con él.

Pero resulta todo lo contrario; la permanencia de la corte, y la asistencia de poetas y hombres de letras en la ciudad, hicieron de su pequeño círculo, un recinto ameno donde confraternizaban los cultivadores de todas las gentilezas y donde los maestros en las ciencias y en las letras disfrutaban de expresas admiraciones mutuas. Sin embargo, no se advierte indicio de que su figura ocupara puesto alguno en aquel cuadro, que tan adecuado marco tenía para las condiciones de su espíritu culto y exquisito.

Y para afirmarlo así, tenemos razones muy atendibles. La musa romántica y retozona del poeta Romero de Cepeda nos ha dejado, en sus composiciones, datos bastantes para figurarnos en la mente, la vista de la ciudad en aquellos días; aquella vida cortesana y sentimental de galanteos y de cultura donde los sabios, los poetas y los poderosos bullen y se mueven en torno de damas y de reyes como en un versallesco minué. En la heterogénea profusión de producciones de este poeta encontramos también motivos para asegurar la fraternal convivencia, íntimo trato y mutuas admiraciones que había entre los hombres de letras de la ciudad.

¹⁸ Solano y Gil González aseguran sus viajes por Europa. Barrantes en su prólogo a los Discursos Patrios asegura que antes del 60 estuvo en Badajoz.

¹⁹ La lectura de su testamento comprueba bien esta afirmación.

El maestro Galindo, sabio preceptor de latinidad que inició en humanidades a toda la juventud pacense del último tercio de aquel siglo, manifiesta juntamente con el Br. Carreto y el docto fray Pedro Romero las admiraciones y estima que tienen para este poeta dedicándole poesías en la portada de su *“Conseva Espiritual”*, y a su vez el poeta se consagra a rimar todos sus afectos y todas sus emociones, sin dejar en olvido detalle alguno interesante.

La virtud y el saber del caritativo y docto Magistral D. Juan de San Clemente fueron por él celebrados con un entusiasmo que parece ser el eco de la población, apenada por la próxima ausencia de tan eximio varón, cuando fue promovido a la silla episcopal de Orense.

El patriarca de Antioquía, que acompaña al rey, tiene a su lado al famoso músico Hernando Contreras; nuestro poeta deja impresa la huella de su paso por aquí, en un soneto entusiasta que dedica a su inspiración. En su romance nos dejó el, y en una carta magistral San Clemente, la crónica de aquella postrera visita que hizo el rey D. Sebastián a Badajoz, poco antes de partir para su aciaga aventura; y la piedad del rey Felipe, en detalles como ir descubierto soportando los rigores de la estación en la procesión del Corpus, y las victorias de sus armas y entrada triunfante en Badajoz, el mismo poeta nos la canta en sus sonetos.

Con los reyes vinieron el duque y la duquesa de Berganza, el duque y la duquesa de Segorve, la espiritual y encantadora D^a. Luisa de Castro, dama de la princesa de Portugal, y al lado de aquella infortunada reina de España que había de ver en esta ciudad el término de sus días, venía la noble y encantadora D^a. Magdalena Girón, su dama predilecta que, antes de ver morir a su reina, había de sentir aquí desmoronarse el castillo de sus ensueños con la muerte del enamorado y galán duque de Avero.

Todo esto tiene eco en la lira de aquel poeta que a los pies de aquellos poderosos próceres, de aquellos sabios y artistas, derrama a manos llenas los tesoros de sus entusiasmos y admiraciones. Sin embargo, ni el poeta ni sus amigos hacen jamás una sola mención, ni la más vaga referencia a nuestro docto canónigo, a pesar de vivir entonces con ellos en la ciudad.

Si se tratara de persona más modesta, más humilde y oscura que Rodrigo Dosma, pudiera esto atribuirse a que se ocultara y sustragara a la vida cómoda y brillante de la corte, para pasar desapercibido; pero esto no es verosímil en Rodrigo Dosma, que, por cierto, no se distingue, ni por tímido, ni por sobrio, para sus lujos y boatos.

Ni la posición, ni el linaje ni la jerarquía de Dosma dejaban de ser propicias para que su personalidad se hiciera notar a la corte entre las más salientes de la población; pero sobre todos, su vasta cultura, tan extensa y nutrida precisamente en aquel aspecto que más podía interesar en aquellos cortesanos cuyas treguas en las ocupaciones palaciegas, en una población desconocida, habían de invertirse, o en escauceos artísticos, como los que podía ofrecer la lira de Romero de Cepeda y la inspiración de Hernando Contreras, o en curioseos turistas sobre las antiguallas y recuerdos del pueblo, y en esta parte nadie podría ofrecer tesoros más copiosos que Dosma.

Seguramente, a haberse hecho entonces notar su competencia ante la corte y el mismo rey, debió el título de cronista de Felipe II²⁰, como le nombran casi todos los autores de su tiempo. Es por tanto seguro, que nuestro canónigo figuraba entonces en Badajoz, entre las figuras de mayor relieve, pero indudablemente no era persona que disfrutara de popularidad entre los hombres de letras, cuando tan absoluto silencio guardan respecto de él, ellos que tan propicios se manifestaban a celebrar cuanto, por cualquier estilo, les parecía notable.

Parece esto indicar, como digo, que no era hombre muy comunicativo para los cultivadores de las letras en la localidad; pero no se puede decir otro tanto respecto de las grandes eminencias españolas, puesto que el Maestro Gil González Dávila refiere haberlo tratado con bastante intimidad y haber leído él mismo la carta en que Arias Montano, el sapientísimo hijo de Fregenal, le pide opinión sobre sus libros; así como también el Maestro Serna le escribe pidiéndole noticias sobre las doctrinas del famoso Pedro de Valencia, el íntimo amigo y discípulo de Arias Montano, a quien seguramente trató nuestro canónigo, que tan considerado era por el maestro; consideración de que disfrutaba hasta en Portugal, desde donde los escritores hacían viajes expresos para oír sus enseñanzas y consejos²¹. Y no es que evitara la familiaridad y comunicación con literatos y poetas, porque dedicado a ciencias más altas y graves, desdeñara estos amenos escauceos del espíritu, puesto que, lejos de eso, también aunque con poca fortuna, metió su baza en lo de hacer sus versos alguna vez²².

Pero indudablemente no era este el camino por el que Dios le llamaba, y fue poco obstinado en seguirlo, según los escasos indicios que de ello ha quedado. Sus aficiones favoritas eran muy diversas y en ellas consumió todo su esfuerzo intelectual, pues a ellas se entregaba con un ahínco y entusiasmo digno de toda ponderación.

Lástima que su asiduo y desmedido afán de pulimentar y corregir y adicionar sus obras, con las nuevas adquisiciones de su incesante labor estudiosa, hiciese que casi todas quedarán inéditas a su muerte, dejando el encargo de su edición a albaceas que no pusieron en ello gran diligencia; pero la enumeración de esas obras en su testamento y la más completa y detallada que está en el privilegio para su publicación, nos da idea de la prolija labor de este sabio canónigo y de la extensa y múltiple amplitud de su erudición, que se extiende al campo de las ciencias, físicas, matemáticas, filosóficas, teológicas y escriturarias, sin dejar las artes, como las poesía, la música, de la que también escribe un tratado, la gramática, la retórica y la historia.

Hombre de tan nutrida sabiduría y extraordinarias prendas no es raro que hiciera un gran papel en el cabildo a que pertenecía, y así se acredita cumplidamente en las árdidas y delicadas misiones que se le confiaron durante los veinte años, poco más o menos, que a él perteneció, siendo el alma del sínodo que se celebró en el año 1583 y la persona de más allegada confianza del obispo La Madrid.

Sería, sin embargo, incompleto el cuadro de la fisonomía moral de este notable hijo de Badajoz si no consignáramos que no era solo la sabiduría y la afición al estudio lo que avalora su mérito y el derecho que tiene al respeto de la posteridad.

²⁰ Barrantes. Loc, cit.

²¹ Discursos Pátrios, pag 22- Loc. Cit.

²² Barrantes Loc. Cit.

No era, es verdad, hombre en cuyo pecho ardieran aquellos fervorosos ímpetus piadosos que caldearon las almas de los badajocenses en los tiempos de su juventud, ni los incendios caritativos que iluminan las huellas que, en Badajoz, dejaron el B. Juan de Rivera y el magistral San Clemente, pero era hombre de fe acendrada y firme, como lo revelan sus obras y su testamento; y sin ser limosnero²³, cosa que no se avenía con las asperezas de su carácter, no olvidó su deber de invertir en obras piadosas, durante su vida, una parte de sus rentas²⁴ destinando a ellas a su muerte la parte más cuantiosa de su caudal.

Así se desprende de su testamento. Aparte de otras fincas rústicas y urbana de gran valor, poseía Dosma dos casas en el segundo tramo de la calle de San Blas “*Abaxo de la esquina*” – dice en su testamento-, a la vuelta de las mujeres de la penitencia”. Todavía en el interior de la cada número 23 de la actual calle del Dr. Lobato se ven los arcos y las bóvedas que denuncian haber formado parte del edificio a que se refiere Dosma, y a cuya espalda estaban las casas que poseía en la calle de San Blás.

Durante toda su vida, destinó íntegras las rentas de esas casas para limosnas de ese monasterio y a su muerte se las dejó como herencia, para que las convirtieran en iglesia donde habían de colocar su sepultura y sus lápidas arqueológicas cosa que, como otras muchas no cumplieron sus testamentarios.

Pero lo más importante y de más trascendencia entre todas sus disposiciones testamentarias, fué el legado que hizo de las dos grandes casas que habitaba y de un tercio de sus rentas para la fundación del Seminario, que, al cabo de algunos años y con este fundamento, se instaló en dichas casas donde estuvo hasta que se trasladó al sitio que hoy ocupa.

El 8 de agosto de 1599 murió cristianamente el famoso canónigo en Badajoz, y al día siguiente se habría su testamento ante el corregidor Antonio Dávalos para cumplir esta cláusula testamentaria de que se verificara la apertura antes de enterrarle; pero quizás fue la única que se cumplió con exactitud, porque la fundación del Seminario se dilató cerca de un siglo, la incorporación de sus casas al monasterio no llegó a hacerse, y la impresión se hizo de sus obras, tan tarde, tan incompleta y tan imperfecta, que su nombre apenas se conoce entre los eruditos del día.

²³ Vid, su catálogo episcopal act. L III EJ. Comisión de Monumentos de Badajoz.

²⁴ Así lo declara en su testamento.

El Brocense

EL año 1543 tuvo para Badajoz un día de esplendor inusitado que suspendido de admiración y asombro el ánimo de sus pacíficos vecinos. El palacio del duque de Medina Sidonia brillaba como un ascua de oro a fuerza de lujos suntuosos y opulentos, “las colgaduras era de seda matizadas de ro; los bufetes y camas de plata; los demás ajuares todos del mayor precio”, los ojos atónitos de la muchedumbre se extasiaban en aquellas magnificencias que miraban absortos desde la ancha plazuela, que estaba ante el palacio. Acababa de llegar la deslumbradora comitiva que acompañaba al Duque.

Los grandes señores que la componían con sus séquitos y familia ascendían a tres mil personas. Solo pajes vestidos de rico terciopelo amarillo y encarnado venían cuarenta; lacayos con lujosas libreas treinta; camareros, maestresalas, músicos, todos del duque, vestidos con sacabuches, lujosas planchas de plata en el pecho con las armas de los Guzmanes, doscientas acémilas con reposteros de terciopelo azul, bordadas en oro las armas, y cenefas de tala de oro; en fin, una ostentación verdaderamente asiática y no vista jamás en Badajoz²⁵.

¿Cuál era la causa? Aquel día y en aquel palacio se iba a aposentar la augusta princesa María, hija de Juan III de Portugal, la prometida del Príncipe D. Felipe, que la esperaba en Salamanca donde se efectuaría su casamiento. La noble princesa venía con su séquito real, llena el alma de dulces ilusiones y radiante de belleza, de gracia y de juventud, y descansó unos días con su servidumbre en el lujoso palacio del Duque. Obscurecidos, como insignificantes gotas perdidas en el Océano de tantas y tan brillantes opulencias, había dos hombres cuya grandeza, entonces inadvertida, había de sobrevivir a todos aquellos efímeros y fugaces esplendores que hoy yacen ya apagados en el silencio de las viejas historias, mientras el brillo de sus nombres sigue alumbrando magestuoso la gloria de nuestra raza.

Con el duque de Medina Sidonia venía un clérigo extremeño cuyas virtudes y cuya ciencia habían atraído la atención regia que lo eligió maestro de aquel gran príncipe que iba a celebrar sus primeras bodas. Era este clérigo D. Juan Martínez Guijarro, el hijo ilustre de Villagarcía, que andando el tiempo, había de ilustrar con su renombre la silla arzobispal de Toledo y se le había de conocer en la historia con el nombre del cardenal Siliceo.

Y en la servidumbre de la princesa venía un joven de diez y nueve años, nacido en Brozas hacia el año 1523²⁶ de una familia hidalga y pobre. Era este el insigne Francisco Sánchez que la historia conoce con el nombre de “El Brocense”. Doce años tenía este joven, cuando su padre, viendo la escasez de sus medios para dar a las disposiciones que manifestaba aquel niño el cultivo que merecían, lo envió al lado de dos hermanos suyos que ocupaban en la corte portuguesa puestos preeminentes.

Ambos habían ido a Portugal en la servidumbre de la princesa D^a. Catalina, la noble hermana de Carlos I que subió al trono de Portugal al casarse con Juan III, y de aquel matrimonio nació esta bella princesa D^a María que pasaba ahora por Badajoz para casarse en Salamanca con aquel príncipe, primo suyo, que había de ser el gran rey Felipe II.

²⁵ P. Flores – Reinas Católicas- T.III pág. 888 Ed. V de Morín. –Madrid 1750.

²⁶ En la Traducción de Epitafio, dice el mismo Brocense que tenía sesenta años al terminarla, y esto fue en 1600.

Esto dos hermanos del padre del Brocense se llamaban Pedro y Rodrigo Sánchez; aquel fué mozo de la Cámara Real y más tarde Secretario de la Mesa de la Consciencia y Ordenes Militares, éste Capellán limosnero de la Reina D^a. Catalina y luego preceptor de su augusta hija. Cuando se concertaron estas bodas reales, el Bachiller Rodrigo Sánchez vió medio de poner camino de España, abriéndole horizontes de risueño porvenir, a aquel sobrino suyo que tan brillantes muestras de talento había dado ya en sus estudios hechos en Evora y en Lisboa. Lo había ingerido ya en el palacio real como ayuda de Cámara de la reina D^a Catalina. Al llegar este momento, no le fué difícil al capellán de la Reina agregar a su sobrino a la servidumbre de la infanta, que había sido su discípula²⁷.

Formando parte, pues, de aquel cortejo real, llegó a Badajoz el Brocense²⁸, y aquí coincidió con el que había de ser Cardenal Silíceo, que venía en el séquito brillante del Duque, encargado de acompañar y recibir con tal ostentación a la gentil princesa. Estaba entonces también en Badajoz, y en la flor de su juventud, el insigne Morales; diez años tenía por entonces el después sabio e ilustre Rodrigo Dosma; ya aquel ingenioso y fecundo poeta; Diego Sánchez, cuyas farsas tanto recreaban los ocios de la población, seguramente se encontraba también en su recinto atraído por las brillantes suntuosidades de aquel suceso; pero en tan diversas esferas se movía cada uno de estos ilustres personajes, que seguramente pasaron desapercibidos unos para otros; y la propia ciudad absorta en aquellos esplendores cortesanos, no advirtió que pocas veces, en el curso de su historia, ha reunido en su seno mayor número de grandes hombres, cuya gloria había de ilustrar el nombre de Extremadura para los siglos venideros.

Pocos días después, la regia comitiva partía para Salamanca. Parece un halagador presagio del destino que el Brocense entrara por primera vez con tanta pompa en Salamanca, la ciudad sabía que había de ser el teatro glorioso de sus triunfos. Quizá las aficiones de su espíritu, al verse en aquel centro del saber, separaban con tedio su atención de aquel cortejo- donde iba como un ornamento secundario, cuyo efectivo valer ni se sospechaba aún-, para deleitarse en la contemplación de aquella otra corte más severa, menos ruidosa, pero de más perdurable gloria, que formaban los maestros y los discípulos de aquella Universidad.

Debió ser así, porque apenas la muerte de su infortunada princesa le dio ocasión y pretexto, dos años después, para abandonar las pompas palaciegas, aquel joven de inteligencia preclara tendió su vuelo al ambiente que anhelaba su alma, a los claustros de aquel otro palacio donde se corteja a la ciencia, princesa que no muere ni entibia la efusión de sus favores y su gracia por los espíritus escogidos que le consagran los amores de su vida.

Y aquel joven era un enamorado del saber; se inició en el cultivo de las más altas disciplinas; era ya un gran humanista, pero quería saber más; penetró en las árdidas cuestiones de la filosofía y de la teología. más este nobel afán de penetrar y dominar en todas las ramas de la sabiduría humana no le dejó ver que la mentalidad de los hombres no es tan infinita que pueda abarcarlas todas con igual dominio y su entendimiento fino, agudo, penetrador y profundo, cuando quería dominar y sentir los matices del arte y todas las misteriosas virtudes de la palabra para expresar el pensamiento, no tenía, en cambio, aquella reposada calma reflexiva y aquella fría perseverancia pensadora que exigen los hondos problemas de las ciencias filosóficas y teológicas.

²⁷ Escobary Prieto. – ahijos ilustres de la villa de Brozas. – Pás 62. – Valladolid 1991.

²⁸ Escobary Prieto. – Ob, cit.

Era aquel un tiempo de luchas y controversias intelectuales en todos los campos del saber. El Brocense, como todos los espíritus superiores, no se avenía a contener el vuelo de su inteligencia en los límites que encontraba marcados por los que la habían precedido en el cultivo de las materias que se ofrecían á su estudio. Por eso renovó y avanzó con paso de gigante en la concepción de las materias que dominaba tan prodigiosamente su entendimiento y encauzó por caminos nuevos las teorías gramaticales, las literarias, las disciplinas todas del lenguaje.

Pero al querer hacer lo mismo en el terreno de la filosofía y de la teología, las fuerza de su entendimiento no lograban tener igual victoria, y su espíritu rebelde no se avenía a la derrota, prorrumpiendo en sátiras mordaces contra los que cultivaban aquella ciencia con mejor fortuna; esto le produjo grandes contratiempos en su vida, aquella vida trabajosa y fecunda para el saber español que discurrió siempre entre desvelos de estudio incansable y amarguras y agobios económicos, porque siempre le fue hostil la fortuna, cargándole de hijos y regateándole medios para atender con abundancia a sus necesidades.

La fama de su saber le dió pronto discípulos en Salamanca, que acudían a él ansiosos de recibir el tesoro abundante de sus enseñanzas; pero aquella implacable manía de hostilizar a los teólogos y filólogos con el agudo filo de sus burlas le creó enemigos que le cerraron por mucho tiempo el acceso a las cátedras de la Universidad. Hasta los cincuenta años no logró ser en propiedad catedrático de Retórica, mediante oposición , en la Universidad salmantina, después de haber fracasado, doce años antes, en otras oposiciones a una cátedra de Gramática, a pesar de su valer. Y fue tal la brillantez de su triunfo en aquellas oposiciones de 1573, que obtuvo 83 votos de mayoría saber los demás, porque entonces se hacían estas oposiciones ante toso los Bachilleres de Salamanca, y fueron 260 los que intervinieron en esta votación.

El respeto que inspiraba su saber era inmenso; sus obras eran estudiadas y consultadas en las más sabias Universidades de Europa y su nombre constituía uno de los más preciados honores de aquella Universidad, donde por aquel tiempo brillaban sabios tan eminentes como Fr. Luis de León, Fernán Pérez Oliva y tantos otros de universal renombre.

Tan alto era el respeto y tal la veneración que inspiraba a todos por su sabiduría e inteligencia, que se le soportaron aquellas tremendas burlas con que, cuantas veces tenía ocasión, en público y en privado, y hasta en la misma cátedra, mortificaba a los teólogos, llegando a veces en la violencia de sus ataques, a formular afirmaciones atrevidas que no estaban conformes ni con su propia manera de pensar cristiana y ortodoxa.

Fué necesario que las quejas de los teólogos llegaran a los más altos poderes, para que la Inquisición tomara cartas en el asunto; pero aún este Tribunal, de cuya dura severidad se habla tan desconsideradamente, lo trató con tal benignidad, que se satisfizo con la protesta de fe sincera que ante él hizo el gran maestro; y es de tener en cuenta que se vio en la necesidad de llamarlo a orden dos veces, porque, apenas pasó algún tiempo de la primera, volvió sin poderse contener a dirigir a los teólogos sátiras tan vehementes como aquella de “El que hable mal de Erasmo, o es fraile o es asno, y otras cruzada por el estilo.

Pero esto, que era un efecto de su genialidad, no pasaba de ser ese defecto tan común y frecuente en los ingenios agudos y picantes, que no perdonan medios ni se detienen en consideración alguna, cuando se les ofrece ocasión de hacer una frase mordaz; pero no trascendía a la fuerza de su fe ni a la rectitud de sus principios cristianos. Lo dice él mismo con una sinceridad que encanta y precisamente en los momentos que no se miente, cuando se ve cercano el día supremo de pasar de esta vida a la mansión eterna e la Verdad y de la Justicia.

Viéndose gravemente enfermo, y cuando se acercaba a los ochenta años, en una exposición que espontáneamente remite al Tribunal de la Inquisición, se expresa de este modo:

Yo siempre, toda mi vida, he sido buen cristiano, hijo de buenos cristianos e hijodalgos conocidos por tales, y siempre protesté de creer todo aquello que tiene y cree la Santa Madre Iglesia romana, y a la hora de mi muerte lo protesto y creo y muero en ello y por ello, y que si habiendo trabajado como lo he hecho sesenta años, leyendo lenguas y enseñando públicamente en la dicha Universidad de Salamanca y en otras partes, he dicho o han dicho de mi que haya dicho cosas en contra de la santa fe católica, que negando en lo que es de mi parte no haber dicho tal, ni sentido tal, si por error de lengua hubiera sido, me arrepiento y a V.S., en nombre de Dios Nuestro Señor pido perdón y penitencia.

Y en su testamento hay frases tan hondamente cristianas y bellas como éstas:

Encargo, sobre todo a mis hijos, que se conserven en el Santo temor de Dios y no por ambición, que así nada se logra. Vivan contentos sin penarse de no ser más ricos, que quien todo lo ha de dejar, más embarazado está de no tener mucho. Y habiendo mis hijos del a Providencia, no sería justo que cuando con ella viven contentas las hormigas, hayan de estar descontentos los racionales, y mucho antes nos pensó la Naturaleza que nos hiciese. Y si les conviene, Dios les dará.

No hay, pues motivo justificado para dudar un solo momento de la acendrada fe de este gran hombre; todo era efecto de la intemperancia de su espíritu, que lo llevaba a la controversia constantemente; en el mismo campo de las letras fué su vida una continua lucha, pero allí triunfaba como soberano y señor que dominaba por completo en reino propio, encauzando por más nuevos y más amplios derroteros todos aquellos estudios, y su fama en este punto era tan grande, que el gran Cervantes le expresa su admiración en estos versos, en su Galatea:

“Aunque el ingenio y la elocuencia vuestra,
Francisco Sánchez, se me concediera,
Por torpe la juzgara y poco diestra
Si a querer alabaros me pusiera.
Lengua del cielo única y maestra
Tiene de ser la que para la carrera
De nuestras alabanzas se dilate,
Que hacerlo humana lengua es disparate.”

Lleno de gloria y de años murió el sabio Francisco Sánchez los primeros días de Diciembre en Valladolid, en casa de su hijo el Dr. Lorenzo Sánchez, mientras se sustanciaba el último proceso que se le siguió en la Inquisición, y tal era la benignidad y el respeto con que este Tribunal lo trataba, que no le señaló otra cárcel ni otras mortificaciones que la casa y las solicitudes cariñosas de su hijo.

ARIAS MONTANO

CERCA de Aracena, en la jurisdicción de Alajar, hay una gran explanada de indefinidos horizontes, sobre la que se levanta una altura rocosa, que las gentes denominan la “Peña de Aracena”. En aquel paraje árido y solitario, vivía como un águila en su eminente nido, poco después de mediar el siglo XVI, un hombre pequeño, de aspecto noble, ojos penetrantes y pensadores y faz serena, que se pasaba los días inclinado sobre grandes infolios, escribiendo, anotando con actividad incansable.

Este hombre, que de tal manera se quería hurtar de aquel modo al trato de las gentes que le robaban tiempo para entregarse a aquellos dulces deleites de su espíritu, ansioso de sabiduría, era el insigne Arias Montano, cuya fama de saber había ya andado tanto camino por el mundo, que ni aun en aquel escondido paraje lograba que sus admiradores, los sedientos de aplicar sus labios a las fuentes claras y abundantes de su sabiduría, dejaron de acercársele con su persona o con sus cartas interrumpiendo sus tareas.

Había nacido no muy lejos de allí, en la noble villa de Fregenal el año 27 del siglo XVI, aquel gran siglo de nuestra grandeza guerrera, de nuestro predominio político y en el que la mentalidad española era reverenciada y acatada en los más sabios centros de la sabiduría europea.

En aquella tranquila villa discurría la infancia de Arias Montano, cuando la fortuna quiso que pasara algún tiempo en ella uno de los más excelsos ingenios que ilustraron la gloria española de aquel siglo: Facundo Vázquez Matamoros, que había nacido no lejos de allí, en un pueblecito del condado de Niebla, que se llama Villarrasa; y este gran sabio, todavía en su juventud y antes de comenzar la carrera de sus triunfos, enseñando en Valencia, en Játiva, en Alcalá, dio en Fregenal las primicias de su magisterio, teniendo en este pueblo la fortuna de obtener el más glorioso y menos conocido de sus triunfos, despertando las aptitudes extraordinarias de este niño y encendiendo en él los deseos de estudiar la Siria, la Palestina y los lugares que fueron teatro de los hechos divinos y apostólicos²⁹.

El impulso de estos estímulos llevó aquel noble mozo a Sevilla y luego a Alcalá, donde las luces de su inteligencia brillaron con tal vigor, que la publicación de su Retórica latina, todavía en los tiempos de su temprana juventud, entusiasmó a los sabios humanistas de esta Universidad, hasta el punto de decidir a su cancelario Luis de la Cadena a ceñir un acto público aquella frente luminosa con el laurel poético, honor jamás concedido antes a otro alguno.

Su fama llegó a tanto que el rey Felipe II lo llamó a su consejo, colmándole de honores y decorándolo con el hábito de Santiago, en San Marcos de León. Eran aquellos los días candentes en que la Iglesia Católica libraba la más ruda batalla contra la reforma de Lutero en el Concilio de Trento. Cupo a España la gloria de llevar la parte principal en aquella grandiosa contienda, y a ella fue Arias Montano, al lado del obispo de Segovia D. Martín Pérez de Ayala, asombrando por su saber a los sabios de Europa, reunidos en Trento, donde se le llamó el “Tesoro de la sabiduría”.

²⁹ Son palabras del propio Arias Montano, que refiere el hecho en su prefacio a “El sitio de Jerusalén”, - *Antiquitatum judicarum libri IX. Lugdini Batavorum 1598.*

Y sin embargo, este hombre, a quien tan risueño horizonte ofrecía la vida, rodeado de tantas y tan universales admiraciones, despreció cuantos halagos se le tributaban, cuantos altos honores se le ofrecían, y apenas se vió libre de aquellas árdidas tareas, huyó a su escondido retiro para entregarse, a sus anchas, a los goces inefables de sus estudios.

Eran éstos los más ardientes amores de su espíritu, pero no por el vano deseo de lucir, sino por penetrar en los hondos arcanos de las ciencias sagradas y entregarse a las contemplaciones de sus divinas verdades, y sobre todo, por hacer que su luz se difundiera diáfana en todos los espíritus, disipando las nieblas con que las contiendas de la herejía protestante podía obscurecerlos en aquellos días aciagos y tumultuosos. Y es verdaderamente pasmosa la labor que, para este fin, realizó aquel hombre extraordinario. Parece mentira que en una sola vida se pueda abarcartanto. No hubo ciencia ni disciplina en que su entendimiento no penetrara con el mismo asombroso señorío.

Había convertido aquel solitario e imponente paraje en un apacible y deleitoso retiro, donde su espíritu encontraba las más dulces satisfacciones de sus anhelos; “reedificó la ermita y construyó al lado una casa, por cuyas paredes trepaban la hiedra y el jazmín y en una de cuyas estancias brotaba un surtidor de agua que llenaba el ambiente de frescura; plantó una huerta de árboles frutales que regaba el agua nacida de una gruta e hizo un largo paseo de álamos pro cuyos troncos subían las parras. Dos columnas con los nombres de Felipe II y el secretario Zayas eran testimonios de la gratitud de Montano hacia quienes le habían protegido, admirado y defendido contra sus émulo³⁰.”

Había reunido en aquella dulce mansión los goces todos que necesitaba su espíritu escogido y grande. Era un enamorado de la belleza apacible, de la vida sobria, serena, mansa, que anhelan disfrutar las almas vigorosas en las treguas reparadoras que necesitan sus altos vuelos; y aquellas auras olorosas, aquellas frescas sombras de su jardín le ofrecían ese remanso apacible y sedante; tan apetecido, tan indispensable en la ruda labor de una vida tan fecunda en frutos de excelsa sabiduría.

Pero el más alto amor, el más encendido anhelo de su alma, era la contemplación de las infinitudes supremas de la absoluta Verdad; y aquellos indefinidos horizontes que de pierden en vagas lontananzas, cuyas lejanías remotas, imponentes, anegaban el espíritu en dulces contemplaciones, servían de estímulo a su sed implacable de penetrar, en los libros sagrados, todas las expansiones amorosas y paternales que Dios ha tenido con la limitación del hombre en la caricia inefable de la revelación.

Puede decirse que en este punto se concentraba todo el esfuerzo de aquel alma de gigante. Ni un capítulo, ni un pensamiento, ni una sola frase de las contenidas en los libros sagrados, dejó sin estudio y sin luminoso comentario su poderoso entendimiento. Y toda la inmensa riqueza de su saber clásico, de su cultura arqueológica e histórica, de sus conocimientos físicos, políticos, naturalistas, y, sobre todo, teológicos que a todo se extendió el poder de aquella inteligencia soberana y de su actividad infatigable-, todo lo consagró a desentrañar los ocultos tesoros de divina sabiduría que en los libros sagrados se contienen; y hasta su inspiración poética, que tan dulces acentos tuvo, se consagró

³⁰ Serrano y Sant. – Pedro de Valencia – “Estudio biográfico crítico” – Badajoz. Edi. Archivo Extremeño, 1910.

entusiasmada a cantar las bellezas de los divinos misterios y los sublimes arrebatos del amor divino, en su santo sacrificio por salvar a los hombres.

No es raro que cuando el rey Felipe II decidiera poner en práctica el gran proyecto de la *Biblia polígota*, pensara en turbar la paz de aquel retiro a que se condenaba nuestro sabio: y allá fué él a ponerse al frente de aquellos trabajos, que al cabo produjeron el portero de la *Biblia Regia*, que la Europa, asombrada calificó de *milagro* y así los siguen considerando los sabios del mundo.

Entre los homenajes de admiración de la Europa sabia, aquellas manos reales que se extendieron protectoras para defenderlo de los ataques de la envidia- que también intentó morderle-, volvieron a ofrecerle honores, báculos pastorales y altas jerarquías en la Iglesia; pero nuestro sabio sólo anhelaba volver a su retiro y a él volvió a pasar, en sus plácidas contemplaciones, los días de su vejez, tan fecunda y gloriosa como toda su vida.

Entonces fue cuando tuvo el placer de que se le acercara a compartir sus amores por el saber un alma gemela, que fue su más dulce consuelo y útil ayuda en las rudas tareas intelectuales a que siguió entregándose; este alma grande y sabia fue Pedro de Valencia, insigne hijo de Zafra, que pagó siempre el paternal cariño de Arias Montano con un culto filial.

Es verdaderamente encantador el espectáculo que ofrece la compenetración íntima de estas dos almas hermanas, cuyas efusiones han quedado reflejadas en sus cartas. El sabio legista, político y escriturario de Zafra rendía un fervoroso culto de admiración a su maestro, pasando largas temporadas en su compañía para ayudarles en sus trabajos y sirviéndole hasta de amanuense³¹ cuando ya la mano temblorosa del maestro no podía seguir el vuelo, todavía rápido, de su preclara inteligencia.

Esta amistad, y su correspondencia con los hombres más sabios de entonces, era la comunicación que tenía con el mundo, a parte de algunos viajes que le obligaban hacer sus trabajos. Pasma contemplar el número de obras que produjo la actividad infatigable d este hombre de constitución poco vigorosa, sostenida, quizás por la fuerza enorme de sus espíritu, hasta los setenta y un años en que murió lleno de gloria, pocos meses después de aquel rey grande que le consagró tan sinceras admiraciones.

Su cuerpo se enterró en Sevilla, en la parroquia de Santiago, y en su sepulcro figuró el epitafio sentido y entusiasta que compuso su discípulo y amigo Pedro de Valencia³² con el doloroso afán del hijo desconsolado que cierra cariñoso los ojos del cadáver de su padre, dejando en la frialdad de su rostro muerto el reguero de sus lágrimas ardientes.

³¹ Serraco y Sanz. – Ob. cit

³² Menéndez y Pelayo.- Historia de las ideas en España. – T. III, cap. IX, pág. 249.- Madrid 1806

Hernán Cortés

NO puede discutirse que la huella más honda, la intervención más importante que ha tenido España en la historia del mundo, es la obra que realizó en América; pero tampoco se puede negar que el episodio más interesante y de más atrayente grandeza en esa epopeya nacional, a parte la bizarría y el descubrimiento, fue la conquista de Méjico, y le cupo a Extremadura la gloria de dar el héroe que había de realizarla.

Este héroe fué Hernán Cortés, aquel hombre extraordinario que, a los diecinueve años, salía de España para iniciarse en el ejercicio de la milicia, y a los treinta y cuatro pudo ya ofrecer a la Corona de Castilla una nueva España, conquistada en poco más de un año por la fuerza de su brazo, el valor de su alma y la genial inspiración de su inteligencia. Cuando se mira la obra de este hombre en toda su extraordinaria magnitud, como ya nos permite hacerlo la lejanía de su fecha, da tentación de creer que acaso no sean pura fábula aquellas fantásticas leyendas con que la imaginación de los pueblos primitivos honró la memoria de sus héroes progenitores.

Porque la obra de Cortés no cede en grandeza y maravilla a las contadas en esas leyendas, y en cambio su fecha, aunque ya antigua, no está tan apartada que toque en la borrosa lontananza donde se pierden los alcances escrutadores de la historia. Se alcanza casi con la mano los rastros de sus hazañas, y vive aún fresco el recuerdo de su vida y de su linaje.

Cuando su padre, el obscuro capitán Martín Cortés, solo ilustre por los timbres de su abolengo, que arrancaba de los condes de Molina y se encontraba en Extremadura con la noble estirpe de los Monroy, se tiró a hacer vida burguesa en el noble solar de su casa, uniendo el lustre de su apellido al de los Pizarro y Altamirano, de Trujillo, de quienes descendía su mujer D^a. Catalina, estaba muy ajeno de creer que, lejos de dar con tales linajes lustre y nobleza al nombre de su hijo, iban ellos a recibir de aquel joven tan altos timbres que los viejos de su ascendencia iban a parecer pálidos y oscuros.

También Medellín, la noble villa de romano abolengo, dormida con indolente señorío sobre las riberas del Guadiana, orgullosa de su vieja estirpe y de los nobles linajes que albergaba, estaba bien lejos de sospechar que aquel apuesto mozo que, por los últimos años del siglo XV se criaba en la hidalga casona que el capitán habitaba en la calle de la Feria³³ y que triscaba y retozaba alegre por las dilatadas llanuras de sus ejidos, había de hacer que su nombre se escuchara, en adelante, con asombro en todo el mundo. El año 1485 nació Hernán Cortés en Medellín; tan ajeno estaba su padre D. Martín de los altos destinos que al mundo traía este noble vástago de su estirpe, que a los quince años lo envió a Salamanca para que se entregara a las tranquilas lucubraciones de la jurisprudencia. Dos años después se convenció de que no era aquel el camino por donde su hijo podía abrirse paso en las luchas de la vida.

Los azares y peligros de la guerra le atraían más que las contiendas y disquisiciones forenses. Era aquella la época gloriosa en que las armas españolas, impelidas por la genial inspiración guerrera del gran Capitán, llevaban triunfales el nombre de España por las naciones más poderosas de Europa. Y allá, del otro lado del Océano, también comenzado nuestros guerreros a dilatar el poderío español por los extensos países que iban descubriendo en sus aventuras investigadoras.

³³ Solano de Figueroa. — "Historia y Santos de Medellín". Pág. 129. Ed. 1646

Dos motivos que parecen influencias previsoras del destino obligaron a Cortés a preferir este último campo para teatro de sus futuras empresas; fue uno la enfermedad grave y repentina que le postró, cuando iba a emprender el viaje con rumbo a las banderas del Gran Capitán en Italia; fue otro el atractivo que para los extremeños tenía la aventura del Nuevo Mundo, habiendo ya transportado allí gran parte de su nobleza, en la cual descollaba la figura preminente del insigne maestro de Calatrava, Fr. Nicolás Obando, que ya gobernaba Santiago y era pariente cercano de Cortés.

No tenía fama el prestigioso Maestro de ser muy asequible y afable para acoger protegidos ni prodigar solicitudes a los allegadizos, y sin embargo, cuando se vió ante la presencia sugestiva de este mozo, pariente suyo, de mirar dulce y melancólico, color cetrino, apostura elegante, robustez vigorosa y una frente despejada y serena, donde se dibujaba la plena confianza en el porvenir, no pudo sustraerse a un movimiento de poderosa simpatía, y desde el primer momento lo acogió en su gracia y lo hizo objeto de sus predilecciones.

Tenía aquel joven esa misteriosa fuerza sugestionadora de los genios que ata las voluntades de cuantos le rodean, para servir de instrumento a los altos destinos que ellos vienen a realizar en la tierra. Era Cortés tan noble en su conducta, tan atrayente en su trato, tan ameno en su conversación, siempre graciosa, siempre franca y sincera y nunca mortificante para nadie y menos para los ausentes, que arrastraba tras de sí las voluntades con un imperio irresistible. La quietud, ya pacífica, de aquella Isla, no satisfacía los anhelos de aventura gloriosa que bullían en el corazón de aquel joven extraordinario; pidió licencia a su pariente para marchar a Cuba, conquistada ya y gobernada entonces por el capitán Diego Velásquez. Eran aquellos los momentos en que la noticia de nuevas y dilatadas regiones – traída por Alvarado y sus acompañantes de Grijalba en su expedición al Idostán, - dilataba, en la mente del Gobernador, los ensueños de grandes aumentos en su poderío y riqueza, y en la gloria de su nombre.

Los atractivos del joven Cortés, subyugaron el alma del Gobernador y de cuantos le trataron, como le había ocurrido en Santo Domingo; fué tal la simpatía y el interés de Diego Velásquez por este hombre singular, que hasta intervino en la aventura de sus primeros amores, apadrinando su boda con la gentil y noble D^a Beatriz Parejo, primera mujer de nuestro héroe.

Llegó el momento de organizar la expedición para conquistar las nuevas tierras de que tan incitantes noticias habían traído los compañeros de Grijalba, y la figura de Cortés se había ya hecho tan interesante, que todos volvieron a él su vista cuando se trató de elegir capitán; acaso hasta la envidia de los corazones pequeños, que no veían sin disgustos las preferencias que aquel joven atraía, vió también con perversa complacencia la designación, pensando más en los peligros de la empresa que en la gloria de su casi imposible triunfo.

Pero al ver el entusiasmo con que se recibió el nombramiento, la voluntad con que acudían hombres a alistarse a la empresa dirigida por caudillo de tan raras prendas, los envidiosos presagiaron su derrota y quisieron abrir camino a la desconfianza en el ánimo del Gobernador. No era tiempo aún; Velásquez se sentía arrastrado por las

simpatías de su amigo Cortés y era necesario que desapareciese la poderosa sugestión de su presencia para que la comezón de las inquietudes celosas abrieran en su pecho senda a la desconfianza; fué entonces – cuando ya había partido Cortés aclamado por sus acompañantes y abrazado en su despedida por el propio gobernador- el momento en que él quiso poner obstáculos a marcha. Era ya tarde.

El genio de las grandes empresas, que aquel joven llevaba en su alma, había ya desplegado sus alas poderosas y protectoras sobre él, poniendo en su noble presencia todos los irresistibles estímulos que detienen los malos designios opuestos a su camino; fracasaron los enviados de Velásquez para detenerlo, y el gobernador de la Habana., Pedro Barba, entre las conminaciones de Velásquez para que detuvieran a Cortés en su rumbo y el poder sugestivo de ese hombre extraordinario, que parecía llevar luciendo en su frente los fulgores del porvenir, fué subyugado por éste, y de aquel puerto salió glorioso aclamado por los suyos, los 508 esforzados infantes y 16 caballos que, con ser tan pocos, apenas cabían en las diez naves que transportaron a las tierras desconocidas tanta bizarría, tanto heroísmo y tan extraordinario genio.

Y entonces comenzó la expresa grandiosa, cuya admiración perdurará eternamente entre los hombres. Aquel caudillo, con tan exígua mesnada, parte a conquistar un imperio rico y poderoso, que no desconoce por completo las artes de la guerra, que dispone de armas terribles, de muchos millares de guerreros y de muchas riquezas para sostenerlos.

Parece esto una aventura loca, que sólo podía terminar con el fracaso más tremendo y doloroso, y sin embargo, un año después era un hecho la gloriosa realización de esta obra, cuyas desmedidas proporciones la presentaban al buen sentido como descabellada y absurda.

Y si se penetra en los detalles íntimos y minuciosos de su realización, el ánimo se pasma aún más y se suspende asombrado ante las dificultades que es capaz de vencer la voluntad poderosa de un hombre, si las llamas del genio alumbran su camino. Nada faltó que pudiera prestar a la empresa relieves maravillosos y matices de encanto, y aquel hombre admirable derrochó a torrentes tesoros de audacia increíble, de valor abnegado y sereno, de prudencia y habilidad exquisitas y hasta de amorosa ternura sugestiva, para utilizar el dulce instrumento de aquella mujer indiana, cuya pasión por el héroe allanó obstáculos y perfumó con sus ternuras muchas asperezas de aquellos azares pavorosos.

Cuando, á los primeros pasos en la empresa, se le ve hacer cara, nada menos que a 40.000 indios junto a Tabasco, al frente de una hueste diminuta, y triunfar al cabo, parece que ni la valerosa audacia ni la pericia militar pueda llegar a más; pero cuando se le ve, amenazado de traidora deserción de su gente, quemar las naves y con ellas la esperanza de regresar ninguno, sin haber obtenido una victoria, que tocaba en los límites de lo imposible, nos convencemos de que estábamos engañados, porque nada agiganta tanto el heroísmo de los hombres como este frío y sereno desprecio de la vida, ante el deseo inflamado de llegar al ideal que se persigue.

Después de esto, ya no es tan inexplicable la calma reposada, tranquila y previsoras que deja brillar la luz de su genio, en medio de los más inquietantes y aterradores peligros, acudiendo activo y prudente a cada sitio en el momento oportuno,

sin que los peligros que le rodean en Méjico le impidan atender y deshacer el que le amenaza con la llegada de Narváez, el emisario que la envidia de Velásquez mandó para destruir la obra comenzada, precisamente en los momentos en que más se multiplicaban las dificultades que encontraba.

Y no se sabe si es más admirable este valor, esta actividad, esta previsión maravillosa, para acudir a todos los obstáculos que se le oponen, siempre con el remedio, la decisión y la oportunidad que demandan las circunstancias, o aquella habilidad, aquel tacto exquisito e insuperable para usar en cada caso de la violencia y la audacia, o de la generosidad y la cordura para atraerse la voluntad, la sumisión o la simpatía de aquellas gentes, haciéndose dueño hasta del albedrío del poderoso e inteligente Moctezuma, cuya voluntad quedó sometida a la fuerza fascinadora de nuestro héroe, casi desde el primer momento que compareció ante su presencia.

Y cuando llega el momento culminante de la empresa grandiosa, cuando muerto Moctezuma, el imperio ruge en masa contra los invasores y se levanta como un torbellino enfurecido para exterminar aquel puñado de valientes, el valor sereno de su espíritu gigantesco sabe sobreponerse a los trágicos horrores de la inolvidable *noche triste*, en que, como una tormenta desencadenada, caen los indios enfurecidos sobre los españoles que ni huir podían, cortados los puentes y las calzadas rotas, y todavía tienen poder sugestivo para animar a la acribillada hueste, para poner en fuga a los enemigos y para batir, pocos días después, a más de doscientos mil en el Valle de Otumba, ellos que después de la tragedia de la noche famosa iban diezmados, casi todos heridos y acosados del hambre, de la fatiga y del continuo sobresalto de todos los peligros que se multiplicaban a su paso, sin más sostén, para tanta debilidad, que la fuerza estimuladora de aquel caudillo, cuyo genio y valor parece que se derramaba en torno suyo como una lluvia de vida y fortaleza.

Tales hombres ya estaban capacitados para todos los heroísmos que todavía necesitaban realizar para coronar definitivamente la empresa. De triunfo en triunfo, venciendo y arrollando ya todos los obstáculos, llegan a Méjico y después de tres meses, la rinden el 13 de agosto de 1521; el 10 de Febrero de 1519 había sido Hernán Cortés de la Habana con los menguados recursos que dijimos; un año y medio había bastado para realizar aquella obra que asombra a los siglos.

Y para que la figura extraordinaria de este héroe no le falte rasgo alguno que le haga interesante, vino tras de la apoteosis de tales triunfos la sombra opaca de las ingratitudes y de las envidias, que obscurecieron los años últimos de una vida tan gloriosa. Los envidiosos, al cabo, lograron enfriar la entusiasta gratitud que, en los primeros momentos de tales conquistas, sintió el emperador Carlos V, colmando de honores al héroe; y llegó a ser tanto el desvío, que la tradición lo ha llegado a concretar en una anécdota, que tiene la amargura desgarradora de una queja y de una protesta.

Cuéntase que este hombre, cuyo prestigio había llegado a ser tanto, vino al cabo tan a menos en la consideración real, que ni aun lograba ser recibido por el Monarca, y cansado de antecelas, se atrevió un día a acercarse al coche regio, subiendo sin preámbulo al estribo.

-¿Quién eres? preguntó el Monarca sorprendido.

-Soy un hombre, respondió Cortés, que ha dado a V.M. más provincias que ciudades le han dejado sus abuelos

No murió pobre como dicen, pero sí obscurecido y desengañado, en un pueblecito cercano a Sevilla, que llaman Castilleja de la Cuesta. Fué el 2 de Septiembre de 1547 y se enterró en capilla de los duques de Medina Sidonia. De allí fueron trasladados sus restos a Méjico, más adelante.

Vasco Núñez de Balboa.

Cerca de veinte años hacía que las enseñas españolas, llevadas por Colón, estaban dando vista al gran continente, y apenas se habían dado algunos pasos en los bordes de aquellas delatadas regiones. Las tentativas para adelantar habían sido escasas y desafortunadas. Hacia el año 1510, en la costa occidental del golfo de Urabá, se encontraban, famélicos y aterrados en su infortunio, los restos de la expedición que Ojeda organizó, asociándose con Diego de Nicuesa. Ojeda ya había desaparecido entre las hondas de aquellos mares bravíos. Francisco Pizarro, su teniente, había emprendido su marcha a Cartagena, cuando encontró el tardío refuerzo de Enciso, el Bachiller de alma seca y utilitaria, cuyos refuerzos y bastimentos habían esperado tanto tiempo en vano Ojeda y los suyos en las inhóspitas tierras de Urabá.

Volvieron con él a hacer una nueva tentativa y la fortuna continuó siendo adversa a los aventureros. Encontraron sus casas destruidas por los indios, los campos yermos, la naturaleza inclemente y los indios incansables en sus hostilidades. El desaliento y la desesperación, juntamente con el hambre y las enfermedades, aniquilaba aquel centenar de hombres, que maldecían desconsolados su estrella viendo enteramente cerrado el horizonte del porvenir risueño que soñaron al partir.

Entre los lamentos y las imprecaciones contra el que los había llevado a tal ruina, sólo se levantó una voz de esperanza y de aliento. “Yo me acuerdo que los años pasados, viniendo por esta costa con Rodrigo de Bastidas, entramos en este golfo, y a la parte del occidente saltamos en tierra fresca y abundante, habitada por gentes que no ponían hierba en sus flechas”.

El que así hablaba era un hombre joven, como de treinta y cinco años, de noble presencia y rostro distinguido y simpático; su mirada altiva e ingenua tenía el sugestivo candor de esa confianza en el porvenir que tienen los predestinados a las más altas empresas. Era vasco Nuñez de Balboa; había nacido en Jerez de los Caballeros; sus padres, hidalgos y pobres, lo habían puesto al servicio del opulento D. Pedro de puerto Carrero Señor de Moguer; pero él no pudo resistir su espíritu aventurero y se embarcó para América en las expediciones de Rodrigo de Bastidas.

Pasaron aquellas aventuras y se estableció en la Española; allí sus negocios fueron mal; estaba arruinado y comido de deudas cuando se organizó la expedición de Ojeda, y por esto no pudo adherirse a ella; pero cuando el Bachiller salió con los refuerzos para Almirante, ideó, para embarcarse, la estratagema de meterse en un hotel y así oculto logró pasar desapercibido hasta que en alta mar se presentó al jefe.

Eran tantos los atractivos personales de este hombre, que el enojo del Bachiller no pudo persistir mucho tiempo sin trocarse en benevolencia y simpática. Sus palabras, en aquel día aciago, cayeron sobre la desolada compañía de Enciso como un bálsamo refrigerante y mágico que reanimó el espíritu abatido de aquellos hombres, abriendo de nuevo el horizonte de sus muertas esperanzas. Emprendieron el viaje a las costas occidentales del golfo y el suceso confirmó las palabras de Balboa.

Influyó tanto este acierto y aquellas palabras confortadoras en la vida de este hombre, que no sería absurdo considerarlos como la clave fundamental de toda historia,

gloriosa y bella como un canto heroico, rematada por la dolorosa tragedia de una muerte ominosa y cruenta, como la de un mártir de sus altos destinos.

Y fue así; en aquella tierra venturosa creció el valor de la hueste maltrecha, vencieron sin grandes dificultades a los indios generosos de Comaco, y la gratitud y la admiración de los arrancados a la muerte por la inspiración afortunada de Balboa, comenzaron a rodear su figura del prestigio sugestivo que tienen siempre los héroes.

El Bachiller aventurero, cegado por su sed de oro, no advirtió este fenómeno, que era el presagio de su ruina; dio rienda suelta, en el reparto de las adquisiciones conquistadas, a sus instintos avaros y crueles, y los perseguidos tuvieron un estímulo más para poner sus ojos en la atrayente figura del joven impetuoso y noble que los había salvado una vez y les dejaba ver, en sus altas ilusiones de ventura, días de gloria y abundancia libres de estas menguadas avaricias de aquel jefe mezquino y cicatero.

Sin embargo, era muy reciente el nombramiento de Balboa y demasiado insignificante su origen para servir de bandera a una rebelión. Se pretendió buscar a Nicuesa, el compañero del perdido Almirante, superior a Enciso en jerarquía. La llegada de Diego Enriquez Colmenares, dando noticias de paradero de Nicuesa, decidió la cuestión; se resolvió mandar que regresara a buscarle el mismo Colmenares.

Nicuesa era hombre afable, inteligente y generoso, pero habían sido tales y tan crueles los infortunios llovidos sobre él en poco tiempo, que se había vuelto sombrío y adusto; estaba en trance desesperado en las costas de Nombre de Dios, cuando arribó Colmenares con la nueva feliz, y de tal manera le enorgullecó la fortuna, que empezó a creerse omnipotente mandando como tirano, incluso en los famélicos compañeros de su infortunio. Todo favorecía el nombramiento de Balboa. La noticia de este proceder de Nicuesa llegó mucho antes que él a las riberas del Darién, y los colonos, que poco antes lo mandaban buscar, no quisieron ni que desembarcara, y el infeliz tuvo que hacerse a la mar con quince fieles amigos, que desaparecieron para siempre.

No quedaba a Balboa más rival que Enciso, cuya antipatía era un incentivo más de la popularidad que alcanzaba el héroe extremeño. Se había constituido un municipio para regir aquella primera colonia que se fundó con el nombre de “Santa María de la Antigua” en acción de gracias por la victoria contra Comaco, y era Balboa el encargado de administrar justicia. Hervían en su alma los generosos impulsos de la alta misión que había de realizar en el mundo, y no tuvo paciencia para aguardar a que los acontecimientos le despejaran el camino. Prendió a Enciso como usurpador del mando de Ojeda.

Quizá las tentaciones de su ambición hicieron pasar por su mente la idea de matarle; su corazón generoso, sin embargo, podía dar de lado a los escrúpulos de legalidad que se opusieron a sus designios, pero no llegaba hasta los linderos del crimen. Embarcó al bachiller en el primer bergantín que partió con rumbo a Santo Domingo y con esto quedó libre de rivales, en tierra firme, sin que nadie hiciera sombra a su autoridad, mirando frente a frente a su destino. El bergantín que alejaba los rencores de Enciso dejó a Balboa libre el camino de sus triunfos en el Darién; pero fue a sembrar en el viejo continente las semillas de la malquerencia que había de segar en flor aquella vida gloriosa y triunfadora.

Por de pronto el camino de sus soñadas aspiraciones estaba libre de todo obstáculo; tenía todo lo necesario para triunfar en su sed de gloriosas aventuras; se encontraba en un país henchido de opulencias y encantos, cuyo descubrimiento y conquista era el ensueño de las más ardientes ambiciones de todos los aventureros. Los pueblos que poseían tales tesoros eran ingenios amantes de los placeres que ofrece la vida terrena, y daban a sus riquezas mucha menos estimación de la que le consagraba la fiebre ambiciosa de los pueblos civilizados; eran muchos en número, pero la pesadumbre ardiente del clima daba a sus temperamentos sensuales laxitudes enervantes que les hacían débiles para resistir la fuerza arrolladora, que en el corazón de los castellanos ponía la codicia de sus riquezas y el encanto sugestivo de aquel hombre que, enamorado de la gloria, de la vida y de su patria, tenía el don de arrastrar tras de sí los corazones, infundiendo en ellos el valor y el entusiasmo ardiente en que se abrasaba el suyo.

Eran pocos los españoles en número; pero ¿qué importaba si la magia de su talento, la decisión inquebrantable de su voluntad y el atractivo maravilloso de aquellas cariñosas y abnegadas solicitudes por sus hombres que Balboa poseía, hacía de cada soldado un gigante dispuesto al heroísmo o al martirio, según lo pidiera la necesidad?

Aquella hueste diminuta, que no llegó nunca a dos centenares de hombres, cuando veía a su heroico caudillo tan bravo y poderoso para conquistar imperios, como solícito y abnegado para cuidar de todos los suyos con paternal cariño, cuidándoles en las enfermedades con aquellas manos fuertes y vencedoras, tan vigorosas para luchar, como tiernas y amorosas para curar sus heridas o para buscar sustento con su propia ballesta, cuando el hambre atormentaba a alguno con sus desfallecimientos angustiosos, se convertía en falange invencible, capaz de asombrar al mundo con el milagro portentoso de sus proezas.

Y aquellos caciques astutos y marrulleros, orgullosos y obstinados con su poder, cuando veían que ni la astucia de sus manos era eficaz para ocultar el secreto de sus intenciones a la inteligencia penetradora de tal caudillo, ni el poder de sus numerosas huestes podía resistir el ímpetu arrollador de sus soldados, se rendían, al cabo, a la noble generosidad de un héroe tan bizarro e imponente en la pelea como dulce y magnánimo ante el rendimiento, hasta le punto de darle, con sus tesoros y su vasallaje, la dádiva sincera de sus amistad y de su ayuda.

Cáreta, al poderosos cacique de Coiba, después de sentir la fuerza de su brazo, que lo hace prisionero, y de experimentar su generosa hidalguía, que lo deja libre y hasta lo ayuda contra su vecino, el lo deja libre y hasta lo ayuda contra su vecino, el cruel Ponca, concede al caudillo español tan generosa amistad, que le da en prenda a su hija, la dulce y bella americana, que fue en adelante el más tierno amor de Balboa; y el opulento y leal Comegre, el cacique vecino de Cáreta, encantado por el valor de estos hombres, ni siquiera hace armas contra ellos, sino que les manda con ricos presentes a su hijo, el cual, además de las dádivas, les llevó un tesoro mayor que todos: la noticia de que “ a seis soles de allí encontrarían un rico país, donde se comía y bebía en vasos de oro, y un mar inmenso donde las gentes navegaban con barcos de remos y vela.”

Era la primera noticia que tenían de aquel inmenso mar, cuyo descubrimiento iba a hacer inmortal el nombre de su caudillo. Volvió a Darién transportado de gozo para transmitir la noticia a la Española, en sazón que arribaba Valdivia con provisiones y promesas de auxilio de Santo Domingo. Envióle de nuevo Balboa con ricos presentes

para el Gobernador y con la fusta nueva, y en seguida comenzó la magnífica epopeya de aquel descubrimiento inmortal que completó la obra de Colón, dando al mundo culto la posesión completa del globo.

Su pasmosa habilidad política solucionó la dificultad que le oponía la codicia de algunos descontentos, dejándoles libre el camino para que abusaran del mando durante una ausencia intencionada, al cabo de la cual aclamaron con más entusiasmo que nunca. Su heroísmo y su fortaleza brillaron en bizarros atrevimientos para arrastrar los peligros de este viaje, en medio de aquella naturaleza abrupta e inclemente, venciendo con sus estratagemas maravillosas o arranques heroicos, según los casos, a los feroces indios de Abebaiba, de Chiopes, de Lorecha, de Cuaraca, y para que ningún encanto de poesía faltara a la empresa, hasta hubo el romántico incidente en que el amor de una bella india de Tirichi por el caudillo español, le descubrió el complot que contra él fraguaban cinco caciques poderosos, y gracias a esto, los sorprendió y pudo vencerlos, aterrando a los pueblos con el castigo de los jefes y encantándoles con la clemencia que usó para sus ejércitos.

Llegó por fin el 25 de Septiembre de 1513. Los cuarecuanos que guiaban, amigos, la expedición, mostraron a los anhelantes ojos de la hueste española la escarpada altura desde donde había de dividirse ante la dificultad, sube solo a la empinada cumbre, que es una de las más altas del mundo. El espectáculo de aquel inmenso mar que se ofreció a su vista al ganar la altura le sobrecoge, llena su alma de gozo y gratitud para el cielo, que colmaba sus heroísmos con el galardón de tal gloria, extiende sus brazos al mar y cae de rodillos, anegado en lágrimas de ventura.

Hace señas a sus compañeros parta que suban, y la emoción le embargaba la voz en la garganta, volviendo a caer todos de hinojos, rindiendo gracias a Dios con todos los entusiasmos de sus almas heroicas y creyentes. Pocos días después, el caudillo extremeño, provisto de todas armas, llevando en una mano su espada y en la otra una bandera, en que se destacaba la figura de la Virgen María, a cuyos piés estaba el escudo de Castilla, penetró por las ondas de aquel mar, exclamando: “¡Vivan los altos y poderosos reyes de Castilla; yo en su nombre tomo posesión de estos mares y regiones, y si algún príncipe, sea cristiano, sea infiel, pretende a ellos algún derecho, yo estoy pronto a contradecirle y defenderlos”.

Por primera vez atronaron aquel espacio voces europeas, gritando aclamaciones españolas. Era el 29 de Septiembre, Valderrábano, el Secretario de la expedición, levantó acta del suceso. La vuelta a Darién fue otra cadena de triunfos gloriosos, en que la habilidad y el esfuerzo de Balboa sojuzgó poderosos y ricos pueblos, que le ofrecían asombrados su amistad y su vasallaje. La entrada en su colonia fue uno de los espectáculos que pueden satisfacer más el alma de un caudillo, viendo el ardimiento de entusiasmos con que un pueblo galardona sus victorias.

Y mientras se desbordaba en bendiciones y clamorosas alabanzas el entusiasmo de los españoles en toda América, allá en la vieja patria se afilaba la espada que iba a segar en flor tanta aventura. Había llegado a su cenit la gloria de Balboa; iba a declinar ya hacia su ocaso triste, tempestuoso y trágico. Los rencores de Enciso, esparcidos en la Corte, como una mala semilla, no tardaron en dar sus podridos y venenosos frutos. Se formó de Balboa la opinión de que era poco menos que un forajido, aventurero, loco y

díscolo; que trataba de explotar, inhumano y ambicioso, aquellos países, sustrayéndose a toda autoridad y ley.

Llegó al cabo la noticia de sus proezas, de su heroísmo, de sus triunfos, de aquella lealtad a su rey, a su patria, a su fe, que había puesto por corona de todas sus victorias el estandarte de estos tres grandes amores de su alma, y a cuyos piés rendía toda sus glorias; pero ¡ay! esto llegaba tarde; se había ya nombrado y despachado para que fuera a tomar la suprema autoridad en las tierras conquistadas al tristemente famoso Pedro Arias, aquel hombre ambicioso y cruel que había de poner sobre todas las glorias que, para nuestra patria, conquistó Balboa, la sombra oscura de su crueldad, de su perfidia, de su envidiosa ambición, y la mancha roja y siniestra de sus crímenes.

Desde que este hombre llegó a Darién, la historia de Balboa se ve oscurecida por las tristezas de las persecuciones y las ingratitudes que con él se cometieron; se le saca a colación las aventuras de Nicuesa y de Enciso no se convence de que su perdición de aproxima; quiere justificarse, quiere convencer a su perseguidor de que no es enemigo de su patria quien por ella ha arriesgado tantas veces la vida, quien ha puesto en su corona tan ricos florones de gloria. Aquel alma noble no ve que era éste el peor camino, porque encendía más el encono de la envidia.

El obispo Quevedo, que venía como consejero de Pedrarias, se rinde a la grandeza de Balboa y lo admira y lo defiende; trata de contener la envidia del Gobernador, uniendo la gloria de Balboa al blasón de los Arias, aconsejándole que lo case con su hija; vacila un momento la crueldad rencorosa del Gobernador y casa al héroe con su hija, pero al cabo renace la envidia, lo prende, y suponiéndole rebelde, la sentencia a muerte, lo prende, y suponiéndole rebelde, lo sentencia a muerte, sin permitirle que se defienda. Así terminó, a los cuarenta y dos años, aquella vida gloriosa, dejando en sus laureles el reguero sangriento de su infortunio.

Francisco Pizarro

LA sociedad noble y linajuda de Trujillo, esa aristocrática población que por el número de familias de alto abolengo que en ella habitaban se ha llamado archivo de la nobleza extremeña, se agitaba allá por el otoño de 1529, con un desusado alborozo, instigado por la aparición de un personaje singular entre sus vecinos. En efecto; se había presentado allí un capitán que se decía descender de una de las más nobles familias que a ella pertenecían. Era un hombre ya de edad muy madura, recio como un atleta, curtido por los años y por los duros azares de su larga vida aventurera, y nimbado con la aureola de una fama gloriosa de altos hechos realizados y propósitos y esperanzas de realizar muchos más.

Aquella linajuda sociedad estaba intrigada con el acontecimiento; este hombre se llamaba Francisco Pizarro; tenía como unos cincuenta años y acababa de llegar de las Indias occidentales, trayendo a la corte del Emperador tan maravillosas nuevas de sus hazañas, de sus descubrimientos y de sus esperanzas y propósitos de proseguir en el glorioso camino de triunfos y conquistas, que el monarca lo había colmado de honores, concediéndole nuevos y significativos cuarteles para su blasón, donde hasta le permitió poner el águila imperial, abrazando con sus negras alas las columnas, dándole además títulos y honores y mandos lucrativos y pomposos, y agregando a todo esto la autorización de reclutar gentes para proseguir su comenzada empresa.

¿Quién era este personaje? Cuando unos treinta años atrás salió de Trujillo, nadie le conocía ni se dio apenas cuenta de su salida de la población; y ahora, treinta años después, en lugar de haberse borrado por completo el recuerdo de aquel oscuro personaje, se había avivado de tal manera, que todos conocían su linaje y se multiplicaban sus amigos y hasta sus parientes.

Resultaba, en efecto, ser el hijo natural del coronel Gonzalo Pizarro, que al lado de su padre, en su primera juventud, había guerreado en Italia, según decían los encapotados parientes del coronel, los cuales, hasta ahora, no se habían dado bien cuenta del parentesco que les unía con el hijo; mientras otros, quizá con más razón y más visos de verosimilitud afirmaban que era, en efecto, un hijo de aquel señor, pero que abandonado como un expósito, había pasado su niñez guardando puercos, hasta que, llegado a la juventud, salió del pueblo ganoso de aventuras que lo sacaron su servil condición.

Así se fue, en efecto, a América, y allí pasó su juventud toda, luchando y contento con la modestas prosperidades que le proporcionaba su valor de soldado, todas ellas grandes y codiciables, comparadas con la condición que en su pueblo natal tenía. Su esfuerzo y aptitud guerrera hicieron que sus jefes se fijaran en él, ascendiendo por grados hasta hacerlo capitán, y en esta situación vivió mucho tiempo, contento y querido por sus jefes, sin sospechar acaso, ni él mismo, que en su alma había energías y esfuerzos para conquistar imperios.

Cifraba su aspiración en ser estimado de sus superiores, que siempre le guardaron la deferencia de hacerlo el hombre de su confianza; por eso, al desaparecer Ojeda en el Darién, fue él quien se puso al frente de los abandonados restos de su mesnada; fue luego el hombre de confianza de Enciso, y cuando Balboa se puso al frente de aquellas fuerzas, a su lado ocupó el primer puesto en todas las empresas.

También cuando vino Pedrarias a encargarse del gobierno supremo, prosiguió Pizarro ocupando el puesto de confianza al lado del Gobernador, y fue el encargado de la triste misión de prender a Balboa, cuando el encono de Pedrarias determinó deshacerse del descubridor del Pacífico.

Hombre de natural despejo, pero de tan humilde y oscuro origen y absoluta falta de cultura, pues ni aun sabía leer, comprendía la dificultad de abrirse camino más amplio en tales circunstancias, y se conformaba con aquellos puestos secundarios que la fortuna y el esfuerzo de su brazo le deparaban. Pocos hombres habrá habido en cuyo porvenir haya tomado parte tan activa el azar como el de Francisco Pizarro, llevado por la fortuna desde los más oscuros rincones del infortunio a las más altas cumbres de la opulencia y de la fama.

Pero también habrá habido muy pocos tan perseverantes, tenaces y enérgicos para aprovechar las ocasiones en el camino de la gloria, sin arredrarle obstáculos ni dificultades, por pavorosos e insuperables que parecieran. El desgraciado fin de Balboa dejó vacante aquel puesto, mejor dicho, la alta misión de descubrir y conquistar los magníficos países de soñadas riquezas, de que habían adquirido noticias en los descubrimientos de Panamá. Dos intentos de realizar tal empresa habían fracasado: el de Andagoya y el de Basurto. La empresa era tentadora, pero las dificultades pavorosas. Eran muchos los que deseaban tomar parte en ellas, pero nadie se atrevía a tomar la iniciativa.

Presentábase el momento en que aquel hombre oscuro podía acometer una alta empresa, sin que nadie se lo estorbara, arrojándole en cara la humildad de su origen; él, con otro capitán, manchego, y como él, bastardo, compañero y semejante en todo a él, se decidieron a acometer aquel propósito. Y con uno de los barquichuelos que Balboa había hecho construir para su malograda expedición, ochenta hombres y cuatro caballos, se emprendió esta grandiosa aventura, comenzando entonces aquella triste y dolorosa odisea de infortunios y aterradoras calamidades, cuyo relato espanta, asombrando que pueda haber firmeza bastante en el corazón de un hombre para soportarlas y superarlas sin un solo momento de vacilación ni desmayo.

Con aquel barquichuelo van recorriendo islas y costas inhospitalarias, donde las inclemencias crueles de la naturaleza, las enfermedades del clima y del hambre y la fatiga los extenuaban y diezmaban en términos verdaderamente espantosos. Nada los detiene, y como si estas adversidades no bastaran, Pedrarias se niega a autorizar la prosecución de la empresa, y entonces es cuando Almagro acude al celeberrimo maestrescuela Luque, el cual convence al Gobernador, ofreciéndole parte en los lucros que de la conquista se reporten. Poco después se hizo aquel famoso pacto que se selló entre Hernando Luque, Almagro y Pizarro, comulgando los tres en la misma misa celebrada por el primero y con la misma Hostia dividida en tres partes.

Partieron de nuevo los conquistadores con dos navíos y más bastimentos, llevando consigo al piloto Bartolomé Ruiz, que tan brillantes servicios les prestó con su pericia y valor. Pero las calamidades no cesaron; prosiguieron visitando tierras y costas, unas desiertas, otras pobladas de salvajes feroces, y se acababan todos los recursos y todas las fuerzas. Y lo que fue peor, se acababa la armonía entre los dos caudillos, porque las penurias y fatigas comenzaban a traer a los ánimos acritudes y desconfianzas.

Lógrose, sin embargo, apaciguar los ánimos, y dejando Almagro a su compañero en la famosa isla del Gallo, fue cuando volvió por refuerzos, cuando el Gobernador, enterado de las calamidades y falta de éxito de la empresa, por la noticia que uno de los soldados descontentos había hecho llegar en un papel metido dentro de un ovillo de hilo, mandó a Juan Tafur con objeto de hacer desistir de la empresa a Pizarro y de traerse a cuantos castellanos no quisieran seguirle.

El momento era para Pizarro decisivo y supremo; la corta hueste que le acompañaba, extenuada y harta de tribulaciones e infortunios, y sin esperanzas ciertas de éxito en la aventura en que Pizarro los empreñaba, veían el medio de volver seguros y vivos a Panamá; la elección o era dudosa, pero jamás se vió tampoco de un modo tan heroicamente grande la resuelta decisión de un ánimo esforzado como el de Pizarro.

Sacó su espada; trazó con ella en la tierra una línea de Oriente a Occidente, y mirando resuelto a sus soldados exclamó: “Por aquí se va a Perú a ser rico; por aquí a Panamá a ser pobre; escoja el que sea buen castellano lo que más bien le estuviere”, y pasando la raya sin volver la cabeza, esperó a ver quién la seguía.

Sólo trece se atrevieron a seguir al caudillo, y tuvo la fortaleza de resolverse a continuar con ellos en su loca aventura. Parece que la Providencia premió este heroísmo inaudito; aquellos trece hombres, en el navichuelo que les dejaron, todavía tuvieron que probar el esfuerzo de su ánimo en los horrores de la isla de Gárgona, pero después encontraron el hospitalario recibimiento de los indios de Santa Clara, y hasta la acogida romántica de la india Capillana, la bella reina de Santa Cruz, que tan entusiastas extremos hizo al heroísmo de los españoles y de quien el apuesto Alcón quedó enamorado hasta perder el juicio.

Habían ya llegado a ver la tierra de promisión; sólo le faltaban recursos para conquistarla; volvieron con la noticia a Panamá y los tres socios determinaron la necesidad imprescindible de acudir á la Corte para obtener los auxilios que se necesitaban; ya no era difícil obtenerlos, llevaban las pruebas de que el intento no era un loco desvarío de su fantasía ambiciosa.

Pizarro fue el designado, y entonces arribó a España, siendo, al poner pié en ella, preso por aquel siniestro bachiller Enciso, que parecía puesto por el destino como obstáculo a las grandes empresas. Apenas conocida la llegada de Pizarro a la Corte, se le mandó poner en libertad. La fama de sus empresas era harto respetable ya, para que se permitiera a un usurero detener por deudas de poco dinero aquella marcha triunfadora.

El relato de sus aventuras, que Pizarro hizo en la Corte, encantó a cuantos le escuchaban; era hombre, por lo general, de pocas palabras, pero que sabía dar interés y color a lo que contaba. Entonces conoció a Cortés, que había ya realizado su obra, y quizá le estimuló el triunfo de éste para procurar, con más empeño, el logro del suyo.

Sus hermanos y parientes, en su pueblo, se lo disputaban, aunque eran tantas y estupendas las maravillas que narraba, que había quien desconfiaba si en tales ponderaciones tendría mucha parte el interés de atraer gentes a la recluta para la empresa. No pudo por esto obtener toda la que se le exigía, pero aun así y todo, marchó

decidido; llevaba, sin embargo, consigo, a la vez que los resortes de su victoria, los gérmenes de su ruina y el esbozo de las sombras que habían de empañar el brillo de sus triunfos.

Hasta allí su gloria no había tenido nubes que la ensombrecieran. Resignado y tenaz, se había avenido a luchar bizarramente en la oscuridad de su condición, para esclarecerla con el fulgor glorioso de sus abnegaciones, de su heroísmo, para desafiar los peligros y vencer los obstáculos, sin que doblegaran su ánimo esforzado ni las pavorosas dificultades de la empresa, ni las continuas vecindades de la muerte, cuya helada caricia sintió siempre tan cerca, en su dolorosa odisea de exploraciones por los inhospitalarios y desconocidos países que atravesó su constancia, sin un leve desmayo ni desaliento.

De allí en adelante las impacencias de su ambición iban a sombrear el nimbo glorioso de sus triunfos con el halo siniestro de dureza inclemente que la historia se resiste a perdonar, aun ante la grandeza de la obra que realizó. Aquellos brotes de celosa emulación que habían ya entibiado el afecto de su compañero Almagro, crecieron con la acumulación de cargos y honores que para sí había recabado de la Corte; todavía su corazón generoso intentó detenerlos, diciendo a su compañero que no habíalo podido impedir, por negarse el Monarca a dividir la autoridad, pero que él no había de ejercerla un momento sin su glorioso amigo. Aquel noble intento fracasó, porque a su lado llevaba a sus hermanos, que no se resignaban a este comportamiento del poder con un hombre que despreciaban.

En estas condiciones se reanudó la obra interrumpida, y ya, en el primer punto que arribó Pizarro con sus tres navichuelos, en la isla de San Mateo, hizo sentir a los tímidos indios de Coaque la dureza de su brazo, prendiendo a su cacique y haciendo en ellos horrible destrozo, no justificado por la resistencia que opusieran. Pero en aquella tierra volvió a necesitar de nuevo de toda su presencia de ánimo para resistir las inclemencias del clima, que diezmaba a su hueste con la invasión de una peste horrible. Fue esta la última prueba que le hizo sufrir el destino.

De aquí en adelante su marcha fue triunfal y sangrienta, dejando aterradoras huellas de su paso en los indios de Tumbez y en los de Puna, hasta llegar al ansiado confín del imperio de los incas, aquel imperio opulento, fundado por los hijos del sol, según sus tradiciones, que entonces ardía en guerra civil, porque dos hermanos, hijo ambos del último rey Huayua Capac y de diversas mujeres de éste, se disputaban el trono. Uno, el legítimo, era Huascar; el bastardo era Atahualpa, y en el momento en que Pizarro tocaba las fronteras de aquel imperio, la victoria de decidía por el bastardo, que tenía ya en prisión a su hermano. Era tan propicio el momento, que al instinto guerrero de Pizarro no se ocultó la necesidad de aprovecharlo con toda premura. Penetró por aquel territorio resuelto, pero con cautelosa prudencia, procurando acentuar ante los caciques que al paso encontraba sus pacíficas intenciones, y tomando noticias sobre el sitio en que se encontraba la fuerza de que disponía e instrucciones que respecto de él pudiera abrigar Atahualpa.

Las noticias que recibía eran incoherentes y contradictorias. Resolvió tenerlas directamente, enviándole embajadores que le hicieran conocer sus pacíficas intenciones. El Inca, satisfecho de su poder, y concedor del exiguo número de los castellanos, no dudó en dar crédito a aquellas protestas de paz, y entre admirado y curioso, y aún quizá

creyendo encontrar en aquellos hombres extraordinarios un elemento más para el exterminio de sus enemigos, confió en las promesas de Pizarro.

Este había penetrado ya pacíficamente con los suyos en Caxamalca, la gran ciudad, en cuyas cercanías se encontraba acampado el Inca con 50.000 combatientes, perfectamente pertrechados con las armas del país. La ciudad estaba deshabitada; desde allí mandó Pizarro con nueva embajada al célebre capitán Hernando de Soto con quince caballos y tras él a su propio hermano Hernando Pizarro con veinte caballos que fueron acogidos por el Inca con gran admiración, prometiendo acudir al convite que le ofrecía en la ciudad el Gobernador español; y en efecto, al día siguiente se puso en camino con su gente armada para hacer su prometida visita al extraño huésped, haciendo alto como a un cuarto de legua de la ciudad. Pizarro volvió a mandar emisarios para que no demorase hasta el día siguiente la visita, según parecía indicar aquella parada, y el Inca accedió poniéndose en marcha con su brillante séquito, sin detenerse ya a coger de nuevo las armas. Pizarro, en cambio, tenía a sus gentes preparadas para sorprender en la plaza de la ciudad a aquella muchedumbre indefensa, y así lo hizo, con aquella dureza inexorable de resolución que usó siempre para llevar a cabo sus audaces designios.

Cuando la enorme masa de indios, llevando en medio las andas de oro de su Emperador en hombros de los más nobles personajes, se encontró reunida en la amplia plaza de Caxamalca, el dominico P. Valverde se aproxima al Inca con un crucifijo y una Biblia, haciéndole intimaciones para que reconozca y adore al verdadero Dios; el Inca coge en sus manos la Biblia y la arroja al suelo; se promueve una dura discusión entre el dominico y el Inca; se separan; éste habla a los suyos de pie sobre sus andas y se promueve en ellos un imponente rumor de indignación.

El dominico va a dar cuenta a Pizarro de lo ocurrido; éste da a los suyos la señal, suena un tiro de arcabuz y caen los españoles sobre aquella multitud, matando a discreción, sin recibir una herida ni encontrar la más mínima resistencia en aquellos hombres que se limitan a servir con sus cuerpos de animada muralla para su Rey. Pizarro sale entonces para evitar que maten al Inca, tira de sus vestidos y cae de las andas y entonces se esparcen despavoridos los restos de aquella muchedumbre acribillada. Así se dio el primero y más decisivo golpe de esta conquista; de allí en adelante esta audacia, ensombrecida de páfida crueldad, prosiguió obscureciendo los episodios de aquella grande obra, y como si esto no era bastante, las rivalidades de Almagro, escalonadas por los hermanos Pizarro y los amigos de aquel capitán, se acibarraron hasta el punto de costar la vida a ambos caudillos. Almagro fue primero decapitado por los de Pizarro, pero sus partidarios no renunciaron a la venganza, y al cabo tramaron aquella conjura que acabó por asesinar a Pizarro en su propia casa, donde murió luchando con sus enemigos, a alguno de los cuales hizo morder el polvo; pero al cabo cayó él, con el nombre de Jesús en los labios y besando la Cruz, que hizo con su espada en el suelo.

Cuando murió aquel hombre tenía unos sesenta y tres años, a pesar de los cuales jamás dejó de ser joven, ni en su vigor físico ni en los bríos de su ánimo esforzado. Lástima que la dureza bronca de su carácter, formado en la dura obscuridad de sus principios, y exacerbado por la ambición de sus hermanos, hay puesto motivos de execración en la obra heroica de un corazón tan esforzado, un talento tan claro, una constancia tan indomable y una videncia natural tan penetradora y rápida para abarcar de una ojeada los más complicados problemas de aquella guerra.

Francisco Zurbarán

CABALMENTE el mismo año en que el gran Arias Montano moría en Sevilla, la ciudad que se envanece con la gloria de haber sido cuna de su cultura, esta fecunda tierra extremeña producía un nuevo galardón para las escuelas sevillanas. Este nuevo galardón fué Francisco Zurbarán. Campesinos sus padres en Fuente de Cantos, no mal acomodados, viendo las lucidas disposiciones de su hijo, lo enviaron a Sevilla, donde uno de los maestros más insignes de aquella época, Pablo Roesla descubrió las geniales grandezas de aquel alma artista.

Veinticinco años contaba apenas cuando ya el marqués de Malagón le encargaba los cuadros que habían de decorar la capilla de San Pedro, con pasajes tomados de la vida de este Santo, y fue tal su acierto, que él le mereció ser encargado de decorar el retablo de Santo Tomás de Aquino. Haciendo entonces su incomparable *Apoteosis de Santo Tomás*.

La vida de este insigne artista tiene de singular el transcurrir con la plácida y suave tranquilidad que transcurre casi siempre la vida de los hombres vulgares, y muy pocas las de los grandes hombres. Vivía tranquilamente en Sevilla del pingüe producto de sus pinceles y allí se casó con D^a Leonor Jordera, de quien tuvo varios hijos, y en cuya dulce compañía vivía apaciblemente.

Fue llamado a pintar los cuadros de la sacristía de Guadalupe, y terminadas las obras inmortales, que todavía se conservan en este monasterio, volvió a Sevilla, donde pintó enseguida los maravillosos cuadros de la Cartuja. Era harto esclarecida su fama ya, para que en aquel siglo de artistas y con un rey como Felipe IV, tan enamorado siempre de todas las gentilezas, no hubiera llegado o a la corte su renombre.

Velázquez, el genio soberano de la pintura española, era un sincero y generoso admirador del artista extremeño, a quien conoció en Sevilla, en cuya compañía seguramente diera sus primeros pasos en aquel arte, cuyo dominio había de cubrirlos de gloria. Era ya Diego Velázquez, en aquella corte del rey Felipe, todo lo estimado que merecía su genio, cuando a ella le llegó la fama de los prodigios que realizaba Zurbarán; enseguida se apresuró a confirmarla induciendo al rey a que lo llamara. Allá fue Zurbarán, pero con mejor fortuna que su paisano Morales, cuando fue llamado por el abuelo de este rey, que ahora llamaba al pintor de Fuente de Cantos.

NO era un hombre desconocido; llevaba ya el honroso título de Pintor del Rey con que le había honrado el padre de aquel monarca que ahora quería admirar sus obras; y cuenta la tradición una anécdota curiosísima y pintoresca que sirve para ponderar el entusiasmo de aquel rey artista y sentimental por sus grandes hombres.

Habías puesto Zurbarán con ufanía su título de *pintor del Rey* debajo de la firma de uno de sus cuadros, que pintó en Madrid. Vilo el monarca y fue tal su entusiasmo, que su mano real tomó el pincel de la paleta del artista y bajo aquella subfirma puso esta otra: “y rey de los pintores”. Y había en realidad razón para tales entusiasmos, aún en aquellos tiempos gloriosos en que vivía Velázquez.

La personalidad artística de Zurbarán tiene un vigor tan recio que no la esfuma ni desvanece el esplendoroso brillo de aquel verdadero sol de nuestra pintura, aun habiendo los dos bebido en la misma fuente; en el venero fecundo y sano que la naturaleza, la realidad viva tiene para el arte.

También en este caso, como en el de Morales, fracasan los críticos y biógrafos, buscando parentescos y conexiones del arte de Zurbarán con los demás de aquellos tiempos; nada tan singular como ver que se le llamaba el *Caravaggio* español a este pintor que tenía doce años, cuando aquel artista italiano murió, que nunca estuvo en Italia, ni vió por tanto sus cuadros y que sólo conoció aquel estilo, o pudo conocerlo por las imitaciones del *Españoleto*.

Sería muy difícil señalar de una manera atendible los puntos del contacto del pintor extremeño con el italiano. Hay que buscar en este caso la razón del estilo de la íntima personalidad del artista, en el ambiente en que vive su espíritu, como vimos respecto de Morales.

Vivía Zurbarán, como hemos dicho, apacible y complacidamente una vida tranquila, morigerada, cristiana, en una población alegre y riente como Sevilla, pero de ensoñadora espiritualidad de fantasía galana y de ardiente pietismo lleno de esplendores luminosos: todo ello se refleja vigorosamente en sus cuadros; hasta aquella delectación complacida que el espíritu meridional tiene en la vida de la naturaleza y en sus bellezas tangibles.

Los frailes, los santos de Zurbarán, tienen una apacible y serena unción mística que deja ver la santa paz de los espíritus tranquilos que descansan en el regazo blando del divino amor; pero todavía en la tierra, sin desligarse aún de las vestiduras bellas de la carne en la vida terrena y aún ofreciéndola en holocausto ante al altar de sus amores como ofrenda de gratitud.

No hay jamás en los religiosos de Zurbarán, aquellas singulares y magníficas audacias arrebatadas del Greco para espiritualizar la carne dándole formas y transparencias de almas arrobadas y estáticas, ni mucho menos aquellas lobregueces aterradoras del *San Pedro de Alcántara* del Escorial, que se puso tan de moda entre los aficionados a pintar los místicos transportes con tonos de imponentes terror religioso. Es todo lo contrario; nuestro artista no considera nunca incompatibles con los arrebatos de ardimiento religioso, ni aún los esplendores bellos de la vida social, no ya las opulencias de la naturaleza viviente.

Vírgenes pinta yendo al martirio, como la Santa Casilda del Museo de Madrid y las que están en el Hospital de la Sangre de Sevilla, que aparecen vestidas según los casos, como lujosas infantitas o pintorescas campesinas, en cuyos trajes recuerda todo el lujo colorista que aprendió en el estudio de Roelas donde se meció la cuna de su genio, y ni un detalle de encanto de indumentaria ni de belleza material en aquella lozanía de juventud, omite el artista; sabiendo, sin embargo, su genio derramar sobre aquellas realidades naturales, como un óleo de santidad que las perfuma con todos los aromas del amor divino, cuyo incendio sagrado las arrastra a los sublimes sacrificios de sus martirios.

La nota más original de la inspiración de este artista consiste en saber infundir en la naturaleza llena de vida, copiada con toda exactitud, toda la idealidad religiosa del fervoroso espíritu cristiano. Después que fue a Madrid, debió salir pocas veces de la Corte. Testimonios hay de que fue llamado por obispos de Badajoz, para que pintara en su Catedral; pero el gran artista defirió su venida por imposibilitarle acceder a aquellos ruegos los trabajos que le encomendaba el rey; y al fin murió en Madrid sin llegar a hacer su viaje, en el año 1663, a los setenta y siete de su edad. Sus obras están diseminadas por España y por Europa; y siguen siendo objeto preferente de admiración en el mundo del arte.

Meléndez Valdés

LA calle de Sordolodo era quizás de las más estrechas y sombrías que había en Salamanca en el siglo XVIII; aumentaba su lobreguez el estar llena de fraguas cuyas negruras eran solo rotas por el fulgor de las chispas que se cruzaban de unas a otras herrerías. En una de las pocas casas, no dedicadas a esta industria, vivía hacia el año 80 de aquel siglo, un joven de unos 26 años, de aspecto enfermo y poco distinguido, pelo rubio y abundante, facciones menudas y finas maneras suaves y dulces que le hacían en extremo interesante.

Todas las tardes salía lento y solo aquel joven enfermo, y después de pasear algunas horas por las riberas del Tormes, volvía a su modesto domicilio, escondido entre las fraguas de aquella calle oscura, como la “caverna de los Cíclopes”, según llamaba él mismo a su vivienda con melancólica ironía.

A aquella casa concurrían muchos hombres de notorio valer que alcanzaban en las letras pátrias gran renombre, y al enfermo prodigaban el consuelo de sus afectos, de su admiración y de su frecuente compañía. Era aquella una época aciaga y triste para este joven, ya notable, que se llamaba D. Juan Meléndez Valdés. Sus padres, hidalgos no muy ricos de Rivera del Fresno, donde él había nacido, acababan de morir, y poco después, moría también su hermano mayor D. Esteban, el secretario del Obispo de Segovia; este hermano de D. Juan, había sido para él un segundo padre; que a su lado vino, apenas se instruyó en latinidad en el propio pueblo, y gracias a él, obtuvo la protección de aquel prelado bajo cuyos auspicios fue por primera vez a Salamanca para hacer sus estudios de Derecho.

Su inteligencia, su inspiración de poeta, su asiduidad estudiosa y sobre todo, aquella suavísima dulzura de su carácter, le habían granjeado amistades sinceras y efusivas con lo más florido de los entendimientos salmantinos, sobre todo, entre los que se dedicaban al cultivo de las bellas letras.

Así fue que al verlo pasar el difícil trance de aquellos multiplicados reveses de la fortuna, no lo abandonaron ciertamente, sino que todos a porfía rivalizaban en prodigarle los consuelos de su solicitud y afecto. Pero nuestro poeta, decoroso y modesto, contestaba a las ofertas protectoras diciendo bondadosamente “la ley misma de la amistad que nos manda que nos valgamos de ella en la necesidad, manda también que sin ella no abusemos de su confianza”.

D. Gaspar Melchor de Jovellanos respetó aquella noble altivez que se resistía a poner gravamen sobre la amistad, mientras en su escaso patrimonio quedaran medios de evitarlo. Y el insigne sabio no se dio por ofendido al ver rechazada aquella generosa oferta de casa y socorros que tan sinceramente hizo el poeta, cuando lo vio tan desvalido de familia y hasta de salud, a causa de aquella larga y peligrosa enfermedad que le acarrearón las viglias de sus estudios y los dolores de sus desgracias.

Era aquel un bello tiempo de refinamiento y delicadezas sentimentales; aquellos poetas llenos de sabiduría, henchidos de lecturas antiguas, ponían sobre la propia y una segunda naturaleza, y vivían transportado al mundo de sus ensoñaciones eruditas y de sus delectaciones artísticas. La lectura y estudio de Grecia y Roma eran furor, y, sobre todo, los refinamientos sentimentales y atildados de los poetas pastoriles. En este punto

se llegaba a extremos mucho más exagerados que los del siglo XI, cuando Garcilaso trajo a la moda el género.

Formaban una especie de Arcadia ideal los eruditos en sus academias y tomaban los nombres de los pastores más famosos en las églogas del tiempo antiguo. *Batilo* era el nombre de guerra de nuestro Meléndez; así como *Jovino* era el de Jovellanos, *Delio* el de Fray Diego González y así los demás.

He citado estos dos, porque son los dos amigos quizás más íntimos, más cariñosos y más entusiastas de nuestro poeta; también lo fue Cadalso, el sentimental sautor de las Noches lúgubres, pero éste era su maestro y la relación entre ambos, aunque fue siempre de cordialísimo afecto, era necesariamente de otra clase.

Restablecido de su enfermedad, se licenció y doctoró en leyes; pero poco antes obtuvo el triunfo literario que consagró definitivamente su fama de poeta. Dos concursos había celebrado ya la Academia Española para excitar la emulación de nuestros vates nacionales. Meléndez no se encontró con fuerzas para concurrir al primero; al segundo tampoco se atrevió, porque el metro que se exigía, el romance heroico, excitaba su más profunda aversión; pero al tercero no hubo ya razón ninguna; era una égloga lo que se pedía; precisamente el género de sus predilecciones. Entonces escribió su *Batilo*, la égloga que le mereció el lauro y consolidó su fama en el mundo literario.

Iriarte, el insigne fabulista, tan instruido y laborioso como mal poeta y desagradable versificador, no perdonó jamás a Meléndez la amargura que le hizo saborear con esta derrota. Él en las dulces y halagadoras ilusiones con que el amor propio obscurece los entendimientos. Aun los más poderosos, se creía más digno que Meléndez de aquel lauro. Y al lado de Iriarte formaron falange los competidores de Meléndez y de sus amigos y admiradores; pero Meléndez no era hombre de pelea; él continuaba su camino, y el golpe más fiero que dio a sus adversarios fue la publicación del primer tomo de sus poesías; de que se consumieron en breve cuatro ediciones, tres de ellas clandestinas.

Pocos poetas habrán quizás alcanzado tan estupenda popularidad; su libro se encontraba en las casas de todas las clases y condiciones, y sus versos eran aprendidos y recitados de memoria en largas series hasta por los más incultos labriegos. Sin embargo, las letras no daban entonces más que popularidad y honores que no eran suficiente para cubrir las necesidades de la vida.

Nuestro poeta disfrutaba de aquella escasa fortuna que a la muerte de su familia le permitió acabar sus estudios de leyes sin ser gravoso a la generosidad de sus amigos; pero el tiempo transcurría, los recursos se iban agotando y el poeta, casado ya en Salamanca con D^a. Andrea de Coca y Figueroa, hidalga también y de escasa fortuna, necesitaba resolver su situación económica.

Su nombre de poeta era tan grande y tal su prestigio ya entre los influyentes de las altas esferas del gobierno, que no le fue difícil obtener una plaza en la magistratura, entrando primero como alcalde del crimen en Zaragoza, y ascendiendo después con facilidad en la carrera, sobre todo, cuando su amigo Jovellanos llegó al ministerio de Gracia y Justicia. Sin embargo, sería un error creer que solo al influencia de su renombre de poeta y sus amistades lo sostuvieron en tan elevado puesto siendo él una

figura meramente decorativa, porque le sobaban a Melendez Valdés talento y cultura jurídica para merecer aquel cargo donde se distinguió como una de las primeras y más altas reputaciones de nuestra legislatura.

Trabajos hizo entonces, como la acusación fiscal por la muerte de Castillo en Zaragoza, que corrió mucho tiempo impresa en las escuelas forenses como un modelo de saber y de elocuencia. Lo que ocurre es que el estruendo de sus triunfos de poeta apaga todos los respetuosos rumores de admiración que, en las esferas de la jurisprudencia, conquistaba. ¿Cómo ha de compararse ninguno de sus triunfos forenses con el que le dio su oda a las Artes en la Academia de San Fernando?

Y llegó a tanto su prestigio, que ni aun sus extravíos se atrevían a rechazar en los cenáculos literarios, como ocurrió con *Las Bodas de Camacho el viejo*, que obtuvo premio entre las cincuenta y siete que se presentaron para celebrar el natalicio de los infantes gemelos, y ni la tal obra ni *Los menestrales*, de Trigueros, que con ella compartió el laurel de aquella victoria, honran el estro de sus autores; pero sin duda alguna, poco aceptables, debieron ser todas las demás cuando de ninguna de ellas queda el nombre.

El abrumador trabajo de su cargo y honrada asiduidad para cumplir fielmente sus deberes, lo tuvieron largo tiempo apartado de la literatura a la que solo dedicaba algún que otro esparcimiento; pero llegaron para sus amigos los días adversos de la fortuna, y en su caída arrastraron a nuestro poeta; fue suspendido en sus cargos, reducido a la mitad del sueldo y desterrado a varias poblaciones; la última de ellas fue Salamanca.

Esto, que era un contratiempo para su fortuna, para su prosperidad, fue en cambio una ventura para las letras, porque, en aquel forzado reposo, vuelto a la población sabia de sus recuerdos, de sus amores, de sus estudios, no se ocupó más que en los nobles deleites de su espíritu de poeta y de erudito. No tenía en las zozobras del destierro y la paz de espíritu indispensable para producir en abundancia; pero su forzada inacción le dejaba holgado tiempo para entregarse con avidez a sus lecturas en aquella biblioteca suya que cuidaba con tanto esmero y llegó a ser una de las más selectas y ricas de su tiempo. Y entonces tuvo espacio para coleccionar y publicar sus obras, de las que solo había publicado el tomo primero de que hablamos antes. Volvió al fin la bonanza para sus amigos y se vio restituido en sus cargos y honores, pero este fue el último destello de su fortuna, que había de apagarse en breve, dando lugar a las melancolías dolorosas de los más duros infortunios que vinieron a amargar los días aciagos de su vejez.

Llegaron los tempestuosos acontecimientos de la invasión francesa, y en Madrid le sorprendió la gloriosa tragedia del *Dos de Mayo*. Quiso retirarse a la tranquilidad de su apacible hogar de Salamanca, pero no le fue posible, y la debilidad de su temperamento le hizo aceptar una comisión que el gobierno francés le dio para Asturias, donde estuvo a punto de morir ignominiosamente bajo las iras del pueblo, si la clemencia del cabildo de Oviedo y las comunidades religiosas, sacando el Sacramento y la famosa Cruz de la Victoria de aquella Catedral, no hubiera logrado interponerse cuando estaba atado en un árbol para morir a manos de las turbas con su compañero de comisión el conde del Peñar.

Regresa a Madrid cuando los franceses, después de su derrota en Bailén, habían evacuado la corte pero vuelven repuestos sobre ella y los patriotas se refugian en Andalucía. Melendez, por sus achaques y penuria, se ve imposibilitado de seguirlos y se encuentra en Madrid desvalido y solo, sin que su renombre le permitiera al menos el recurso de pasar desapercibido, y no tuvo energía para negarse a aceptar los altos cargos que le ofreció el gobierno intruso, como hubiera sido su deseo.

Llegó el día de la victoria definitiva de España, y el poeta se vio obligado a pasar la frontera con el derrotado ejército francés. Saqueada su biblioteca de Salamanca, arruinado y enfermo, salió de su patria aquel grande hombre cubierto de oprobio. ¡Ya no te veré más! –dijo arrodillándose y besando la tierra española, al pasar la frontera mojada de sus lágrimas.

Y en efecto, cuatro años después, moría en brazos de su esposa, que le siguió siempre amante en todos sus infortunios, endulzando, con sus caricias, las crueles amarguras que atormentaron aquella vejez que debió ser tranquila y tan gloriosa.

Muñoz Torrero

CUANDO ocurrió la conflagración que en España produjo la invasión francesa, de entre aquellas ruinas de nuestra gloriosa monarquía, avejentada y carcomida por su afrancesamiento a la venida de los Borbones, surgió una falange gloriosa de espíritus fuertes, que se obstinaron y consiguieron levantarla en sus robustos brazos. Pero esto no ocurrió pacífica y solidariamente, como hubiera sido de desear que ocurriera, luchando todos por el mismo objeto; el viento de las doctrinas innovadoras de la política francesa había penetrado en España y dividía los espíritus con enconos infranqueables y sangrientos.

Y es un dolor ver cómo aquellos hombres, enamorados todos hasta el sacrificio de la gloria y de la prosperidad de su patria, se combatían como enemigos, porque cada cual quería realizar la obra por caminos diversos.

Así no es extraño que hombres tan austeros, tan heroicos como Muñoz Torrero por ejemplo y Quevedo y Quintana, creyentes fervorosos de la misma religión, sacerdotes de la misma iglesia y enamorados ardientemente de su patria, se mirasen como enemigos. Muñoz Torrero era un espíritu indudablemente superior. Sus talentos excepcionales habían ya atraído la atención sobre él mucho antes que se convocaran las famosas Cortes de Cádiz.

Había nacido en Cabeza del Buey por el año 1761 y después de estudiar en su propio pueblo latinidad, pasó a Salamanca, donde todavía joven, fue catedrático, después de ser sacerdote. Veintiséis años tenía cuando le fue encargada por Carlos III la confección de un plan de estudios, donde ya se manifestó su poco afecto a las tradiciones consagradas y su decisión para contender contra ellas.

Jovellanos y los suyos lo alabaron y contaron en su hueste, y esto hizo que el Príncipe de la Paz lo mirase desde luego con desafecto, determinando todo ello las actitudes que adoptó en el resto de su vida. Por fortuna la historia se va abriendo camino y penetrando con sabia y piadosa mirada entre los tumultos de los apasionamientos que ocultaron el fondo noble de unos y otros en aquella enconada contienda; ya no es Godoy un monstruo de maldades, como lo presentaron los liberales que hicieron su historia; heridos del reciente lucha; ni Muñoz Torrero un furibundo revolucionario y enemigo de los derechos de la Iglesia, como lo pintaron los reaccionarios a raíz de la contienda.

Ambos bandos sufrieron un error que les impidió conocer que luchaban por la misma causa: los innovadores, en su inquina contra los vicios de la añeja constitución española no repararon en que desconocían también sus virtudes, y los reaccionarios en su afán de conservar las esencias incommovibles de la patria, no miraban que nada tenían que ver con ellas aquellos vicios que las impurificaban.

Llegó aquel momento solemne en que la patria española sintió suspendida con terror su vida después de la convulsión del 2 de Mayo, y el espíritu español encarnó en aquella Junta suprema, que se instaló primero en Aranjuez y se trasladó luego a Sevilla, y en Cádiz se constituyó definitivamente. Sonó la hora suprema de reconstruir la patria. A esto obedeció el propósito de reunir las cortes.

Pero ¿cómo habían de ser las cortes? De esto dependía el desenvolvimiento futuro que había de tener la marcha del país. Había ya muerto Floridablanca, que

defendía el criterio de que debían ser cortes a la española, donde fueran representados los estamentos, como en las viejas cortes de Castilla. Predominaban los partidarios de la representación individualista, al modo como lo entendían y enseñaban los revolucionarios franceses.

Así se hizo y entre los elegidos para constituir aquella asamblea famosa que fué cuna del parlamentarismo español, figuraba Muñoz Torrero. Quizá no pudo tener mejor acierto el parlamentarismo en España que la elección de este hombre para que asistiera a su nacimiento, porque a él debió el nuevo régimen la primera palabra de su vida.

Estaban reunidos aquellos legisladores todos con plena certidumbre de sus resoluciones a favor de su patria; pero con una vaguedad y confusión lamentable respecto a los caminos que habían de emprenderse. Era un momento grave de indecisión, donde se necesitaba la gran serenidad de un entendimiento capaz de abarcar con clara penetración el alcance y la importancia de los pasos que se iban a dar.

Este entendimiento fue Muñoz Torrero, el que indicó los caminos, las orientaciones; el que consagró la importancia y el carácter de la función que desempeñaban y sobre todo, la naturaleza de la institución que allí nacía. Desde entonces puede decirse que Muñoz Torrero fue el verbo de aquella asamblea. Así como Argüelles representaba la acción, Muñoz Torrero representaba la doctrina, el credo en que se fundaba aquella legislación, que había de ser la nueva sábia que se quería infundir en el organismo nacional.

Todo el articulado de la constitución del doce fue debido a Muñoz Torrero, y desde entonces puede decirse que fue el alma de las cortes y el oráculo del partido liberal. Su vida, después de esto, corrió todos los azares y vaivenes que sufrió esta escuela política. Acabada la guerra, se libró al fin de la contienda que antes de ella amenazaba ya estallar entre los innovadores del régimen y los obstinados en mantenerle sin reforma alguna. El rey Fernando, por desgracia, no tuvo carácter ni abnegación para encauzar aquella contienda que con sus vacilaciones acibaró y encontró más furiosamente.

Muñoz Torrero sintió en su fortuna todas las alternativas de la lucha; sus adversarios no le perdonaban haber sido el alma de aquellas cortes y el inspirador de aquella Constitución, que fue la primera semilla plantada en tierra española, de las instituciones que inspiraban sus antipatías.

Seis años, desde 1814 a 1820, estuvo Muñoz Torrero recluido en el convento de San Francisco del Padrón, donde lo tuvo confinado el temor más que el odio de sus enemigos, porque inspiraba más temor su talento y su prestigio, entre los huestes liberales que odio por su radicalismo y apasionamiento, en los que jamás llegó a perder la serenidad de su espíritu reflexivo y equilibrado.

El año 20 triunfaron los doceañistas, como llamaban a los partidarios de la Constitución del 12 y como es natural, Muñoz Torrero recibió todo género de satisfacciones; volvió a ser elegido diputado por Extremadura y presidente de la Diputación permanente que constituyó la Cámara, y propuesto a Roma por el Gobierno para ocupar la sede episcopal de Guadix, sin que el nombramiento llegara a ser aceptado por la Santa Sede.

Este favor de la fortuna duró poco. En el año 23 cayeron los doceañistas y comenzó para Muñoz Torrero el último y más duro calvario de sus desdichas. Se retiró primero a Extremadura, y no encontrándose seguro emigró a Portugal; pero este reino ardía entonces en una discordia civil no menos enconada que la de España, y tuvo la mala suerte de caer en manos de realistas portugueses, cuando se dirigía a Lisboa para embarcar con rumbo a Inglaterra. Fue encerrado en la Torre de San Julián de la Barra y allí inhumanamente tratado hasta que murió el 1829.

Aunque se rebaje del relato que los liberales portugueses hacen lo que corresponde al apasionamiento, todavía queda mucho y muy triste que lamentar, en el cruel del trato que se dio en aquella prisión al infeliz Muñoz Torrero emigrado, anciano ya y desvalido, que por todas estas causas, aún para los que se negaban a admirar sus talentos, era digno, al menos, de la piedad y del respeto que siempre inspiraba el infortunio.

Su cuerpo, que fue enterrado medio desnudo, junto a los fosos de la torre donde murió, en 1864 fue trasladado con gran pompa y solemnidad a Madrid, donde fue enterrado junto a sus correligionarios Calatrava y Argüelles en la Sacramental de San Nicolás.

Juan Bravo Murillo

CON los tumultuosos días que atravesaba la política española por el segundo tercio del pasado siglo, se hacía necesaria la aparición de un espíritu firme y entero, capaz de sobreponerse a las oleadas furiosas de los encontrados enconos, que hacían estremecer con su violencia los cimientos de la patria, y afirmar con férrea mano los sillares de esos cimientos. Extremadura tuvo la fortuna de dar ese hombre a la patria española en el insigne hijo de Fregenal, que se llamó D. Juan Bravo Murillo, espíritu frío, sereno y ponderado, capaz de mirar con calma imperturbable, en medio del fragor de aquellas estrepitosas contiendas, el punto de mira a donde debían dirigirse los esfuerzos de los que quisieron evitar la completa ruina del país.

Había adquirido este hombre una sólida educación intelectual; estudió primero Teología en Salamanca y luego leyes en Sevilla; sus padres, modestos hijos de Fregenal, regularmente acomodados, no le escatimaron medios para que completara su cultura; y él se dio buena traza a aprovecharlos bien, porque apenas terminada su licenciatura en leyes, ya su reputación de jurisconsulto en Sevilla, alcanzó tanta respetabilidad que no tardó en obtener, a pesar de su juventud, puesto tan importante como la Fiscalía de Cáceres y desempeñando estaba este cargo cuando fue elegido diputado por su provincia para las cortes del año 37.

Por esta época tenía Bravo Murillo treinta y cuatro años y su fama de jurisconsulto y economista había andado mucho camino entre los hombres ilustres de aquellos tiempos. Su presencia en las Cortes confirmó plenamente la opinión que de él se tenía.

Aquella palabra serena, limpia, abundante y llena de doctrina, se imponía con el imperio que da a los hombres superiores la plena seguridad de su propia grandeza. Parecía puesto su espíritu firme y penetrante como el contrapeso de todos los violentos sectarismos que nublaban entonces el horizonte político del país. Las demasías apasionadas de la derecha, entre las cuales militaba este grande hombre encontraban freno sorprendente para ellas en las sinceras complacencias con que el gran economista aceptaba de las escuelas más avanzadas a veces, todo cuanto consideraba necesario y conveniente para rehacer la maltrecha Hacienda española.

Eran aquellos días muy aciagos para la vida económica de la nación; a los estragos de la guerra civil, se unía aquel vértigo de apasionamientos políticos, que acaparaban la atención de todos los grandes talentos en las luchas de las escuelas y los partidos, dejando en lamentable abandono los grandes problemas de la Hacienda cuya complicación, cada vez más alarmante, amenazaba al pueblo con la ruina y la miseria.

Y sin embargo, nadie se atrevía a poner mano valerosa en la solución de esos problemas, por miedo a restar fuerzas en las huestes políticas que contendían, al imponer los sacrificios pecuniarios que exige siempre la regulación austera y fuerte de los negocios económicos de un país.

La voz de Bravo Murillo se alzó ante la representación nacional con tan imponente autoridad que los hombres de todas las banderas se vieron obligados a rendirle acatamiento, aunque temían las rígidas desgarraduras que en las ambiciones de

unos y otros bandos pudieran producir los procedimientos, que en la práctica de aquellos planes económicos se hacían indispensables.

Por primera vez ocupó un puesto en el Consejo de Ministros Bravo Murillo en el año 47 desempeñando la cartera de Gracia y Justicia, que abandonó a los pocos meses. Su puesto no era este. El problema que le preocupaba en primer término, a cuya solución consagró las más claras luces de su luminosa inteligencia y los más nobles esfuerzos de su férrea voluntad, estaba en la situación económica del país y comenzó a hacer un apostolado del plan económico que defendió con tanta elocuencia, con tal riqueza de doctrina y tan arrolladora fuerza de lógica, que al fin sometió a su razón a los más implacables enemigos, que no se atrevían a combatirlo en el terreno de las doctrinas.

Pero no era esta sola la preocupación de este grande hombre de nuestra política. A la penetración de su entendimiento no se ocultaba que, para hacer prosperar en la vida nacional cualquier plan regulador de su marcha económica, se hace necesario cimentar vigorosamente el edificio del orden y de la paz pública, y esto se logra rodeando de prestigio el principio de autoridad y restableciendo la calma en la agitación tumultuosa de las conciencias.

La experiencia le había enseñado estas verdades en los obstáculos que encontró para restablecer el orden de la vida económica del país a su paso por los ministerios de Fomento y de Hacienda, el año 47 al 49, a pesar de la popularidad que habían logrado sus doctrinas y procedimientos en la conciencia pública.

Por eso, cuando llegó en 1851 a la Presidencia del Consejo de Ministros, fue su primer empeño restablecer la paz religiosa con el concordato que regularizó definitivamente las relaciones del Estado con la Iglesia, cortando los extragos de la anarquía religiosa que turbaba las conciencias, y a la sombra de una mayor vigorización del principio, de autoridad pudo aplicarse a la implantación de su plan económico y al desenvolvimiento de la prosperidad material, mediante la realización de importantes obras públicas, que multiplicasen las comunicaciones para la circulación de la riqueza, y que llenaron necesidades públicas tan apremiantes como la que vino a satisfacer en Madrid la construcción del Canal de Isabel II, que abasteció de las aguas del Lozoya a la Corte española.

Fue, pues, Bravo Murillo, la primera representación que tuvo en España la política de mesuradas ponderaciones, que personificó más tarde Cánovas del Castillo, quitando a las conquistas revolucionarias la tumultuosa violencia que las esterilizan y poniendo a los apasionamientos reaccionarios el freno de la cordura, que deja abierto el campo a las innovaciones asequibles, mientras no debiliten los indispensables cimientos de la autoridad necesaria para que los progresos de la vida pública se realicen sin peligro de la paz y la tranquilidad de los pueblos. Su labor de apostolado en el orden jurídico y en el económico fue verdaderamente asombrosa, como lo demuestra la copiosa doctrina aun no envejecida, que se contiene en sus libros y discursos.

La última parte de su vida la pasó consagrado a estas tareas doctrinales, sin intervenir directamente por sí en la política, aunque era como jefe, el inspirador del partido moderado que acaudillaba, hasta que la revolución de septiembre le determinó, ya anciano, a retirarse definitivamente de las contiendas de la política activa, muriendo

en Madrid el 10 de Enero de 1873 entre la admiración y el respeto de amigos y adversarios y siendo después trasladados con gran pompa sus restos a Fregenal, cumpliendo su disposición testamentaria.

Este noble pueblo honró con entusiasmo a su hijo, poniendo su nombre a la calle de Jara, donde nació, y señalando la casa con una lápida que se descubrió con gran solemnidad al mismo tiempo que se tributaba igual honor a la memoria del sapientísimo Arias Montano a quien también tiene ese pueblo la fortuna de contarle entre sus hijos.

Juan Donoso Cortés.

EL mismo año 37 del pasado siglo, en que la provincia de Badajoz tenía la fortuna de mandar a las Cortes, entre sus representantes, a D. Juan Bravo Murillo, mandaba también a la Cámara popular otra lumbrera de nuestra política, que había de ser una de las más preciadas glorias de su región y de su patria. Este hombre era un joven que a la sazón contaba solo 28 años; había nacido en el pueblecito que se llama Valle de la Serena y había estudiado filosofía y derecho en Salamanca: se llamaba D. Juan Donoso Cortés.

Cuando por primera vez fue elegido diputado, ya su nombre era conocido en España como una de las mentalidades en que más esperanzas de eximios frutos podían cifrarse. También como Bravo Murillo comenzó a dar los primeros detalles de su alto valer en Cáceres, pero no en el terreno de la Jurisprudencia ni de la Magistratura, como el insigne hijo de Fregenal sino en el Colegio de Humanidades de aquella población, donde desempeñó brillantemente una cátedra de literatura.

Allí fue donde dio la primera gallarda prueba de la arrebatadora elocuencia que había de honrar tanto a nuestra tribuna y a nuestras academias, en un magnífico discurso de apertura, que extendió rápidamente su fama por el país.

Poco después, en 1832, dirige a Fernando VII una admirable Memoria sobre la situación actual de la Monarquía, y su nombre adquiere con esto un prestigio asombroso entre los más renombrados políticos de la nación, que vieron aparecer en él una de las más preclaras y altas mentalidades de la política española. Pero la genialidad de este grande hombre tiene un aspecto enteramente diverso a la de su paisano y contemporáneo Bravo Murillo.

Así como este representaba el vigor resistente de la ponderación que detenía los ímpetus de los encontrados apasionamientos ante el valladar incommovible de la reflexión para conservar los firmamentos fundamentales de la vida de los pueblos, Donoso Cortés representaba el ardor impetuoso las grandes contiendas que habían de librarse en aquella honda crisis de la conciencia pública en España.

Filósofo y artista a la vez, penetraba en los hondos problemas de la razón y ponía luego en la defensa de sus convicciones todo el ardimiento de su alma de artista, más enamorado de la belleza que encerraban los descubrimientos de su penetración, que de la eficacia de su verdad para el porvenir de los pueblos.

Su elocuencia era cálida y brillante, con tal fuerza sugestiva, que arrastraba durante el transcurso de sus oraciones a los espíritus menos adaptables al sentimiento de las verdades que exponía. En un principio fue un enamorado de aquellas novedades que los hombres de las Cortes de Cádiz habían traído a la política de nuestro país.

A la muerte del rey fue un entusiasta defensor de su hija Isabel II, y la reina Gobernadora le otorgó una decidida protección, que le sirvió para ocupar altos cargos políticos. Secretario del Consejo de Ministros fue en el ministerio de Mendizábal; por la clara intuición de su gran talento comenzó a vislumbrar las luctuosas lontananzas que a lo lejos se divisaban, por los derroteros que emprendía la política llamada progresista, y

se separó de aquel ministerio, comenzando desde entonces la honda evolución que había de transformar las convicciones de su espíritu.

Hombre de corazón sensible, más bien de altos sentimientos y penetradoras intuiciones de artista, que de frías y áridas reflexiones de analizador, abrazó la causa de aquella reina Gobernadora, desairada y mortificada por el vendaval de la ingratitud, cuando Espartero le discutió y le ganó la regencia, y con ella fue al destierro, haciendo corte al sufrimiento y a la desgracia de aquella princesa caída del pedestal de sus grandezas.

No volvió a su país hasta que no entró, en el año 43, acompañando victoriosamente a su reina, que premió aquella romántica lealtad confiriéndole la educación de su hija la Reina Isabel. La tribuna española volvió a escuchar asombrada aquella elocuencia vibrante y hermosa, que aleccionaba ya con los documentos de la experiencia, vaticinaba como un profeta de augurios siniestros todas las decadencias que, para la prosperidad nacional, había de encontrarse en la prosecución de aquellos derroteros de las modernas democracias, engañadas con el florido esplendor de idealidades venturosas y fingidas que fantaseaba el ingenioso candor de nuestros liberales de entonces.

En sus discursos de aquella época y en sus obras maravillosas sobre política y sociología, hay tal visión del porvenir, que parecen escritas para nuestros días y en nuestro tiempo. Es un asombro el caudal de erudición filosófica, sociológica y política que se almacena en sus discursos y en sus escritos de este tiempo, y admira aún más que estas frases y hondas lucubraciones no agotaran la fecunda actividad de aquel espíritu prolífico, que todavía tenía tiempo para dedicar al arte el entusiasmo de su culto en obras dramáticas, epopeyas y elegías, y, sobre todo, en lecturas profusas y abundantes de todo el tesoro de nuestra literatura universal, que tan asombrosamente manifiesta conocer y saber sentir y juzgar en sus obras críticas y en aquel inmortal dechado de belleza y arrobadora elocuencia que nos dejó en su discurso sobre la Biblia, con el que hizo su entrada en la Academia Española y que es uno de los más brillantes monumentos del habla castellana.

No volvió a desempeñar cargo en la política activa, pero su alta mentalidad no podía ser dejada de utilizar por la nación, y se le confirió la embajada de París. En aquella capital murió, todavía sin llegar con mucho a la vejez, a los 44 años este hombre grande que en su corta vida hizo que Europa entera volviese con admiración entusiasta sus ojos a los vigorosos destellos del pensamiento español.

Carolina Coronado.

HACE pocos, muy pocos años, no pasa mucho de tres, el vecindario de Badajoz se vio sorprendido por un espectáculo extraño y lúgubre, cuyo sentido se escapaba a la penetración de las gentes atónitas que lo observaban. Era un cortejo fúnebre. Veíanse dos lujosas carrozas, llevando cada una un ataúd, a las que seguían solemnes y enlutados los hombres de mayor relieve intelectual y social de la población.

Los ataúdes habían venido en fúnebres furgones del tren de Lisboa, y a la entrada de la población los esperaba aquel brillante cortejo y una curiosa y apiñada multitud. Era el entierro de una mujer ilustre, que se había sobrevivido mucho tiempo y que ahora nos sorprendía con su funeral, un entierro enteramente extraño e incomprensible, para los que no conocieron el alma romántica y amorosa de Carolina Coronado.

Los que tuvieron la fortuna de conocer en Badajoz, allá por el año 45, a esta mujer inspirada, no hubieran extrañado este funeral, en que el incendio amoroso de aquel alma sensible y apasionada ponía la huella ardiente de sus arrebatados amores, como si desafiara su fuego a las nieves impías del sepulcro.

Por aquel año, apenas había cumplido 22 esta bella poetisa, y ya los acentos de su lira habían resonado tan dulcemente en España, que sus versos se recitaban como una oración, que repetían devotas las almas románticas de aquellos días felices de ensueños y fantasías doradas y sentimentales.

Fue aquella, para Badajoz, una época gloriosa en que florecieron en su recinto entendimientos de gran valer. Los periódicos de aquellos tiempos ostentan firmas tan esclarecidas como las de Gabino Tejado, Valaguer, Pirala, Eulogio Florentino Sanz y al lado de éstas, la de Carolina Coronado, como reina de una dulce corte de amor, en que figuraban Angela Grassi, Tomasa González, María Cabezudo, Joaquina Ruiz, Robustiana Armiño y algunas otras de menor renombre.

Era la época de los dulces devaneos sentimentales, que arrebataron las fantasías juveniles de una generación que ha dejado tras de sí, un rumor dulce y misterioso de ensueño, que siempre tiene algunos ecos en las almas. En aquel ambiente se destacaba la figura bella y espiritual de Carolina, con encantos sugestivos que atraían poderosamente la atención. Su alma excelsa había nacido para sentir todos los encantos de las más íntimas bellezas de la vida. Joven, niña todavía, cuando no había salido aún de Almendralejo, donde nació y donde pasó solamente su infancia, escribió su primera canción, en que lloraba la muerte de una alondra; aquella alondra que tuvo la fortuna de ser enterrada junto a una encina por sus manos infantiles, sirviéndole de sudario el papel que recogió el primer canto de una inspiración tan dulce y tan alta.

Trece años tenía cuando escribió *La Palma* y la melodía de su acento se oyó ya con deleite en todas las naciones. Espronceda la celebró en sentidos versos, Donoso en vibrante prosa y Hartzembuch pocos años después, la celebraba también en el prólogo que pone al primer tomo que se publicó de sus poesías.

Y cuando había saboreado el deleite de sus triunfos, cuando llamada a Madrid había recibido el laurel de la poesía, en el Liceo, donde los más altos ingenios de España rindieron el homenaje de su admiración a su talento y a su hermosura, volvió a su retiro en Badajoz, y vagando por las floridas campiñas de Bótoa, su alma enternecida exhaló ese suspiro melodioso y suave que se llama *El amor de los amores*, donde bullen inquietos y desconsolados los anhelos imprecisos de íntimos amores, cuyos altos objetos se pierden en las lontananzas misteriosas de su fantasía, unas lontananzas lejanas y borrosas a donde no alcanzan sus manos finas, blancas, inspiradas, que se resignan, pálidas, a enviarle los besos de su lira.

Durante algunos años vagó por España, siguiendo los azares de la fortuna de su familia y dejando siempre en sus dulces cantos, la huella sonora de su paso, siendo más dulces, más sentidas, más sinceras siempre, las que arrancaron las imponentes soledades nostálgicas y llenas de apacible melancolía, que deleita y sobrecoge a la vez el alma de los que sueñan, como la hermosa canción que le inspira el castillo de Salvatierra. Y al fin, un día para ella venturoso, los anhelos vagos, las ansias inefables de dulces amores soñados y no comprendidos, tuvieron satisfacción en un hombre que le consagró su vida. Ella recibió la ofrenda y la correspondió con creces. Se casó con aquel noble americano, diplomático y opulento; su vida ya no fue más que una realización dichosa de sus dulces ilusiones, que no se resignó nunca a ver truncada por las frías desgarraduras de la muerte.

Vió morir a una hija, y sus despojos era para ella una prenda que se resistía a abandonar a las inclemencias aniquiladoras de la tierra, como si en sus brazos, con su amor y sus lágrimas, quisiera conservarle la vida. Y murió el hombre de sus amores y no fue posible separarla de su cadáver en todo el resto de su vida, que la ofreció entera como un holocausto en el altar de aquella sepultura misteriosa y trágica que se escondía en las lobregueces de la capilla, en un palacio señorial, cercano a Lisboa, que perteneció en otros tiempos a los patriarcas y todavía lleva el nombre de su *Mitra*.

Quizá cuarenta o cincuenta años vivió así nuestra poetisa, dando culto a sus muertos amores, en las soledades del sepulcro, y solo muy de tarde en tarde se oía algún acento lejano, de sus cantos, que cada día sonaban más apagados, como una voz de ultratumba.

Su recuerdo, sin embargo, perduraba en Extremadura. Un día quisieron arrancarla los extremeños de aquel destierro luctuoso, para ceñir su frente gloriosa con el laurel de sus admiraciones, y desde allá amorosa y dulce, contestó a sus compatriotas.

Una corona no, dadme una rama
De la adelfa del Gévora querido,
Y mi genio, si hay genio, habrá obtenido
Un galardón más grande que la fama.
No importa el porvenir cómo se llama
La que al mundo decís que dio al olvido;
Que mi patria en el alma está escondido
Ese nombre que aún vive, sufre y ama.
Os oigo desde aquí; desde aquí os veo,
Y de vosotros hablo con las olas,

Que me dicen con lenguas españolas,
Vuestro afán, vuestra fe, vuestro deseo,
Y siento que mi espíritu es más fuerte
En esta vida que ya parece muerte.

El vigor sentimental de su alma parece que pretendía vencer los umbrales insuperables de la muerte; por eso proseguía su culto amoroso a aquellas cenizas que yacían heladas en el sepulcro, y por eso quiso que, aun después de su propia muerte, como en un viaje de nupcias funerales, los dos cadáveres amantes vinieran a la patria de sus amores a reposar eternamente unidos.

La ciudad recibió asombrada y conmovida la grandeza trágica de aquel fúnebre cortejo nupcial, y sobre el ataúd de la poetisa puso el Ateneo la corona de sus admiraciones, acompañando a aquel fúnebre cortejo hasta el cementerio de la ciudad, donde yacen juntos en terno abrazo los esposos amantes.

Poco después el Ateneo, en una fúnebre velada, solemne y sentida, ponía sobre la sepultura gloriosa las flores de su respeto y de su entusiasmo por aquel alma inspirada y sentimental, que había pasado por la población como la caricia blanda y suave de un dulce sueño y dejaba tras de sí una ráfaga perfumada y luminosa de amor tan vivo, tan vigoroso y encendido, que quiere proseguir ardiendo hasta en las muertas frialdades de la tumba.

Adelardo López de Ayala.

POCAS veces habrá podido decirse con tanta razón, como respecto de Adelardo López de Ayala, que la cara es el espejo del alma. Aquellos ojos grandes, serenos y bellos; aquella trova blonda y abundante, el mostacho recio, grande y retorcido, sobre la perilla larga y rizada, todo ello en el óvalo de aquel rostro interesante, que pedía imperiosamente el rotundo marco de una gorguera del siglo XVII, revelaban el alma romántica y soñadora de un gran poeta, los destellos luminosos de una mentalidad extraordinaria, y aun el dejo interesante de negligente indolencia, que suele dar a los espíritus superiores la conciencia de su propia grandeza, en el victorioso parangón con las menudas pequeñeces de que está erizada esta pobre vida terrena.

Y así era Ayala. Fue, ante todo, poeta. Pretendió, en los primeros años de su juventud, cuando salió de Guadalcanal, el pueblo de su nacimiento, estudiar leyese en Sevilla; pero su espíritu de poeta no se avenía a aquellas áridas lucubraciones, y fue más conocido por los versos que brotaron ya entonces de su pluma, que por sus lauros académicos; no tuvo paciencia para concluir los estudios. Veinte años tenía cuando en 1849, llegó por primera vez a Madrid, que había de ser el teatro de sus triunfos y no tardó en dar a la gloriosa escena española uno de sus más nobles galardones con el ruidoso éxito de *Un hombre de Estado*.

Su fama de poeta creció rápidamente con sus nuevos dramas y con sus exquisitas e inspiradas poesías líricas, llegando enseguida a ser una de las figuras más interesantes y más respetadas en todos los cenáculos literarios. Esto lo llevó a la redacción de *El Padre Cobos*, inolvidable semanario satírico, en que escribían las más escogidas plumas de aquel tiempo, haciendo un verdadero modelo de sátira distinguida y del habla castellana; y por esta puerta de bella y escogida literatura entró Ayala en la política, siendo su primer discurso aquel dechado de elocuencia y de sagacidad con que defendió a este periódico ante el jurado.

En ninguno de los discursos que pronunció después, se retrata tan diáfananamente su alma, como en esta incomparable oración, en que manifiesta el alto desdén con que su espíritu generoso y soñador mira los estrechos moldes de la política de partidos, donde tan mal caben los altos ideales que él, en el teatro, como poeta, había sabido descubrir en el alma del pueblo español, al ver asomar en sus ojos las lágrimas ardientes del entusiasmo, cada vez que le había puesto delante los amores de su religión, las grandezas de su historia patria y las epopeyas veneradas de sus reyes.

Después, la negligencia perezosa de su espíritu se dejó bambolear por las olas de la revolución, y las luces de su talento, la arrogancia viril de su ánimo, y la elocuencia de su palabra, lo llevaron al banco ministerial dos veces en el periodo revolucionario, saliendo del último de aquellos ministerios por la sinceridad indisciplinada, con que la rectitud de su espíritu, mal avenido con las conveniencias de aquellos gobiernos, acusó duramente la inconsecuencia de los hombres que más alardeaban de sacrificarse por los ideales democráticos.

Cánovas no desaprovechó la ocasión de atraerse tan poderoso elemento a las fuerzas que acaudillaba, y en su primer Ministerio de la Restauración, ocupaba Ayala el puesto que había abandonado en el de Prim, llevándolo después, a la Presidencia del Congreso.

Pero la política era para Ayala una cosa secundaria a la que dedicaba solamente forzadas atenciones; su alma estaba entregada por completo al arte; era un entusiasta contemplador estático de la belleza, y a su culto consagraba todos los entusiasmos y toda la actividad que le permitía aquella invencible y aristocrática negligencia que dominó siempre su vida, aumentando el encanto de sus atractivos y restándole fecundidad a su talento poderoso.

Dejó siempre caer con desdeñosa apatía los áureos frutos de su talento, los mismo en las maravillosas oraciones parlamentarias- entre las que luce como una gloria de nuestra elocuencia, la que pronunció a raíz de la muerte de la Reina Mercedes_ que de aquellas obras gloriosas que dio a nuestro teatro como *Tanto por ciento* y *Consuelo*, y tantas otras, dejando en proyecto muchas más, que la pereza no le permitió desenvolver, y en las exquisitas poesías líricas, entre las que están los sonetos, esos modelos de belleza insuperable, que serán siempre una gloria de la inspiración y del habla castellana.

Era el de Ayala, aquel bello tiempo de transición para nuestra literatura, en que habían decaído las locuras neuróticas del viejo romanticismo, conservándose intactas todavía las dulces modulaciones de su sentimental emotividad, y en que una reacción enérgica del buen sentido, volvía la vista al pulimento y decoro de la corrección clásica, sin convertirla en presión estrecha, agostadora de los nobles vuelos de la fantasía y de las sinceras emociones hondas del espíritu. Parecía el alma de Ayala, sentimental y dulcemente ponderada en asientos firmes de fijadas convicciones morales y religiosas, modelada para personificar el ambiente estético en que se desenvolvía el arte de su tiempo.

La clara intuición de su entendimiento poderoso, penetró tan hondamente en este estado del alma contemporánea, que su obra literaria fue el verbo de aquella generación, y eso explica la asombrosa popularidad que disfrutó y que mirada desde tiempos ya tan posteriores como los nuestros, nos parece un poco inexplicable, al menos en su magnitud. Y él era tan amante de estos lauros con que la popularidad de su arte ceñía su frente, que hacía alarde de ponerlos en su estima, mucho más en alto que todas sus ascensiones en la carrera de la política, y así lo demostraba, pasando del alto sitial de la presidencia de las Cortes al proscenio del *Teatro Español*, para recibir las ovaciones de su *Consuelo*, esa hermosa obra cuyas incomparables escenas fueron, en gran número, escritas y pulimentadas en la misma mesa de la presidencia del Congreso, mientras discurrían solemnes y tediosas las lenguas sesiones de discusión de presupuestos.

Así transcurrió, entre satisfacciones y triunfos alcanzados sin grandes esfuerzos, por el vigor de aquel talento poderoso, la última etapa de aquella vida fecunda, que se acabó cuando tocaba los primeros umbrales de la vejez y sin que hubieran llegado para su espíritu vigoroso, ni para su inspiración, los días fríos de las decadencias, sino en el apogeo de su gloria al terminar el año 79 de su siglo.

Moreno Nieto.

UN año hacía que se habían extinguido para siempre los acentos de la elocuencia de Donoso, cuando Extremadura mandaba a la tribuna española, en las Cortes del 54, otra voz elocuente que había de asombrar a España con los destellos de su sabiduría; la de D. José Moreno Nieto.

Tenía este hombre insigne, cuando fue por primera vez a las Cortes, casi la misma edad que Donoso, cuando apareció por vez primera también en el Parlamento, unos 28 años. Era entonces catedrático de Árabe en la Universidad de Granada, y aquella provincia le había conferido su representación en Cortes, siendo ya conocidísimo y admirado de todos por su talento, por su erudición asombrosa, por su elocuencia extraordinaria. Había ganado por oposición una cátedra después de unos ejercicios verdaderamente notables que practicó en Madrid donde era ya también conocidísimo entre catedráticos y escolares, porque en su Universidad había estudiado leyes, en cuya facultad se doctoró poco antes de practicar estos ejercicios.

Apenas contaba 25 años y era ya un consumado arabista y un gran maestro en la literatura y la historia de esa raza. Fueron estos estudios una de las primeras ansias de sabiduría que se despertaron en su alma, todavía casi en la niñez, cuando estudiaba humanidades en Toledo, capital a donde se trasladó desde Siruela, el pueblo de su nacimiento, para comenzar sus estudios a los once años de edad. Pero sus nobles anhelos de saber no podrían contenerse en los límites de una sola disciplina, y pronto se extendió a todas, abarcándolas con asombroso dominio. La política, la sociología, la filosofía y la literatura eran los campos más frecuentados por aquel vigoroso entendimiento, y su vida se concentraba por completo en esas dulces delectaciones intelectuales, en los goces inefables que da el dominio de el saber, si el saber llega con en este caso, a ser tan alto y tan completo que disipa dudas, aplaca apasionamientos y llena de dulce paz y benevolencia al espíritu.

Granada era campo estrecho para que lucieran las excelencias de aquella mentalidad maravillosa, y a poco fue a Madrid a desempeñar una cátedra de Historia de los Tratados, que ganó por oposición. Entonces fue cuando en el Parlamento, en las academias y en el Ateneo, comenzaron a lucir los fulgores de su alta sabiduría, asombrando aun a los más preclaros entendimientos que lucían en la Corte, y eran tiempos en que vivían Cánovas y Castelar.

Parecía sin embargo Moreno Nieto como el lazo de amor que está siempre en las altas cumbres del saber, desde donde se mira con igual piadosa compasión las más encontradas pequeñeces de los hombres. Espíritu creyente y sinceramente cristiano, siempre consagró el entusiasmo de sus admiraciones y la profesión firme de su fe a la religión católica; pero su espíritu amplio, benévolo, piadoso, no veía tan angostos los límites de las doctrinas ortodoxas, que pudieran excluirse de su campo sin apelaciones ni excusas las conquistas todas del pensamiento moderno. Y de ahí nacieron aquellas tolerancias y amalgamas extrañas y sorprendentes que se veían en sus discursos, viendo congruencias, a veces, entre las teorías que se consideraban más incompatibles.

El partido conservador lo tenía como el más eficaz medio de rechazar las acometidas de la erudición elocuente de Castelar, pero a veces, remontados ambos atletas a las regiones de las altas visiones de la sabiduría, donde ambos denominaban con tan pleno señorío, se abrazaban cariñosos en vez de combatirse, en medio de la estupefacción de las huestes de cada uno, que quedaban abajo, en la tierra, defraudados y atónitos, sin comprender lo que veían.

Esto hacía que la política militante no pudiera contar con este hombre grande, que tan lejos se ponía siempre de las menudas realidades de la vida, donde respira y se nutre esa política. Todos, comenzando por Cánovas, lo querían y lo admiraban, con la más sincera efusión, pero temían colocarlo en puestos políticos donde se necesitaran las crudas acometividades e intransigencias de las banderías porque sabían que su alma noble, su espíritu tolerante, su corazón bondadoso, llegados esos momentos, o abandonaba el campo o inutilizaba el arma que su bando le hubiera puesto en su mano para acometer al enemigo. Era su bondad uno de los más encantadores aspectos de la grandeza de aquel alma extraordinaria; puede decirse que no sabía odiar.

Aquel hombre modesto, lleno de sabiduría, de merecimientos, de honores y admiraciones tan legítimamente merecidas, jamás tuvo un asomo de esa consciencia del propio valer que tan frecuentemente empaña los atractivos de la sabiduría en muchos hombres. Fue presidente del Ateneo, y allí sí que estaba en su centro D. José Moreno Nieto; después de elegido por primera vez, fue siempre este el ambiente de su vida, y el alma de aquella culta sociedad.

Se pasaba la vida en aquella biblioteca, que él impulsó tan vigorosamente, haciendo estudios, preparando conferencias y dirigiendo, enseñando y orientando siempre con paternal cariño a cuantos acudían a cada momento allí a beber en el caudal inmenso de su sabiduría.

Y en sus asombrosos discursos académicos, donde se desbordaba como una catarata impetuosa el tesoro inmenso de su sabiduría, ornada con las galas encantadoras de su espléndida elocuencia inimitable, se esparcía deleitosa y apaciblemente la grandeza de su espíritu en esa comunicación que necesitan siempre los altos entendimientos, como estímulo y ambiente de su vida.

Era la suya una época de enconada contienda sociológicas y políticas, en el campo teórico de las diversas escuelas que reñían en el Ateneo las más rudas batallas; pero cuando más encendido y tumultuoso era el fragor de la pelea en aquellas discusiones, surgía en la tribuna este hombre endeble, de aspecto humilde y simpático, a pesar de la fealdad de su rostro, señalado profusamente de viruelas, y comenzaba a hablar lenta y embarazosamente, como si el tumulto de las ideas no pudiera penetrar holgadamente en el estrecho cauce de la palabra; pero poco a poco, como si este cauce se iluminara y encendiera de luces maravillosas, de desenvolvía la grandeza de aquel pensamiento en una oración, limpia, rápida y brillante, que la transfiguraba dando a la figura proporciones de gigante y nimbándola con halo sugestivo de profeta, que hacía deponer todos los rencores y enconos de escuela, para dejar paso a las explosiones del entusiasmo, que juntaba todas las manos en frenéticos aplausos y todas las almas en rendidas admiraciones.

Y en este dulce esparcimiento del espíritu grande y generoso le sorprendió inesperada la muerte, sin pasar de los 57 años de su edad. La admiración y el cariño que inspiraba en Madrid y en toda España, este hombre tan sabio y tan bueno, era tan grande, que la noticia de su muerte inesperada arrancó en todas partes una de las más sinceras manifestaciones de duelo que se han tributado a los hombres ilustres.

Cristobal Oudrid.

HACE unos quince o veinte años, en la esquina de la derecha de la calle de Lagares³⁴ entrando por el campo de San Juan, se levantaba una casita modesta, que hoy ha sido ya sustituida por una edificación más espléndida. Aquella modesta vivienda pertenecía a una acomodada familia de Badajoz que ya hoy ha desaparecido de la ciudad, pero cuyo último vástago, don Benito Crespo, fue conocido por una gran parte de la generación presente, según me cuentan.

En el principal del esa modesta casa vivía, hacia el año 24 del pasado siglo, un profesor de música muy reputado en Badajoz, que se sostenía del producto de las lecciones que daba de su arte a las hijas de las principales familias que vivían en la población. La familia de D. Benito Crespo, le regalaba el alquiler de aquella vivienda a cambio de las lecciones de piano que daba a sus hijas. El referido profesor había sido músico, militar y era hijo de un de aquellos soldados franceses que se quedaron aquí rezagados en los tiempos de la invasión, y constituyeron familia casándose con españolas.

Aquí se casó él también, y viviendo en la referida casa, hacia el año 29, le nació un hijo que se llamó Cristobal. No era el producto de su arte tan pingüe que le permitiera pensar en dar a su hijo carrera, y por esto se decidió a aleccionarlo en los rudimentos de su arte, para el que ofrecía excepcionales disposiciones, con el fin de que, llegada la edad oportuna, ingresara, como él había hecho, en la banda de algún regimiento, proporcionándose, por este medio, un modesto porvenir.

Así lo hizo. Y cuando tenía 15 años fue a Madrid, donde, adscrito a la banda de un regimiento de aquella guarnición, completó Cristobal su educación musical recibiendo lecciones de nuestro Saldoni, para quien llevó a Badajoz recomendaciones expresivas. Poco tardó el joven Oudrid en dar pruebas de la extraordinaria aptitud para el arte a que se consagraba, y su reputación entre los músicos le permitió pronto ver más amplios caminos para su provenir que los que podían ofrecerle sus ascensos en las bandas militares, por lo cual, cumplido su compromiso, empezó a vivir libremente del cultivo de su arte.

Comenzó haciendo composiciones para orquesta, que enseguida le dieron una envidiable reputación y el puesto de director de orquesta en los principales teatros de la Corte. Era aquel el tiempo floreciente de la música española, en que se llegó a soñar con la creación de una ópera nacional por el desenvolvimiento gallardo que se le dio a nuestra Zarzuela.

Oudrid tomó parte activa en aquel movimiento artístico, siendo uno de los más populares y meritorios paladines. *El Postillón de la Rioja* y *el Molinero de Subiza* consagraron definitivamente la fama de su nombre, ocupando después los puestos de mayor relieve entre los profesionales de este bello arte, lo mismo en los teatros de zarzuelas que en el Real, siendo muy numerosas y populares las zarzuelas que escribió, cuya completa enumeración se encuentra en los periódicos profesionales que en el año 77, en que acaeció su muerte, le dedicaron sentidas necrologías significativas del alto concepto en que se llegó a tener la inspiración del insigne músico extremeño.

³⁴ Desde hace algunos años esa calle se llama de Zurbarán.

(Las noticias que respecto a la familia y vivienda y primeros años de este notable músico consigno, no las he visto escritas en su biografía: sino que las he oído a una señora anciana que hace pocos años vivía aún en Badajoz y había conocido a la familia de Oudrid. Era la madre de D. Francisco Saavedra, notable profesora de instrucción primaria que murió en la flor de su juventud desempeñando el cargo de Regente en la Escuela Práctica agregada a la Normal de Maestras de esta capital. Hago esta aclaración exclusivamente para explicar el motivo de estas afirmaciones, que no se encuentran, como digo, en las biografías del músico).

A LOS 29 DÍAS DEL MES DE ENERO
DEL AÑO 1915 DE N.S. JESUCRIS-
TO. EN BADAJOZ Y EN LA OFI-
CINA TIPOGRÁFICA DE LOS SE-
ÑORES UCEDA HERMANOS,
ACABÓSE DE IMPRIMIR ES-
TA OBRA, EDITADA POR
EL EXCELENTÍSIMO
AYUNTAMIENTO
DE ESTA
CAPITAL DE LA
CUAL SE
HICIERON 500
EJEMPLA
- RES.

ANEXO 1: Índice de personajes

ÍNDICE: NOMBRES CLAROS EXTREMEÑOS NOTAS BIOGRÁFICAS: POR ÁNGELES MORÁN MÁRQUEZ.	
EXTREMEÑOS CÉLEBRES	Nº DE PÁGINAS
PRÓLOGO	7-10
TORRES NAHARRO	13-22
SAN PEDRO DE ALCÁNTARA	25-35
EL DIVINO MORALES	39-50
RODRIGO DOSMA	53-63
EL BROCENSE	67-76
ARIAS MONTANO	79-85
HERNÁN CORTÉS	89-98
VASCO NÚÑEZ DE BALBOA	101-111
FRANCISCO PIZARRO	115-126
FRANCISCO ZURBARÁN	129-133
MELÉNDEZ VALDÉS	137-144
MUÑOZ TORRERO	147-152
JUAN BRAVO MURILLO	155-159
JUAN DONOSO CORTÉS	163-167
CAROLINA CORONADO	171-176
ADELARDO LÓPEZ DE AYALA	179-183
MORENO NIETO	187-191
CRISTÓBAL OUDRID	195-197

ILUSTRACIONES



Puente del Calamón y Hoyo de los Mártires (Biografía de San Pedro de Alcántara)



Ruinas del Palacio del Duque de Férias (Biografía de Torres Naharro)



140

Calle de Vasco Núñez



Estatua de Moreno Nieto en Badajoz

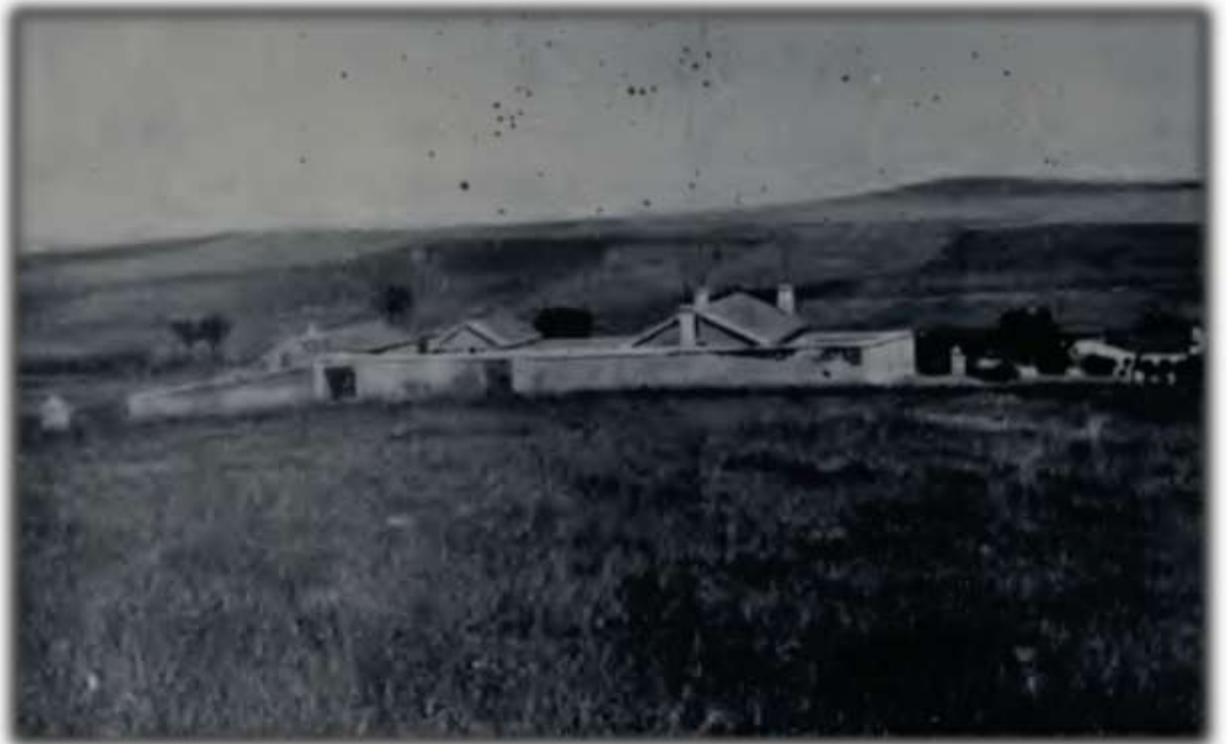
Fuente: Elaboración propia.

FOTOGRAFÍAS



El Puente de San Gabriel (Biografía de San Pedro de Alcántara)

141



El Polvorín (Biografía de San Pedro de Alcántara)

Fuente: Elaboración Propia.



Calle de Morales (Biografía de Divino Morales)

142



Pajaritos (Biografía de Divino Morales)

Fuente: Elaboración Propia.

FOTOGRAFÍA Y GRABADOS



El Seminario (Biografía de Rodrigo Dosma)

143



Ángeles Morán Márquez



Ayuntamiento (Badajoz)

Fuente: Elaboración propia.



Vasco Núñez de Balboa



Hernán Cortés



El Brocense



Arias Montano

ILUSTRACIONES



Meléndez Valdés



Muñoz Torrero



Bravo Murillo



Carolina Coronado

ILUSTRACIONES



Adelardo López Ayala



Moreno Nieto



Francisco Pizarro



Cristóbal Oudrid

ANEXO 3: Tabla descriptiva de los personajes biografiados por Ángeles Morán Márquez.

NOMBRE	LUGAR DE NACIMIENTO	FECHA	PROFESIÓN	SIGLO	PROVINCIA
Bartolomé de Torres Naharro	Torre De Miguel Sesmero		Poeta, Clérigo y Patriarca del Teatro Español.	XVI	BADAJOS
San Pedro De Alcántara	Alcántara	1499	Santo. Religioso.	XV	CÁCERES
El Divino Morales	Badajoz	1517	Pintor	XVI	BADAJOS
Rodrigo Dosma	Badajoz	1533	Canónigo, Teólogo y Catedrático	XVI	BADAJOS
El Brocense	Brozas	1523	Catedrático de Retórica. Humanista y Gramático	XVI	CÁCERES
Arias Montaña	Fregenal	AÑO 27	Excelso Ingenio. Publicó La Primera Retórica Latina	XVI	BADAJOS
Hernán Cortés	Medellín	1485	Conquistador. Conquista Méjico	XV	BADAJOS
Vasco Nuñez De Balboa	Jerez De Los Caballeros	1475	Genio y Conquistador Del Istmo de Panamá	XV	BADAJOS
Francisco Pizarro	Trujillo	1468	Capitán y Conquistador	XV	CÁCERES
Francisco Zurbarán	Fuente De Cantos	1598	Artista, Pintor	XVI	BADAJOS
MeléndeZ Valdés	Rivera Del Fresno	AÑO 80	Abogado	XVIII	BADAJOS
Muñoz Torrero	Cabeza Del Buey	1761	Rector y Catedrático De Filosofía	XVIII	BADAJOS
Juan Bravo Murillo	Fregenal	1803	Abogado	XIX	BADAJOS
Juan Donoso Cortés	Valle De La Serena	1809	Político. Diputado	XIX	BADAJOS
Carolina Coronado	Almendralejo	1821	Poetisa	XIX	BADAJOS
Adelardo López De Ayala	Guadalcanal	1829	Poeta. Dramaturgo	XIX	SEVILLA*
Moreno Nieto	Siruella	AÑO 24	Catedrático, Filósofo Político	XIX	BADAJOS
Cristóbal Oudrid	Badajoz	1829	Músico	XIX	BADAJOS

Anexo 4: Acta de celebración del concurso literario

Oficio del Presi- Dada cuenta del oficio del Señor Presidente del Ateneo
dente del Ateneo. participando que el premio concedido por S. E. por las
Juegos florales últimamente celebrados sobre el tema
"Resumen biográfico de Extremos ilustres, cuando se
referencia a aquellos cuyos nombres honran las calles de
esta Ciudad" ha sido adjudicado por el Jurado calific
cador al trabajo que lleva por lema "Pax Augusta" de
que resulta autora la Señora D.^{ca} Angeles Borrau, Di
rectora de esta Escuela Normal de Maestras, el Ayun
tamiento acordó: consignar en acta y honrarse en com
municado a dicha Señora sus expresivos votos de gracias
por la atención que supone el haberse dignado cooperar
a la obra de difusión de cultura que pretendió realizar
S. E. al instituir dicho premio; felicitarla efusivamente
por la brillante sencillez con que ha sabido contar las
glorias de nuestra patria chica; y congratularse de que
aquella merecida distinción haya recaído en ella que
trou relevante dotes de cultura y de amor a la infancia
tiene acreditada con las instituciones que en favor de
esta ha creado.

148

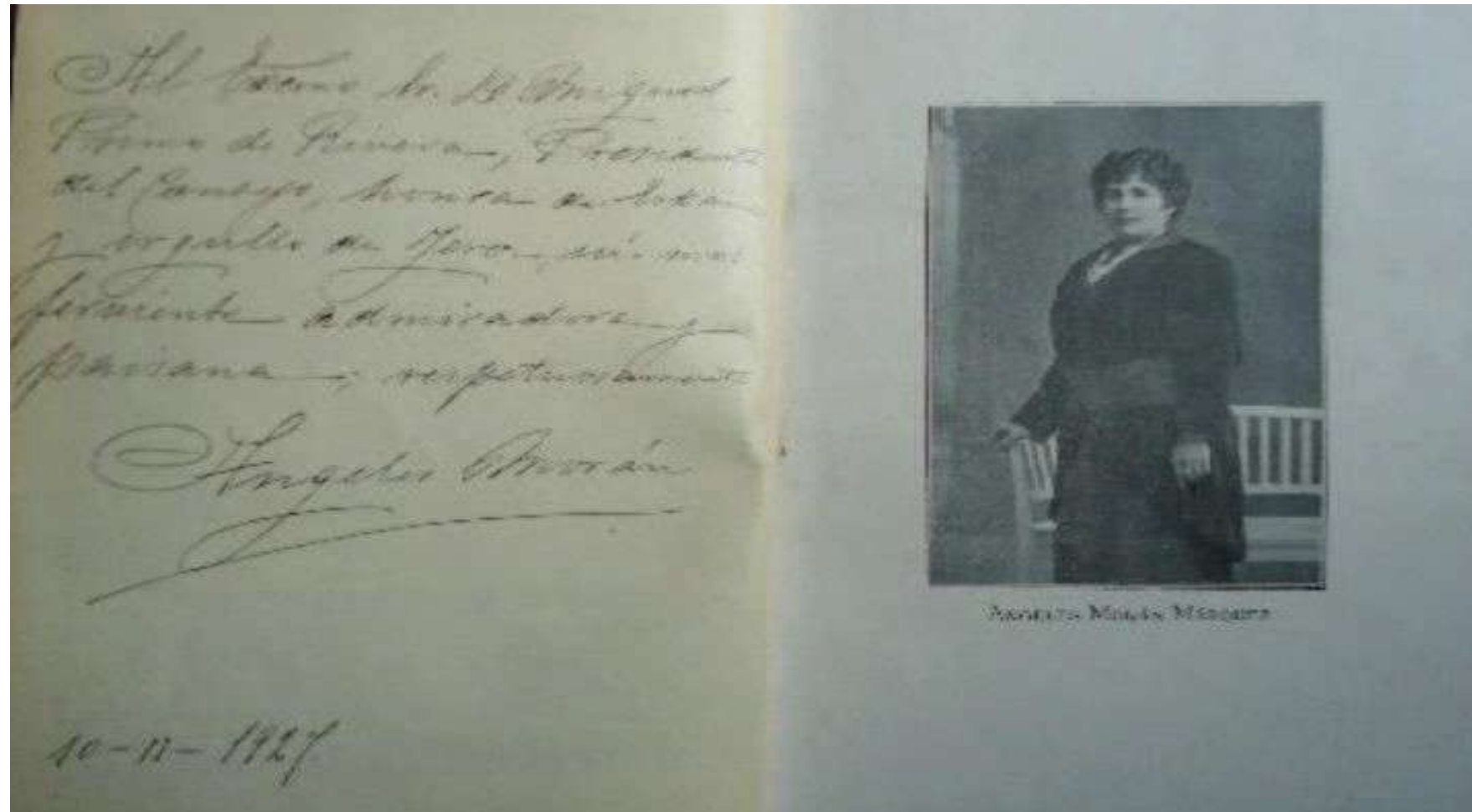
Fuente: Libro de Actas de Acuerdos del Pleno del Ayuntamiento de Badajoz de 1914
Acuerdo de 17 de enero de 1914 (página 14).

Concesion de
un premio al
Alcorno para
los Juegos Flo-
rales.

La Presidencia dió cuenta de la última visita que una Comisión del Alcorno la habia hecho para que le propusiera á S. E. la concesion de un premio por los Juegos Florales que proyecta celebrar en Badajoz en la época de ferias. El Ayuntamiento á propieta de los Señores Linares y Clavel acordó concederle en cantidad de doscientas cincuenta pesetas pagada con cargo al capítulo de imprevisitas para el mejor trabajo histórico biográfico de las glorias de Extremadura con preferencia de aquellas hijas que honran con sus nombres las calles de esta Ciudad, redactado en forma de que pueda servir para libro de lectura en las escuelas, pues la edicion se compromete á hacerla por cuenta esta Exma. Corporacion. Se acordó además que la Comisión de Instruccion pública á la que se agregaran los Señores Linares y Clavel redacte el tema de dicho premio y fije las bases y condiciones de onicomo.

Fuente: Libro de Actas de Acuerdos del Pleno del Ayuntamiento de Badajoz de 1914
Acuerdo de 16 de junio de 1914 (página 88).

ANEXO 6:



Dedicatoria a Primo de Rivera fechada en el 10 de noviembre de 1927

ANEXO 7: Tabla descriptiva de los valores a inculcar

OFICIO / PROFESIONE	VALORES PERSONALES	CARACTERÍSTICAS FÍSICAS	PERSONAJES
RELIGIOSOS	<p>M. Torrero: austero, heroico. Sus talentos excepcionales. Fue encerrado en la Torre de San Julián de la Barra y allí inhumanamente tratado hasta que murió. (pág. 147).</p> <p>San Pedro de Alcántara: retraído que huía obstinadamente del trato con los seculares, como no fuera en los casos en que se lo imponía la caridad. (pág. 29).</p>		Muñoz Torrero (pág. 147) y San Pedro de Alcántara (pág. 25).
POLÍTICOS	<p>Bravo Murillo: De espíritu frío, sereno y ponderado, capaz de mirar con calma imperturbable, en medio del fragor de aquellas estrepitosas contiendas. Palabra serena, limpia, abundante y llena de doctrina, se imponía con el imperio que da a los hombres superiores la plena seguridad de su propia grandeza (pág. 156).</p> <p>Juan Donoso Cortés: representaba el ardor impetuoso. Filósofo y artista a la vez, alta mentalidad. Dechado de belleza y arrolladora elocuencia (pág. 166).</p>		Bravo Murillo (pág. 155) y Donoso Cortés (pág. 163).
MILITARES	<p>Vasco Núñez de Balboa: Llegó al cabo la noticia de sus proezas, de su heroísmo, de sus triunfos, de lealtad a su rey, a su patria, a su fe (pág. 110).</p> <p>F. Pizarro: Su esfuerzo y aptitud guerrera le hicieron conquistar imperios. Sabía dar interés y color a lo que contaba (pág. 121).</p> <p>Hernán Cortés: hombre extraordinario, noble en su conducta, atrayente en su trato, ameno en su conversación, siempre graciosa, siempre franca y sincera y nunca mortificante para nadie (pág. 92)</p>	<p>Núñez de Balboa: hombre joven, de noble presencia y rostro distinguido y simpático; su mirada altiva e ingenua tenía el sugestivo candor de esa confianza en el porvenir que tienen los predestinados a las más altas empresas. De espíritu aventurero, se embarcó para América en las expediciones de Rodrigo de Bastidas (pág. 102).</p> <p>Hernán Cortés: Fuerte, vigoroso, inteligente (pág. 89).</p>	Hernán Cortés (pág. 89), Núñez de Balboa (pág. 101) y Francisco Pizarro (pág. 155).

ANEXO 7: Tabla descriptiva de los valores a inculcar

<p>ARTISTAS</p>	<p>Zurbarán: Apacible, de vida tranquila, cristiana, en una población alegre y riente como Sevilla, pero de ensoñadora espiritualidad de fantasía galana y de ardiente pietismo lleno de esplendores luminosos: todo ello se refleja vigorosamente en sus cuadros (pág. 132).</p> <p>C. Oudrid: extraordinaria aptitud para el arte, notable músico consigno, de gran fama por sus numerosas y populares zarzuelas (pág. 197).</p>		<p>Zurbarán (pág. 129), Cristóbal Oudrid (pág. 195).</p>
<p>ESCRITORES</p>	<p>M. Valdés: Su inteligencia, su inspiración de poeta, su asiduidad estudiosa y sobre todo, aquella suavísima dulzura de su carácter, le habían granjeado amistades sinceras y efusivas. Poeta decoroso y modesto (pág. 138).</p> <p>El Brocense: gloriosos sus triunfos. Un enamorado del saber; se inició en el cultivo de las más altas disciplinas; era ya un gran humanista, pero quería saber más; penetró en las arduas cuestiones de la filosofía y de la teología (pág. 71).</p> <p>Carolina Coronado: vivió dando culto a sus muertos amores (pág. 174). Dulces cantos, huella sonora de sus pasos, apacible melancolía (págs. 172-173).</p> <p>Torres Naharro: poeta de más entusiasmada admiración se le veneraba como una gran figura de nuestras letras patrias (pág. 14).</p> <p>Arias Montano: espíritu, ansioso de sabiduría. Su inteligencia brilla con tal vigor, que la publicación de su Retórica latina, entusiasmó a los sabios humanistas (pág. 80).</p> <p>R. Dosma: extraordinaria e intensa profusión de conocimientos. Maravilloso dominio de las lenguas clásicas y orientales, y que no tenía nada de modesto, inasequible y poco tratable. Revela un extraordinario amor al terruño (pág. 55).</p>	<p>M. Valdés: un joven como de unos 26 años, de aspecto enfermo y porte distinguido, pelo rubio y abundante, facciones menudas y finas, y maneras suaves y dulces que le hacían en extremo interesante (pág. 137)</p> <p>López de Ayala: Aquellos ojos grandes, serenos y bellos; aquella trova blonda y abundante, el mostacho recio, grande y retorcido, sobre la perilla larga y rizada, todo ello en el óvalo de aquel rostro interesante (pág. 179).</p> <p>Carolina Coronado: bella poetisa, y los acentos de su lira habían resonado tan dulcemente en España. Figura bella y espiritual, con encantos sugestivos que atraían poderosamente la atención (pág. 172).</p> <p>Arias Montano: un hombre pequeño, de aspecto noble, ojos penetrantes y pensadores y faz serena, que se pasaba los días inclinado sobre grandes infolios, escribiendo, anotando con actividad incansable.</p>	<p>Meléndez Valdés (pág. 137), El Brocense (pag. 67) López de Ayala (pág. 179) Carolina Coronado (pág. 171) Torres Naharro (pág. 13) Arias Montano (pág. 79), Rodrigo Dosma (pág. 53)</p>

Anexo 8:

Callejero y Plano de Badajoz (Inicios del XX)

Personajes comunes en *NCE*

153

<p>Imagen 1 (Listado de calles y monumentos)</p>	<p>Autor : Desconocido Fecha: Principios de siglo XX Fuente: Archivo Histórico Municipal de Badajoz.</p>
<p>Imagen 2 (Plano a color)</p>	<p>Autor : Desconocido Fecha: Principios de siglo XX Fuente: Archivo Histórico Municipal de Badajoz.</p>
<p>Imagen 3 (Plano en blanco y negro)</p>	<p>Autor: Coello, Francisco Fecha: 1853 Fuente: Archivo Histórico Municipal de Badajoz.</p>

NOMENCLATOR DE LAS VÍAS Y EDIFICIOS PÚBLICOS

DE

BADAJOZ

- 6 H Arroyo Rixillas.
- 1 C Cabeza de Puente.
- 1 E Calle de Abril.
- 1 F " " Alfigidos.
- 1 F " " del Alamo.
- 1 G " " de Arco Agüero.
- 1 E " " Atocha.
- 1 F " " de las Bodegas.
- 1 G " " de Calados.
- 1 G " " Cansado.
- 1 G " " del Castillo.
- 1 E " " de Cerrajería.
- 1 E " " Cespedes.
- 1 F " " Comedias.
- 1 E " " Chapín.
- 1 F " " Doblados.
- 1 F " " del Doctor Lobato.
- 1 F " " de Dosma.
- 1 E " " de la Encarnación.
- 1 E " " de Gabriel.
- 1 E " " del Gobernador.
- 1 E " " Granado.
- 1 F " " de Hernán Cortés.
- 1 F " " Jarilla.
- 1 G " " Lagares.
- 1 F " " Larga.
- 1 G " " de la Madre de Dios.
- 1 F " " Magdalena.
- 1 E " " de Melchor de Evara.
- 1 E " " Mesones.
- 1 G " " Moraleja.
- 1 D " " Morales.
- 1 E " " del Norte.
- 1 G " " Nueva.
- 1 F " " de los Padres.
- 1 E " " de Palmas.
- 1 F " " del Parque.
- 1 G " " Parque.
- 1 F " " de Peñas.
- 1 E " " del Peratillo.
- 1 F " " Polvillo.
- 1 G " " Pozo.
- 1 E " " Río.
- 1 E " " de la Sal.
- 1 E " " de San Agustín.
- 1 F " " San Andrés.
- 1 D " " San Anton.
- 1 F " " San Blas.
- 1 F " " San Juan.
- 1 E " " San Lorenzo.
- 1 G " " San Sisenando.
- 1 E " " Santa Ana.
- 1 E " " Santa Lucía.
- 1 F " " Santo Domingo.
- 1 F " " Sepúlveda.
- 1 F " " de la Soledad.
- 1 F " " de Tardío.
- 1 F " " de la Trinidad.
- 1 F " " de Vasco Noñez.
- 1 F " " Venegas.
- 1 E " " Zapatería.
- 1 G " " de la Zarza.
- 1 A Camino a Cáceres.
- 1 A " " a las labores.
- 1 A " " de Campo Mayor.
- 1 A " " de Campo Mayor.
- 1 E Cantera.
- 1 C Canteras.
- 1 A Carretera a Cáceres.
- 1 A Cerro de San Juan.
- 1 C El Pico.
- 1 A Fuente de Caudreyones.
- 1 A " " Nueva.
- 1 C Hornos de cal.
- 1 B Isla de las Monjas.
- 1 A Luneta.
- 1 G Monumento de Menacho.

- 1 E Paseo de San José.
- 6 E Pasaderas.
- 1 B Paso superior.
- 6 E Perno.
- 1 E Plaza Alta.
- 1 E " " de la Cruz.
- 1 F " " de las Descalzas.
- 1 G " " de Minayo.
- 1 G " " San Francisco.
- 1 F " " San Juan.
- 1 F " " Santo Domingo.
- 1 F " " San Vicente.
- 1 E " " de la Soledad.
- 1 F " " Trinidad.
- 1 F Plazuela Vieja.
- 1 D Presa.
- 6 A Presa.
- 1 D Puente de Palmas.
- 6 F " " Pieillas.
- 1 A Puente giratorio.
- 1 D Puerta de carros.
- 1 D " " Nueva.
- 1 E " " de Palmas.
- 1 G " " del Pilar.
- 1 A Retrete.
- 6 A Río Gevora.
- 1 E Río Guadiana.
- 6 E Tejar.
- 6 E Tejar.
- 1 C Tranvía a la estación.

- 1 E Convento de Santa Ana.
- 1 E Cuartel de Artillería (ruinoso).
- 1 G " " de Garabitos.
- 1 F " " de gitanos para caballería.
- 1 E " " de la Guardia Civil.
- 1 E " " de San Agustín (Infantería).
- 1 F Cuartel de San Francisco (Infantería).
- 1 F Cuartel de Santo Domingo (arruinado).
- 1 E Cuerpo de Guardia.
- 1 D " " " "
- 1 E " " " "
- 1 G " " " "
- 1 D " " " "
- 1 D " " " "
- 1 E " " " "
- 1 H " " " " y repuesto.
- 1 B Depósito de Maquinas.
- 1 F Diputación Provincial.
- 1 A Embarcadero.
- 1 E Ermita de San José.
- 1 B Estación del Tranvía.
- 1 B Estación Portuguesa.
- 1 A Fábrica de Harinas y Central Eléctrica.
- 1 E Factoría de Previsión.
- 1 E Factoría de Utensilios.
- 1 H Fuerte de Pardaleras.
- 6 H " " de la Picorifa.
- 1 B " " de San Cristóbal.
- 1 F Gobierno Civil.
- 1 A Granja Agrícola.
- 1 G Hospicio y Hospital Civil.
- 1 E Hospital Militar.
- 1 A Iglesia.
- 1 F " " de los Gabrieles.
- 1 E " " de la Paz.
- 1 E " " de la Soledad.
- 1 F Instituto.
- 1 F Matadero.
- 1 B Molino de Lagarza.
- 6 H Molino de la Tarasca.
- 1 E Oficinas de Comunicaciones.
- 1 F Palacio Episcopal.
- 1 E Parque de Artillería.
- 1 G Parque de Ingenieros.
- 1 G Plaza de Toros.
- 1 D Polvorín.
- 1 F Presidio.
- 1 F San Agustín.
- 1 F San Andrés.
- 1 F Santo Domingo.
- 1 E Semibaluarte de Palmas.
- 1 G Seminario Conciliar.
- 1 A Taller de Inyección.
- 1 G Teatro.
- 1 F Teatro.
- 1 E Torre Espantaperros.

EDIFICIOS PÚBLICOS

- 1 A Almacén.
- 1 F Ayuntamiento.
- 1 F Baluarte de San José.
- 1 G " " de San Juan.
- 1 F " " de San Pedro.
- 1 G " " de San Roque.
- 1 G " " de Santa María.
- 1 G " " de Santiago.
- 1 E " " de San Vicente.
- 1 G " " de la Trinidad.
- 1 E Casa de Banqueros.
- 1 H " " de Huertas.
- 1 A " " de Lagarza.
- 1 G " " de Ordenandos.
- 1 E " " de Orduña.
- 1 D " " del Pajarito.
- 1 G " " de resguardo.
- 6 D " " de Vargas.
- 6 E " " de Vargas.
- 1 F Caseta de resguardo.
- 1 E Castillo.
- 1 F Catedral.
- 1 F Comandancia general.
- 1 F Convento de Carmelitas.
- 1 F " " de las Descalzas.
- 1 F " " de los Remedios.

Posición geográfica de la Capital según datos del Instituto Geográfico y Estadístico

Latitud 38° 52' 40"

Longitud O. 3° 17' 00" (Meridiano de Madrid)

(Datos referidos a la cota del Instituto Provincial)

Alturas: 983-636. Diputación Provincial: 2-4 el pavimento del edificio.
172-113. Puente de las Palmas.

Las alturas se refieren a las cotas de nivelaciones de precisión calculadas en los sitios indicados.



BADAJOS

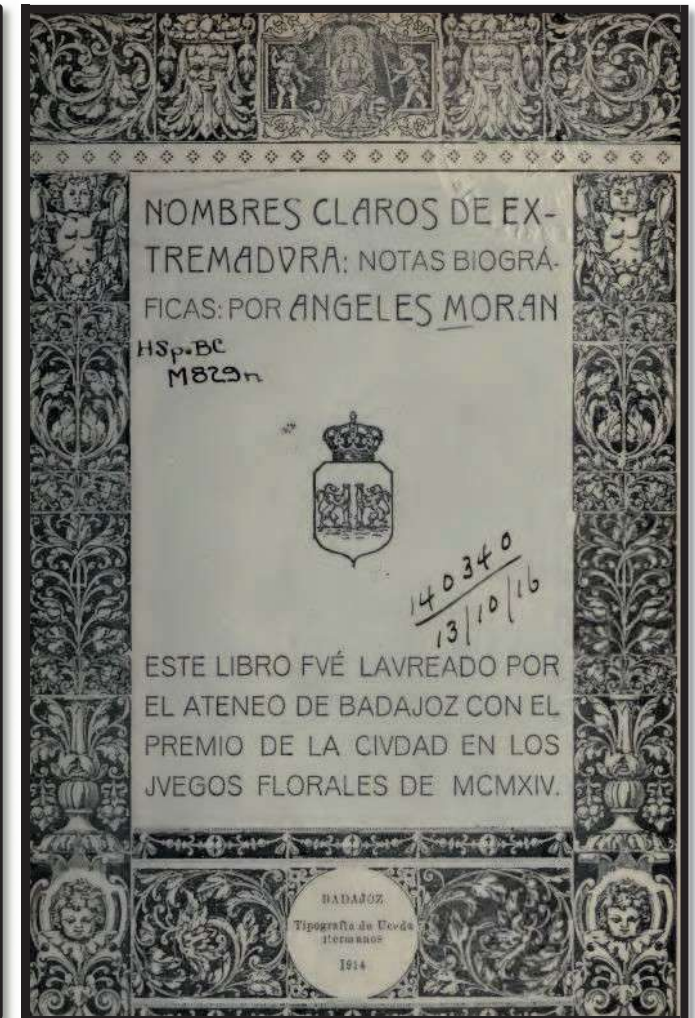
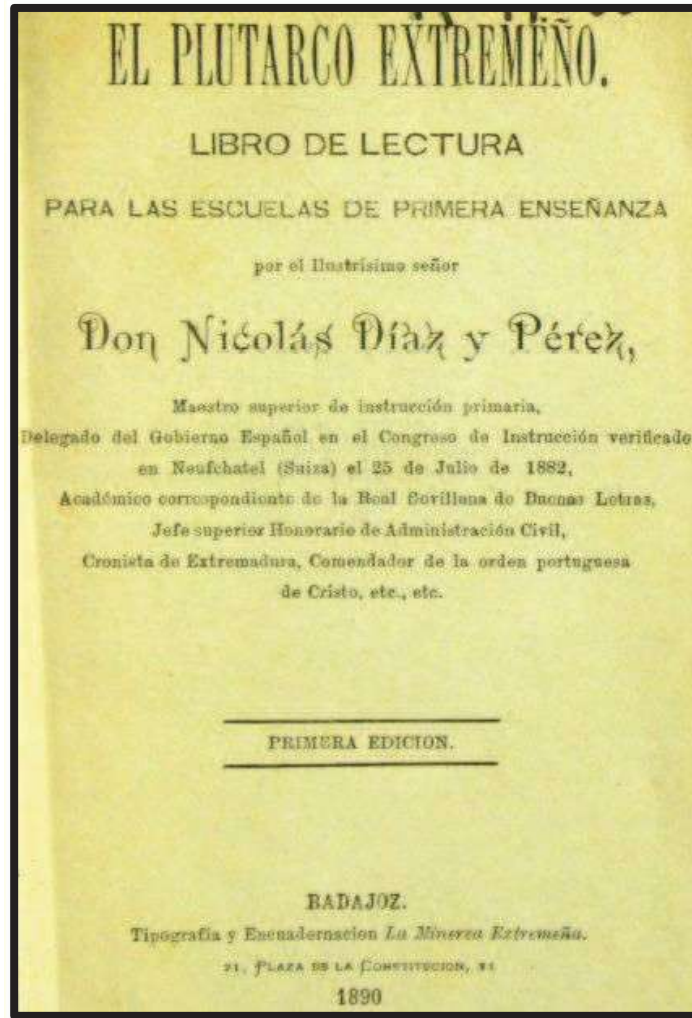
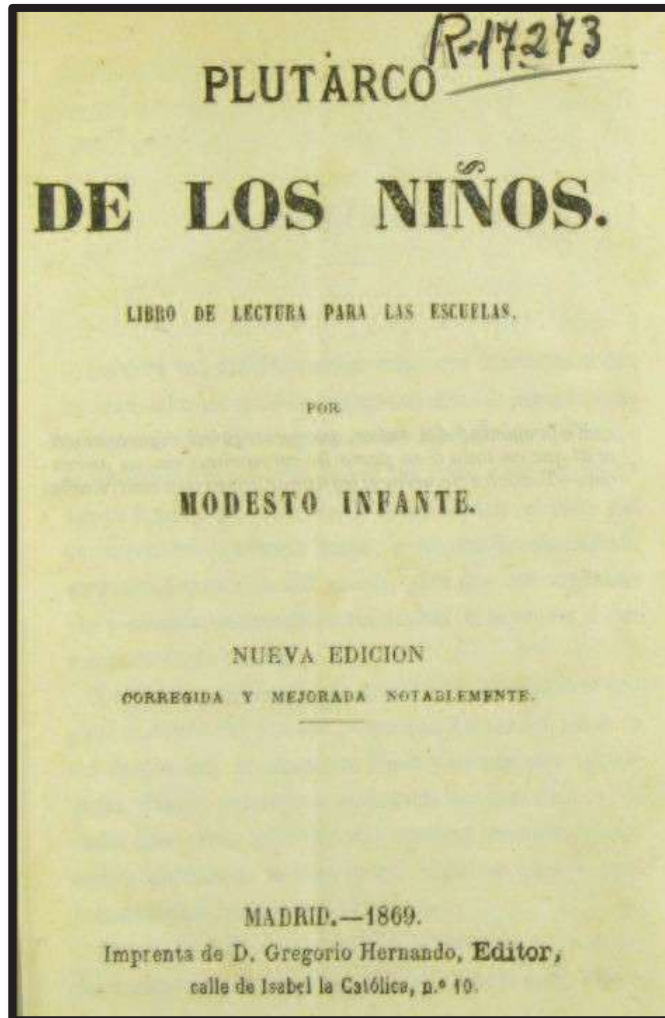
1:40,000



1. Cathedral y Arco de S. Juan
2. Arco de S. Pedro y S. Pablo de S. Juan
3. M. de S. J. de la Concepcion y S. Gabriel
4. M. de S. J. de S. Juan y S. Antonio
5. Iglesia de S. Juan Evangelista
6. M. de S. J. de S. Juan de los Rios
7. Ermita de S. Juan
8. Ermita de S. Juan de los Rios
9. M. de S. J. de S. Juan de los Rios
10. M. de S. J. de S. Juan
11. M. de S. J. de S. Juan

12. Iglesia parroquial de la Concepcion
13. M. de S. J. de S. Juan y S. Gabriel
14. Iglesia Episcopal y Tribunal Eclesiastico
15. Iglesia General
16. Iglesia de la Concepcion militar
17. M. de S. J. de S. Juan
18. Casa de Ayuntamiento
19. Ayuntamiento provincial de S. Juan
20. Ermita de S. Juan
21. Ermita y Iglesia de S. Juan

ANEXO 9: Comparativa de portadas



8.- BIBLIOGRAFÍA

- Alcalde, C. (2010). *Vidas paralelas: Plutarco*. Madrid: Gredos.
- Alcántara, F. (1896). *Compendio de pedagogía teórico-práctica por Pedro de Alcántara García*. Madrid: Vda. de Hernando.
- Alonso, P. M. (1996). *La Iglesia docente en el siglo XIX: Escuelas Pías en España y en América: formación del profesorado y expansión educativa*. Alcalá de Henares: Servicio de Publicaciones de la Universidad.
- Araya, C. (2007). *Extremadura tierra de libros*. Badajoz: Junta de Extremadura.
- Ávila, A. (1986). *Las escuelas normales españolas durante el siglo XIX: disposiciones legislativas y libros de texto*. Sevilla: Servicio de Publicaciones de la Universidad.
- Barcia, M. y Soto, J. (2010). *Glosario de literatura infantil y juvenil, Algunas aportaciones desde Extremadura*. Mérida: Junta de Extremadura.
- Barrantes, V. (1859). *Plutarco de los niños: libro de lectura para las escuelas por Modesto Infante*. Madrid: Gregorio Hernando.
- Barrantes, V. (1875). *Cuentos y leyendas*. Madrid: P. Núñez.
- Barrantes, V. (1977). *Aparato bibliográfico para la historia de Extremadura*. Badajoz: Institución Pedro de Valencia.
- Benso, C. (2003). Exclusión, discriminación y resistencias. El acceso de la mujer al sistema educativo (1883-1930). En *Xénero e educación social* (pp. 57-78). Santiago de Compostela: Laiovento.
- Bettelheim, B. (2006). *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*. Madrid: Crítica.
- Bortolussi, M. (1985). *Análisis teórico del cuento infantil*. Madrid: Alhambra.
- Bravo-Villasante, C. (1985). *Historia de la literatura infantil española*. Madrid: Escuela Española.
- Cabezas, J. (1987). *Callejero de Badajoz*. Badajoz: Diputación Provincial.
- Cabezas, J. (1993). *109 calles de Badajoz: una experiencia didáctica*. Badajoz: Diputación Provincial de Badajoz.
- Calvo, J. L. (1981). *Función pedagógica de los cuentos infantiles*. Madrid: Anaya.

- Cano, P. (1983). *La pintura extremeña del siglo XVIII*. Cáceres: Universidad de Extremadura.
- Carretero, A. (1988). Notas sobre el ambiente socio-cultural en Badajoz a principios del siglo a través de la prensa de la época. *Campo abierto*, 5, 46-62.
- Carrión, M. (1996). La encuadernación española en los siglos XIX y XX. En *Historia ilustrada del libro español. La edición moderna. Siglos XIX y XX* (pp. 491- 541). Madrid: Pirámide S.L.
- Cervera, J. (1986). *La literatura infantil en la educación básica*. Madrid: Cincel.
- Cervera, J. (1992). *Teoría de la literatura infantil*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- Chamorro, V. (1981). *Historia de Extremadura: De 1900 a la dictadura de Primo de Rivera*. Madrid: Quasimodo.
- Cobos, J. (1998). *Escuela normal de Maestros de Badajoz: apuntes documentales para su historia*. Badajoz: Diputación Provincial de Badajoz.
- Cortina, A. (1995). Andalucía y Extremadura. El habla de la frontera occidental. *Intramuros*, 16, 181-186.
- Cruz, C. (1995). Análisis descriptivo del profesorado y el alumnado durante 150 años. *Campo abierto*, 11, 63-91.
- Curiel, M. (1987). *Cuentos extremeños*. Mérida: Editora Regional de Extremadura.
- Díaz, N. (1890). *El Plutarco extremeño: libro de lectura para las escuelas de primera enseñanza por Nicolás Díaz y Pérez*. Badajoz: La Minerva Extremeña.
- Domínguez, E. (1986). *La enseñanza en Cáceres en el siglo XIX (1822- 1869)*. Cáceres: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura.
- Domínguez, E. (1988). *Orígenes y Desarrollo de la Escuela Normal de Maestros y Maestras de Cáceres*. Cáceres: Universidad de Extremadura, D.L.
- Domínguez, E. (1990). *Génesis del sistema de enseñanza primaria en Cáceres*. Cáceres: Servicio de Publicaciones UNEX.
- Domínguez, E. (1990). *Situación actual de la investigación en Teoría e historia de la educación en formación de profesores*. Cáceres: Universidad de Extremadura.
- Dufournet, J. (1993). *La Chanson de Roland*. Paris: Flammarion, D.L.
- Echenique, T. (1997). *El análisis textual: comentario filológico, literario, lingüístico, sociolingüístico y crítico*. Salamanca: Ediciones Colegio de España.
- Escolano, A. (1997a). Libros para la escuela. La primera generación de manuales escolares. En *Historia ilustrada del libro escolar en España: del Antiguo Régimen a la Segunda República* (pp. 19-47). Madrid: Pirámide.

- Escolano, A. (1997b). Los manuscritos escolares. En *Historia ilustrada del libro escolar en España: del Antiguo Régimen a la Segunda República* (pp. 345-373). Madrid: Pirámide, D.L.
- Escolano, A. (1997c). Tradición e innovaciones en los libros de iniciación a la lectura de la España de entre siglos. En *Historia ilustrada del libro escolar en España: del Antiguo Régimen a la Segunda República* (pp. 229-255). Madrid: Pirámide.
- Escolar, H. (1996a). El libro escolar en la Restauración. En *Historia ilustrada del libro español. La edición moderna. Siglos XIX y XX* (pp. 89-195). Madrid: Pirámide S.L.
- Escolar, H. (1996b). El libro y la lectura en el siglo XX. En *Historia ilustrada del libro español. La edición moderna. Siglos XIX y XX* (pp. 345-371). Madrid: Pirámide.
- Escolar, H. (1996c). *Historia del libro*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez.
- Escolar, H. (1996d). La edición en el siglo XIX. En *Historia ilustrada del libro español. La edición moderna. Siglos XIX y XX* (pp. 31-89). Madrid: Pirámide S.L.
- Fernández, R. (2009). *La España de la Ilustración: la reforma de España*. Madrid: Anaya.
- Ferrer, F. (1978). *La escuela moderna*. Madrid: Tuquets Editors.
- Flecha, C. (1997). Los libros escolares para niñas. En *Historia ilustrada del libro escolar en España: del Antiguo Régimen a la Segunda República* (pp.501-525). Madrid: Pirámide.
- Francisco, J. (2012). *Diccionario biográfico y bibliográfico del humanismo español* (siglos XV-XVII). Madrid: Ediciones Clásicas.
- García, J. y Cerrillo, P. (1990). *Literatura Infantil*. Cuenca: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.
- García, J. (1996). El libro infantil en el siglo XX. En *Historia ilustrada del libro español. La edición moderna. Siglos XIX y XX* (pp.299-345). Madrid: Pirámide S.L.
- García, J. (2003). *La comunicación literaria en las primeras edades*. Madrid: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.
- García, J. (2004). *Formas y colores: la ilustración infantil en España*. Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, Servicio de Publicaciones.
- García, J. (1989). *Diego Muñoz Torrero: ilustración, religiosidad y liberalismo*. Mérida: Editora Regional de Extremadura.
- García, J. (1997b). *Etapas de gloria y períodos sombríos: Una reflexión general en torno a la historia extremeña*. Cáceres: Universidad de Extremadura.
- García, C. (1994). *Génesis del sistema educativo liberal en España: Del "informe" Quintana a la "Ley Moyano" (1813-1857)*. Oviedo: Universidad de Oviedo.

- González, V. (1969). *Vida de San Pedro de Alcántara: campeón de la penitencia*. Madrid: Escelicer.
- Heinrich, L. (1990). *Manual de Retórica Literaria. Fundamentos de una Ciencia de la Literatura*. Madrid: Editorial Gredos.
- Heinrich, L. (1991). *Manual de Retórica Literaria. Fundamentos de una Ciencia de la Literatura (continuación) TOMO II*. Madrid: Editorial Gredos.
- Heredia, A. (1982). *Política docente y filosofía oficial en la España del siglo XIX: la era isabelina*. Salamanca: Instituto de Ciencias de la Educación.
- Hernández, S. (1886). *Cuentos populares de Extremadura*. Madrid: BTEP.
- Hernández, J. M. (1997). El libro escolar como instrumento pedagógico. En *Historia ilustrada del libro escolar en España: del Antiguo Régimen a la Segunda República* (pp. 123-149). Madrid: Pirámide, D.L.
- Jaura, P. (1981). *Manual de investigación literaria: Guía bibliográfica para el estudio de la literatura española*. Madrid: Gredos.
- Juez, A. (2001). *Luis de Morales, el Divino: homenaje de admiración y amor a su vida y su obra*. Badajoz: Nuevo Diario.
- Kerr, G. (1990). *La Chanson de Roland / édition critique et traduction de Ian Short*. Paris: Librairie Générale Française.
- López, R. (1986). *La recogida de literatura tradicional como actividad educativa*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- López, B. (1963). *Callejero y guía histórica de Badajoz*. Badajoz: La Minerva Extremeña.
- Lorenzana, F. (1998). *Francisco de Zurbarán: su tiempo, su obra, su tierra*. Badajoz: Diputación Provincial de Badajoz.
- Manso, F. (1992). *Carolina Coronado: su obra literaria*. Badajoz: Departamento de Publicaciones.
- Martín, M. (1998). *Aproximación a una historia del regionalismo extremeño*. Badajoz: Real Sociedad Económica Extremeña de Amigos del País.
- Martínez, L. (2008). *Aventuras y desventuras de los más notables conquistadores extremeños en el Nuevo Mundo*. Cáceres: Martínez Terrón.
- Mateos, M. J. (2010). Rafael Morales Becerra, Director de la Escuela Normal de Maestros de Badajoz. *Campo Abierto*, 29,33-50.
- Mayans, F. J. (1989). *Gran Enciclopedia extremeña* Mérida: Ediciones Extremeñas, D. L.
- Mendoza, M. (1984). Metodología y cuestionario para la recogida de cuentos folclóricos por los alumnos. *Nueva revista de Enseñanzas Medias*, 4, 9-18.

- Monés, J. (1977). *Ferrer Guardia y la pedagogía libertaria: elementos para un debate*. Barcelona: Icaria.
- Morán, Á. (1914). *Nombres claros de Extremadura: notas biográficas*. Badajoz: Uceda Hermanos.
- Morán, Á. (1921). *Conferencias de labores: costura, bordados, encajes, flores, corte y confección e historia del traje*. Badajoz: Tipografía, Librería y Encuadernación de Antonio Arqueros.
- Morán, Á. (1927). *Tercer curso: corte de vestidos y labores artísticas*. Badajoz: La Minerva extremeña.
- Muro, M. (2000). *La fotografía en Extremadura: 1847-1951*. Badajoz: Museo Extremeño e Iberoamericano de Arte Contemporáneo.
- Navarro, R. (1995). *La mirada al texto: comentario de textos literarios*. Barcelona: Ariel.
- Pecellín, M. (1981). *Vicente Barrantes Moreno*, incluido en el Tomo II de *Literatura en Extremadura*. Universitas Editorial: Badajoz.
- Pecellín, M. (1992). *Extremadura a través del libro: exposición bibliográfica siglos XV-XX*. Cáceres: Unión de Bibliófilos Extremeños.
- Perera, Á. (2007). *Manual de Literatura infantil*. Canarias: ULPGC.
- Pérez, I. M. (1992). La Condición femenina en las cartas de Carolina Coronado a Juan Eugenio Hartzenbusch. *Revista de estudios extremeños*, 48, 259-314.
- Pérez, I. M. (1992). *Carolina Coronado: su obra literaria*. Badajoz: Diputación Provincial de Badajoz.
- Pérez, I. M. (1999). *Carolina Coronado: del Romanticismo a la crisis fin de siglo*. Badajoz: Diputación Provincial.
- Pirala, A. (1860). *El libro de oro de las niñas*. Madrid: Establecimiento tipográfico de Mellado.
- Pizarro, F. J. (1990). *Patrimonio histórico de Extremadura: Edad Media y Renacimiento*. Mérida: Editora Regional de Extremadura.
- Pro, J. (2006). *Bravo Murillo: política de orden en la España liberal*. Madrid: Síntesis.
- Puelles, M. (1997). La política del libro escolar en España (1813-1839). En *Historia ilustrada del libro escolar en España: del Antiguo Régimen a la Segunda República* (pp. 47-69). Madrid: Pirámide.
- Puelles, M. (2009). *Modernidad, republicanismo y democracia: una historia de la educación en España (1898-2008)*. Valencia: Tirant lo Blanch.

- R.S.E.E.A.P. (2005). *Real Sociedad Económica Extremeña de Amigos del País de Badajoz: breve resumen de su historia y actividades*. Badajoz: Real Sociedad Económica Extremeña de Amigos del País.
- Reis, C. (1985). *Fundamentos y técnicas del análisis literario, versión española de Ángel Marcos de Dios*. Madrid: Gredos.
- Rey, F. y Barroso, A. (1986). *Nicolás Díaz y Pérez. Republicano, masón, escritor (1841-1902) Biografías extremeñas*. Badajoz: Departamento de Publicaciones Diputación Provincial de Badajoz.
- Rodríguez, A. (1873). *Bibliografía de Don Vicente Barrantes (1829- 1898).Cronista de Extremadura*. Valencia: Al Tossal.
- Rodríguez, J. (1999). *Cuentos extremeños maravillosos y de encantamiento*. Badajoz: Diputación Provincial.
- Rodríguez, Á. (1985). *Historia de Extremadura*. Badajoz: Universitas Editorial. Ruiz
- Berrio, J. (1970). *Política escolar de España en el siglo XIX*. Madrid: C.S.I.C.: Instituto de Pedagogía San José de Calasanz.
- Ruiz, E. (1999). *Un extremeño universal san Pedro de Alcántara*. Cáceres: Universidad de Extremadura.
- Sánchez, J. (1988). *El periódico Extremadura y el regionalismo extremeño en torno a 1900*. Cáceres: Universidad de Extremadura.
- Sánchez, F. (1997). *Extremadura: la historia*. Badajoz: Diario Hoy.
- Sánchez, F. (2003). *La España del siglo XX: economía, demografía y sociedad*. Madrid: Istmo.
- Sánchez, F. (1998). *Capítulos de historia de la educación en Extremadura*. Badajoz: Universidad de Extremadura.
- Sandín, M. (1981). *Consecuencias biológicas de la emigración: análisis en población escolar extremeña*. Cáceres: Institución Cultural El Brocense.
- Sanz, F. (1985). *La segunda enseñanza oficial en el siglo XIX*: Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia, Servicio de Publicaciones.
- Segre, C. (1989). *La Chanson de Roland / Edition critique par Cesare Segre : Traduite de l'italien par Madeleine Tyssens*. Genève: Droz.
- Suárez, F. (1997). *Vida y obra de Juan Donoso Cortés*. Pamplona: Eunate.
- Sureda, B. (1997). La producción y difusión de los manuales escritos. En *Historia ilustrada del libro escolar en España: del Antiguo Régimen a la Segunda República*

(pp. 69-101). Madrid: Pirámide, D.L.

T´serclaes, D. (1915). *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 67. Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes.

Torres, G. (2011). Carolina en su poesía esencial. *Alborayque Revista de la biblioteca de Extremadura*, 5, 65-109.

Vélez, P. (1996). La ilustración del libro en España en los siglos XIX y XX. En *Historia ilustrada del libro español. La edición moderna. Siglos XIX y XX*. (pp.195-139). Madrid: Pirámide.

Velloso, A. (1989). *La educación comparada en España, (1900-1936)*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.

Vidal, H. y Romero, V. (2009). Procesado y transcripción de textos manuscritos. *Revista Actualidad TIC*, 14, 12-18.

Viola, S. (1994). *Medio siglo de literatura en Extremadura: 1900-1950*. Badajoz: Diputación Provincial.

El presente trabajo de investigación intenta acercar al lector contemporáneo el libro de Ángeles Morán Márquez, *Nombres Claros de Extremadura*, editado en 1914 y premiado por el Ateneo de Badajoz con motivo de los juegos florales de ese año. Su recuperación y difusión será decisiva para ayudar a asentar las bases de la Literatura Infantil y Juvenil extremeña, tema del que casi nada se ha escrito y se desconocen sus raíces antológicas.

Además, en su centenario el texto presenta como elementos distintivos una inusual autoría femenina, la incorporación de numerosas fotografías y una innovadora metodología didáctica sin precedentes hasta el momento de su creación. Sin embargo, para conocer las claves de su repercusión en el contexto de su creación se estima necesario establecer un análisis comparativo con otras obras de características similares como *El Plutarco Extremeño* y *El Plutarco de los niños*, enraizadas en el mismo tramo temporal y escritos también por autores pacenses. De todo ello, así como del estudio biográfico de sus personajes, queremos dar cuenta en este trabajo con el propósito de aportar luz al patrimonio histórico-literario regional.

